

Contigo  
y sin ti....



Carmen RB

Contigo y sin ti...

© *Carmen RB*

Título: Contigo y sin ti...

Primera edición: Junio 2018

© 2018 Carmen RB.

© Derechos de edición reservados.

Diseño de cubierta: © Tiaré Pearl

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

# Contigo y sin ti...

*Inspirada en hechos reales.  
El protagonista de esta historia,  
así como el resto de personajes,  
han nacido en la obra:  
“Los amores o errores de Caroba”.  
Se pueden leer de forma autónoma,  
ya que son volúmenes independientes y conclusivos.*

© Carmen RB

*Quiero dedicar este libro a mi familia.*

*A mis hijos, Ángela Daniela y Darío,  
porque me han regalado los mejores momentos de mi vida.*

*A mi marido, por ser mi inspiración.*

*Y, sobre todo, a ti lector,  
por creer en mí de nuevo.*

## Sinopsis

David cae en un círculo de vicios tras perder el amor de Caroba, su chica de ojos color miel. Su corazón está roto, de nuevo y su vida vuelve a ser un caos. Siente que todo está acabado para él. Un día recibe la visita de su amigo Mario, quien consigue que abra los ojos y reconduzca su vida. Sin embargo, tras tomar una serie de decisiones que le hacen ver que todo puede mejorar sucede algo que trastocará todo su mundo.

Una chica que ha vivido a la sombra de su pareja hasta que un incidente la despierta y se encuentra de bruces con la realidad. Toma las riendas y decide que necesita volver a vivir y recuperar el tiempo perdido.

Una llamada de Óscar y un pub de intercambio de parejas provoca que sus caminos se crucen.

¿Logrará David superar todos sus miedos? Y, lo más importante, ¿volverá a creer en el amor?

Contigo y sin ti... te seducirá apasionadamente. Déjate llevar por tus instintos en esta trepidante historia que te hará creer en las segundas oportunidades.

# Prólogo

David

Sevilla... finales de octubre.

*Recuérdame...*

*Ahora que ya decidiste ir con él*

*que sea lo que deba ser,*

*aunque a mí me toque perder.*

*Recuérdame...*

*Ahora que tu piel ya se fundió con su piel,*

*su mundo gira en torno a ti*

*y tú no piensas volver*

*Recuérdame...<sup>1</sup>*

Puse esa canción en mi iPod de forma recurrente, quería que sonara una y otra vez. Ojalá pudiera parar el reloj, como decía la canción. Ojalá pudiera volver atrás y hacer las cosas de manera diferente.

Me sentía perdido, derrotado, asqueado de mí mismo.

Por primera vez en lo que llevaba de existencia, tenía miedo. Por primera vez había pensado en el futuro: un futuro con alguien que valía la pena. Una mujer que me había demostrado que puedo amar. Siempre había escuchado que no lo entendería hasta que me pasara... y ahora lo entendía a la perfección. ¡Vaya, si lo hacía! Era ELLA. Esa persona con la que quieres envejecer a su lado.

Yo era un hombre que, debido a los terribles acontecimientos que sufrí cuando era pequeño, necesitaba vivir la vida al día. Trataba a las mujeres como siempre pensé que había que hacerlo; por lo que vi en mi infancia y por lo que había vivido con María. Pero en el momento en que Caroba se cruzó en mi camino, todo cambió.

La muralla que había construido a mi alrededor se derrumbó con ese

primer cruce de miradas. Ella con su inocencia me dijo todo lo que necesitaba saber. Me atrapó en el mismo instante en que se dejó besar. En ese momento, justo en ese instante tan revelador para mi corazón, supe que me había enamorado, porque tenía la certeza de que con ella llegaría al máximo placer. Era absurdo pensar en eso cuando apenas la conocía. A lo largo de los años, mis relaciones con las mujeres habían sido meramente carnales y con Caroba sabía que sería diferente. Ella podría ser mi compañera. Con ella podía hablar. Y no. No consistía en el hecho de poder hacerlo, sino que con ella “quería” hacerlo. Y además quería probarlo todo con ella. No existía explicación para saberlo. Simplemente lo sabía. Y, por supuesto, porque era endemoniadamente sexy. Tenía un aura que desprendía tal cantidad de feromonas que me atraían como la miel a las moscas. No podía despegarme de ella, de sus labios, de su sexo... ¡Qué bien sabía su sexo!

Resignado y abatido, me levanté, me puse otra raya, otra copa de whisky y... ¡¡Agggggg!! Grité cuando el líquido ambarino descendió por mi garganta quemando mi pena y mi desazón. Me la agarré con dureza y me la machaqué, pensando en mi rubia de ojos color miel, hasta perder la consciencia en algún momento de ese proceso que me dejaba exhausto y débil.

Salí del pub bastante alterado. Tenía que encontrar a Caroba. Era necesario que hablara con ella, que le explicara. Miré por los alrededores buscando entre los coches y nada. ¡Mierda! Me dije para mí mientras apretaba los puños con frustración. Alcé la vista al cielo buscando algo de calma. Las cosas se complicaban aún más. La esperanza que había puesto en lo nuestro murió cuando comprendí que se había ido. La misma que había tenido de hallarla fuera, esperándome para que la llevara a casa. Pensé que, después de la escena que había vivido en el club, seguramente estaría allí llorando, rota y dolida. Verla maniatada y tan asustada me había roto por dentro. Nunca se me hubiera podido pasar por la cabeza que algo que disfrutaba tanto cómo lo era el sexo, me hubiera dejado esa sensación de vacío.

Al girarme hacia el club, un vómito reciente en la acera llamó mi atención. En ese instante, supe que era de ella. Un sabor agrio me llegó a la garganta. Pude sentir su estómago revuelto por lo que había vivido. Sentí su pena. Su ahogo. Incluso pude sentir sus ojos anegados en lágrimas, provocando que una se escapara de entre mis parpados, sin que pudiera hacer nada por detenerla.

¡Dios! Hacía años que no lloraba. Años en los que me había prometido no volver a hacerlo. Mi corazón palpitaba a una velocidad vertiginosa, como si deseara salirse de mi pecho para encontrarse con el de ella donde, con toda seguridad, hallaría la paz. Esa que solo ella conseguía darme.

Le grabé un mensaje de voz para paliar ese sentimiento de culpabilidad que me corroía sin dejarme respirar. Mi cabeza no paraba de mostrarme la escena de ella llorando... «¡Olvídala!» Me decía una vocecita en mi interior. «¡No! No la olvides. Sin ella volverás a ser el de antes», decía la otra parte egoísta que habitaba dentro de mí. Sin saber qué hacer, dejé que el tiempo me diera la respuesta y que fuera ella la que decidiera por nosotros. Con el alma arrastrándose con mis pies opté por regresar al local. Allí conocí a un chico que me propuso algo que supuse me haría olvidarla, y decidí participar en una orgía que se iba a celebrar en un club cercano. Era la primera vez que hacía algo así, pero necesitaba quitarme esa ansiedad que me estaba asfixiando. Me urgía desahogarme, follar sin pensar en nada más que no fuera sexo. Follar sin pensar en ella.

Me desperté sobresaltado. Estaba oscuro y percibía unos sonidos extraños. Eran como suspiros. Me adentré en la oscuridad siguiendo los gemidos que rompían el silencio de la noche. Sin hacer ruido, asomé la cabeza por el hueco de la puerta entreabierta y lo que vi me horrorizó: mi madre estaba azotando a mi padre y había otro hombre con ellos.

*Parte I*  
**PERDIDO**

# Capítulo 1

*El mundo está invadido de sexos y de seres.*

*El mundo es una orgía de placer.*

*Giannina Braschi*

## Luisa

25 años antes...

*Querido diario:*

*He decidido escribirte como si fueras una amiga que me escucha. Esa que me falta en estos momentos. El hecho de estar aquí, sola y tan alejada del mundo me tiene en un sin vivir. Necesito compartir contigo mi día a día porque si no me voy a volver loca. No tengo ganas de hacer nada. La casa se me cae encima y por momentos siento que me hundo en un pozo sin retorno.*

*Últimamente no me encuentro nada bien. Me siento bastante agotada y con sueño a todas horas. He pedido cita para el médico. Lo más seguro es que sea anemia o algo parecido. No se puede decir que mi alimentación sea la más apropiada, pero es que me da mucha pereza cocinar para mí sola. Suelo comer un poco de pavo y una porción de queso fresco. Las cenas las hago algo más fuertes porque ceno con mi marido.*

*Al salir del médico, estoy que se me llevan los vientos. No puedo creerlo. Si pensaba que había tocado fondo estaba muy equivocada. Cojo un taxi y me voy a casa a esperarle. Cuando entra por la puerta y le veo tan feliz, me pongo en pie con los brazos en jarras y un gesto asesino en la cara. Manuel me mira preocupado, sin entender qué me ocurre.*

*Me gustaría transcribirte la conversación tal y como la hemos tenido, ya que quiero recordarla palabra por palabra en estas líneas:*

*—¡Eres un inútil! ¡Te dije que no quería quedarme embarazada! —he gritado, colérica, como si no hubiera un mañana. Me encuentro en tal estado de nervios que no puedo controlarme—. ¡¡Embarazada!! ¡Ahora qué hago, ¿eh?! —le he espetado, desesperada.*

*—Mi amor... eso es una bendición. Cuando nos casamos, ya sabías que quería tener hijos. Esto... esto es lo mejor que nos ha podido pasar. Ya verás como todo se soluciona con la llegada de un bebé. —Al tiempo que me decía esto, mi marido ha intentado abrazarme como si con ello me fuera a tranquilizar, sabiendo como sabe, que no me gustan los abrazos ni las muestras de cariño. Yo me he enervado aún más y le he gritado:*

*—¿Qué parte de “no quiero hijos” no entendiste?*

—Cielo mío, llevamos ya tres años casados y pensé que eso de no querer niños era algo pasajero. Mi vida, ¡un hijo! ¿Sabes lo que eso significará para nosotros, para nuestro futuro? Tendremos un nexo, algo que hemos creado entre tú y yo, que será fruto de nuestro amor.

Al final ha conseguido abrazarme y, por muy raro que me parezca, ese gesto ha logrado que me tranquilizara un poco.

*Querido diario:*

Mi vida con Manuel no ha sido lo que yo esperaba. Cuando éramos novios, lo hacíamos en cualquier lugar: en el coche, en el garaje, en los baños de los restaurantes, en la playa... Sin embargo, tras nuestra boda, todo se redujo a hacerlo en la cama. Atrás quedaron la fogosidad, la pasión, la espontaneidad y todo lo que ello conllevaba para una mujer como yo. Mi marido trabaja fuera de casa todo el día, llega por la noche siempre agotado, cenamos casi sin hablar mientras vemos las noticias, como si llevásemos ya muchos años casados. Y, si tenemos sexo, es porque yo le incito a ello. Vamos, que le desnudo casi a la fuerza para poder tener, al menos, un orgasmo. ¡Dios! ¡Solo un orgasmo, cuando yo siempre he sido multiorgásmica!

*Querido diario:*

Mi relación va de mal en peor. Aunque, para él, todo parece normal. Manuel se ha centrado en su trabajo y se supone que yo, mientras tanto, debo ocuparme de los quehaceres de la casa y esperarle hasta las tantas con la cena puesta para, al menos, poder hablar con alguien.

Como ya te he contado vivimos a las afueras de Chiclana, en un chalet muy bonito con un hermoso jardín y una piscina enorme. Nos enamoramos de esta casa por su situación, por encontrarse lejos de la ciudad. Queríamos privacidad, y ahora me arrepiento enormemente de aquella decisión, ya que no tengo carnet de conducir ni coche. Supongo que debería haberlo pensado entonces y no ahora que me paso los días esperando la llegada de mi marido, aburrida como una ostra y hastiada de tanta soledad sin otra cosa que hacer que mirar la tele y perder el tiempo. Alguna vez he llamado a un taxi para salir a despejarme un rato y me he dado una vuelta por el centro,

*pero lo cierto es que me da una pereza enorme hacerlo sola. No conozco a nadie aquí y tampoco me apetece, ni me esfuerzo en conocer a los habitantes de los chalets vecinos. Me encuentro en un círculo vicioso del que no sé cómo salir.*

*Querido diario:*

*Hoy vengo a contar que he descubierto algo que me ha sorprendido gratamente: el porno. De vez en cuando me pongo una película. Lo hago para saciar las ansias de sexo que me corroen por dentro. Localicé un videoclub en el centro donde he podido alquilar varios títulos sin que me pongan malas caras. —Parece mentira que en estos tiempos en los que vivimos, las mujeres no podamos disfrutar de nuestros cuerpos. El dependiente me ha mirado como si fuera una pecadora que hay que quemar en la hoguera—. Sobre todo, me gustan, mejor dicho, me ponen a cien, las protagonizadas por una dominatriz<sup>2</sup> aunque no existen muchas en el mercado.*

*La primera vez que supe algo de ese tema fue por un libro antiguo. Me gustó enterarme de que una mujer también puede llevar el control en el sexo. Hasta entonces, según lo que me habían enseñado y lo que había comprobado por mi propia experiencia, suponía que el hombre siempre mandaba.*

*Me encantaría poder comprarme ropa interior de cuero, ligeros oscuros, zapatos de tacón alto... Me da la sensación de que soy una mujer adelantada a mi época, o al menos, espero que así sea. Las mujeres debemos poder disfrutar del sexo de la misma forma que lo hacen ellos. Sé que con Manuel nunca podré hacer nada de eso, y mucho menos ahora, ya que con la barriga no querrá ni tocarme.*

*Querido diario:*

*Llevo mucho tiempo sin contarte que pasa por mi vida. Y la razón por la que no he tenido tiempo ni para escribir, es que mi marido me ha tenido todo el día de acá para allá, comprando de todo lo que se le ha ocurrido y más. Se ha pedido días de vacaciones para solucionar todo lo referente al*

*pequeño. Sí. Será un niño y está saltando de alegría, ya que es lo que él quería. Hemos pintado la habitación y redecorado la casa entera. Además, está preocupado por la seguridad del niño hasta un punto que asusta.*

*Como supuse, mi marido no me ha tocado en los nueve meses de embarazo. Ni siquiera se ha acercado a mí. Y eso que me encontraba muy excitada, algo que dicen que es habitual en los embarazos con los cambios hormonales. Para paliar mi excitación, me he visto obligada a suplicarle un desahogo. En cualquier caso, de nada ha servido, ya que se ha negado en redondo. Estaba convencido de que podría hacerle daño al bebé. ¡Qué tontería! Está obsesionado con su protección. Y eso que hasta el ginecólogo le dijo que no había problema alguno en practicar sexo durante la gestación, e incluso nos confirmó que era recomendable.*

*En este momento me estoy dando cuenta de que las cosas nunca volverán a ser como al principio. En este mismo instante, escribiendo estas letras, asimilo que mi marido ya no volverá a satisfacerme sexualmente. Y, por más que suene fría y sin corazón, me estoy planteando muy seriamente buscarme un amante que sacie esta sed de sexo que me abrumba a todas horas.*

*Querido diario:*

*Menos mal que ya ha salido el cabroncete de mi barriga y estoy totalmente recuperada. Bueno, no del todo, ya que mi cuerpo nunca volverá a ser el mismo. Después de muchísimas horas de intentar que saliera por donde tenía que salir, han tenido que hacerme una cesárea, así que mi abdomen ha quedado un poco desfigurado.*

*Lo único en lo que puedo pensar ahora es que, si ya antes de que naciese no lo quería, ahora lo quiero mucho menos. Me ha jodido la vida. Ha trastocado todos mis planes. ¿Quién va a quererme con estas marcas? ¿Cómo voy a buscar a alguien que me satisfaga con semejante deformación en el abdomen?*

*Querido diario:*

*Últimamente me encuentro muy baja de ánimos. No sé qué me pasa. No tengo ánimos ni para escribir. Tú que siempre estás ahí para mí. Que me*

*escuchas cuando ya nadie lo hace. Manuel está demasiado centrado en el bebé y ni siquiera me mira. Creo que estoy cayendo en un estado de depresión o algo parecido, porque no me soporto ni a mí misma. Ni siquiera tengo ganas de tener relaciones sexuales y eso es bastante extraño en mí.*

*Querido diario:*

*He conseguido convencer a mi marido para no dar de mamar al niño que se va a llamar como su abuelo: David. Es la única condición que me ha impuesto. La verdad es que a mí me da igual cómo se llame, porque no pienso criarlo. Tampoco es que tuviera muchas opciones de negarse, al fin y al cabo, se trata de mi cuerpo y de mi vida: mi decisión. Él me ha insistido hasta la saciedad para que lo haga, alegando que supuestamente se crían más sanos y mejor, pero ni loca voy a ceder. No quiero que mis pechos también se deformen por ello. He estado hablando con las chicas que conocí durante la preparación al parto, algunas de las cuales ya habían sido madres con anterioridad. Ellas me han contado cómo se quedan los pechos después de la lactancia, y es horrible. Eso sería el colmo, con una cicatriz enorme en el abdomen y los pechos caídos y flácidos. Vamos, lo que me faltaba para terminar de desfigurarme y que nadie quiera follarme.*

*Querido diario:*

*Le he pedido a Manuel que busque a alguien para que cuide de él durante el día. Me niego a perder más horas de sueño. Con el trabajo que me costaba dormirme excitada y el barrigón... Si tan convencido estaba de tener un hijo, ahora que apechugue con la decisión y sea consecuente de lo que me ha hecho. Y mucho menos estoy dispuesta a salir a pasear con el carrito y verme obligada a saludar a las vecinas. Me niego.*

*Menos mal que mi marido es un hombre paciente y me ama con locura, de eso no tengo ninguna duda. Me concede todos los caprichos sin excepción, y por eso ha contratado a una chica que, aunque demasiado joven para mi gusto, se va a encargar de sacar a pasear al niño y darle de comer. A mí, con tal de que no me molesten, lo que haga la muchacha con el crío me tiene sin cuidado.*

*En su primer día le he propuesto unos horarios a seguir. Así podré hacer*

*lo que quiera sin tener que estar pendiente de que alguien me incomode.*

*Querido diario:*

*Hoy he estado hojeando el periódico que dejan todas las mañanas en la puerta de casa. Lo he hecho aprovechando que la chica se ha ido a dar el paseo matinal y tengo un poco de tranquilidad. He visto, en la sección de clasificados, un anuncio que me ha llamado especialmente la atención. Es de un club “de sexo sin límites”, y el anuncio recalca en negrita que no es un prostíbulo. Me he apuntado la dirección y he decidido acercarme. Aún es temprano. Voy a darme una ducha para hacer tiempo. Cuando el niño se levante de su siesta se irán a dar su paseo y aprovecharé para ir. No me gusta mucho la idea porque en este tiempo oscurece demasiado pronto y la niñera no estará mucho tiempo fuera.*

Estoy terminando de escribir en mi diario cuando me doy cuenta de que hay demasiado silencio en casa. Miro el reloj de la cocina y compruebo que se me ha hecho tarde. Me doy una ducha rápida antes de que vuelvan y me pillen aquí todavía. Estoy un poco nerviosa porque no sé qué me voy a encontrar, pero, por otro lado, me siento ansiosa. Creo que me están dando taquicardias. Intento relajarme haciendo las respiraciones que me enseñaron en las clases de preparación al parto. Con sigilo, salgo de mi casa y tomo el taxi que aguarda en la puerta. Tras sentarme e indicarle al taxista la dirección, miro por la ventana deseosa y excitada ante la idea de que quizá me dirija hacia lo que espero sea mi nuevo futuro. Un futuro plagado de placer.

Al llegar a nuestro destino, pago al taxista y, cuando me dispongo a bajar, este me dice con una voz extraña que denota inquietud:

—¿Quiere que la espere, señora?

Le miro vacilante con ese “señora” atragantándose en mi garganta. Odio esa palabra que me envejece con solo oírla. Niego con la cabeza agradeciéndole entre dientes su preocupación. Me aparto de la carretera mientras compruebo la dirección que indicaba el anuncio. Se trata de una casa alejada de todo. Si no estuviera segura de que necesito hacer esto, saldría corriendo despavorida. Cuando dejo de escuchar el sonido del taxi alejarse, me doy cuenta de que, en realidad, estoy aterrada. El silencio y la penumbra

del atardecer lo invaden todo. Pongo la mente en blanco, pensando que todo estará bien. Camino despacio hacia la verja acomodando la ropa en su sitio y tranquilizándome un poco con ese simple gesto que me recuerda lo estupenda que voy. Me he puesto un vestido negro bastante ajustado, con el que intento disimular las deformidades que ha sufrido mi cuerpo tras el embarazo y unos taconazos negros con medias de liga, por lo que pudiera surgir.

Me tranquiliza encontrar la verja entreabierta, la traspaso y recorro una pequeña senda que desemboca en un portón. Descubro que está encajado, así que lo empujo y entro con paso decidido. Todo me ha parecido, hasta ahora, bastante siniestro. Ya que hay poca iluminación en el exterior. Cuando por fin me introduzco en la sala, descubro que parece lo que imaginaba que sería un lugar de encuentro y no algo lúgubre como sospeché al bajar del taxi. Percibo que todo está muy tranquilo. Demasiado, diría yo. Me esperaba otra cosa. Es lo que tiene ver porno, que piensas que todo es como en las películas.

Al fondo hay un grupo de hombres sentados en taburetes junto a una barra de bar. Una chica, ligerita de ropa, coquetea con ellos. El barman me invita con la mano para que me acerque a él. Con paso firme, marcando cada pisada y moviendo mi cuerpo de forma sugerente, pongo rumbo hacia un hombre que está apoyado en la barra y que me ha dejado muda. Es guapísimo. Lleva el pelo despeinado y una barba de tres días que deja entrever una boca de labios carnosos. ¡Uf! ¡Vaya hombre! Con solo mirarlo me he excitado al momento. Lo mejor son sus ojos, los cuales descubro cuando se acerca para hablarme, son de un verde esmeralda que enmarcan una mirada que me impacta.

Sin ambages le cuento que descubrí un anuncio en el periódico y que por eso estoy aquí. Aunque no tengo muy claro en qué consiste ni cómo funciona. El apuesto chico, que resulta ser la persona encargada de las relaciones públicas, toma de la barra una especie de formulario y me explica que tengo que rellenarlo con mis datos. Aclara que es totalmente confidencial y que solo recogen la información para cubrirse las espaldas ante cualquier imprevisto que pudiera surgir de cara al futuro. Le da la vuelta al papel y me muestra un detallado cuestionario en el que debo ir marcando cuáles son mis preferencias sexuales. Por último, me informa que hay que pagar una cuota para poder entrar, la cual cubriría dos copas y el derecho a poder usar las instalaciones previa reserva. Todo lo que suceda en su local se queda allí. Tanto hombres como mujeres pueden acercarse y tantear si quieren estar juntos o no. No hay reglas, no hay normas: solo respeto y, por supuesto, si alguien dice “no” se

debe parar de inmediato. El resto es cosa mía.

—¿Qué quieres beber, preciosa? —inquire tras finalizar su explicación, con un acento que no logro distinguir—. Invita la casa. Hoy es de prueba, si te gusta y decides volver, me traes el formulario relleno con tu DNI para comprobar los datos, y entonces entrarás a formar parte de nuestra familia. Te aseguro que encontrarás lo que necesitas, monada. Se ve a leguas que buscas algo diferente —concluye mientras me mira de arriba abajo hasta que centra su mirada en mis ojos, esperando una respuesta.

—Mmm... Un ron con cola, por favor. —Se da la vuelta y le pide al camarero que me ponga lo que he pedido.

Me quedo pensativa, mirando alrededor. Todo esto me parece perfecto. Nunca había estado en un sitio así, y me sorprende que en estos tiempos sea posible, que exista siquiera. Sobre todo, teniendo en cuenta que me miraron con mala cara cuando intenté alquilar porno. Ese recuerdo me da el impulso definitivo para empezar a rellenar la ficha. Saco el dinero de mi bolso y pago la cantidad que indica.

Ya más relajada, me recuesto en el taburete y tomo mi copa entre las manos. Permanezco unos momentos absorta en lo que me rodea, repasando la decoración del enorme salón: hay una lámpara de cristal con forma de araña que cuelga del techo, grandiosa, imponiéndose sobre el centro de la barra circular. Rodeando esta, descubro varios sofás de aspecto cómodo con pequeñas mesas auxiliares a los lados. Parece que el propietario quiere que el personal de la barra esté pendiente de lo que sucede a su alrededor.

En medio del decorado, vislumbro la figura de un hombre alto e impresionante que se acerca. Se le nota nervioso. Por la forma de mirarme, diría que lo suyo es una mezcla entre deseo y miedo. Intenta aparentar seguridad, pero su cuerpo transmite que está hecho un flan.

—¡Hola! Mi nombre es Julián y ¿tú eres? —se presenta mientras se aproxima más a mí para plantarme dos besos en las mejillas.

Pongo la mano en su pecho, deteniendo con ese gesto su acercamiento, y niego con la cabeza. Su expresión muestra que no entiende mi reacción. Entonces me quito un zapato, levanto la pierna y le ofrezco el pie. De modo que pueda ver la liga de las medias. Sonríe y deposita un beso muy caliente en cada dedo, mientras con sus manos me masajea el gemelo. Al notar su

contacto, algo nuevo se despierta dentro de mí.

—Me llamo Luisa. Y me encantaría que te pusieras de rodillas y me suplicaras que te follara, para después atarte y hacer contigo lo que se me ocurra. ¿Estás dispuesto?

## Capítulo 2

*Contigo y sin ti sigo soñando que un día...*

*Aunque creo que mi gran error ha sido creer que eras real.*

*Torrancek*

¡Pum! ¡Pum! ¡Pum!

Unos golpes que no consigo identificar me sacan de este estado de letargo en el que me he sumergido. Cojo el vaso sin hacerles ni caso. Seguramente será el vecino quejándose para que quite la música. ¡Qué pesado! ¡Joder...! No le dejan a uno siquiera compadecerse de sí mismo en paz.

¡Pum! ¡Pum! ¡Pum!

Otra vez los malditos golpes. Agudizo el oído, buscando su procedencia y creo que provienen de la puerta. Me levanto del sofá bastante cabreado. Como sea el vecino, me lo como aquí mismo. ¡Se va a enterar! Abro la puerta con toda la rabia que llevo dentro y me quedo en el sitio, impactado. La última persona que esperaba encontrar en el rellano era a: mi amigo Mario.

Me observa con cara seria. Siento que quiere echarme una bronca de esas que hacen historia. Se cruza de brazos esperando una explicación por mi parte o una invitación a entrar. No tengo nada claro y menos el motivo que le ha traído a mi casa.

Nos hicimos amigos de una manera muy curiosa. Cuando María me dejó, me refugié en la bebida. Iba a bares de mala muerte para ahogar mis penas en alcohol, ya que por mi trabajo no podía visitar ninguno de los que había captado como clientes. Un día encontré, por casualidad, el de Mario. Yo ya estaba bastante borracho y, al pedirle una copa al barman, este se negó a servírmela. Pero, en su lugar, me puso un café bien cargado y me instó a contarle lo que me pasaba.

No sé por qué, pero le expliqué con todo lujo de detalles que mi novia me había dejado por otro, después de haberle abierto mi corazón. Lo cierto es que estaba hecho polvo. También le confesé que mi vida había sido una tortura desde mi nacimiento y que estaba hasta los huevos de todo. Necesitaba desconectar y la bebida me permitía no pensar. Había descubierto el mejor calmante para el corazón y, por nada del mundo, pensaba dejarlo.

Pese a mi semi estado de embriaguez recuerdo que me dio buenos consejos. Y, a partir de entonces, me habitué a ir allí para tomar unas copas siempre que podía. Me acostumbré a desahogarme con él. Por aquel tiempo mis negocios iban como mi vida sentimental, de culo. Tras varias visitas, nos hicimos confidentes y amigos. Mario me enseñó algunos trucos para ligar, pero sobre todo para conseguir que la tía de turno no se enganchara. Me recomendó que no las llevara nunca a mi casa ni les permitiese saber nada de mi vida personal, ni siquiera si tenía coche o moto. Todo un descubrimiento que me ha traído hasta donde estoy hoy.

—¡Tío! ¿Qué haces tú aquí? —le pregunto bastante sorprendido cuando consigo salir del trance de verlo frente a mí. Y es que nadie sabe dónde vivo, ni siquiera él.

—He venido a buscarte en persona porque no respondes a mis llamadas, llevas días sin aparecer por el bar y tampoco has ido a trabajar —me regaña como si se creyese mi padre.

—¿Y quién te ha pedido que vengas? ¿Para qué? ¿Se puede saber por qué cojones me miras así? —le cuestiono de forma bastante grosera porque me está mirando con cara de asco.

—¡Porque apestas! ¡Joder! ¿Desde cuándo no te duchas? Y... ¿Qué coño has estado haciendo estos días, machacártela? —indaga con ironía.

—Pues sí, llevo días así. Huelo mal y no me he duchado. ¿Pasa algo? —respondo bastante furioso por el cariz que va tomando la conversación.

Me aparta con cierta brusquedad y entra sin pedir permiso en mi casa. Empieza a curiosear a un lado y otro con cara de disgusto.

—¿Tú no limpias? Esto es una pocilga... —me dice mientras camina hasta el salón.

Mi piso no es gran cosa, pero a mí me basta y me sobra. Y lo más importante: es mío, en propiedad, no del banco. Tiene una cocina americana que conecta con el salón y le da mucha amplitud al espacio. Tuve que tirar varias paredes para dejarla a mi gusto. Esto de la decoración me llena y me gusta, es algo que me relaja además del sexo.

—¿La has decorado tú? —insiste frente a la ausencia de respuesta a su pregunta anterior.

Cierro la puerta aguantándome las ganas de echarlo a patadas por ese tonito tan desquiciante que está poniendo. Respiro hondo buscando algo de tranquilidad, aunque no lo consigo. Me doy la vuelta y le pregunto con los brazos en jarras: —¿Puedo saber cómo cojones sabes dónde vivo? Y, lo más importante, te lo repito por si no te has enterado a la primera: ¿qué cojones haces aquí?!

Él me mira con una expresión fingida, como si le hubiesen dolido mis palabras.

—Me tenías preocupado, macho. Me he acostumbrado a tu presencia en mi bar y me ha extrañado no verte por allí. ¿Por qué estás así? ¿Qué ha pasado? —suelta de sopetón.

En su mirada puedo ver que está muy preocupado por mí. Mario me hace un tercer grado que me deja exhausto. Le cuento todo lo sucedido en estos días con Caroba y lejos de regañarme me aconseja que luche por ella. Insiste en que salga de este bucle de autodestrucción en el que me he metido y me insta a que vaya a ver a un psicólogo. También se preocupa por mi situación económica y le explico que no es problema; tengo el dinero que me dejó mi padre en un fondo que me da bastantes intereses y dinero ahorrado para vivir cómodamente seis meses sin trabajar. Además, he pedido unos días libres y como no tengo obligación de ir presencialmente tampoco van a darse cuenta si hago o no.

Antes de marcharse se gira y me informa de que en cuanto llegue al bar me enviará el contacto de una psicóloga que tiene muy buenas referencias. Se ha puesto tan pesado con el tema que le he tenido que prometer que la llamaré. Por supuesto, antes de irse me ha soltado una frasecita de las suyas: «Un amigo nunca te dice lo que quieres escuchar, te dice la verdad y lo que cree, es mejor para ti. ¡Recuérdalo!».

Al cerrar la puerta, no puedo evitar que me vengan de nuevo a la cabeza todas las cagadas que cometí con Caroba. Espero que se me pase pronto. Me sirvo un whisky y sopeso cuánto ha cambiado mi vida desde que tengo uso de razón. En realidad, siempre ha sido un desastre, y aquella fortaleza que creí encontrar tras lo ocurrido con María... se está viniendo abajo por completo. De un sorbo me tomo el contenido del vaso y me acuesto. Necesito replantearme mi vida.

Me despierto sobresaltado al oír unos murmullos en algún lugar de mi casa. Me levanto como puedo. Aún me encuentro algo mareado por los excesos cometidos. Intento dirigirme hacia el runrún de las voces que me conducen hasta el salón. Cuando llego, me quedo parado en la puerta y observo lo que sucede a mi alrededor. No puedo creer lo que estoy viendo: varias personas, ocultas detrás de extrañas máscaras, casi desnudas, llevan como una única prenda... los zapatos. Están tocándose y disfrutando de sus cuerpos.

Al fondo veo unas manos que me saludan. Creo reconocer a Mario y... ¿Lola? ¿Qué hace ella aquí? La recuerdo muy bien, es la chica que me follé como desahogo, tras mis primeros intentos de conquistar a Caroba. Mientras respondo al saludo con un movimiento de cabeza, noto que alguien me roza el hombro. Ese olor... Me pongo rígido y duro al instante mientras voy girándome para encontrarme de frente con... No hay lugar a dudas, puedo distinguir sus inconfundibles ojos color miel a través de la máscara, los reconocería en cualquier parte.

¿Qué hace ella aquí, en mi casa? ¡Mi diosa del sexo!

Recorro con la mirada su cuerpo tan curvado y perfecto, su piel con ese tono rosáceo que me incita a devorarla. Mmm... La recuerdo tan suave bajo mis dedos...

Un hombre que intuyo debe de ser Ewan, por lo que recuerdo de él, la rodea por la cintura besándole el cuello mientras me dirige una mirada lasciva. Ella no deja de observarme, incluso cuando ese hombre le acaricia los pechos, y de su boca escapa un gemido que se va directo a mi entrepierna.

Me aproximo, cauteloso. Quiero tocarla, necesito hacerlo. Entonces Ewan hace un gesto afirmativo con el que me da permiso para que entre en el juego. Con manos temblorosas, le acaricio la cara y la beso, con ansia, con rudeza, con todo el amor que siento por ella.

¡Dios! ¡Qué bien sabe! Nuestras lenguas juegan al compás, saboreando el momento. Ewan empieza a bajar sus manos y aprovecho para tocarle los pechos a Caroba. Esos pechos firmes que tanto me gustan.

¡Mmm! Al notar mi gemido en su boca, ella me la acaricia introduciendo su mano en el pantalón del pijama a la vez que, con habilidad, se deshace del resto de mi ropa. Ewan le eleva el trasero, provocando que Caroba se eleve

más hacia mí.

Recuerdo cómo le gustaba que le introdujera mi miembro en su trasero. Cómo se estremecía de gozo cuando la embestía con fuerza. Pienso en ello mientras meto dos dedos en su vagina y la noto tan húmeda que casi me corro. En ese momento, Ewan la agarra de la cintura y la penetra por detrás. Por la expresión de Caroba, sé que le ha gustado, y que quiere más. Le cojo una pierna para facilitarme la entrada y siento como mi glande se abre paso en su interior, suscitando que mi cuerpo tiemble con su contacto.

¡Ah...! Esto es el paraíso. ¡Cómo la echaba de menos! Nuestros movimientos son acompasados, los tres disfrutamos de la situación. Alzo la mirada para deleitarme con la expresión de Caroba cuando llegue al orgasmo y... me quedo helado. Un latigazo frío me recorre el cuerpo desde la cabeza a la entrepierna y me deja casi sin respiración: lo que encuentro es la mirada gélida de mi madre, su sonrisa hipócrita y sus manos, que me agarran por los hombros. Me asfixio, joder, no puedo respirar. No es posible que esto esté ocurriendo.

A duras penas me incorporo, sobresaltado. Silencio. Miro alrededor y estoy en mi cuarto, solo. Todo ha sido un sueño, una puta pesadilla. Me froto los ojos para ver si consigo borrar esa imagen. Me levanto con premura de la cama y paseo por la casa comprobando que no hay nadie, que todo está tranquilo. No ha sido real. Decido que todo esto ha llegado a su fin. Hacía mucho tiempo que no tenía pesadillas de este tipo, y que me haya vuelto a ocurrir solo puede significar una cosa: se acabó. Tengo que recuperar lo poco que aún queda de mí mismo.

En ese instante, en el que estoy lamiéndome las heridas, suena mi teléfono. Lo cojo al momento no sin antes mirar la pantalla: es Marta, la psicóloga. ¡Joder! ¡Qué casualidad! Esto debe ser una señal para que retome las riendas de mi vida. Nada más descolgar me explica que se le acaba de caer un paciente y que podría atenderme en media hora. Me pide disculpas por las prisas y sin pensármelo dos veces le confirmo que allí estaré. Creo que necesito exteriorizar todo lo que llevo dentro. Tras la muerte de mi padre, no he conseguido salir del todo a flote. Los recuerdos de lo que pasó en esa casa... lo que vi... lo que viví en ella... Tengo la sensación de que ese pasado me dirige en todas las decisiones que he tomado hasta hoy, y que me estoy

agarrando a un clavo ardiendo todo el tiempo.

## Capítulo 3

*Confiar en ti mismo no garantiza el éxito,  
pero no hacerlo garantiza el fracaso.*

*Albert Bandura*

Miro la dirección que me ha indicado Marta, buscando no haberme equivocado. ¡Vaya con la psicóloga! Es un complejo de apartamentos realmente elitista. No parece que aquí se pase consulta. Debe irle muy bien para permitirse un sitio como este. Con determinación, llamo al timbre, aunque necesito un minuto para convencerme de que estoy haciendo lo correcto. Al abrirse la puerta, me encuentro con una mujer ciertamente atractiva: tiene el pelo castaño, largo y rizado, y viste de manera informal. No sé qué esperaba de una psicóloga, pero desde luego no esto. Tiene una mirada que impone respeto y a la vez me excita. ¡No! Me regaño. No te escudes en el sexo otra vez.

—Pasa, por favor —me pide, haciéndose a un lado para facilitarme la entrada—. Siéntate y en un minuto estoy contigo.

Tomo asiento en un sofá muy cómodo y cojo una revista de la mesita de centro. Todo es muy acogedor. Me encuentro a gusto, y eso es raro en mí. No sé el tiempo que llevo hojeando la revista cuando un chico alto y fornido abre la puerta por donde había desaparecido minutos antes la buenorra de la psicóloga.

—Tómate la valeriana como te he comentado y vuelve en dos semanas. Por favor, recuerda anotar lo que te he pedido. —Va informando al chico mientras se dirigen a la puerta.

Entonces se vuelve y me observa durante unos instantes que se me hacen eternos. Me pongo en pie para no sentirme inferior ya que su atenta mirada me intimida un poco.

—Bueno, ya estoy contigo —me dice, por fin, invitándome con un gesto a seguirla a su despacho—. Toma asiento y cuéntame el motivo de tu llamada.

—No sé por dónde empezar —le aclaro—. Estoy aquí porque no consigo levantar cabeza. Mi vida ha sido y sigue siendo una mierda. Me cuesta abrirme a las personas y siento que no puedo controlar mis ganas de perderme en un

sueño profundo.

—Vamos por partes. Voy a abrirte una ficha y empezaremos por conocer cuál es la razón principal por la que has decidido venir a verme, ¿te parece? —me informa a la vez que prepara una carpeta que contiene varios folios en blanco.

Me quedo atontado observándola. Es realmente atractiva, un poco ancha de caderas, pero con buen cuerpo. Bastante “follable”, como diría Mario. La miro a los ojos, muy bonitos también, de un color avellana intenso. Labios carnosos y mejillas sonrosadas. Aunque lo mejor es su piel, parece de estar hecha de porcelana. Cuando me doy cuenta de que la observo con lascivia, rectifico la dirección de mi mirada y la bajo hacia mis manos. Tengo que quitarme esos pensamientos de la cabeza. «¡Es mi psicóloga!», me reprocho.

A continuación, le digo mi nombre completo, mi fecha y lugar de nacimiento y el resto de los datos que me va solicitando. Me pregunta si he tomado drogas y si alguna vez he perdido el conocimiento por su causa.

Tras mi respuesta afirmativa, me pide que me haga una analítica completa para descartar cualquier tipo de enfermedad y me pasa un cuestionario que tardo, al menos, diez minutos en rellenar.

Marta empieza a elaborar un árbol genealógico con los datos que le voy dando. Todo esto me parece una chorrada, y sin embargo hago el intento de centrarme en sus preguntas y responderle con sinceridad. Toma notas de todo lo que le digo en un cuaderno. Me tiende un folio y me pide, sin mirarme, que dibuje un árbol. ¿Qué coño de información va a sacar de un árbol? Le pregunto cómo lo dibujo y me aclara que lo haga sin pensar mucho, ya que solo necesita observar la forma en que lo pinto. De nuevo me autoconvenzo de que esto es algo positivo y le hago caso sin rechistar.

Tras media hora larga entre cuestionarios y demás, se queda pensativa mirando a ninguna parte y dándose suaves golpes con el bolígrafo en el labio inferior.

¡Joder! Me estoy poniendo cachondo solo de mirar esos labios carnosos. Muevo la cabeza intentando apartar de mí esos pensamientos. ¿Podré estar algún día con una mujer y no verla como un desahogo? ¡Ufff! Me está costando mantener a raya las ganas de empotrarla contra la pared.

—Estoy pensando que la hipnosis puede sernos de gran ayuda en tu caso.

Tienes demasiado guardado dentro y, en condiciones normales, te negarías a narrarme lo que haya sucedido en tu pasado —me explica. Se gira levemente, abre un cajón de su escritorio y busca algo muy concretada—. Aquí está. —Extrae un papel y me lo ofrece. Lo leo con atención:

«La hipnosis es un estado de focalización sensorial en el que la persona está concentrada en sus vivencias internas», explica a EFEsalud esta especialista. No entiendo nada. Sigo leyendo porque no sé de qué va todo esto.

Agrega que una persona bajo hipnosis «puede enfocar su atención en un pensamiento, recuerdo, sentimiento o sensación, logrando, si así lo desea, modificar sus percepciones, comportamientos y emociones» en un estado de «relajación profunda psíquica y física». El proceso consta de varias fases: inducción al trance, profundización, intervención y vuelta al estado de vigilia. ¿Me está ofreciendo la hipnosis como terapia? Si ella cree que es la única opción...

—Haz lo que creas que sea más beneficioso en mi caso. No voy a meterme en qué método es mejor o peor. Lo único que quiero es que desaparezcan las pesadillas y, sobre todo, poder vivir en paz —le insisto, devolviéndole el cuestionario ya cumplimentado.

—De acuerdo. Cuéntame primero por qué has venido ahora y no antes. Necesito saber por dónde empezar —indaga entretanto sigue apuntando en otra de las hojas que tiene sobre su escritorio. No logro distinguir qué es lo que escribe, pero, sin saber por qué, me tranquiliza que tome notas de todo. Me da la confianza que necesitaba para saber que estoy haciendo lo correcto.

Salgo de la consulta bastante animado. Después de descubrir que el culpable de mi malestar es el amor, me siento más liviano como si me hubiera quitado un peso de encima que me asfixiaba y no me permitía avanzar. Miro la hora y llamo a Mario al comprobar que seguramente estará ya tras la barra. Le cuento de dónde acabo de salir y, muy por encima, lo sucedido durante la consulta. Le informo que me voy a pasar por su bar a cobrarme las botellas que me ha tirado a la basura. Suelta una gran carcajada, demasiado larga para mi gusto, y tras reírse a mi costa, me invita a acercarme. No sin antes aclararme que no me va a cobrar nada siempre y cuando yo sea capaz de controlar mi consumo de alcohol. Denotando que es un buen amigo y se preocupa por mí. También deja caer, como quien no quiere la cosa, que Lola

está allí y ha preguntado por mí.

Me monto en el coche recordando todo lo que le he contado a Marta. Es increíble cómo ha cambiado todo en apenas un mes.

Yo, que me daba golpes en el pecho gritando a los cuatro vientos que las mujeres solo sirven para follar. Y mírame ahora, deseando que Caroba rompa con su novio y vuelva conmigo. Mírame ahora, yendo a un loquero. Y, sobre todo, mírame ahora... ¡hablando solo! Dejo caer la cabeza en el volante, golpeándolo en señal de rendición.

Pasados unos segundos, me incorporo y enciendo la radio para animarme un poco. La música es lo único que me consuela. Suena la canción Vuela corazón, de DaSoul<sup>3</sup>. Eso es lo que tendría que hacer, dejar volar mi corazón. Debo mantener la mente fría y recuperar mi talante. La muerte de mi padre y lo que vivió junto a mi madre me demostraron que el amor daña, que es algo que destruye a las personas, que las consume. Por agradar a tu pareja te conviertes en algo que no eres. Incluso puedes llegar a hacer cosas con las que es muy probable que no estés de acuerdo, y hasta a convencerte de que, al fin y al cabo, las haces por amor.

Entro en el bar y de inmediato veo a Lola al fondo, mirando hacia donde me encuentro. Le sonrío y me devuelve el gesto. Una sonrisa preciosa la suya, lástima que ella no haga que mi corazón revolotee. ¡No! Tengo que dejarme de pensamientos ñoños y recuperar mi coraza para no volver a quitármela nunca más. Me dirijo a la barra donde me encuentro con un Mario sonriente, esperándome.

—¡Qué bien te veo, chaval! Parece mentira que seas el mismo que encontré el otro día en tu casa. ¿Qué quieres tomar? ¡Invita la casa! —Su tono es absolutamente guasón.

—¡Por supuesto que me vas a invitar! ¡Aún no puedo creerme que tiraras todo mi alcohol! ¡¡Podrías haber cogido las botellas y esconderlas sin más!! —le digo alzando la voz en la última frase, haciéndome el indignado por su forma de actuar—. Y ahora en serio, ¡gracias!

Como es costumbre desde que nos conocimos, levanto la mano para que me la choque, y ese gesto provoca que una sonrisa sincera aflore en su rostro. Choca los cinco y me agarra la mano, apretándola.

—Me alegra ver que estás mejor. Me habías asustado, y eso es difícil, yo no le tengo miedo ni a la soledad. ¿Cómo estás? ¿Qué tal con la psicóloga?

—Bien y bien. —Sonríó sabiendo que esa respuesta no será suficiente para él. Cuando se dispone a continuar, le corto—. La verdad es que al principio he tenido mis dudas sobre ella que, por cierto, está que te cagas de buena. No me habías dicho que era un bombón de tía. ¿Te la has tirado? He tenido que hacer acopio de toda mi fuerza de voluntad para no follármela sobre su escritorio. —Nos reímos juntos, recuperando la complicidad. Mario niega con la cabeza y va sirviendo las copas. No quiero mostrarle que estoy jodido. Así que voy a intentar gastarle las típicas bromas tan usuales entre nosotros, aunque la realidad sea otra. Hago acopio de sus consejos de tipo duro y prosigo—: Pero luego, cuando he conseguido controlar al animal que llevo dentro, debo reconocer que me ha parecido bastante profesional. Aunque haya tenido que rellenar más papeles que en toda mi vida. ¡Hasta me ha hecho pintar un árbol! No dudo que todo eso sirva para algo, pero está claro que escapa a mi comprensión. Hemos quedado otra vez para ahondar más en mis problemas, y hasta ahí te voy a contar. Por cierto, ¿tienes algo serio con Lola? ¿O me la puedo follar? —concluyo esbozando mi mejor sonrisa.

—Toda tuya —responde mientras mira hacia donde está ella—. Me ha preguntado en varias ocasiones por ti. Ten cuidado, no sé si está enganchada a tu persona, a tu polla o a tu manera de follar, pero no necesitas ese tipo de complicaciones ahora, ¿vale? —Asiento con la cabeza y me dirijo a la zona de juegos, donde siempre me suelo encontrar con ella. No sé si podré hacerlo, sin embargo, necesito desquitarme esta sensación de asco que llevo dentro. Sé que no debería hacer lo que voy a hacer, no obstante, es la única forma que conozco.

—¡Hola! ¿Has preguntado por mí? —le suelto de forma altanera. Sé que a ella le va ese rollo o, al menos, eso me ha demostrado las otras veces que hemos estado juntos.

—¡Hola! Yo... pues sí. ¿Estás bien? Desde aquel día no te he visto por aquí, y al ver a Mario preocupado y ausente. Entonces he pensado que...

Me acerco a ella como un gazal<sup>4</sup> y, tras acariciarle el rostro, la beso. Pero justo tras el contacto de nuestras lenguas me doy cuenta de que no ha sido una buena idea. Antes tenía un motivo para no besar a las mujeres y ahora tengo otro: no es “ella”. ¡Joder! Tengo que quitármela como sea de la cabeza.

Necesito borrar de un plumazo esos ojos color miel, el sabor de sus labios, su olor... toda ella. Aunque para lograrlo tenga que participar de nuevo en una orgía. Es curioso, porque hasta ese día ni me lo planteé, y ahora no consigo apartarlo de mi pensamiento. Entrelazo mis dedos con los de Lola y, tirando de su mano, me la llevo al almacén sin que ella diga ni haga nada para impedírmelo.

Abro la puerta y le cedo el paso. Me coloco detrás de ella rodeándole la cintura con las manos mientras beso y mordisqueo su cuello. Empiezo a sacarle por la cabeza la camiseta entallada, pero se la dejo a medio camino, sujetándole con ella las muñecas. Coloco mis manos sobre sus pechos, son bastante grandes y se salen de las copas del sujetador con facilidad. Mientras le muerdo el lóbulo de la oreja, le retuerzo los pezones con los dedos. Ella deja caer cabeza y brazos hacia atrás, jadeando de placer. Meto un dedo en su boca y acaricio el pezón de nuevo con el dedo húmedo de ella. Mientras tanto, deslizo hacia abajo la otra mano y comienzo a subirle la falda. Acaricio su sexo por encima de las bragas y noto su flujo. Echo a un lado la tela y meto un dedo en su interior.

—¡Estás empapada! Dime... ¿qué te gustaría que te hiciera? —exclamo en un susurro mientras le meto la lengua en la oreja. Noto el escalofrío que recorre su cuerpo. Le introduzco otro dedo y vuelve a gemir—. ¿Quieres que te folle duro? ¿Te gustaría eso, nena? —Un leve suspiro se escapa de sus labios apenas disfrazando un “sí”. Dicho y hecho: me bajo el pantalón y empalo mi miembro en su trasero—. Te voy a follar por detrás como nunca antes te lo han hecho. Quiero que te corras gritando mi nombre. —Diciendo esto, le meto un dedo ya lubricado por sus fluidos, para ver cómo está.

—¡Mmm! Lo tienes a punto. Uf, este culito tuyo me pone muy cachondo. — La cojo por la cintura y se la introduzco con rapidez.

—¡Ah! ¡Dios! Sigue, por favor, más fuerte —me pide moviendo la cintura hacia delante para que la empale de nuevo.

Busco con la mirada un sitio donde tumbarla y así sentir más. Como puedo la llevo hasta una caja grande que me servirá para los planes que tengo. Le pido que alce las manos, aún atadas con la camiseta, y la acuesto hacia delante sobre su pecho. Entonces comienzo a follármela como un animal mientras la agarro con fuerza por la cadera.

Una idea se me cruza de repente, salgo de ella y un gemido se escapa de entre sus labios, provocando que me la ponga más dura todavía. La giro y, asiéndola de la cintura, la subo encima de la improvisada mesa, instándola a que se recueste hacia atrás y deje los brazos caer por encima de la cabeza. Levanto sus piernas y me las coloco sobre los hombros. Aprovecho la cercanía para darle un lametón.

Bajo sus caderas hasta que queda en posición de poder embestirla de nuevo. ¡Joder! Veo su clítoris hinchado a mi disposición. Comienzo por acariciarlo en círculos con el pulgar al tiempo que introduzco otro dedo para empaparme de sus fluidos. Noto cómo me lo aprieta, siento sus gemidos mientras se mueve a mi compás.

—¿Te gusta? ¿Más fuerte? —jadeo y empiezo a embestir con mayor energía.

—¡Sí! ¡¡Más fuerte!! —grita. Tiene que agarrarse como puede a la caja para no caerse.

Le meto un dedo más y con la otra mano le sujeto la cadera. Noto cómo me sube un calor por la espalda...

—¡Nena, me voy! ¡Córrete conmigo! —Me aprieta los dedos, y me corro de una forma brutal, embistiendo con más fuerza si cabe, consiguiendo que ella también lo haga mientras grita mi nombre. Ha sido bestial.

Lola se incorpora con una sonrisa de satisfacción y la cara iluminada por el deseo. La miro y no me gusta lo que veo.

—No te enamores de mí. Esto es solo sexo; muy bueno, por cierto —le suelto con sequedad.

Ella me mira con un haz de luz sombría y asiente mientras se recoloca el sujetador.

Me aparto y voy en busca de algo para limpiarnos. Con sumo cuidado le seco los restos que le quedan entre las piernas. La ayudo con la camiseta y, mientras ella se coloca el pelo, procedo a limpiarme y me recompongo un poco yo mismo. Recojo todo y, tras darle un suave beso en la cabeza, la dejo sin decir nada más. Un extraño sentimiento de culpa me recorre el cuerpo. Intento apartarlo, convencido de que yo no he hecho nada malo. He sido sincero con ella; solo sexo, nada más.

Salgo del almacén y voy hacia la barra. Allí sigue mi chupito. Me lo bebo de un trago bajo la mirada interrogante de Mario. No tengo ganas de hablar. No quiero explicarle que me siento un miserable y que no debería haber entrado ahí. Meneo la cabeza de un lado a otro y, con un gesto, le digo adiós. Al mismo tiempo que escucho la puerta del almacén cerrarse a mis espaldas. Sabiendo lo que me voy a encontrar, me vuelvo y, como vaticiné, veo a Lola con lágrimas en los ojos, corroborando que esto ha sido un puto error.

Sin decir una palabra salgo del bar mosqueado conmigo mismo. Me monto en el coche con un solo pensamiento: necesito una orgía. Sexo por sexo con la única sensación de que es sexo. Sin sentimientos. Sin enamoramientos. Necesito utilizarlo como escalón de luto por el amor no correspondido de Caroba.

## Capítulo 4

*La curiosa paradoja es que,  
cuando me acepto a mí mismo,  
puedo cambiar.  
Carl Rogers*

Mientras voy conduciendo, me maldigo por ser tan estúpido. ¿Cuál era el lema? No repetir si intentan buscarme. Ese debería ser mi mantra. Mario me lo repitió en incontables ocasiones. Tiene que ser una señal que no nos debería dejar indiferentes.

«¿Si intenta darte su número de teléfono? Pierdes el papel y bajo ningún concepto la llamas».

«¿Si se ofrece para llevarte a casa? No aceptas».

«¿Si pone mirada de enamorada después del polvo? Le aclaras que esto es solo sexo».

«¿Si te busca a través de los amigos? Huyes».

Recuerdo todos y cada uno de los consejos que un día de borrachera me enumeró Mario. Fue como una revelación, tendría que existir un libro donde figurasen todas esas reglas.

Agarro el teléfono y le envío un WhatsApp a Óscar preguntándole si hay algo de juerga hoy. ¡Quizás encuentre lo que busco en un sitio así! De todas formas, creo que es la única opción que tengo. Necesito buscar algo a lo que agarrarme. Algo que me satisfaga, aunque solo sea por fuera. No tarda en responderme con una ubicación. Este tío es la caña, no ha habido ni una vez que le haya pedido algo y me haya dicho que no. Es lo único bueno que puedo sacar de la fatídica noche en que Caroba me dejó.

Caroba. Caroba. ¿Cuándo podré dejar de pensar en ella?

Abro la ubicación y sigo las instrucciones. Estoy entrando en una zona de Sevilla demasiado pija para lo que llevaba en mente. Me sorprende al adentrarme por unas calles especialmente lujosas, repletas de mansiones a un lado y otro. Quizás exagero, pero son impresionantes. El GPS del teléfono me indica que he llegado a mi destino. Aparco el coche sin problema y camino

hacia la dirección indicada. Subo unos escalones y golpeo en la puerta, tiene uno de esos tiradores antiguos. Al instante, sale una chica rubia muy guapa que me saluda con efusividad y me invita a entrar. Me sugiere que deje la ropa en la habitación que queda a mi derecha y me dice con una sonrisa que, al fondo, en el salón, está la diversión. Por último, me entrega una bolsita de papel y se marcha, danzarina. No me ha preguntado quién soy, ni quién me invita... Supongo que eso no importa.

Entro en la habitación y encima de la cama veo bastante ropa, muy bien colocada en montoncitos. Me sorprende el orden y la limpieza. Me desnudo y coloco mis prendas de la misma forma. Miro en el interior de la bolsa y veo una especie de pulsera con condones, un látigo y varios utensilios para nuestro deleite. ¡Qué organización! Le tengo que preguntar a Óscar cómo consigue acceder a estas fiestas.

Me dirijo hacia el salón que ha mencionado antes la chica. Al abrir la puerta no doy crédito a lo que veo: la sala está dividida en tres partes. En la primera hay una cama redonda donde varias personas se lo están montando indistintamente. Junto a ella, se levanta una cruz de San Andrés de donde cuelga una chica con un cuerpo de escándalo, por lo que puedo distinguir, y varias personas a su alrededor dándole placer. Ella tiene una correa de cuero al cuello y unas cadenas bajan cruzándose entre sus piernas y terminan atadas a sus pies. Al otro lado, un hombre cuelga de un columpio sexual. Por detrás tiene enganchado a otro hombre y por delante a una chica asiática cuya visión me pone de inmediato como una moto. Ella, a la vez que el hombre del columpio se la folla, le está dando satisfacción a otro hombre con la boca y percibo sus gemidos con claridad por encima del resto de sonidos. Esto es lo más sexual que he visto nunca.

Me acerco despacio, tocándomela, sin poder apartar la vista de ese cuerpo de porcelana y melena negra lacia. Cuando me ve, la chica asiática se separa del grupo y se acerca a mí poco a poco, con unos movimientos que me recuerdan a los de una pantera. Me mira con intensidad y empieza a rodearme mientras me roza levemente con una mano; emite un murmullo de lo más sensual, como una gata en celo. Eso me excita aún más. Tomo su mano y la sitúo sobre mi miembro erecto. Ella se relame y se agacha para hacer lo mismo entre mis piernas. A la vez, con una mano me toca los testículos y con la otra me aprieta el culo. Juguetea entre mis nalgas y de una estocada me introduce un dedo. Yo reacciono metiéndosela hasta el fondo de la garganta.

¡Dios! Casi me corro. En ese momento ella se levanta y, cogiéndome de la mano, me lleva hacia el columpio, que se ha quedado vacío. De camino hace una parada en una mesa lateral y me ofrece un chupito. Me lo bebo de un tirón y seguimos nuestro camino. No sé qué me ha dado, pero me está quemando por dentro. Noto cómo todo mi cuerpo arde aún más que antes. Quizá sea un afrodisiaco, que, por supuesto, no me hace ninguna falta.

La bella pantera se sube al columpio con las piernas abiertas y me incita a que la penetre. Me coloco un preservativo y de una embestida la empujo hacia atrás. Se sale y el movimiento del columpio me la devuelve para que la acometa otra vez. ¡Joder! Es alucinante, nunca lo había utilizado y ahora me arrepiento. Tras varios embates más, se le acerca un hombre por detrás y comienza a sobarle los pechos, reteniéndola. Entonces me mira y la suelta; su cuerpo vuelve a mí con las piernas bien abiertas, dispuesta a ser taladrada de nuevo. La sujeto un momento para hacer círculos con mis caderas dentro de ella; la noto revolverse. Empiezo a morderle un pezón y le pellizco el otro. ¡Necesito más acción! Sin soltarla, me vuelvo a mirar hacia la cruz de san Andrés, la chica que la ocupaba se está bajando. Rápidamente descuelgo del columpio a mi asiática y la llevo hacia allí. Ella no se queja, no dice nada, acepta mi decisión sin rechistar. El hombre que la sobaba nos sigue con la mirada. La subo a la cruz, de espaldas a mí, le coloco el collar y voy envolviendo la cadena en sus pechos; luego se la paso con delicadeza entre las piernas, jugando un poco con el clítoris. Ella suelta un jadeo que va directo a mi entrepierna. Me agacho para sujetarle los pies y de camino succiono su botón, lo mordisqueo y lo lamo. Mmmm... Toda una delicia. Miro hacia arriba y la veo contemplándome con lascivia. Me incorporo, doy la vuelta a la cruz y, agarrándola por el pelo, la penetro por detrás. Ella jadea moviéndose a mi compás. Le acaricio el clítoris con una mano y con la otra le pellizco el pezón duramente mientras lo retengo sintiendo sus jadeos. El orgasmo me llega sin poder evitarlo. Está tan cerrada que el roce y sus gemidos han provocado que me corra antes de la tercera embestida. Sigo dándole fuerte hasta que noto cómo ella convulsiona y se corre.

Salgo de su interior y aún estoy quitándome el preservativo cuando el mismo hombre de antes me aparta para seguir con ella. Me doy la vuelta buscando algo con lo que seguir la diversión, pero él me invita con la mirada a que lo penetre por detrás a la vez que él lo hace con la chica. Me pongo otro condón y no le hago ascos, aunque la diversión dura muy poco: enseguida noto

que el chico se está corriendo.

Me quito el preservativo y le pido en silencio que me la chupe. Me mira con deseo y se agacha entre mis piernas. Me la coge y se la mete hasta el fondo. ¡Vaya! Nunca me la había chupado un tío, lo hace realmente bien. Succiona y jadea; cuando su garganta reverbera en mi glande me corro en su boca. Me mira con picardía mientras absorbe mi semen hasta la última gota para relamerse los labios después con osadía. ¡Dios! Ha sido brutal, mis piernas temblorosas me indican que no sé si podré continuar mucho más. Tambaleante, voy hacia la mesa y me sirvo otro chupito mientras observo alrededor; noto el alcohol hacer mella en mí.

Me estiro y, haciendo un último esfuerzo, me dirijo hacia la cama redonda dispuesto a darlo todo. Debo aprovechar estar aquí, en esta casa de lujo con esta visión del sexo que me encanta. La sensación de no saber cuándo podré volver me incita a meterme entre dos mujeres que juegan entre ellas y se dan placer. Después de un par de orgasmos más, me retiro y vuelvo a casa. ¡Ha sido colosal!

Con mejor ánimo me dirijo al aparcamiento eufórico por haber encontrado lo que buscaba. Sin embargo, cuando me siento tras el volante me doy cuenta de que me siento saciado sexualmente, aunque dentro de mí no haya nada. Un vacío me invade bajándome a los pies el subidón de adrenalina que llevaba. Sus ojos miel se cristalizan ante mí, recordándome lo que he perdido y nunca podré volver a tener. Debo buscar la manera de encontrar el equilibrio entre estos dos mundos. Quizá mi asiática pueda...

## Capítulo 5

*Antes de que podamos arrepentirnos,  
tenemos que pecar.*

*Rasputín*

## Luisa

Entro en casa con sigilo, se me ha hecho más tarde de lo que pensaba. Menos mal que me llevé ropa en el bolso para cambiarme y no sabrá de dónde vengo. Lo malo va a ser explicarle por qué llego a estas horas y por qué no hay nada para cenar. Dejo el bolso escondido en el cuarto de la lavadora y me dirijo al salón. Manuel está jugando con el niño. Levanta la vista hacia mí.

—¿Dónde has estado? Es muy tarde, estaba preocupado —dice mientras se incorpora para darme un beso. Yo le dejo que me bese en la mejilla.

—De tiendas... Después de mucho dar vueltas no encontré nada de mi gusto. No sabía que tenía que darte el parte de qué hago o dejo de hacer —concluyo, bastante irritada. Sé que así no notara que miento. Aunque en el fondo, estoy molesta por no haber podido llegar más lejos con Julián por culpa de la hora.

—Mujer, no te pongas así, preguntaba por curiosidad. Por supuesto que no tienes que decirme dónde vas. Confío en ti, eso no lo dudes nunca.

Yo sonrío y pienso: «Si él supiera...».

Como cada noche, mientras cenamos, me cuenta su día en el trabajo, ya que poco le tengo que contar yo. Manuel es informático y está intentando implantar las nuevas tecnologías en las empresas de Andalucía. Por lo visto, de aquí a nada todos tendremos ordenadores en casa y podremos navegar por la Red. No sé muy bien qué significa eso, pero tiene buena pinta. Normalmente no le hago mucho caso, cuando habla me traslado lejos con mis pensamientos. Sin embargo, hoy me interesa lo que me explica.

Al sentirme tan frustrada por no haber podido culminar con Julián. Cuando nos vamos a la cama, me pongo mi mejor modelito de lencería, a ver si consigo tener hoy algún orgasmo más y desfogarme un poco. Se me han ocurrido un par de ideas, quizá pueda convencerle para hacer algo diferente.

Cuando entra en el dormitorio después de acostar al niño y asearse, se queda mirándome de arriba abajo y suelta un silbido. Sonrío coqueta y doy la vuelta sobre mí misma para que me mire. Me encanta verle babear por mí.

—¡Desnúdate! —le ordeno. No puedo creerlo, me hace caso, se quita la camiseta y los calzoncillos. Me acerco y ronroneo en su oído al tiempo que le paso la mano de un hombro a otro, arañándole—. ¡Arrodíllate! —vuelvo a

decir con voz de mando.

—¿Qué estás haciendo? Sabes que estos juegos no me gustan —replica, encarándose conmigo. Yo le susurro, arañándole ahora el pecho.

—Manuel, hazlo por mí... Solo una vez, y si no te gusta lo dejamos, ¿vale?

Él asiente con la cabeza y se pone de rodillas.

Cojo un pañuelo que veo en el galán y le tapo los ojos. Se resiste un poco, pero al chuparle el lóbulo de la oreja consigo que deje de protestar. No es así como a mí me gusta, pero me vale. Me quito el tanga, le agarro la cabeza y le pongo mi entrepierna en la cara. Cuando se da cuenta de lo que estoy haciendo, posa su boca y chupa mi clítoris.

—Mmm... —Abro un poco más las piernas y él introduce su lengua en mí. Tiene las manos apoyadas en mi trasero, y en estos momentos no quiero que me toque, solo deseo sentir. Cuando noto que estoy lo suficientemente excitada, le exijo:

—¡Levántate! —De nuevo me sorprende que obedezca sin decir nada. Le pido entonces que se acueste en la cama, boca arriba.

Le ato las manos al cabecero con el tanga y me monto encima de él para cabalgarlo a gusto. Con una mano, le agarro los testículos, así provocho que levante la cadera y me la meta hasta el fondo. Un grito se escapa de mi garganta y repito el movimiento.

¡Dios! Esto es una gozada.

—¡Manuel! Embísteme más fuerte... necesito sentir tu polla dentro de mí —le grito, poseída por el desenfreno y la lujuria.

—Luisa... por Dios... —silabea entre dientes algo escandalizado, pero obedece.

Y así caigo en un orgasmo sublime, no tan bueno como el de esta tarde, pero aceptable.

Me quedo quieta mirando a mi marido que ha consentido a todos mis deseos. Está avergonzado lo veo en su semblante, su cabeza está girada levemente como si buscara no mirarme. Aunque no puede verme, sabe exactamente donde estoy. Suspiro, angustiada por el hecho de que mi marido no sea capaz de darme lo que necesito. Coloco las manos en su duro abdomen,

descabalgo y me dirijo al cuarto de baño. A voz en grito me pide que le desate. Me vuelvo hacia él y le digo que voy a limpiarme, que enseguida estoy de regreso.

En el baño pienso en todo lo que ha ocurrido en el club. Me siento poderosa. Algo dentro de mí se ha despertado, tengo una necesidad imperiosa de dominar a un hombre, de hacer que se rinda a mis pies, que me conceda todo lo que le pida. Mientras me aseo, me vienen a la cabeza imágenes de Julián lamiendo cada dedo de mis pies. Ese hombre con mirada de cielo... Lo recuerdo mirándome mientras me rogaba que entráramos en una habitación. No entiendo cómo un hombre tan bello puede dejarse dominar por una mujer. Menos mal que hemos quedado mañana para satisfacer mis necesidades.

Salgo de la habitación con la intención de volver a correrme, pero Manuel, por su forma pausada de respirar, parece que se ha dormido. Por un momento, siento un poco de culpa. Mi marido me ama y me quiere satisfacer por encima de sí mismo. Le libero del cabecero y le quito el pañuelo de los ojos. Por último, le tapo y le dejo dormir. Me acuesto a su lado, apoyando la cabeza sobre su pecho y, con el sonido de su corazón, me duermo yo también.

Me despierto sobresaltada y excitada; me vienen a la mente imágenes de todo lo ocurrido anoche en el club. Estoy nerviosa solo de pensar que esta tarde volveré. Me paso todo el día pendiente de la hora, deseosa de que llegue el momento de vivir una experiencia que, seguramente, cambiará la visión que tengo del sexo. Me arreglo con mimo y pido un taxi que me llevará a mi tan deseado destino: ser una dominatriz.

Al bajar del taxi, compruebo que el lugar sigue pareciendo igual de siniestro que ayer; pero ahora, sabiendo lo que me voy a encontrar, no me asusta, más bien me excita. Nada más entrar, veo a un impaciente Julián esperándome en la barra; mira constantemente su reloj. Debe darse cuenta de que le observo, porque enseguida levanta la vista y sonrío. Se baja del taburete y se dirige hacia mí con la cabeza baja.

—Puedes mirarme —empiezo con sequedad. Lo hace y en silencio me pide que pasemos a la acción. Me acerco a la barra y pido una llave.

El mismo chico de ayer me comunica con una sonrisa que en la habitación roja tengo todo lo que necesito, incluso bebida. También que, si queremos

alguna cosa en especial, que se lo diga. Niego con un gesto, cogiendo la llave y pidiéndole con la mirada a Julián que me siga. En la habitación hay varios artilugios sexuales, casi no puedo contener las ganas de cogerlo todo y hacer realidad mi fantasía.

Girándome hacia él, le pido con autoridad que se desnude. Lo hace sin protestar. Yo me quito la ropa y me quedo en ropa interior, con los zapatos de tacón puestos.

—Tumbate boca arriba y no te muevas. —Cojo unas pinzas que, según el libro que leí, son para los pezones. Estoy tentada de usar el látigo, pero por lo que sé es peligroso hacerlo indebidamente, y todavía no estoy preparada; quizá la próxima vez.

Me acerco, libidinosa, a Julián, que me mira con deseo. Me subo a horcajadas sobre él y le coloco las pinzas con sumo cuidado. Se revuelve debajo de mí y le abofeteo.

—Te he dicho que no te muevas. ¿Quieres que te castigue? —Mi tono de voz es todo lo duro posible.

—No, mi señora. Perdón —musita.

Sonrío y entonces dejo volar mi imaginación.

Después de más de dos horas de sexo duro y salvaje, regreso a casa satisfecha y de muy buen humor. Mi marido me recibe como siempre: cariñoso, amable y dulce. Y yo le respondo de la misma forma. En la cabeza me ronda la posibilidad de traer a casa a Julián, para que él también disfrute de mis fantasías. Sí. Quizá lo llame y pruebe. Estoy segura de que Manuel no me lo impedirá.

## Capítulo 6

*Los mejores años de tu vida ocurren  
cuando decides tener responsabilidad sobre tus problemas.*

*No culpas por ellos a tu madre,  
a la ecología o al presidente.*

*Te das cuenta de que controlas tu propio destino.*

*Albert Ellis*

Sentado en la sala de espera, miro a mi alrededor bastante nervioso. Siento que algo va a pasar en esta sesión, y tengo la certeza de que no me va a gustar. En ese momento la puerta se abre y sale Marta con, supongo, un paciente. Le habla con amabilidad y le entrega un papel. Estoy tan alterado que no consigo entender lo que dice.

Se vuelve hacia mí y me mira, exactamente igual que la otra vez, pero en esta ocasión me sonrío.

—Vamos dentro —me pide con voz suave, y continúa mientras pasamos y nos acomodamos—. Te veo muy nervioso, David. No tienes por qué estarlo. Es cierto que puedes revivir algo que te está atormentando, algo de tu pasado que provoca que actúes de la forma que me has contado. —Se sienta en su silla pidiéndome con la mano que lo haga frente a ella. Hace una pausa y me mira a los ojos—. Antes de nada, me gustaría explicarte brevemente en qué consiste la hipnosis. El abandono del control es un proceso interesante para la terapia cognitivo-conductual; por eso tiene un interés especial la autohipnosis, es decir, el proceso por el cual se reúnen en la misma persona los dos papeles: hipnotizado e hipnotizador. En ese proceso, el individuo, o sea, tú, tiene total control sobre lo que quiere hacer, pero lo ejecuta de tal manera que su sensación es que no lo hace de forma voluntaria. Me gustaría trabajar el pasado, tu historia personal y familiar; de ahí saldrán sentimientos de rabia que seguramente serán dolorosos. Mi intención es integrarlo con las sesiones para que no continúe haciéndote daño. Después analizaremos el presente y buscaremos juntos metas alcanzables, realistas; con ello lograremos reducir la ansiedad y mejorar tu estado de ánimo. —Me quedo mirándola con cara de bobo y absolutamente enamorado de su inteligencia—. Podría seguir contándote muchísimas cosas positivas sobre la terapia que vamos a utilizar,

pero prefiero que la experimentes primero. ¿Alguna duda al respecto? —inquire ante mi inmovilidad y silencio. Me encuentro en estado de shock. Como no digo nada, continúa—. Tienes que entender que vas a interactuar conmigo durante el proceso hipnótico, vivirás las emociones intensamente. Todo esto te va a ayudar a crear nuevos antídotos para el sufrimiento, incluso podremos elaborar patrones de funcionamiento más acordes con tu felicidad y bienestar. Dicho esto, sígueme. —Se levanta. Yo también. Sin decir una sola palabra, la sigo.

Entramos en una sala pequeña bien iluminada; empiezo a sospechar que la hipnosis poco tiene que ver con el supuesto poder sobrenatural exhibido por los magos de la televisión. Me siento y atiendo a las instrucciones de Marta hasta centrar la atención en una escalera de madera imaginaria. A medida que desciendo por sus peldaños percibo que mi cuerpo aumenta de peso, y como poco a poco se convierte en una estatua de mármol.

Entonces abro una puerta de hierro y entro en la casa de mis padres. Está todo muy oscuro; oigo sonidos extraños, como suspiros. Salgo de mi habitación y me adentro en la oscuridad, en pos de los gemidos que llegan a mis oídos rompiendo el silencio de la noche. Intento no hacer ruido. Asomo la cabeza por el hueco de la puerta del cuarto de mis padres, que está entreabierta. Me quedo horrorizado con lo que veo: mi madre... ¡mi madre está azotando a mi padre! Entonces alguien se acerca a ella y le pide permiso para... ¡Dios! Es otro hombre el que ha cogido el látigo y empieza también a fustigarle.

—¿Mami? —digo casi en un susurro, sin entender lo que está sucediendo.

Mi madre se vuelve hacia mí y me sonríe con la mirada perdida. ¿Por qué? ¿Qué está pasando?

—¿Quieres unirme a la fiesta? —me pregunta, aún sonriendo, mientras se me acerca mirándome como si no fuera yo “su hijo” el que está frente a ella.

Intento salir corriendo, pero el hombre que está junto a ella me lo impide. Mi corazón late a mil por hora. No entiendo nada. Empiezo a llorar porque me está haciendo daño. Levanto la vista y la distingo con la mandíbula apretada, mirando hacia el otro hombre.

—¡Suéltale! Sólo tiene 13 años. ¡Por todos los santos! Mírale... es tu hijo —escucho gritar a mi padre desesperado.

Ella se queda en trance, está como ida. Logro soltarme y salgo corriendo hacia mi cuarto. Me encierro en el armario, como tantas veces he hecho cuando oigo los gritos. Mis padres discuten a menudo y para no oírlos me meto en él con la radio, la enciendo e intento cantar para evadirme. La puerta del armario se abre, asustándome y, ante mí, aparece el hombre que estaba en el dormitorio de mis padres... Me mira... canto... me balanceo con las rodillas apretadas contra el pecho... Me coge en brazos... Lloro, grito, pateo... ¡No, no, no! La garganta me pica. Me falta el aire. Todo se vuelve negro.

Oigo una voz a lo lejos, llamándome. Gritándome que vuelva. Abro los ojos y veo la puerta de hierro. Algo en mi interior me dice que debo regresar a ella, subir la escalera y despertar de un sueño ligero que controlo, en todo momento. No estás allí. Todo eso forma parte del pasado. Parpadeo varias veces, sintiendo la atenta mirada de Marta.

—¿David? —me interpela angustiada—. David ¿estás bien? —Asiento y me incorporo—. No sabía qué hacer, te ibas... —Noto la zozobra en su voz.

—Es... estoy bien, creo. —Me toco el pelo y bebo de la botella de agua que ha debido de dejar Marta para mí.

—¡Dios! ¿Qué ha pasado ahí dentro? ¿Qué te hizo ese hombre? —me pregunta con un hilo de voz apenas audible.

—Mi madre me hizo presenciar muchas escenas como esa. El hombre que estaba con ella quiso iniciarme en el sexo. Creo que mi padre toleraba hacer tríos con ellos para que me dejaran en paz. Nunca pude hablar abiertamente con él de ese tema, pero estoy seguro de que fue un títere en sus manos. —Bebo otro trago y prosigo—. Él la amaba, ¿sabes? Mi padre la amaba por encima de todo, sacrificó su vida por ella. Mi madre era una enferma. Al principio se excusaba con que le gustaba el sexo duro, luego vine yo y eso la trastocó. Creo que tuvo depresión postparto que nunca se trató y eso la derivó a tomar drogas y ha comportarse de esa forma... en el fondo sé que me quería. Tuvo algunos detalles de cariño conmigo, ¿sabes? —sonríe recordando cuando me llevó al parque una vez y me columpió. Cuando jugó conmigo aquella tarde de invierno que mi padre llegó demasiado tarde. Incluso puedo oler el bizcocho que me hizo para mi séptimo cumpleaños. Respiro con profundidad al recordarlo.

—¿Vive? ¿Tu padre está vivo? —Niego con la cabeza, mostrándole esa parte de mí que quiero ocultar, dejándole ver que ojalá siguiera vivo. Marta me observa compungida. Puedo ver la angustia recorrer su cuerpo, incluso se permite dejar escapar de sus ojos, unas lágrimas que reflejan su empatía.

—Mi padre se refugió en el alcohol para poder vivir junto a ella. Habitualmente estaba borracho, aunque conmigo siempre fue cariñoso. —Me levanto y doy vueltas por la habitación—. Cuando él no estaba... mi madre traía hombres a casa. Algunas veces me obligaba a estar allí y, si me negaba, me pegaba y me castigaba en el cuarto oscuro. —La mirada de lástima de Marta me hace daño. No quiero que nadie sienta compasión ni nada parecido por mí.

»Cuando mi madre me encerraba, me ponía a cantar. Al principio lo hacía para no oír lo que sucedía en esa habitación, pero luego me di cuenta de que con las canciones podía expresarme. Por eso ahora, cuando estoy nervioso o dolido por algo, las palabras me salen camufladas en canciones. Es... mi forma de exteriorizar lo que siento.

Marta se levanta y me abraza. Me pongo rígido porque no estoy acostumbrado a esas muestras de cariño, pero me dejo hacer. Siento mi corazón latir a mil por hora. Con ese gesto algo dentro de mí se está despertando. Me separo lo suficiente para observarla. Es muy bonita. La estudio con cuidado, repasando sus facciones, deteniéndome en sus ojos. Por primera vez, no distingo lástima sino admiración. Debo parecerle muy valiente, a pesar de todo. Bajo la vista hasta detenerme en sus labios. Podría... ¿podría construir algo con esta mujer? Sabe mi pasado y no ha sentido asco de mí. En mi interior siento un deseo que no se parece en nada a lo que he sentido hasta ahora. Tengo ganas de besar esa boca que me incita, pero no con lujuria. Es extraño. No sé si ella se da cuenta de mis intenciones porque se despega de mí, de forma abrupta, alejándose a una distancia prudencial. Puedo sentir la tensión, miedo o alguna otra cosa que no logro descifrar.

—Voy... voy a apuntar lo que ha pasado. Y creo... creo que deberías hablar con un colega mío que está más capacitado para tratarte —me dice mientras se dirige presurosa a su mesa.

Está nerviosa, no quiere mirarme a los ojos, está claro que me oculta algo.

—Pero... —intento replicar. Con un gesto de mano me corta y, ahora sí, me mira directamente a los ojos con determinación.

—David, no puedo seguir tratándote —me suelta cual jarro de agua fría—. Discúlpame. No he sido nada profesional. Acabo de involucrarme sentimentalmente, y no sería cabal.

—Estupendo —replico enfadado por la situación.

No entiendo qué ha ocurrido y eso me cabrea. Recojo mi chaqueta y me marcho sin decir adiós. Sin entender qué mierda ha pasado ahí dentro. Seguramente está disgustada y, cuando ha recapitulado en su cabeza lo que he vivido, le ha provocado rechazo. De la misma forma que le sucedió a María el día que se enteró de mi pasado; ese que me persigue para joderme. Estoy asqueado de todo, mi vida es una mierda.

## Capítulo 7

*La auténtica valentía consiste en saber  
que tienes las de perder antes de empezar,  
pero a pesar de ello empiezas.*

*Harper Lee*

Al salir del complejo de apartamentos, bastante amargado por la situación, diviso un bar en la esquina y decido tomarme una copa. La necesito. Al entrar, observo que el local está casi desierto: sólo veo, al fondo una pareja besándose y metiéndose mano en la penumbra. Es el típico bar country de las películas de sobremesa: todo de madera con luces tenues. Sonrío para mí, recordando momentos vividos con Mario. Le pido al camarero una botella de whisky y un vaso. Pago y me dirijo a la zona sombría. Lo sucedido en la consulta me confunde, estoy dispuesto a beberme toda la botella. Es curioso cómo recorro al alcohol para ahogar las penas.

Todo ha sido muy raro. La cara de Marta golpea mi mente... Sus palabras, «no sería cabal», me martillean la cabeza. ¿Qué habrá querido decir? ¿Es por el abrazo?

De pronto la puerta se abre y veo entrar a una Marta cabizbaja. Se dirige a la barra y pide una bebida fuerte. El mismo camarero que me ha atendido, le muestra la botella de absenta a lo que ella asiente. Pone el chupito sobre la barra y lo rellena. Rompiendo el silencio del bar puedo escuchar que le pregunta amablemente si ha tenido un día duro. Sin responder a la pregunta toma el vasito y se lo bebe de un trago. No emite ni un sonido. Ni siquiera un gesto. Yo estaría gritando al notar el líquido ardiente descender por la garganta. Con un golpe seco le indica que quiere otro. El camarero niega con la cabeza y lo rellena sin decir nada. Ella repite el gesto y esta vez sí emite un sonido como de desahogo. ¡Vaya! Mujer de armas tomar. Me gusta. Entonces se da media vuelta y observa el local, como buscando algo, y su mirada se cruza con la mía quedando entrelazadas. Me regala una sonrisa que no le llega a los ojos, se levanta atusándose la ropa y se encamina hacia mi posición. Se sienta a mi lado y, lo que hace a continuación me deja sin palabras: se lanza a devorarme la boca. Yo reacciono sujetándola de la nuca y respondiendo a su beso. Nuestras lenguas se enredan, hambrientas. Al separarse de mí, veo deseo en su expresión.

—Marta... si sigues mirándome así no respondo de mis actos. —Ella responde volviendo a besarme, así que la tomo de la cintura y la subo como puedo encima de mis piernas. La mesa se tambalea. Sin pensármelo agarro su mano y tiro de ella hacia el baño.

A trompicones entramos en el de mujeres, que seguramente esté más decente que el de hombres, y cierro el pestillo. Ella me mira con lujuria, mordiéndose el labio inferior, gesto que me recuerda a Caroba. Pongo un dedo en ese labio provocando que lo suelte. Deslizo la mano por su cuello, acariciándola, acunando su rostro; Marta se retuerce de gusto. Le desabrocho casi a la vez la chaqueta y la camisa. Libero uno de sus pechos y succiono el pezón. Sus jadeos rompen el silencio del lugar, haciéndolo más nuestro. Ella me sorprende al colocar una mano en mi entrepierna y gemir en mi oído, lo que me la pone aún más dura.

—¡Joder! Si sigues gimiendo así te voy a tener que follar muy duro —le digo, al borde del colapso.

—Sí. Fóllame duro, David. Sé que va a sonar cursi, pero fóllame como si no hubiera un mañana. —Oír esa frase de boca de la psicóloga me hace sonreír y me vuelve aún más bruto. No hay más que hablar: le subo la falda y de un tirón le rompo las medias, aparto las bragas y, liberando mi miembro, la embisto con fuerza. Vuelve a jadear, suplicando más. La asalto una y otra vez, sintiendo su interior caliente y húmedo. Hasta que ella se queda parada y, entre gemidos, me dice con recelo:

—David... el condón. No te has puesto protección.

—¡Joder! —Busco en la cazadora y me lo pongo rápidamente para volver a embestirla duramente. Ella levanta una pierna para gozar de un mayor roce; yo se la agarro con una mano y con la otra, aprieto su duro trasero. La acometo con fuerza; está llegando al clímax, lo noto por cómo me aprieta. Un par de bombeos más y se corre entre jadeos, lo que provoca que yo llegue con ella. Para, inmediatamente, quedar laxa entre mis brazos. Salgo de su interior y la miro con una mueca burlona—. Eres una caja de sorpresas, señorita psicóloga.

Marta se recompone la ropa de forma... ¿tímida? No consigo saber qué está pasando por su cabeza. Parece que se avergonzara. Cuando termina de arreglarse, me observa expectante.

—Esto no ha pasado, ¿me entiendes? —Asiento con cara de no

comprender qué cojones pasa. De todas las cosas que pudiera haberme imaginado desde luego esta estaba en la última posición de la lista—. No mientras no firmes que vas a cambiar de psicólogo. Podría perder mi licencia por lo que acaba de ocurrir. —De nuevo afirmo con la cabeza, al tiempo que atrapo su cintura y la atraigo hacia mí. Ella se zafa un poco y me regaña—: ¡Ah! Y ¡Me debes unas medias! —Río por su comentario y la beso. Esta chica es única.

—¿Eso significa que vas a querer más? —murmuro chupándole el lóbulo de la oreja. Se estremece entre mis brazos y susurra algo ininteligible que anoto como un sí.

Salimos del baño, cogidos de la mano, hacia la mesa en la que me encontraba, antes de que llegara ella. Es una sensación extraña para mí: siento cierta complicidad con ella, mi psicóloga favorita. Las personas que están en la barra nos miran con aire cómplice, como si supieran lo que ha ocurrido en ese baño. Su mano se tensa, está nerviosa. Quiere soltarse y no se lo voy a permitir.

—Por favor, tranquilízate un poco. Nos tomamos una copa para relajarnos y luego vamos a tu consulta y firmo lo que haga falta —digo, autoritario. Ella asiente con el talante más calmado y le pregunto qué quiere tomar.

—Una copa de vino blanco sería perfecto, por favor. —La dejo en la mesa y me acerco a la barra para pedir la bebida.

Mientras espero que me sirvan, la miro, y un sentimiento de posesión se instala dentro de mí. ¿Qué me está pasando? Noto la necesidad de estar dentro de ella otra vez. Marta alza la mirada y me cautiva. Me sonrío, aunque no le llega a los ojos, sigo advirtiendo que continúan preocupados. Verla tan inquieta despierta algo en mi interior. Este sentimiento es nuevo. No es lo mismo que sentía por Caroba, pero me llena igualmente. Necesito reiterarme en ese pensamiento para olvidarla definitivamente. No puedo estar recordándola a cada gesto que veo en otra mujer. Mi corazón siempre le pertenecerá, aunque ahora solo deba albergar amistad.

Cuando vuelvo a la mesa, tengo la necesidad de conseguir que se olvide, por un momento, de lo que sea que ronda esa cabecita. Entre risas y confidencias pasamos un rato bastante agradable. Después de tomarnos la copa, le propongo ir a cenar. Acepta encantada e incluso me indica un bar que

está cerca y en el que ponen comida casera.

Durante la cena, la convengo para que subamos a firmar el maldito papel; necesito que se quede tranquila de una maldita vez para disfrutar de su compañía y conocerla. Con el móvil, me muestra perfiles de diferentes colegas que podrían tratarme. Entre los dos elegimos uno que, según me comenta, es muy bueno. A pesar de mi reticencia inicial, me hace ver que no me voy a arrepentir. Me asegura que ella va a colaborar con su compañero siempre que lo necesite.

El hecho de que se preocupe por mí hasta esos niveles hace que, este sentimiento que aún no sé identificar crezca en mi interior. Hace mucho tiempo que no siento que nadie lo haga. Empiezo a creer que mi vida puede llevar un rumbo y no ir a la deriva como hasta ahora. Marta me cuenta que en el mundo de la psicología hay mucho fantasma, sobre todo en el ámbito de la hipnosis. Se rumorea que incluso algunos psicólogos cobran una pasta por manipularte para que vuelvas a su consulta. Según ella, si la técnica no se aplica correctamente, el paciente puede entrar en un estado crítico ya que el hipnotizador llega a ser su único vínculo con el mundo. Al escucharla hablar con esos tecnicismos, siento mi miembro apretar mis pantalones. Me pone muchísimo cuando me habla de esa forma. Y lo que más me gusta es que en ningún momento ha hecho referencia a nada de lo vivido en su consulta durante la sesión de hipnosis.

## Capítulo 8

*Sin saber por qué, de pronto, empecé a temblar.*

*Sentí un cosquilleo que no podía controlar.*

*Sentí cómo mi corazón se desbocaba.*

Me invita a subir a su casa para tomar la última. Vive en el mismo complejo de apartamentos donde tiene la consulta, aunque en otra planta. Al entrar en el ascensor, no puedo evitar meterle mano; ella se deja, gustosa. Tengo una especie de fantasía con los ascensores, siempre me ha puesto muchísimo hacerlo en uno. Ese morbo de que se abra la puerta y nos pillen... Agarro su maravilloso trasero y la aprieto contra mi entrepierna.

—Mira cómo me tienes... —le susurró al oído mientras mordisqueo su cuello.

—David... —gime en mi oído y eso me pone más duro. En ese momento las puertas del ascensor se abren, lo que me sobresalta y al tiempo me excita aún más. Marta se recoloca la ropa y el pelo. La dejo salir con galantería y la sigo, observando sus andares mientras se dirige hacia su vivienda; ese movimiento de caderas me está volviendo loco.

Mientras abre la puerta de su piso, ya no puedo aguantar mis ganas; me lanzo a devorarle la boca con ansia, como si no lo hubiera hecho hace un momento en el ascensor. Le agarro los pechos por encima de la camisa y aprieto su culo, pegándola contra mi erección.

—Dios... Marta. No sé qué me has hecho, pero me tienes cachondo perdido. Esa forma de caminar, tu olor... —susurro mientras le chupo el lóbulo de su oreja.

—Sigue... Me encanta que me digas cosas guarras al oído. Mmm... —Me sujeta, aferrándose a mi cuerpo y moviendo su pelvis contra mi entrepierna.

—No hagas eso o no respondo. ¡Dios! En estos momentos tengo unas ganas locas de metértela por detrás. ¿Lo has probado alguna vez? —resuello con la voz contenida por el deseo. Niega con la cabeza—. ¡Joder! —La cojo en brazos y le pregunto dónde está el dormitorio. Me lo señala a duras penas, sin dejar de besarme el cuello.

Al llegar, la dejo caer en la cama y me desabrocho el pantalón ante su

atenta mirada. Se relame los labios con deseo y eso hace que se me ponga más dura. Me arrodillo frente a ella y le quito los zapatos con calma. Tengo que tranquilizarme un poco. Recorro con mis manos sus piernas en sentido ascendente hasta llegar a la cintura, la rodeo para desabrocharle la falda y, con sumo cuidado, la deslizo hacia abajo levantando su perfecto trasero. La proximidad de su sexo hace que me cuele entre sus piernas y aspire su esencia. Me excita sobremanera el olor que desprenden las mujeres de su sexo.

—Mmm... quiero probarte, sentir tu sabor en mi boca.

Arrojo la falda a un lado y me centro en soltar lentamente los botones de su camisa, mientras con la lengua voy ascendiendo hasta llegar a sus pechos.

—Preciosa. Perfecta.

Saco un pezón y lo succiono, haciendo presión con los dientes. Ella se revuelve, arqueando la espalda y disfrutando del contacto de mi lengua sobre su pecho. Cuando la dejo totalmente desnuda, me encamino a su centro, haciendo parada en su ombligo; la piel se le eriza. Sigo deslizando mi boca, dejando un reguero de besos, hasta el pubis y la pruebo.

—Deliciosa.

Le mordisqueo el clítoris, observando cada movimiento de su cuerpo. Jugueteo con su botón con: dientes y lengua, hasta que se estremece de fruición. Siento sus piernas temblar bajo mis manos, me separo de ella observando la humedad y la penetro lentamente, haciendo círculos con las caderas una vez que alcanzo el nirvana en su interior. Los gemidos que emite me endurecen aún más, si es que eso fuera posible. Salgo de su interior y lentamente vuelvo a entrar deleitándome con el roce. Alzo la vista descubriendo que su mirada está perdida en el placer.

—Hazlo —me dice entre jadeos. Le doy la vuelta entre mis manos, humedezco un dedo en sus fluidos y con suavidad se lo introduzco. Noto cómo se tensa.

—Shhh... tranquila —susurro en su oído—. Relájate. Te prometo que solo es al principio, es muy placentero. —Mojo otro dedo e introduzco los dos a un tiempo. Un nuevo gemido se escapa de sus labios—. Eso es, pequeña, disfruta. —Bombeo ambos dedos dentro de ella, habituándolo. Cuando lo siento lo suficientemente dilatado, de un solo golpe, se la meto. Me detengo para que se habitúe al grosor.

—No pares... por favor, no pares... —me ruega, temblando de gozo. No necesito más: la agarro por la cintura y bombeo lentamente en su interior—. Sí... ¡Dios...! —aúlla al fin, moviéndose a mi compás.

Llegamos juntos al clímax entre resoplidos. Me dejo caer en su espalda con la respiración entrecortada.

—Ha sido fantástico. Nunca había tenido un orgasmo de esta índole —musita ella sin resuello.

Sin entender bien que ha querido decir con esas palabras. Me incorporo y, cogiendo a Marta de la mano, me la llevo al cuarto de baño. El cual pude ver al entrar con ella en brazos. Sonríe para mis adentros al contemplar la bañera, me recuerda el día que cené con Caroba junto al Guadalquivir y vimos la puesta de sol. Aquella noche quise llevármela a mi casa, enseñarle mi piso, darnos un baño en mi jacuzzi, dormir con ella entre mis brazos después de haber degustado su dulce sabor. Pero esa parte de mí, egoísta y sexual, tuvo que salir y tuve que llevarla al club. ¡Maldita sea! ¡No! Tengo que borrar de mi memoria lo que ocurrió allí y dejar de lado a Caroba. Debo centrarme en Marta y en la paz que me transmite estar aquí con ella. Es lo que hallo cuando la miro... Algo se despierta en mi interior.

—Me encantaría que nos diéramos un baño —apunto, risueño.

No sé por qué estoy en esta montaña rusa. Un minuto estoy en estado de euforia y al siguiente recordando las cagadas que he cometido. Tengo tantas cosas dando vueltas en la cabeza... y si le sumo lo vivido hoy en la consulta. Sin embargo, algo en la mirada de esta mujer lo anula todo. ¿Será que es ella la definitiva? ¿La que sepa tratarme cuando llegue a casa con los fantasmas del pasado atormentándome?

—¡Claro! Ahora mismo lo preparo —responde, cantarina sacándome de mis cavilaciones. Se gira y sale por la puerta. Vuelve rápidamente con algo entre las manos que no distingo—. Pondré una vela aromática, si te parece. —Asiento y vuelvo a sonreír. Jamás me había sentido así. Hasta el gesto más romántico me gusta. Y eso que no soy muy dado a todo ese rollo.

Nos metemos en el baño notando la calidez del agua en mi cuerpo, me sitúo, y tomando su mano, la arrastro hasta que se sienta entre mis piernas. Se recuesta suavemente sobre mí, apoyando la espalda en mi pecho. Rozo mi nariz en su cuello.

—Mmm... Hueles tan bien... —Cojo una esponja que veo en un recipiente y comienzo a enjabonarle el pecho—. ¿Sabes? Podría acostumbrarme a esto —suelto sin pensar. Desde mi posición, puedo ver sus pezones irguiéndose y mi entrepierna se activa de forma automática.

—David... —dice en un susurro.

Yo no me detengo, bajo con la esponja por su estómago, haciendo círculos en su ombligo. Le mordisqueo el cuello mientras pienso en la complicidad que tenemos. Me gusta. Me encuentro bien con ella. Ni siquiera tengo ganas de follármela. Solo quiero acariciarla y hacerla gemir. Me apetecería quedarme a dormir. Ese pensamiento me asusta.

Ella se vuelve hacia mí y me besa; con suavidad pasa la lengua por mis labios. Deja un beso en mi barbilla, otro en el cuello, y así un reguero de besos hasta llegar a mi miembro erecto. Me mira fijamente y se relame con descaro. Me pide con lascivia que me siente en el borde de la bañera. Me levanto para situarme y, sin previo aviso, se la mete en la boca con un ronroneo. ¡Joder! ¡Qué bueno! Agarro su cabeza con suavidad, buscando guiarla cuando noto que se la introduce hasta el fondo. Sus manos tocan mi pecho, mis pezones. Hace una cosa con la garganta que... me lleva al clímax sin apenas darme tiempo a terminar de sentarme.

—¡Joder! ¿Qué ha sido eso?

Marta me sonrío de forma lobuna y se pasa la lengua por los labios. Sin decir nada me levanta y me enjuaga bien con la ducha. Noto la complicidad en sus actos, la abrazo y siento un atisbo de esperanza entre tanta negrura. No es lo mismo que... pero puede funcionar.

Se gira y coge un albornoz que está colgado detrás de la puerta. La miro y me quedo sin aliento. En ese mismo instante, me doy cuenta de que en el perchero hay dos albornoces. ¡No! ¡Otra vez no! Comienzo a sentir una presión en el pecho que no me deja respirar.

## Capítulo 9

*No importa cuán grandes sean tus lágrimas,  
serás valorada por cómo las entregas.*

*Didak*

## Luisa

Gracias al club he averiguado que existe una web donde puedo contactar con diferentes personas a las que les gusta ver el sexo de la misma forma que lo veo yo. Tengo la suerte de disponer de ordenador en casa y conexión a Internet mediante un aparato que hace mucho ruido al conectarse, pero para lo que lo quiero, es perfecto. Me ha costado bastante dominar esto de las nuevas tecnologías, aunque no puedo considerarme a nivel experto me defiendo bastante bien según me ha dicho mi marido que me ha ayudado bastante la verdad.

Entro en la página de dominación donde, para poder acceder, tienes que crearte un usuario y poner una foto de perfil. Es un requisito indispensable ya que, si no... no puedes hablar con nadie; la mía deja entrever mi cuerpo esbelto, por supuesto antes del parto. Es de hace unos cuantos años, justo de cuando Manuel se enamoró de mí.

Estaba en la playa con mis amigas pasando el verano y lucía un hermoso bronceado. Mi piel era tersa y brillaba al contraste con el sol. Recuerdo que estábamos haciendo topless para que no nos quedaran marcas. Manuel y unos amigos se acercaron y empezaron a hablar con nosotras. Nos querían invitar a unos mojitos. Por supuesto, aceptamos encantadas. Todavía puedo sentir cómo mi actual marido no me quitaba ojo. Mi cuerpo vibraba con su presencia. Él hizo señas a sus amigos para que supieran que yo era suya. Me encantó cómo marcó territorio desde el principio... ¡Qué tiempos aquellos! Y mírame ahora...

Un pitido me devuelve a la realidad. Veo que me han enviado un privado. Abro el chat y leo:

*Tame: ¡Hola! Me gustaría conocerte.*

*Latrix: ¿Es esa forma de hablarle a un ama?*

Quiero dejar clara cuál es mi postura con respecto a esta conversación desde el principio.

*Tame: Disculpe, ama.*

Miro el reloj y compruebo que me daría tiempo a una sesión antes de que la chica y el niño regresen del paseo.

*Latrix: A las 11:30 te espero en mi casa.*

*Debes traer lencería de cuero, unas esposas y un látigo. Sé puntual, tengo poco tiempo. Apunta la dirección: Calle Serrano, número 5. No aparques en la puerta.*

*Tame: Sus deseos son órdenes para mí.*

Recojo todo para que la niñera no vea nada que pueda usar en mi contra, por si se le ocurre volver antes de tiempo. He descubierto que le cuenta a Manuel, con detalle, todo lo que ocurre en esta casa cuando él no está. Y parece que también fuera de ella, ya que le da información sobre mis idas y venidas. Por eso he tenido que traerme la diversión a casa. Aprovecho cuando se marcha para llevar al niño al colegio y después, la he obligado a que se entretenga en el pueblo, haciendo la compra o lo que se le ocurra hasta que llegue la hora de recogerlo. Eso me da un espacio de tiempo considerable para hacer lo que me dé la gana. Desde aquel día en que lo até, durante una temporada, Manuel no quiso saber nada de sexo duro ni, por supuesto, de ser atado, azotado... En definitiva, de todo lo que a mí me pone y me gusta. No importa, me he buscado suficientes alternativas y sé que conseguiré convencerle, sé que en algún momento cederá. Necesito que lo haga, mi marido me da algo que no consigo encontrar en otros hombres.

Me doy un baño y comienzo a prepararme para mi sesión de sexo matutino. He tenido que amoldarme a la situación, por la noche suelo acostarme sola. Mi marido, al llegar a casa, se hace cargo del niño, lo ayuda con el baño, lo acompaña mientras cena y lo acuesta tras contarle un cuento que van leyendo juntos. Después de eso, deja de ser persona. Se va a la cocina y bebe hasta perder el conocimiento. La verdad es que me importa poco, porque yo estoy tan puesta que apenas le dedico un mínimo de atención.

No me gusta mi vida: odio esta casa, detesto vivir tan lejos y aborrezco la soledad. Me está costando mucho habituarme a mi existencia, me casé muy joven y no tengo bienes propios. Tampoco puedo alegar nada para que me concedan el divorcio con manutención. La única forma sería quedándome con el pequeño y, obviamente, esa opción no la puedo barajar. ¡Putá mierda!

Intento relajarme masturbándome en el baño mientras espero la llegada de Tame. ¿Cómo será? Confío en que me guste, no como el que vino la última vez. Al que tuve que echar rápidamente del asco que me dio, es que no le dejé ni

entrar. ¡Qué grima me dio al verle! Su foto de perfil sería de cuando era joven e iba al gimnasio. No entiendo por qué hacen eso, mentir no está bien. Al darme cuenta de lo que estoy pensando me río para mí porque yo también lo he hecho, aunque en mi caso sigo de buen ver. No como ese individuo delgaducho y desmejorado que se presentó ante mi puerta. Además, en las sesiones no me quito el corsé. Me da poder. Y tampoco quiero que nadie vea la cicatriz que me dejó el parto.

Coloco un pañuelo rojo sobre la lamparita y bajo un poco la persiana, así, cualquiera que pase por fuera pensará que estoy durmiendo. ¿Quién sabe? La niñera podría venir antes de tiempo y... Es curioso cómo pensar en eso me pone a cien. A veces pienso que estoy enferma, ¿le pasará esto a todo el mundo?

Suena el timbre y rápidamente voy a abrir la puerta. Miro el reloj de la cocina y confirmo que ha sido puntual.

Abro y me encuentro con un chico guapísimo y bastante joven. Es alto y musculado, va algo desaliñado para mi gusto, no obstante, es muy atractivo. Lleva una camiseta ajustada, unos pantalones de esos con muchos bolsillos y unas deportivas. ¿En serio? Mientras le observo, mantiene la cabeza baja; supongo que está esperando que dé mi aprobación. ¡Chico listo! Su cabello es rubio, casi blanco, y su piel tiene un tono rosado muy claro. Al ver que no digo nada, termina por levantar el rostro al tiempo que se quita las gafas de sol y me deja ver sus maravillosos ojos de un color diferente, mezcla entre azul y violáceo. No me mira directamente a los ojos y eso me agrada: será un buen sumiso. Intento que no se me note lo excitada que estoy solo de verlo.

—Pasa y cierra la puerta. —Sin más, me giro sobre mis botas de tacón y me encamino hacia el dormitorio. Tame me sigue en silencio, obedeciendo mi orden. Oigo su respiración descompasada; está excitado. Espero a que entre para cerrar la puerta de mi habitación con llave. Al volverme, me doy cuenta de que está observándome de arriba abajo. Cojo mi fusta y me desplazo a su alrededor pasándosela por la barbilla, el hombro, el cuello... Luego la bajo hasta... ¡Zas! Le doy con ella en la espalda.

—¡Arrodíllate! ¿Te he dicho que pudieras mirarme? —digo con voz de acero.

Tame hace lo que le pido mirando al suelo. Me excita mucho que se

dobleguen ante mí, sobre todo este hombre fornido de metro ochenta. Levanto una pierna y dejo caer el tacón sobre su muslo, apretando para provocarle dolor. Siento sus gemidos, le gusta...

—Ahora quítate la camiseta, tendré que castigarte. —Agarro la mochila que ha traído y miro en su interior. Dejo en el tocador lo que le pedí que trajera y con el látigo en las manos me dirijo hasta donde se encuentra mi sumiso que, arrodillado, espera su castigo. Levanto el látigo y le azoto.

Uno. Dos... —voy contando entretanto contemplo con satisfacción cómo acepta su penitencia—. Cinco. Levántate y desnúdate.

Me sitúo frente a él para verle en toda su dimensión. Me quito el culotte y le pido que me dé disfrute con la lengua. Se agacha frente a mí y, agarrándome del culo, me da un lametón.

—¿He dicho que pudieras tocarme? ¿Voy a tener que castigarte otra vez?

—No, mi ama. Discúlpeme, no volverá a suceder. —Deja caer los brazos sobre las rodillas y con su hábil lengua me provoca un orgasmo casi instantáneo. En cuanto recupero el aliento, vuelvo a ordenarle:

—Tumbate boca arriba.

Él se levanta y me obedece. Con las esposas que ha traído, lo engancho al cabecero de la cama. Le pellizco un pezón con unas pinzas de la ropa. Gime. Me encanta ese sonido emergiendo de su garganta. Hago lo mismo con el otro pezón y vuelvo a deleitarme escuchándolo.

—No dejes de hacerlo... me gusta. —Él asiente con la cabeza.

Ahora meto la mano entre sus piernas y le aprieto los testículos. Me está poniendo a cien con tanto gemido. Cojo una cuerda de seda y la ato a la base de su pene. Se revuelve un poco. Después de darle un lametón, me la meto en la boca. Noto cómo se le pone más dura al contacto con mi garganta. Aprovecho para subirme encima de él y cabalgarle. Tame mueve los brazos en un intento por tocarme, pero mi mirada de hielo le deja claro que debe estarse quieto o tendré que castigarle. El nudo de la cuerda roza mi clítoris cada vez que bajo, y eso me excita más. Mi sumiso está a punto de correrse.

—No te corras. Te correrás cuando yo te diga. ¿Entendido?

—Sí —musita en un tono apenas audible.

Me paro y me salgo.

—No te oigo. Sí, ¿qué? —exclamo con dureza mientras mi mano agarra sus testículos, apretándolos sin pudor.

—Sí, mi ama —vuelve a decir, más alto.

Bajo de nuevo metiéndome la punta despacio, me levanto y me dejo caer alternativamente. El nuevo gemido que escapa de su garganta hace que llegue inmediatamente al clímax. Me giro situándome de espaldas y busco mi placer, tocándome y permitiéndole a mi cuerpo liberarse una vez más.

—¡Córrete! —aúllo cuando estoy a punto de llegar. Y como si mis palabras fueran un botón de encendido, lo hace, llenándome por completo y arrastrándome con él, al paraíso.

Me bajo de la cama, le desato y le miro.

—Vístete, recoge tus cosas y márchate. La semana que viene a la misma hora.

Asiente sin pronunciar palabra mientras se incorpora, obediente. Me meto en la ducha deseando que esta semana pase pronto y pueda volver a disfrutar de este adonis sumiso recién descubierto. Ha sido apoteósico. Una idea me pasa por la cabeza. Quizá... pueda llamar a Julián. La diversión entre tres está asegurada y, de paso, que me traiga repuestos.

## Capítulo 10

*Te sentí, te oí, te miré, te toqué.*

*Tu olor, tu voz, tu mirada, todo tú.*

*En ese preciso momento,*

*supe el significado de la palabra AMOR.*

Voy conduciendo sin rumbo, con el corazón roto de dolor. Sigo sin entender por qué mi vida tiene que ser un caos. Parece que tengo un imán para atraer la infidelidad. Primero María, después Caroba y ahora Marta. Confié en ella, sabe mi secreto y aun así me ha engañado.

Sin saber cómo, he llegado a Ronda. Algo en mi interior me ha traído aquí. Me hago a un lado de la carretera y cierro los ojos, aguantando las ganas de gritar. Estoy como al principio. Derrotado y triste. Me gustaría... Hago acopio del poco sentido común que me queda, alcanzo el teléfono y la llamo. No sé qué le diré, tampoco si querrá o podrá verme. Pero la necesito. Necesito su olor, su mirada de color miel. Sé que ella es la única que puede calmarme. Si no, cometeré un error que estoy seguro de no ser capaz de perdonarme.

—¿David? —Caroba contesta al segundo tono, con voz adormilada. Hasta hoy nunca la he llamado, siempre he dejado que sea ella quien me llame. No he querido entrometerme en su relación con Ewan—. David, ¿estás bien? —me pregunta bastante angustiada.

—Yo... necesitaba charlar contigo. ¿Puedes hablar?

—Un momento —replica y tapa el auricular. No está sola y siento el impulso de colgar, mas cuando voy a hacerlo oigo a Ewan diciéndole algo así como que no pasa nada—. Ya está. Perdona, es un poco tarde y estábamos... casi durmiendo. Me voy a bajar al salón para hablar más tranquilos.

—No quiero importunarte y que por mi culpa tengas problemas con... — Ella me corta antes de que pueda seguir hablando:

—¿Cómo puedes decir eso? Gracias a ti estamos juntos, y mejor que nunca. Tengo muchas cosas que contarte, cosas que me han pasado en todo este tiempo. Cuando pueda voy y te hago una visita, ¿te parece? —me dice, risueña. Mi chica, siempre tan valiente.

—Estoy aquí —le suelto.

—¿Aquí dónde, en Ronda?! —inquire, exaltada.

—Sí. Conduje sin pensar y el coche me trajo hasta aquí. No sé muy bien dónde estoy. Hay una rotonda y... —Miro alrededor intentando hallar algo que pueda orientarla.

—Espera un momento. —Por los sonidos que capto a través del teléfono intuyo que está subiendo las escaleras. Acto seguido me encuentro hablando con Ewan, quien me dirige hábilmente hacia su casa. No puedo más que decir que este chico vale su peso en oro. No sé si yo sería capaz de hablarle al ex amante de mi chica.

Me quedo parado frente a su puerta acojonado por lo que pueda sentir al verla. Alzo la mano que se queda congelada sin decirse, respiro hondo armándome de valor y golpeo la madera un par de veces en un vil intento de no hacer demasiado ruido. Al instante una feliz Caroba se me tira a los brazos.

—¡David! ¡Qué alegría verte! Pasa, por favor, pasa. —Se aparta para que pueda entrar en su hogar, bueno, de ella y de Ewan. Algo dentro de mí se rompe, me quedo paralizado. La casa es preciosa. Me vienen imágenes de Caroba conmigo entre estas cuatro paredes, riendo y charlando. Es como si pudiera ver claramente un trozo de lo que habría sido mi vida si ella no hubiera decidido volver con él—. ¿Quieres tomar algo? —Su dulce voz me saca de mis ensoñaciones.

Al volverme, me doy cuenta de que Ewan está a su lado. Levanto la mano para estrechársela y me devuelve el saludo. Debo salir de este modo amoroso, porque no me va a llevar a buen puerto.

—Sentaos, yo os sirvo. ¿Qué te apetece? Por tu cara, diría que algo fuerte —dice con tono serio, aunque no intimidante.

—Lo que me pongas estará bien —le respondo, intentando averiguar si se va a quedar a escuchar lo que quiero hablar con Caroba.

—Tranquilo, yo me voy a dormir, mañana tengo que viajar y salgo muy temprano. ¿Whisky? —Asiento en silencio y se marcha a servirme la copa.

La sigo hasta un sofá enorme que parece comodísimo. Nos sentamos y esperamos sin decirnos nada, contemplando la madera crepitar en la chimenea. Mi cuerpo se tensa cuando advierte que Caroba me observa, sin poder evitarlo desplazo la vista hacia ella, descubriendo que lo hace con recelo. ¿Dónde

quedaron esos nervios que le provocaba mi presencia? Esa conexión que sentía. No debería haber venido. Algo me dice que esto no ha sido buena idea.

Ewan deja las bebidas en la mesa, le da un cálido beso en los labios y, con un gesto de cabeza a modo de despedida, se marcha. Me quedo mirándole mientras sube las escaleras y pienso en la suerte que tiene. Lo cambiaría todo ahora mismo por estar en su piel. Con ella. Con mi rubia de ojos color miel.

—Bueno, cuéntame, ¿qué ocurre? —me interroga Caroba con inquietud. No deja de moverse, como si no supiera dónde poner las manos.

—¿Por qué piensas que pasa algo? —respondo con otra pregunta, apreciando nuevamente la chimenea encendida. Buscando ordenar todo lo que tengo en la cabeza y no soy capaz de exteriorizar.

—David, has venido hasta aquí en mitad de la noche. Por tu mirada, se nota que estás angustiado. ¡Hasta Ewan que no te conoce lo ha notado! Y, sobre todo, has aceptado venir sabiendo que “mi pareja” está aquí, conmigo. —Me suelta. Y lo dice tan rápido que tengo que pararme a repasar mentalmente lo que ha dicho.

—Está bien. Antes de nada, cuéntame qué tal tú. Necesito organizar las ideas y, sobre todo, tranquilizarme. Ha sido muy violento verle... aquí, contigo. —Afirma con la cabeza y sonrío de esa forma que solo ella sabe sonreír, dándome la pizca de cariño que sé que siente por mí.

Flashes de lo vivido con ella se sobreponen en mi mente como si estuviera viendo una película; cuando ponía las manos delante de su cuerpo avergonzada ante mis piropos, su cara colorada y enfadada el primer día que la conocí, sus ojos chispeantes cuando hicimos aquella tarde de cine que tanto le gustó y, esa sonrisa... ¡Dios! Está preciosa. Tiene una luz diferente. Hay algo en ella que ha cambiado. Cojo mi whisky y bebo mientras intento relajarme en el sofá, esperando que me cuente.

—Estoy embarazada —me suelta a bocajarro. Por la cara que debo de haber puesto, comienza a reírse—: No es tuyo, tranquilo. Tomo, mejor dicho, tomaba la píldora cuando estábamos juntos, pero... —Hace una pausa como si estuviera buscando las palabras adecuadas—. Cuando ocurrió lo del trío, me sentí tan mal que vomité. Y después de lo del club... —Asiento en silencio, recordando ese instante cuando la busqué desesperado por explicarle que todo podía cambiar entre nosotros. La observo con la culpa pesándome como una

loza que me hubieran puesto encima en este momento. Sin embargo, es ella la que se ha quedado avergonzada por recordar ese momento. El cual catalogaría como el peor de nuestras vidas o, al menos, de la mía. Porque para mí fue un mazazo de realidad. Ese día comprendí que ella nunca podría compartir conmigo mis gustos sexuales por mucho que a mí me apeteciera. Es mujer de un solo hombre: visto lo visto, de Ewan.

—Pero... Él se fue, te dejó. —Recuerdo la ocasión en que hablé con su vecinito y supe la verdad. Me mira, interrogante y le aclaro—: Jaime me lo contó todo. Espero que no te enfades con él. Fui... fui a hablar con... —Caroba me tapa la boca con un dedo, sin dejarme terminar la frase y sonrío de una forma muy dulce.

¡Mierda! Mi corazón se desata con ese contacto, por lo que hago un intento de alejarme, llevándome el vaso a los labios. No me puedo creer que ella siga provocando que mi cuerpo se estremezca con un simple roce.

—Gracias a ti estamos aquí. Por eso precisamente te ha dejado entrar —murmura mirando con dulzura hacia las escaleras por donde él se ha marchado—. Le dije que no podría vivir tranquila sin saber de ti y lo ha aceptado. Hasta que llegaste tú... no sabía... Todo ha cambiado entre nosotros, y en parte es gracias a ti. Ahora lo hablamos todo y hemos conseguido más de lo que hubiéramos imaginado. Hemos madurado juntos, así como lo ha hecho nuestra relación. —Me contempla con ternura mientras me lo cuenta—. No ha sido la mejor forma de descubrirlo. Ya está hecho y, de ninguna manera, se puede borrar el pasado.

«Cierto», pienso.

—¡Enhorabuena, entonces! —le digo mientras la acerco a mí.

Me quedo más de lo conveniente entre sus brazos; dejo que mi nariz roce su cuello. ¡Dios! Su olor. Me separo con rapidez, temiendo meterle mano inconscientemente, aunque algo en mí ha cambiado respecto a ella: la quiero, aunque según avanza la conversación empiezo a notar que ahora es diferente. No sé si por la noticia de su embarazo o por verla tan feliz, lo único cierto es que he dejado de sentir esa obsesión que tenía hace días.

—Caroba... siento todo lo que has tenido que pasar por mi culpa. —Ella hace un gesto de negación y sus ojos se van poniendo vidriosos. Se abanica con la mano.

—Perdona... las hormonas...

Yo asiento mientras le acaricio la mejilla. Si. Es un sentimiento, distinto al que tenía hasta ahora, y estoy descubriendo que me conforta y apacigua. Como una bombilla que se enciende en mi cerebro. De pronto entiendo qué hago aquí. Ahora empiezo a ser consciente de que en Caroba tendré a una buena amiga. De esas con las que podrás contar siempre, pase lo que pase. Y eso consigue que, por fin, me sienta capaz de relatarle todo lo que me ha sucedido: lo mal que he estado durante el proceso de duelo, las drogas, las orgías y lo que me ha ocurrido con Marta. Estoy tan abducido con mi relato que no me doy cuenta de que Caroba está llorando a mares, y entre sollozos e hipidos me pide perdón. Intento convencerla de que ella no tiene la culpa de nada. Fui yo quien se metió en medio de su relación. Fui yo quien la buscó hasta conseguirla. Fui yo quien se enamoró como un tonto de ella. La única culpa que ella puede tener ha sido la de derribar la barrera que había construido con tanto mimo alrededor de mi corazón.

—Pero... pe... —intenta decir—, todo... todo es culpa mía. Si... si no me hubieras conocido...

La corto rápidamente, con el único pensamiento de que esto no debe de ser bueno para el bebé.

—Caroba, para. Está claro que las hormonas te tienen revolucionada. —Me río intentando aliviar la tensión que me ha provocado verla llorar—. Como has dicho antes, el pasado no se puede borrar. Ni, añadido, cambiarlo tampoco. Mi única conclusión de todo esto es que me alegro de estar aquí. Necesitaba verte, aclarar lo que siento por ti. Y sobre todo comprobar que estás bien.

—Lo que no entiendo es, ¿por qué? —La miro, interrogante, sin comprender su pregunta—. Me refiero a los motivos de la psicóloga para acostarse contigo estando casada. Precisamente ella, que te ha visto mal, que sabe por lo que has pasado y conoce tu historia desde el principio por lo que me has contado. Entonces, ¿por qué? No tiene sentido —vuelve a preguntar y yo no puedo hacer otra cosa que encogerme de hombros, ya que tampoco lo entiendo.

—Cuando he visto los albornoces, me he vestido y he salido corriendo sin mirar atrás. Ella se ha quedado, creo, llorando en el baño. —Es lo único que

puedo contarle ya que tampoco doy crédito a lo sucedido.

—Deberías dejar esa actitud, David. No te va a llevar a ningún lado. —  
Vuelvo a poner cara de duda y me explica—: Las cosas hay que hablarlas, no  
deberías haberte ido. Habría sido todo más fácil si supieras la razón.

Vuelvo la mirada hacia las chispas que siguen vivas en la chimenea. ¡Putamierda! Tiene razón. Seguro que hay una explicación.

## Capítulo 11

*Si no está en tus manos cambiar  
una situación que te hace daño,  
siempre podrás elegir la actitud  
con la que afrontas ese dolor.*

*Viktor Frankl*

Caroba intenta que no note las ganas que tiene de bostezar. Está preciosa incluso así, con los ojos vidriosos. Me encanta como aprieta los labios y frunce un poco la nariz para que no se le escape... Me levanto y la tomo de la mano, alzándola para ponerla a mi altura.

—Me marcho. Es tarde y no quiero importaros más —le digo con la tranquilidad que me proporciona estar tan cerca de ella.

—Puedes quedarte si quieres. Mañana podría enseñarte el pueblo, comer juntos, pasear, ...

No sé qué pensaría Ewan, pienso para mí, de ese plan tan apetecible que me está ofreciendo. Tengo que reconocer que ha sido más que generoso yéndose y dejándonos solos aquí abajo. Es mejor que no acepte. No quiero darle el disgusto de saber que voy a pasar todo el día con Caroba mientras él está fuera, de viaje. Así que no la dejo terminar.

—Es una oferta muy tentadora, pero no me parece correcto. Ewan podría molestarse, y ya ha sido bastante paciente dejándome entrar y dándonos espacio. —La miro con cariño y le planto un beso en la frente, mientras la abrazo—. Hablamos pronto, ¿vale? Te prometo volver otro día con más tranquilidad.

Me alejo mirando la hora en el móvil. Sonríe al ver un mensaje de Óscar diciéndome que la asiática quiere volver a verme.

—¿Buenas noticias? —me pregunta al descubrir mi sonrisa.

—Más o menos. —Deposito un beso en su mejilla, necesito más que nunca su contacto. Con su olor impregnado en mi piel, me separo de ella. Deseando quedarme allí para siempre. Me dirijo hacia la puerta sin quererlo, con una sensación de pérdida que me está matando.

Al salir a la calle intento convencerme de que ella está mejor sin mí. Ahora tiene una vida nueva junto al hombre que ha elegido y con un bebé que viene en camino. Al montarme en el coche, las palabras de Caroba resuenan en mi cabeza: «Deberías dejar esa actitud, no te va a llevar a ningún lado». La duda me corroe. Quizá tenga razón y deba llamar a Marta para intentar averiguar por qué tenía dos albornoces en su baño. Si estuviera casada, no podría soportarlo. No es que esté enamorado de ella. Aún es pronto para saberlo, pero algo dentro de mí se está rompiendo solo de pensarlo. Sacudo la cabeza decidido a dejar este tema apartado hasta que pueda afrontarlo. Antes necesito disfrutar de una buena sesión de sexo duro y caliente. No servirá de nada porque me sentiré vacío de nuevo, sin embargo, necesito olvidar. Mañana será otro día. Mañana retomaré mis propósitos de enmienda.

Llamo a Óscar para que me cuente cómo es eso de que la chica que me tiré en la orgía quiere verme y, sobre todo, cómo sabe que soy yo... De paso, indagaré a ver de dónde saca esos contactos. La casa en la que estuve era impresionante, de gente con mucho dinero, y me consta que mi amigo no se mueve en ese mundo.

Brevemente me explica que alguien de la fiesta me describió tan concienzudamente que no dudó ni por un momento de que era yo. Me echo a reír al escuchar el tono jocoso con el que me lo ha contado. Necesito desfogarme, así que le digo que esta noche sería perfecta. Me dice con pena que no puede ser, que tiene otros planes. No obstante, me informa de que el fin de semana está convocada una fiesta privada a las afueras y, si estoy interesado, me buscará invitación. Le confirmo mi asistencia y justo al colgar, mi móvil vibra mostrando una ubicación, la hora del encuentro y todo lo que necesito saber para estar preparado.

De nuevo compruebo la hora, es bastante tarde para llamar a nadie, seguramente Mario estará en el bar... Sopeso la idea de tomar una última copa, pero ante la posibilidad del interrogatorio que con toda probabilidad me haría mi amigo, decido irme a casa. Pongo la radio a todo volumen para no dormirme en el camino de vuelta y la voz de Manuel Carrasco emerge melodiosa por los altavoces:

*Ya ves, no me quedo en el intento,  
no me rindo,*

*no me alejo.*

*Ya lloré, crucé el infierno...*

*yo quiero vivir... <sup>5</sup>*

Cantando a viva voz llego a casa sin incidentes. Al abrir la puerta, una sensación de vacío me recorre por dentro. Intento no pensar, no sentir. Algo ha cambiado en mí, aunque no tengo claro qué. Es... como si hubiera podido perdonar lo que lleva días agobiándome. Me desnudo y me acuesto, dispuesto a descansar. Intento no recordar todo lo que me ha pasado en los últimos días. Tengo que volver a mi vida y olvidar. Mañana retomaré el trabajo, organizaré las agendas...

—¡Papá! ¡Papá! Despierta...

Unas manos me agarran y me apartan de mi padre. Le miro y está tumbado en mi cama, parece inconsciente. Oigo sirenas a lo lejos y, en un momento, mi cuarto está lleno de gente. Ana me lleva de la mano hacia fuera, me mira con lágrimas en los ojos.

—¿Qué le pasa a papá? —La interrogo casi en un suspiro, porque noto un nudo en la garganta que no me permite hablar. Ella vuelve a mirarme, pero está como ida. Se agacha y me abraza. Infinidad de imágenes se cruzan en mi cabeza y un único pensamiento las detiene: Si no hubiera sido por ella todos estos años, no sé qué me habría ocurrido. Es una chica muy guapa, tiene los ojos color miel y el pelo rubio... ¿Caroba?

Me despierto sobresaltado, algo confundido y desorientado. Mi teléfono suena, así que me levanto de la cama para ver quién llama. Marta. No lo cojo, no puedo, todavía no. Al momento suena un mensaje:

*Marta: David, por favor, tenemos que hablar. Llámame.*

Dejo el teléfono sopesando si hablar con ella para aclarar las cosas o dejarlo así. Me ha engañado y eso no me gusta. Me río de mí mismo. ¡Vaya por

Dios! Con lo que he sido. Yo, que tenía mi código de honor para con las tías. Yo, que huía a la mínima señal de compromiso. Yo, que manipulé a Caroba para que se acostara conmigo. Y, mírame ahora; hundido en mi propia mierda y luchando contra todo para ser feliz. Quizá mi destino sea este. Ser un infeliz. La herencia de mi madre...

Me doy una ducha, sintiéndome bastante frustrado. Intento recordar el sueño: a la cabeza me vienen imágenes de mi infancia y de Ana. Realmente la que fue mi niñera durante años se parecía muchísimo a Caroba. Eso me da cierta paz. Está claro que mi subconsciente busca a alguien que, con solo mirarla, me transmita sensaciones buenas, como lo hacía ella. Mi dulce Ana.

¿Pero qué coño estoy pensando? ¿Subconsciente? ¿Sensaciones? Si estuviera Mario aquí ahora mismo, me diría que me he tragado una novela rosa y por eso estoy así. Me daría una colleja y diría: ¡Espabila macho! Es curioso que siempre le rememore cuando me siento así. Así como también lo es que incluso sin estar presente haya provocado que sonría.

Con otro talante me pongo a pensar en mi diosa asiática para machacármela un rato. Si todo sale bien la veré este fin de semana. Necesito quitarme tanta ñoñería de encima y empezar a ser yo de nuevo. ¡Mierda! Estoy como una puta cabra. Por un lado, quiero encontrar el amor y por el otro, no. Y es que todo esto del amor no me ha traído más que sufrimiento. El sexo es lo mejor, me autoconvenzo. Así que hago el intento de recordarla ya que hace algún tiempo de nuestro encuentro. Me toco duramente, trayendo a mi mente la imagen de su pelo largo, liso y negro; del momento en que se acercó a mí y me arañó suavemente marcando mi piel; del sonido que hizo con su garganta. ¡Dios! El columpio. Embisto fuerte, jadea... Sigo tocándomela, arriba, abajo... Hasta que me corro, y con eso despejo mi mente de toda la mierda que llevo a cuestas.

## Capítulo 12

*No hay ninguna cosa seria  
que no pueda decirse con una sonrisa.*

*Alejandro Casona*

Al entrar por la puerta de la oficina, lo primero que veo es a Cristina mirándome con cara de reproche. Saco mi mejor sonrisa y enseguida se levanta para tirarse a mis brazos.

—¡Qué alegría verte! Me tenías preocupada. Que sepas que no te voy a perdonar tus desplantes —me suelta con voz suave y alegre, dándome a entender que en realidad no está enfadada conmigo.

—¿Sabes que te quiero? —le digo zalamero, dándole un beso en la cabeza mientras la separo un poco de mí—. Ahora tengo que hablar con el jefe. Si quieres luego comemos juntos y nos ponemos al día. No sé si estás al tanto de los últimos acontecimientos —le propongo, mientras espero a que su cara me diga que no sabe de qué estoy hablando. Suelto una carcajada al ver el gesto de súplica: su labio inferior simula un puchero—. Luego te cuento, preciosa. —Subo a hablar con François, no sin antes obsequiarla con un cachete en el trasero. Vuelvo a reírme con el grito que profiere.

Después de más de dos horas de reunión, en las que he intentado renegociar mis condiciones, salgo bastante mareado y, a la vez, asqueado. Este hombre es duro de roer. Al bajar las escaleras, me encuentro con la desagradable presencia de Monique que está charlando animadamente con Cristina. Hago acopio de mis buenas formas y me sitúo junto a ellas.

—Te veo muy contenta. —Al oír mis palabras levanta la cabeza y me dirige una mirada que, si fuese un arma, me habría fulminado en el acto.

—En cambio, yo a ti te veo en tu peor momento —me espeta, risueña—. ¿Qué pasa? ¿Ya no tienes a tu putita rondándote? —exclama con descaro, y con ese acento francés que tanto me ponía cuando la conocí.

—Cuidado con lo que dices... —la amenazo, acercándome aún más a ella.

—¿Por qué? ¿Vas a pegarme? —me encara con desaire, aunque por el brillo de sus ojos me da a entender que eso la excitaría.

Vaya con la mosquita muerta; lo mismo me la llevo y le doy una lección de sumisión, que es lo que realmente necesita. Justo entonces suena mi móvil. Lo miro separándome de ella para que no pueda hacer ningún comentario al respecto y compruebo que es Marta. Durante un segundo sopeso que hacer. En algún momento tendré que cogerlo y hablar con ella. Aunque también podría no hacerlo y quedarme como estoy. No sé por qué tengo la impresión de que no va a gustarme lo que me tiene que revelarme. Respiro hondo y pulso el botón de responder.

—¿Diga? —pregunto, aun sabiendo quién está al otro lado.

—¡Hola! Antes de nada, ¿cómo estás? He estado muy preocupada por ti. No has sido justo conmigo, David.

La corto antes de que pueda seguir hablando.

—Estoy en el trabajo, ahora no puedo hablar. Te parece si quedamos en el bar del otro día... ¿a las ocho?

Así me quito un problema de encima. Acabo de decidir que lo mejor será hacerle caso a Caroba y cerrar capítulos por una vez en mi vida.

—Sí... claro. A las ocho, perfecto —confirma, dubitativa.

Supongo que no esperaba que le respondiera tan rápido.

—Pues hasta luego entonces.

Cuelgo ante la atenta mirada de Cristina y Monique

—Te espero en el almacén, preciosa —informo a la primera mientras salgo del campo de visión de ambas tan rápido como puedo.

No estoy seguro de que mi decisión sea la más acertada, pero ya no hay vuelta atrás. Debo hacerlo sí o sí. Tengo que hablar con ella para que me explique y me aclare su situación.

Entro en el almacén bromeando con Pablo, el encargado de que todo esté a punto. Recuerdo que, cuando nos conocimos, me gastó una broma que duró un par de semanas. Se hizo pasar por inspector de calidad y me hizo vivir un día de perros buscando información sobre las máquinas y el proceso que seguían. Cada vez que le veía, me pedía más y más datos. Yo era nuevo en la empresa y no conocía bien todos los detalles así que buscaba apoyo en mis compañeros

que tampoco me solucionaban mucho y es que estaban todos conchabados. Fue vergonzoso. Se rieron a mi costa durante mucho tiempo, incluso François intervino en la inocentada. ¡Qué tiempos aquellos!

Oigo la puerta del almacén abrirse tras de mí y me doy cuenta de que Pablo se pone nervioso; supongo que será ante la presencia femenina. Al darme la vuelta, compruebo que estoy en lo cierto. Es Cristina, aunque no viene sola. Monique la sigue con su sonrisa perenne. Por cómo mueve las caderas, creo que intenta provocarme o seducirme. No lo consigue. Espero que no se haya apuntado a comer con nosotros; no es que me caiga mal, pero no me apetece estar evitando sus miraditas y pullitas. Después de todo lo que ha pasado entre nosotros, no me encuentro a gusto con ella. Creo que intuye lo que estoy pensando, porque se acerca a mí cual gatita en celo.

—Me marchó. No pongas esa cara, sé que no estoy invitada. Confío en que algún día podamos repetir... —ronronea melosa acariciando con una mano mi pecho, a la vez que se acerca más a mí con la clara intención de besarme.

La aparto rápidamente. No sé por qué, pero en estos momentos su contacto me quema. No lo entiendo, es una tía que folla bien. Cambio el chip de manera instantánea y le respondo lo que ella quiere escuchar.

—Claro. Ya hablaremos. —Aunque no me gusta desechar ningún posible futuro polvo, y con ella sé que me lo pasaré realmente bien, no lo haré. No podría—. ¿Vamos? —le pregunto a Cristina alzando la mano para tomarla del hombro y llevármela antes de que la cosa vaya a peor.

Nos montamos en el coche ante la atenta mirada de Monique y la llevo a comer a un sitio nuevo que me comentaron el otro día. Estoy interesado en hablar con el dueño y ver si está por la labor de dejarnos introducir alguna máquina. Por el camino, me cuenta que está muy triste con la marcha de Caroba y que, aunque ha hablado con ella un par de veces, no es lo mismo. Le cogió mucho cariño, comían casi todos los días juntas y llegó a considerarla una buena amiga. Me asombro ante su pesadumbre, en parte por ser culpa mía que intimaran tanto. Fui yo quien la animó para que quedara con ella y así averiguara cosas de su vida. Aunque no sabía que para ella significara tanto como para estar tan apenada. Ciertamente yo también la estoy echando bastante de menos. Es una chica que se te mete dentro la piel y cuesta olvidarla.

Llegamos al restaurante y me quedo alucinado al ver el local: es muy bonito, parece un patio antiguo rodeado de galerías; me recuerda a la antigua Córdoba musulmana. En el centro hay una fuente que da cierta tranquilidad al lugar. Además, la carta tiene una pinta fantástica. El camarero se acerca para preguntarnos por las bebidas y aprovecho para dejarle una tarjeta mía con la intención de que se la haga llegar al dueño; necesito hacer negocios sino quiero tener que tirar más de los ahorros. Comemos entre risas y confidencias que me hace sobre sus avances amorosos con el chico que conoció por internet. Se disculpa por haberle dado mi dirección a Mario, haciéndome la confidencia de que si lo hubiera conocido antes que a su chico se le hubiera tirado al cuello.

—No sigas por ahí. No te conviene. Hazme caso y olvídale —le advierto con cariño. A continuación, pienso que, si Mario no hubiera venido... no quiero ni pensar en qué habría sido de mí. Había entrado en una espiral de autodestrucción de la que no quería salir.

—Es una forma de hablar, David. Sabes que no me interesa ninguno que no sea el mío, pero ojos tengo. —Suelta una carcajada que me hace sonreír por inercia. Es una gran mujer y una buena amiga, eso sin duda.

Al llegar al postre, ya no aguanta más y me hace el tercer grado para que le detalle eso tan importante que tenía que contarle. Me río por su curiosidad y su forma de sonsacarme. Le cuento que fui a Ronda y estuve con ella, en su casa. Su expresión se vuelve un poco triste, así que le doy la noticia del bebé que seguro que la anima. Su cara es un poema: pasa de la sorpresa a la euforia, para terminar en enfado.

—¡Será cabrona! No me ha contado nada... Ya verás cuando la pille —suelta a voz en grito.

La tranquilizo diciéndole que es algo muy reciente, que yo me enteré de casualidad el otro día. Después de darle todo tipo de detalles sobre el lugar donde vive y lo agradable que es Ewan, nos despedimos en la puerta de la empresa, ya que ella había dejado allí su coche. Antes de irme, por supuesto, tengo que prometerle que iremos juntos a Ronda para ver a Caroba.

—Muy pronto. Estoy seguro de que ella tiene tantas ganas de verte como tú a ella —le digo sonriendo y pensando que, por mi parte, voy a necesitar dosis extra de la paz que me transmite mi rubia preferida.

Mantengo la sonrisa mientras la veo montarse en su coche y, al alejarse, me quedo mirando a la nada, recordando los momentos tan increíbles que viví aquí. Parece que hace un siglo de eso.

Sé que, de alguna manera, la he recuperado. Será un contigo y sin ti, como dice la canción de Ft MC Stoner <sup>6</sup>:

*Sin ti soy una luz que se ha apagado.*

*Una flor que se ha marchitado.*

*Contigo...*

*Haces que este mundo sea un mejor lugar...*

*Contigo soy esa sensación del primer beso...*

*Sin ti soy un hombre triste, contigo el más feliz.*

«Mis canciones y yo... todo un clásico». Sonrío pensando en las locuras que he hecho desde que conocí a esta mujer. ¿Quién me ha visto y quién me ve?

# Capítulo 13

*No te confundas.*

*El tiempo cierra, pero no borra tu herida.*

## Manuel

Salgo de la consulta del médico bastante asustado. No puedo creer que todo vaya a terminar tan pronto. Me han dicho que hay tratamientos, pero estando el cáncer tan avanzado como está, no serviría de mucho. Pienso en David. No puedo dejarlo solo con Luisa, no después de lo que pasó aquella vez. Me sangra el corazón al recordarlo.

Ese hombre apareció por la puerta con mi pequeño y no pude hacer nada. Estaba atado a la cama como tantas otras veces. Me dejaba hacer porque la amaba y me he castigado cada día por permitirlo. Realmente no fui consciente de hasta dónde podían llegar esos dos. El cogió la mano de David y se la puso sobre el glande. Empecé a gritar que le soltaran mientras forcejeaba con las ataduras, pero lo único que conseguí fue que me sangraran las muñecas. Ella me contemplaba y pude comprobar que su mirada estaba perdida. Estaba demente, enferma. Esa noche entendí que no respetaba nada ni a nadie. Aunque por un ínfimo instante pude ver arrepentimiento en sus ojos. Quizás estuviera asustada por la dominación que ejercía ese hombre sobre ella. Intenté agarrarme a ese sentimiento para que lo liberara cuando perdí el conocimiento, intentando liberarme sin éxito.

Al despertar estaba solo en el dormitorio. No debió suceder nada más allá de lo que vi, porque David nunca mostró señales de que hubieran abusado de él. Quiero creer que solo jugaron con mi niño para fastidiarme. Y que, al perder la consciencia, lo dejaron ir. De todas formas, sé que desde la primera vez que Luisa me ató, debería haberme marchado con mi hijo, lejos. Tendría que haberlo apartado de toda esa mierda.

Ese día me prometí no permitir que volviera a ocurrir algo así. Tengo que reconocer que en parte fue culpa mía; no debería haber dejado que llegara tan lejos. Esa mujer nos ha destrozado. He tardado demasiado tiempo en comprender y asimilar que ella no me amaba o, por lo menos, no con la misma intensidad que yo a ella. Aunque, a veces, nos mostrara su cara caritativa y nos diera un trocito de ella, de la mujer que conocí antes de casarnos.

Recuerdo claramente el día que la vi en la playa, haciendo topless. Me pareció una sirena recién salida del mar, con su pecho desnudo dorándose al sol. Las gotas de agua resbalaban por su abdomen y mi único deseo era acercarme para chupar cada gota de su cuerpo. Absolutamente perfecta fue lo que pensé. Su cabello rubio brillaba bajo el sol. No podía dejar de mirarla; su

nariz respingona, sus labios carnosos. Como si pudiera percibir que la estaba observando, giró el rostro y me miró a su vez. Se incorporó un poco y, al ver sus ojos negros clavados en mí, quise morir. Hablé con mis amigos para acercarnos; por supuesto, les advertí que ella era mía. Tenía claro que la conquistaría y me casaría con ella. Fue amor a primera vista.

Debería haber intuido que ella necesitaba algo más, al menos en el plano sexual. Al principio, los encuentros entre nosotros eran brutales. Lo hacíamos en cualquier sitio, nos daba igual si nos veían o no. Estoy convencido de que a ella eso le excitaba más que yo; pensar en que alguien nos descubriera... Con el tiempo he comprendido que lo que realmente le gustaba era el morbo. Reconozco que al casarnos y empezar a trabajar en mi empresa la cosa decayó un poco. No es que no tuviera ganas de hacer el amor con mi mujer, pero el cansancio me podía. Ahora me doy cuenta de que me dejé ir. Y después la forcé a quedarse embarazada. Ese fue el detonante de nuestra situación actual. Más tarde conoció al sinvergüenza de Julián y con él las cosas han ido de mal en peor. Está tomando drogas, aunque cree que no lo sé. Me da pena. Cuando la miro, no veo nada de aquella chiquilla que conocí en la playa. Siento tristeza, y no puedo dejar de pensar que quizá toda esta situación haya sido culpa mía.

Me voy a la playa para hacer tiempo hasta la hora de recoger a David. Tengo que hablar con Ana, quiero que ella se haga cargo de mi pequeño, aunque yo no esté. Le pagaré por adelantado hasta que David cumpla los dieciocho años. Es un niño fuerte y sobrevivirá a todo. Estoy seguro de que será una gran persona. Lo único que necesito es que mi mujer sepa mantener a sus amantes lejos de mi casa, y de él. Tengo que dejarlo todo bien atado, hacer el testamento para que mi hijo no se quede en la calle y ella pueda sobrevivir sobradamente con la pensión de viudedad y el dinero que le quedará del seguro. La única condición que le he puesto, en una cláusula que he incluido, es que debe cumplir su promesa de no volver a tocarlo. También he hablado con mi socio: necesito que formalice la compra de mi parte de la empresa para poder afrontar los gastos que todo esto va a suponer.

Me encuentro muy cansado. Cada día que pasa se me hace más cuesta arriba. Me levanto y voy al baño a vomitar por décima vez en lo que va de mañana. Luisa no está, se marcha a las doce y no la veo aparecer hasta la hora de comer. Le ha dado igual que esté enfermo y muriéndome. Si no llega a ser por Ana, no tendría ni medicinas que tomar. El demonio se ha apoderado de mi

mujer. Mis últimos días los estoy viviendo solo; menos mal que las tardes puedo disfrutarlas con David. Estoy intentando que entienda que me voy a ir lejos y que no volveré. Nunca hemos sido muy católicos, pero creo que es momento de creer en algo. Me gustaría que pensara que estaré ahí arriba, mirándole y cuidándole.

Cuando llegan a casa, después de merendar y esperar a que se asee, jugamos a un juego de mesa que a David le encanta: el Monopoly<sup>7</sup>. Con catorce años es un hombrecito que sabe muy bien llevar las cuentas. Casi siempre tenemos que dejar aparcada la partida porque tiene que cenar y después nos vamos a dormir. Es bueno que siga su dinámica y que duerma las horas necesarias para afrontar los días en la escuela que cada vez son más duros. Desde que me enteré de mi enfermedad, duermo con él todas las noches. Obviamente, entre Luisa y yo no queda nada. Últimamente está más ida que otra cosa. Así que el hecho de que se vaya bien temprano y no aparezca en todo el día no me sorprende en absoluto. Por mi parte, he desmontado el despacho que tenía en casa y le he instalado a Ana una cama allí. También le he memorizado en el móvil el número de emergencias por si alguna vez Luisa llegara a casa a malas. He insistido en que no dude en llamarlos en caso necesario.

Se me está haciendo muy difícil dejarlo todo tan planificado, pero tengo los días contados y no hay otra opción que mantener la mente fría. Únicamente espero que ninguna de esas situaciones se dé y que puedan vivir en paz y armonía hasta que David se independice. También he pensado en la posibilidad de dejarlo con mi hermana, aunque según me ha dicho el abogado tendría que constar una denuncia contra su madre, y no voy a someter al crío a semejante trance si no es necesario. Así que lo único que nos queda es esperar que Luisa se porte bien y no dé problemas.

Me tumbo junto a David en la cama y me cuesta respirar. Abrazo a mi hijo y le beso. El doctor ha insistido para que me hospitalicen, pero me he negado. Me perdería estos ratitos que paso con mi niño... Ya comienza a salirle la pelusilla en la cara. He intentado hacerle comprender que el alcohol y las drogas no son buenas compañeras. Estoy tan cansado...

—David, creo que ha llegado mi momento. —Por su respiración pausada noto que está dormido—. Te quiero. No imaginas lo doloroso que es morir sin saber si estarás bien. —Me cuesta hablar, pero, aunque no me oiga, necesito

despedirme para poder irme en paz—. Le he dejado a Ana una carta donde te cuento toda la verdad. Confío en que ella te la dé cuando lo crea conveniente. También te he comprado regalos que te irá dando hasta que cumplas los dieciocho. En ese momento heredarás todas mis pertenencias. Creo haberlo hecho todo correctamente, tu madre no podrá tocar nada del dinero que quiero destinar a tu futuro. Solo espero que ella se dé cuenta algún día de su error y sepa recuperarte.

Ya no puedo más, noto que me falta el aire, que se me va la vida. Todo se está volviendo negro. Me coloco como puedo boca arriba e intento salir de la cama para avisar a Ana, pero me faltan las fuerzas.

## Capítulo 14

*Somos parte de una nueva era.*

*Una era donde el amor no tiene cara ni cuerpo ni sexo,  
donde el amor es como es: puro, irracional e increíble.*

Después de una buena ducha, me arreglo para ver a Marta. No sé si estoy preparado para lo que tenga que contarme. Siento la tentación de llamar a Caroba para que me anime y me diga que hago lo correcto. Es solo pensar en ella y una sonrisa tonta se instala en mi cara. Esa chica siempre significará algo para mí, creo que estoy destinado a llevarla en mi corazón.

Cojo la moto, decidido a que el aire fresco me proporcionará la fuerza que necesito. Recuerdo cuando me la regaló mi padre por mi dieciocho cumpleaños. Siempre que veo mi Honda VFR de 1200 cc me acuerdo de él. La elegí con Ana. A ella no le gustó que prefiriera una moto en vez de un coche, pero era mi ilusión desde que se la vi a un profesor en el instituto y me prometí que algún día sería mía y volaría con ella bien lejos. Ciertamente soy un gran aficionado a ellas. También tengo una de motocross que sacaré este fin de semana si el tiempo acompaña.

Embebido en mis pensamientos, llego al bar donde he quedado con Marta. Según mi reloj, he llegado pronto. Me siento en una mesa y pido una cerveza para apaciguar los nervios. Cojo el móvil y le escribo un mensaje a Caroba.

«Estoy angustiado. Te hice caso y quedé con ella. Espero que la explicación que tenga que darme merezca la pena. ¿Te importa si te llamo luego?».

«Por supuesto que puedes llamarme. Estoy aquí para ti SIEMPRE. No lo olvides. Te quiero».

Le contesto con una carita con ojos en forma de corazón. Cuando estoy guardando el móvil la veo entrar. Algo dentro de mí se acelera; no puedo evitar sentir como un calambrazo. Me encanta su melena color chocolate... Uf, la devoraría ahora mismo. Observo como me busca entre las mesas, alzo la mano para que me localice y, cuando me encuentra, me sonrío. Se aproxima con la mirada un poco perdida, supongo que lo que tiene que contarme no es fácil para ella y eso me aterra.

Al llegar junto a mí, me da un beso en la mejilla. Ese gesto me sabe a poco, así que me levanto y sin poder evitarlo la abrazo. Me quedo un instante así, aspirando ese olor que tan buenos momentos me ha dado. Ese olor que me ha hecho comprender que puedo amar. Sin embargo, los dos albornoces colgados detrás de la puerta de su baño se me vienen a la cabeza como un flash. La suelto como si quemara, provocando que ella se sienta algo incómoda. La miro azorado y me doy cuenta de que está ruborizada. Me río para aliviar la tensión.

—¿Qué...? ¿Por qué te ríes? —inquire ella mientras tomo asiento.

—Por nada. Te has sonrojado y eso es algo que me encanta. No he perdido mi sex-appeal. —Marta me golpea en el brazo y sonrío. Intento bromear para tranquilizar los ánimos de ambos. Y, por su gesto, parece que ha funcionado—. ¿Quieres tomar algo?

—Una cerveza estaría bien.

Llamo al camarero, que enseguida nos trae dos cervezas y una tapa, cortesía de la casa. Marta le da un trago largo a la suya y respira hondo.

—A ver, por dónde empiezo... —Vuelve a suspirar, alzando la vista al techo un par de segundos y continúa—: Soy homosexual.

Mi cara debe de ser un poema. De todas las cosas que podría haberme imaginado, esta sería sin duda la última de la lista, por no decir que ni siquiera se me había pasado por la cabeza. Me siento incapaz de decir nada, me he quedado bloqueado. Ella continúa.

—Hasta que te conocí... no había estado con ningún hombre.

—¿Eras virgen? —pregunto sin pensar. No pudo creer que haya pronunciado esas palabras en voz alta. Supongo que siempre bromeo para salir del paso y, sobre todo, cuando estoy demasiado nervioso como para controlar lo que sale de mi boca.

—Pues sí... —Se encoge de hombros—. No sé qué me ocurrió contigo... Nunca en mi vida me he sentido atraída por un chico, pero tú me gustaste hasta el punto de superar esa barrera. Ni qué decir tiene que disfruté y que nunca hubiera imaginado que pudiera ser... tan placentero. Ni siquiera me planteé que fueras un hombre, tu mirada hizo que todo lo demás dejara de existir. Solo estábamos tú y yo. —Se queda pensativa, está nerviosa, es como si todavía

tuviera que contarme algo más.

—¿Dudas de tu sexualidad ahora? —Tengo que preguntarlo porque no sé adónde nos lleva todo esto. No entiendo qué está ocultando.

—No. Amo a Rosa por encima de todo. Ella es lo más importante en mi vida. No se ha tomado demasiado bien mi affaire contigo. Ahora mismo estamos en *standby*. Está decepcionada, creo que se siente engañada. He intentado explicarle que ha sido superior a mí... —Hace una pausa pensando lo siguiente que va a decir—: Quiere... quiere conocerte.

La miro con cara de espanto. ¿Conocer a su chica? Esto supera a la ficción. Y no porque sea una mujer, sino porque me parece muy raro conocer a la pareja de la que ha sido mi amante; no sería la primera vez. Tomo un sorbo de mi cerveza y casi me la termino de un trago. Está claro que el destino me lo quiere poner muy difícil: primero tengo que enfrentarme a Ewan para convencerle de que vuelva con Caroba y ahora... ¿Cómo ha dicho que se llama su pareja, Rosa? ¡Estoy jodido! Todo esto me está superando.

—¡Uf! —bufo. Es lo único que consigo que salga de mi boca. Pero me planteo su situación: entiendo que no tiene que ser fácil, me ha dicho que su atracción por mí ha superado esa barrera; la de los sexos. Me quedo pensativo, analizando la situación. Para mí esa barrera nunca ha existido; prefiero acostarme con mujeres, pero si llegado el momento reconozco en un hombre al amor de mi vida no dudaría ni un instante. Finalmente accedo a sus deseos—. Si es lo que necesitas, lo haré. —Marta hace un gesto de asentimiento, coge su teléfono y envía un mensaje—. Pero... ¿ahora? ¿No es demasiado precipitado? No sé si estoy preparado en este momento...

Ella se ríe y, antes de que pueda reaccionar, una rubia impresionante está entrando en el local. Es bastante alta, lleva un vestido ceñido que le realza bastante el pecho y... ¡qué pecho! Su cara es muy dulce, transmite sensualidad. Y los labios... bueno, son para comérselos a bocados. Me quedo embobado mirándola. Está buscando a alguien. Marta se vuelve para ver qué me ha dejado en ese estado. Me mira otra vez, sonrío y se levanta. ¡Joder! ¿Esa es Rosa? La chica se acerca con paso decidido y le devora la boca delante de mis narices. Marta le responde rodeándola por el cuello. Me siento algo incómodo, pero entiendo que está marcando territorio. Entonces la rubia se separa de ella y me mira con frialdad.

—Tú debes de ser David. —Alza la mano y se la estrecho—. Ahora lo entiendo todo —afirma, mirándome a los ojos mientras se sienta.

Marta le pregunta si quiere tomar algo y ella pide un bourbon. ¡Vaya! Tiene gustos duros. La psicóloga le comenta algo que no logro entender. Rosa asiente y me miran.

—Queríamos proponerte dos cosas que son bastantes íntimas y... —Rosa hace una pausa, intuyo que está buscando las palabras correctas—, ¿embarazosas? —Se ríe y prosigue—. Perdona, es que la palabra me viene que ni pintada. Desde hace un tiempo Marta quiere tener... un... un hijo. —Si mis ojos pudieran salirse de sus órbitas, ahora mismo estarían sobre la mesa. Presiento que me están pidiendo mi esperma, y no termino de dar crédito a lo que estoy viviendo—. No te asustes, por favor. A ver, lo hemos hablado y nos gustaría compensarte. Por lo que me ha contado Marta, te gusta el sexo y... según he entendido no has podido estar con dos mujeres que te den placer a ti solo. Habíamos pensado que quizá te gustaría estar con las dos y, de paso, si fuera posible, hacerlo sin protección. Mataríamos dos pájaros de un tiro. Por supuesto, nos haríamos análisis si quieres para que compruebes que estamos sanas. Nosotras necesitaríamos saber eso también, por tu parte. Podríamos quedar el día que Marta esté ovulando, para que las probabilidades sean mayores y... ahí se acabará nuestro acuerdo. ¿Qué opinas? ¿Te atreves? ¿Te gustaría? —Rosa se queda esperando a que diga algo o reaccione de algún modo a la bomba que me acaba de soltar. Se nota quién lleva los pantalones en esa relación.

Me quedo callado, pensando, mirándolas por tiempo a una y a otra. No puedo dejar quietas las manos. La verdad es que un trío con ambas estaría genial, aunque no entra en mis planes más inmediatos. Debo centrarme en buscar un poco de estabilidad. Además... ¡Un hijo!... Saber que una parte de mí estaría viva, sin poder verlo, ni criarlo, ni educarlo... Después de todo lo que he pasado, de lo mal que se portó mi madre conmigo, de la pérdida de mi padre...

—No sé qué decir. Necesito... necesito pensarlo. Marta sabe lo que he pasado cuando era un niño, así que “prestarme” para crear una vida y pasar de todo, olvidarlo sin más... No sé si podría hacer eso —les explico, intentando convencerlas a ellas y, sobre todo, a mí.

—Podemos hablarlo, David. Si quieres estar presente en su crecimiento

podrías ser... ¿su padrino? —interviene Marta, que hasta ahora había permanecido en silencio—. Supongo que a Rosa no le importará que nos veamos en un futuro; que seamos amigos. —Mira a su compañera, que afirma con la cabeza y la besa en la sien.

—Dejadme que lo piense. Todo esto ha sido demasiado para mí. Ahora mismo no sé ni dónde estoy. Me han pasado demasiadas cosas en un corto espacio de tiempo y estoy hecho un lío. Te llamo pronto. —Me levanto sin decir nada más y salgo del bar con la cabeza dándome vueltas.

## Capítulo 15

*El sexo sin amor es una experiencia vacía.*

*Pero como experiencia vacía es una de las mejores.*

*Woody Allen*

Después de hablar con Caroba me quedé más tranquilo. Le conté todo lo que había pasado y le pedí su opinión. Como era de esperar, me dejó claro que esa decisión era demasiado personal como para inmiscuirse. Aun así, me dijo que para ella sería muy bonito formar parte de algo tan hermoso. Ayudaría a cumplir el sueño de una persona que, obviamente, es o ha sido importante para mí. Para cuando colgué, ya tenía claro lo que quería hacer con mi vida.

Lo primero sería buscar una compañera. Alguien que comparta conmigo mis aficiones y mi forma de ver la sexualidad. Una mujer que sepa comprender por todo lo que he pasado. Sin mentiras. Sin miedos. Y sé exactamente dónde puedo empezar a buscar y quien me puede ayudar.

Anoto en el GPS del móvil la ubicación que me envía Óscar y pongo rumbo al olvido. No he tenido tiempo de llegar a la verja cuando esta se abre automáticamente. Derrapo con la gravilla y dejo la moto junto a otros coches aparcados. Guardo el casco, los guantes y la chupa de cuero en la mochila. Cuando estoy subiendo las escaleras veo cómo la puerta se abre, si bien no totalmente. Me encanta el aire de misterio que siempre rodea a estas fiestas... La otra vez ocurrió algo parecido.

Entro en la casa concentrado en la decoración tan exquisita que descubro a mi alrededor. Me quedo pasmado al contemplar una gran lámpara que ilumina de forma muy sutil, por no decir que no se ve casi nada. Achico los ojos para observarla mejor: es dorada, con forma de araña y está llena de velas. Uf, todo esto ha debido de costar una fortuna. También hay espejos a ambos lados y un gran sofá redondo bajo la lámpara, todo a juego en dorado.

Mientras miro alrededor, embobado, no me percaté de que tengo a mi lado a una chica rubia guapísima que me empieza a desabrochar la camisa mientras sonrío de forma pícaro. No dice nada, me toca el pecho desnudo y deja caer la camisa al suelo. Con habilidad, me abre los pantalones y los baja a la vez que se deshace también de los calzoncillos. Mientras tanto, se relame mirándome a los ojos. Está desnuda, aunque un polvo dorado cubre por completo su piel;

brilla cuando se mueve. Se levanta de forma muy sugerente, dejando un rastro con la mano, me guía y me sienta para quitarme los zapatos y terminar de dejarme totalmente desnudo. Entonces deposita un beso sobre mi glande y, al igual que la otra vez, me coloca una pulsera con preservativos.

Después se levanta y, con un dedo, me indica que la siga. Lo hago sin apartar la vista de sus nalgas: un trasero perfecto, en forma de corazón. Cuando levanto la vista, me vuelvo a quedar alucinado: en el centro de la sala hay una lámpara de cristal que parece una cascada de agua, con unas bolas en el interior. La decoración es negra y los colores que desprende la luz, junto con la música que suena por los altavoces, me están excitando. Si mi memoria no me falla, está sonando *Straight To Number One*, de *Touch & Go*<sup>8</sup>. Bajo la lámpara, como si fuera una prolongación de esta, hay una barra de striptease. Recorro con la vista el lugar y compruebo que hay camas con dosel formando un círculo alrededor, varios sofás al fondo y una barra de cócteles.

La chica me guía hasta esta última y se marcha hacia una de las camas, en la que hay dos chicas jugando. Una de ellas lleva un arnés y está penetrando a la otra por detrás. Le pido al camarero algo fuerte mientras observo cómo mi rubia se acerca para devorarle los pechos a la que tiene puesto el arnés. Enseguida, sin apenas darme cuenta, tengo frente a mí, en la barra, un chupito que, por el color, intuyo que es absenta y también una copa larga. Me bebo del tirón el contenido del vasito y le doy un sorbo al combinado. Al mismo tiempo, empiezo a buscar a la razón por la cual estoy aquí.

De pronto, las luces se apagan y la música se para. Un foco rojo alumbraba la barra de metal y veo salir a mi asiática con paso decidido, con los primeros compases de *Sweet Dreams*, de *Eurythmics*<sup>9</sup>. Lleva un traje de chaqueta con falda y un sombrero. Alcanzo a entrever sus labios pintados de rojo que destacan en su rostro; esos que estoy deseando devorar. ¡Deslumbrante! Llega hasta la barra y se abre la chaqueta y la camisa de un tirón, dejando ver un conjunto dorado que cubre levemente su pecho. Luego se agacha con las piernas abiertas y se introduce un dedo para chupárselo después. ¡Joder! Me la ha puesto dura al instante con ese gesto. Se deshace del sombrero, dejando al aire su larga melena negra, se da la vuelta y deja caer la parte de arriba de su ropa, para arrancarse la falda inmediatamente, mientras no deja de contonear las caderas. Se agarra y de un salto queda colgada de las piernas, bocabajo. Se refriega con la barra y su mirada se encuentra con la mía. Sonríe. Se

incorpora agarrándose con las manos, dejando que el metal roce su entrepierna. Pone los pies en el suelo y, con un gesto, me invita a subir. No lo dudo.

Me sitúo delante de ella colocando mis manos en su cintura, disfrutando del tacto de su piel. Es muy bella, tiene un rostro que atrae. Con esos ojos rasgados y esa piel tan blanca en contraste con su melena negra y lisa. En ese momento ella se gira, poniéndose de espaldas a mí, agachando el cuerpo y levantando sutilmente su perfecto trasero. Yo hago círculos con mis caderas, a lo que ella responde con leves movimientos de piernas, arriba y abajo, restregándose. Se incorpora, se da la vuelta y levanta una pierna hábilmente hasta situarla en mi hombro. No sé qué hacer con las manos, tengo ganas de follármela así. Me besa apasionadamente mientras sigue frotándose contra mí. Oigo aplausos y me doy cuenta de que la canción ha acabado; ahora empieza *Kiss me... come to me now... touch me*<sup>10</sup>. Mi asiática comienza a susurrarme la letra al oído provocando que mi miembro se ponga más duro aún. Desliza la pierna por mi brazo con una habilidad pasmosa, se separa de mí y, cogiéndome de la mano, me lleva hasta una de las camas libres.

Puedo admirar su cuerpo cubierto de purpurina dorada. Le quito el sujetador, que apenas le cubre la parte baja del pecho, y admiro sus pezones oscuros. Saco la lengua y los lamo sin dejar de mirarla a los ojos. Ella hace un gesto con la mano y enseguida aparece un hombre musculado que se sienta en el borde de la cama, detrás de ella, y se pone un preservativo. Luego la toma de la cintura y la insta a dejarse caer hacia atrás. Ella lo hace lentamente, tocándose y dándose goce. Suelta un gemido que indica que está totalmente dentro de ella. Abre las piernas colocándolas sobre las de él y dejándome ver su centro, totalmente depilado. Me agacho para probar su sabor. Ella me agarra del pelo y me aprieta, dejándome casi sin respiración. Le mordisqueo el clítoris provocando que se retuerza, paseo la lengua entre sus pliegues y se la introduzco, lo que hace que se mueva arriba y abajo buscando su deleite. El otro hombre le coloca unas pinzas en los pezones y tira de ellas. Ella se inclina hacia atrás moviendo las caderas cada vez más rápido. Me estoy excitando mucho ante esa imagen, la tengo demasiado dura. Me incorporo y me pongo rápidamente un preservativo. Restriego la punta en el mismo punto en el que he estado jugueteando con él, hinchándolo más, pero ella me agarra por la cintura y se la mete hasta el fondo. ¡Mierda! ¡Qué gozada! Me quedo parado, esperando que el otro se mueva y, cuando lo hace, empujamos al unísono. No

puedo evitar recordar a Caroba... esa fue mi primera vez. Pero vuelvo a la realidad: mi asiática está llegando al clímax y nos arrastra a los dos con ella. Necesito encontrar el equilibrio. Una mujer que me ame y me de placer.

Me aparto para quitarme el preservativo y dejo espacio para que se incorporen. Estoy buscando dónde tirarlo cuando ella se acerca a mi oído y me susurra dulcemente: «Mei».

Después de un par de sesiones más, en las que estuvimos los tres con otra chica y supe lo que es tener a dos mujeres para mí solo, me marché a dormir. No sin antes pedirle el número de teléfono para un posible acercamiento. Esta noche seguramente soñaré con Mei, mi asiática.

## Capítulo 16

*Todo fracaso es el condimento que da sabor al éxito.*

*Truman Capote*

Lo primero que hago al despertar es enviarle un mensaje a Marta proponiéndole quedar el lunes en el mismo sitio y a la misma hora. Debo responder a su petición y sentar las bases de lo que pueda ocurrir después. Todavía no tengo claro qué voy a hacer al respecto, pero sí que necesito hablar con ella sin el shock de enterarme de golpe de que es lesbiana y quieren tener un hijo con mi esperma... Eso fue lo peor. Con la cabeza a punto de estallar decido que debo cambiar de aires.

Así que decido alejarme de la maraña de cosas que me han sucedido. Preparo una mochila con mi mono de motocross, un bocadillo, bebida isotónica, crema con árnica para después de las carreras, algunas vendas por si acaso y... creo que no se me olvida nada. Llamo a Manolo y a Javi para intentar que estemos en el mismo punto a la vez y pongo rumbo hacia El Puerto de Santa María. Me encantan esas pistas en particular y, desde que supe que a esos dos locos del motocross también les gustaban, vamos allí siempre que podemos. Es la mejor forma de descargar adrenalina. Tienen todos los ingredientes para acabar completamente agotados.

Nada más llegar, puedo verlos a lo lejos con todo el equipamiento. Un alivio me recorre por dentro al divisar a mis amigos de la infancia con los que he vivido tan buenos momentos. Ahora sé que he hecho lo correcto. Ellos me van a dar la paz que necesito.

Intento aparcar lo más cerca posible de ellos, para que me ayuden a descargar la moto del carrito. Les saludo al bajar del coche chocando los puños, como cuando éramos unos niños. Los conocí en el colegio y me ayudaron bastante a integrarme. Siempre llegaba a clase con algún golpe o herida y ellos nunca preguntaban, pero me defendían de los demás. Nunca he entendido esa actitud entre los jóvenes: abusan del más débil, pero también del que creen más fuerte. Menos mal que gracias a ellos nadie me tocaba. Y, aunque nunca les conté lo que ocurría en mi familia, siempre estuvieron ahí para mí. Incluso me abrieron las puertas de su casa en más de una ocasión. Y me acogieron como a uno más.

Nos preparamos para montar y después nos colocamos en la línea de

salida, como si fuéramos a hacer una competición. Miro a mi derecha. Allí tengo a otro motorista que no conozco y parece querer picarse también con nosotros. Les hago un gesto para que vean que tenemos compañía y ambos asienten. El casco nos queda tan apretado que no podemos ni sonreír. Salimos disparados y, para variar, rápidamente me pongo en cabeza. No le tengo miedo a la muerte y ahora mismo nada me ata aquí. Ese pensamiento revolotea mucho últimamente en mi cabeza.

Un movimiento a mi derecha me sorprende: el cuarto corredor me adelanta en la curva y casi hace que me caiga. Acelero derrapando con la rueda de atrás y al entrar en el montículo vuelvo a hacerlo, provocando que la moto tome bastante altura. Levanto las piernas hacia atrás haciendo una acrobacia. Con una asombrosa sensación de libertad recorriendo mis venas pienso que me encantaría participar en el próximo torneo y ganar el cuantioso premio en metálico que ofrecen, además de un sponsor para poder correr por el mundo de competición en competición, conociendo lugares a los que ni en mejores sueños podría ir. Noto la adrenalina fluir por mis venas. Hago otro salto y esta vez intento ponerme de pie antes de caer, pero no lo consigo, así que pruebo de nuevo en el siguiente. ¡Perfecto! Cuando estoy llegando a la meta, por mi derecha me adelanta una moto. ¡Mierda! No es posible. Al poco, llegan Manolo y Javi, se quitan el casco y se ríen. Hago como que les voy a tirar el mío para que dejen de cachondearse de mí.

—¡Te ha salido competencia! Corre muy bien, aunque los saltos los tiene que mejorar —me dice Manolo mirando al motorista que ha ganado, quien se ha parado algo más allá y se está quitando el casco.

La cara de los tres debe de ser un poema cuando descubrimos que el cuarto corredor... es una rubia guapísima. La chica se baja la cremallera del mono, dejando ver un poco el canalillo que forman los pechos. Creo que los tres babeamos ante semejante visión.

—No me lo puedo creer. Estoy excitado y frustrado a partes iguales. —De nuevo mis amigos se ríen de mí.

—¡Estás jodido! —dicen casi al unísono.

—Ni que hubierais ensayado... —No puedo evitar volver a mirarla. Es absolutamente perfecta.

Me llama la atención que los pies le lleguen al suelo sin desmontar de la

moto, con lo cual no es bajita y eso me encanta. Se puede ver que tiene la cintura pequeña, y el pecho... ¡Qué pecho! Su pelo es bastante largo y luce ese color que resalta bajo el sol. De pronto se chupa el labio superior y no puedo evitar que me apriete el mono en la parte baja. Los tiene bastante carnosos, la nariz chata y la piel de un color dorado muy bonito. Arranco la moto, me pongo a su lado y le extiendo la mano a modo de saludo.

—David. —Me mira con sensualidad. Su color de ojos me recuerda al de Caroba, de un tono miel—. Buena carrera. ¿Llevas mucho tiempo corriendo? No te he visto antes por aquí.

Ella sigue mirándome sin decir nada. Parece estar evaluando la mercancía; o sea, a mí.

—Marina. Encantada. Vaya interrogatorio. —Sonríe y directamente su gesto se clava en mi entrepierna. Tiene la sonrisa más bonita que he visto en mi vida—. He venido alguna que otra vez. Me gustaría presentarme al torneo que hay dentro de dos meses. Aunque va a ser para nada, ya que los saltos... como has podido ver, se me resisten. —Su tono es demasiado dulce para lo que estoy acostumbrado. No coquetea conmigo y eso me molesta en cierto modo. Ha bajado la mirada, avergonzada, mientras me hablaba—. Lo siento. Estoy tan frustrada ahora que lo he dicho sin pensar. —A continuación, sin más, se pone el casco y se marcha.

—¿Qué coño...? —murmuro.

Me quedo mirando cómo se va. No entiendo nada. Oigo un par de motos acercarse; son los chicos, que me preguntan qué ha pasado.

—Ni puta idea —reconozco mientras intento repasar lo que ha dicho para comprenderlo—. ¡Tías! ¿Quién las entiende? Vámonos a comer. Necesito una birra urgentemente.

Con la sensación de haber perdido una batalla, lo recogemos todo y nos dirigimos a una venta donde se come el mejor arroz del mundo, al menos para mí.

Al llegar a la Venta “La Feria” <sup>11</sup> metemos los coches dentro, porque tiene aparcamiento privado y al ir con los carros enganchados es lo mejor. Manolo y Javi conocen al dueño, que ya les había reservado el hueco en el parking y mesa para tres. No quiero beber mucho porque tengo que volver a Sevilla.

—¡Quédate! Mi parienta me ha dado permiso para salir esta noche contigo. Sabes que te tiene mucho cariño y por ti me deja libre —dice Javi riéndose y poniendo cara de niño bueno.

Conoció a su novia gracias a mí. Creo que ha sido la única mujer hasta ahora que me ha rechazado. Una noche de copas intenté entrarle y me dijo que le gustaba mi amigo, no yo. Me quedé bastante rayado y, aun así, la besé; quise probar sus labios pensando que estaba de broma. ¡Nadie se puede resistir a mi sex-appeal! La torta que me pegó no fue chica, así que entre risas me ofrecí a ayudarle a conquistar al más tunante de los tres. Le conté que mi amigo no había tenido nunca una relación y que era bastante vividor. Entre confidencias orquestamos un plan, que ha durado hasta hoy y que espero lo haga muchos años más. Sonríó para mí: no todo es malo en mi pasado. Algo hice bien.

—Yo también estoy libre —interrumpe Manolo—. Además, podemos quedarnos en mi casa, si queréis. ¿Qué tal si mañana vamos a lo del agua a tirarnos por las cuevas imposibles? ¿Qué dices, David? —inquire mientras le da un sorbo a su cerveza helada—. Mmm... ¡Qué rica!

—Está bien, me quedo. Pero nada de buscar rollo, que anoche ya tuve una buena sesión y estoy más que satisfecho —les confío, y empiezo a reír a carcajada limpia al ver sus caras.

—¡Qué dices! Por Dios... cuenta, cuenta —exclama Javi tomando su cerveza y haciendo gestos muy explícitos con las manos para que les relate mi aventura sexual.

Intento relatarles la velada muy por encima sin conseguirlo. Es misión imposible: me fríen a preguntas indiscretas que, obviamente, tengo que contestar. Cuando me imploran saber de qué conozco a Mei no tengo más remedio que contarles la primera vez que la vi y lo que ocurrió en esa casa. No pueden creerlo. Insisten una y otra vez en que me lo estoy inventando sobre la marcha, sobre todo cuando les describo la postura del columpio.

Pedimos una botella de vino blanco de la sierra de Cádiz que está buenísimo y que, por supuesto, acompaña muy bien al “arroz del señorito”. Entre risas y confidencias echamos la tarde. Terminamos tan borrachos de vino y de las copitas de después que al final no salimos de marcha. Mejor, así mañana podremos levantarnos temprano y disfrutar el día a tope con las motos. Me acuesto recordando a Marina, intentando entender qué le pudo pasar para

reaccionar así. A menos que fuera mi mirada la que dijera algo y no me diera cuenta. De este modo, perdido en mis pensamientos, me percaté de que me gustaría muchísimo volver a verla. Se me ocurre una idea descabellada; sería la excusa perfecta: podría ofrecerme a darle clases de salto... Mañana les pediré a estos que me ayuden. Y, con miles de ideas en la cabeza, me duermo con el deseo de volver a encontrarla.

## Capítulo 17

*Es triste ver cómo alguien que,  
alguna vez estuvo tan cerca de ti,  
puede llegar a ser un total extraño.*

## Luisa

¡Dios! Con la resaca que tengo y no paran de hacer ruido. Mira que le tengo dicho a Ana que se lleve al enano fuera los fines de semana. Le voy a dar tal guantazo al mocoso que se le van a quitar las ganas de molestarme para siempre.

—¿Es que nadie en esta casa es consciente de que algunos todavía dormimos? —pregunto al aire, porque todavía no he visto a nadie. Cruzo el pasillo y el panorama que me encuentro es del todo excéntrico: veo al niño de rodillas llorando en la falda de la niñera. Algo grave ha tenido que suceder, porque pocas veces lo he visto llorar. En ese momento oigo abrirse la puerta y varios paramédicos entran apresurados con una camilla, aunque al verme se quedan parados frente a mí. De pronto noto una mano sobre mi hombro; me sobresalto ante lo insólito de la situación. Giro la cabeza y un policía me mira con rudeza. Pero... ¿qué ha pasado?

—Señora, no sé si sabe que su marido ha... muerto. —Me quedo mirando al policía, intentando asimilar lo que acabo de escuchar. Niego con la cabeza, no puede ser. Pretendo moverme, decir algo, pero no soy capaz; estoy paralizada. Todo a mi alrededor se difumina. Siento como si una fila de hormigas se instalara en mis pupilas y mi garganta. La mente me lleva al momento en el que le conocí, con su pelo mojado y castaño que le llegaba por los hombros. Salía del agua y yo no podía apartar la mirada de las gotitas que resbalaban por sus marcados abdominales. Es como si lo tuviera ahora mismo delante, sacudiendo la cabeza para quitarse el agua del cabello... Aunque lo que más me impresionó fue su mirada, azul como el cielo. Tenía un color de ojos que, afortunadamente, voy a ver en los de David para siempre.

—¿Señora? ¿Está bien? —me pregunta el policía, ahora bastante preocupado.

Sin ser muy consciente de dónde saco las fuerzas, le pregunto si puedo verlo. Asiente y me indica que está en la habitación de mi hijo. ¡Mi hijo! ¡Qué ironía! Nunca lo he sentido como tal.

Como una autómatas, me dirijo al dormitorio. Un doctor está en la puerta con una carpeta en las manos y por lo que parece esperándome, ya que me mira con cara de circunstancias. Cuando llego a su altura, sin esperar mucho más, comienza a informarme de todos los detalles: hora de la muerte, el

motivo y no sé qué más, ya que me he quedado congelada mirando hacia la cama donde yace Manuel, mi marido... Un grito ahogado se oye en la habitación; creo que sale de mi garganta. A partir de ese momento no recuerdo mucho más. Me veo a mí misma tirada en la cama, abrazándole; estoy llorando, preguntándole por qué. Por qué ha tenido que dejarme. Ahora qué voy a hacer sin él. No quiero darme cuenta de que últimamente casi ni hablábamos, pero el simple hecho de perderlo hace que recapacite: que mire atrás y recuerde los momentos que hemos vivido juntos, momentos muy felices hasta que apareció él. Noto cómo la ira se apodera de mí.

Me voy a mi cuarto. Necesito dejar de pensar, perderme en la inconsciencia de mis malos hábitos; son los únicos amigos que tengo que me pueden ayudar. Abro la ventana y bajo la mosquitera para que no se pueda ver nada desde fuera. Cojo mi pipa de cristal y lo preparo todo. Aspiro y voy notando cómo mi respiración se hace más lenta y cómo mi cuerpo se relaja. Me recuesto en la cama y dejo que el humo me aturda; comienzo a sentirme pesada. Deposito la pipa en la mesilla y me dejo llevar; los parpados se me cierran. Todo se vuelve negro.

Me levanto sobresaltada por los ruidos que escucho en la casa. Intento reconstruir lo sucedido: Manuel... ha muerto. Mi cabeza se llena de flashes de lo ocurrido: la policía, la ambulancia, David llorando en los brazos de Ana y Manuel tumbado, inerte, en la cama.

—¡Todo es culpa tuya! —grito en la soledad de mi dormitorio. La culpa es de David, mi hijo. Ese hijo que nunca quise, y que ahora me ha quitado lo más preciado que tenía y no valoré. No. No. La culpa es mía, solo mía. Debí...

Alguien entra en tromba en mi habitación. La figura se queda parada en la puerta y me observa. No dice nada, solo me mira de arriba abajo con preocupación. En su expresión puedo ver además angustia y... ¿asco?

—Te veo mal, Luisa —dice al fin—. Ya no eres esa mujer que conocí hace unos años, esa que quería comerse el mundo y dominarlo. Te estás destruyendo a pasos agigantados. —Julián se da la vuelta, dubitativo, parándose bajo el marco de la puerta, y me espeta con tono cansado—. Dúchate, tenemos que ir a un funeral.

No entiendo muy bien qué hace él aquí, en mi casa, y por qué me ha dicho

eso de “tenemos”. Me ducho y me visto de negro, acorde a la ocasión, pero con unos taconazos que podrían dar la sensación de que soy una insensible. Me duele, por supuesto que me duele, pero mi vida con Manuel era un sinsentido. Las llamas que hubo se apagaron cuando nació David y, desde aquel momento, dejé de tener un marido para vivir con un padre. Necesitaba mimos. Necesitaba atención, dedicación. Pero, sobre todo, necesitaba sexo.

Salgo de la habitación buscando una explicación a la presencia de Julián en mi casa. Me lo encuentro en el salón, mirando con lujuria a Ana y al niño. En otro momento me hubiera parecido gracioso, pero ahora mismo solo quiero que se vaya y me deje con mi dolor y mi luto. Algo está cambiando en mi interior.

—Vete. —Se gira y me mira como si estuviera loca o algo parecido—. No quiero repetirlo. ¡Márchate! —Observo a David, que está aterrado, muy cerca de Ana, y a esta, nerviosa con la presencia de Julián.

Necesito despedirme de él. En paz. Por primera vez desde hace mucho tiempo, acepta mi petición y se va. Necesito pensar en qué he hecho con mi vida. ¿He sido yo la única culpable de todo? Observo a mi pequeño asustado sobre la falda de la niñera. Mi pequeño... Me repito con ironía porque ya no lo es. Ahora es todo un hombrecito y yo... Aprieto los dientes enfadada, pero con él sino conmigo. Con la persona egoísta que no quiso ver que tenía una familia y la rompí. Un sentimiento desconocido, hasta ahora para mí, me recorre las venas, creo que es arrepentimiento.

Vamos al cementerio y me asombro al comprobar que estaba todo dispuesto. Tenemos un sepulcro donde podremos ser enterrados, si queremos. Juntos. Como una familia; esa que nunca fuimos. Miro a mi alrededor y puedo ver a su hermana, sus amigos, su socio... todos han venido a despedirle. Parece que todo el mundo sabía del estado tan precario de su enfermedad, menos yo, ya que nadie se muestra sorprendido con la noticia de su muerte. Me recrimino lo mala mujer y madre que he sido en todo este tiempo.

Después del entierro y de escuchar malas palabras por parte de la familia y el socio de Manuel, nos vamos a mi casa. El abogado nos espera para leer el testamento y explicarme las últimas voluntades que mi marido hizo antes de morir. Estoy intrigada por saber qué ha podido elucubrar este hombre antes de morir. ¿No se supone que todo me queda a mí? La verdad es que nunca me he interesado por saber cómo iban nuestras cuentas ni la situación económica en

la que estábamos.

Cuando el abogado termina de hablar, en mi cabeza se repiten sus palabras en bucle: separación de bienes, usufructo, conmutación, .... Hago un vago intento de pensar en positivo, sin lograr sacar nada bueno de esto. Yo quería recuperar a mi hijo. Pensé que quizá pudiera perdonarme por todo lo que ha sucedido. Pero las palabras del picapleitos se repiten en bucle desatando la ira que estaba conteniendo. Entendiendo que: No puedo disfrutar de esta casa sin David. Tengo que aguantar a Ana bajo mi techo hasta que el niño sea mayor de edad. No sé muy bien cómo lo ha hecho mi marido, pero está claro que ha ido a joderme la existencia. La rabia me consume. Me da igual todo; mientras pueda venir aquí de vez en cuando me basta. ¡A la mierda! Esta es mi casa y nadie me prohibirá entrar en ella. El dinero del que dispondré al día es suficiente para mantener mis vicios. Podré entrar y salir sin que nadie me pregunte, y encima tengo a alguien que se va a ocupar del “niño” hasta que se pueda mantener solo. Así que, sin pensarlo ni decir nada más, firmo los papeles que me ha mostrado el abogado y me voy a mi cuarto. Cojo mi pipa y, de nuevo, me dejo ir... No quiero pensar. No quiero seguir viendo la imagen del ataúd bajar al fondo de la tierra. No deseo sentir. Ni sufrir. Soy joven y me queda una vida por delante que quiero disfrutar al máximo, sin controles ni malas caras a mi alrededor.

## Capítulo 18

*Los amigos son hermanos que se escogen.*

¡Qué resaca! Hacía tiempo que no me levantaba con este dolor de cabeza, y mira que últimamente me las he cogido a cuadritos, pero es lo que tiene mezclar... Y dormir en el suelo también influye. Cuando voy a desperezarme, noto el calor de una mano rodeándome la cintura y aplastándome. Pesa demasiado para ser la de una mujer. Me vuelvo con curiosidad, intentando recordar si finalmente nos trajimos a alguien de juerga a casa, y no, lo que me encuentro nada tiene que ver con una mujer despampanante. Delante de mí tengo la cara de Manolo, babeando. ¡Qué asco! Me lo saco de encima de un manotazo, no vaya a ser que se levante con ganas de mambo matutino y ni siquiera me mire.

Me levanto riéndome de mi propia broma, aunque con el cuerpo hecho una mierda. ¡Me duele todo! Localizo la cocina y busco algo que pueda tomar para aliviarme.

—¡Buenos días! —dice Javi, risueño, que aparece de la nada.

—Chsss ¡Habla más bajo, joder! —le imploro mientras sigo buscando en los cajones—. ¿Sabes dónde guarda Manolo los analgésicos? Si es que tiene, porque... ¡vaya desorden!

—Detrás de ti, segundo cajón. Dame uno a mí también, que me va a estallar la chola. —Al oír esa otra voz, me doy la vuelta y veo a Manolo con peor cara que yo, lo que ya es decir. De pronto, los tres nos miramos y comenzamos a reír—. Somos patéticos. Con la de juergas que nos hemos pegado y hay que vernos ahora.

—Oye, que yo sigo pegándomelas igual o mejor; vosotros, que estáis hechos unos viejos —bromeo con la intención de picarlos.

—Porque me duele mucho la cabeza, que si no te daría de hostias. Pásame esa pastilla, y ya hablaremos... Viejos, dice. ¡Será cabrón...! Por cierto, dentro de poco es Navidad y se hace la carrera benéfica de todos los años. ¿Vendrás?

—No me la perdería por nada del mundo. Y, además, este año pretendo ganarla. De hecho, me estaba planteando ir a la antigua casa de mis padres; me gustaría ver cómo está. También querría ir a saludar a Ana. Vamos, lo que

hago todos los años.

—Tu casa, querrás decir —me corrige Manolo—. Está a tu nombre, tu padre te la dejó a ti.

—Lo que sea. Esa casa nunca la sentí mía. Mi madre se ocupó durante muchos años de hacerme ver que no lo era. Pero cambiemos de tema, que quiero pasármelo bien y no tengo ganas de pensar en eso ahora.

Nos preparamos para pasar un día de motos y locura. Eso es lo único que consigue relajarme y hacerme olvidar. Aunque no puedo sacarme de la cabeza a cierta rubia... Solo de recordarla me pongo duro. Tengo que hablar con los chicos para intentar averiguar algo de ella.

Volvemos después de comer y nos duchamos por turnos, tocándome a mí el último. Al salir del baño los veo repantigados en el sofá. Me pienso si pedirles consejo. No suelo contarles intimidades, pero no soy capaz de llegar a ninguna conclusión y necesito una tercera opinión.

—Chicos... me gustaría contaros algo y que me dierais vuestra opinión. — Los dos me miran curiosos, sin creerse que haya pronunciado esa frase. Yo. David. El que nunca habla de su vida, ¡pidiendo consejo a sus amigos! Pero tengo que hacerlo, necesito hablar con alguien de mí mismo sexo y que conozcan mi pasado. Sí. Debo abrirme en canal con ellos, sin trabas—. A ver cómo os cuento esto... Hace un par de meses conocí a una chica maravillosa que me cambió del todo la percepción que tenía del amor. —Ambos abren los ojos en señal de incredulidad, y antes de que digan nada continuo—. ¡Dios! Dejadme terminar. —Asienten en silencio—. Sí, una chica guapísima, sensual y encantadora me arrebató mi más preciado tesoro... la cordura. —Mis amigos vuelven a mirarme con cara de sorpresa... y directamente empiezan a reírse a carcajada limpia—. Tíos... dejad de reiros, sé que no estoy muy cuerdo y que suena cursi, pero es la verdad. Esta chica...

—¿Nombre? —preguntan casi a la vez.

—Qué más da cómo se llame, la cosa es que...

—No lo dará para ti, queremos el nombre —protesta Manolo, el más cotilla de los dos.

—Caroba, ¿contento? —le replico, un tanto molesto por la interrupción.

—¿Qué coño de nombre es ese? Mmm... es bonito. ¿Descripción? —

vuelve a la carga el cotilla de turno.

—¡Está bien! Os lo contaré con más detalle. Rubia, ojos color miel, labios carnosos y jugosos. —Inconscientemente me mordisqueo el labio inferior, como hace ella cuando está nerviosa—. Cuerpo de infarto, medirá metro sesenta y cinco... podríamos decir para que os hagáis una idea que ciento diez, sesenta, noventa. ¿Algo más?

—¡Hostia! Se me ha puesto dura de imaginármela —suelta Javi con cara de degenerado.

—¡Tío! No te pases, ¿vale? La cosa es que la conocí en el trabajo y no podía quitármela de la cabeza. La seguía, le preguntaba a mi compañera, que, gracias a dios se había hecho su amiga, para que me informara de sus movimientos...

—¡No jodas! —vuelven a exclamar al unísono.

—Parecéis un puto coro... En fin, como os iba diciendo... incluso la engañé con todo tipo de artimañas para llevármela a la cama. Pensé que quizá si me acostaba con ella, se me quitaría esa obsesión. Sabéis que cuando me encoño, no hay quien me pare.

—Dímelo a mí... —exclama Javi sin pensar.

—Ya me disculpé por eso, ¿no? Y pensé que era tema zanjado... Bueno, sigo. Al final, con malas artes, me la llevé a mi terreno, pero hacerlo fue peor de lo que imaginé. Quise intentar con ella cosas que no había podido probar antes. No es por fardar, pero en cuestión de sexo he probado casi de todo, pero nunca dominando yo... No sé si me entendéis. —Ambos asienten, supongo que para darme la razón y que continúe con la historia—. Bueno, la seduje y me la follé de las formas más extremas que podáis imaginar. De verdad, fue bestial. Caroba es la mejor amante que he tenido nunca. Así que le propuse que fuera mi novia.

—¡Un momento, un momento! —corta Manolo—. ¿Y no te casaste con ella? Vale, vale, por tu mirada veo que no estás para bromas... Perdón, sigue.

—Por favor, esto es serio. Lo que viene ahora es... —Hago una pausa y me centro en lo siguiente que tengo que decir—. Ella aceptó y yo, en vez de dar saltos de alegría... —Por la forma en que me miran sé que ha sonado demasiado ñoño, así que me apresuro a aclarar—: Me costó un tiempo

llevármela al huerto, me gustaba mucho... —Suspiro recordando lo que sentí en aquellos momentos. Era absurdo, realmente estaba feliz, como hacía mucho tiempo que no lograba estarlo—. A lo que iba... Me la llevé a un club, con la mala suerte de encontrarnos allí con un capullo que la asustó... y la perdí. Como imaginaréis, me quedé destrozado. Era perfecta, de verdad. Después de eso, entré en un bucle de autodestrucción. Ni con lo de mi madre estuve tan mal. Un día, no recuerdo hace cuánto, estaba muy petado de todo. Mario vino a mi casa y, después de darme una charla monumental, me recomendó visitar a una psicóloga. —Al ver sus expresiones, tengo que responder a la pregunta no formulada—. Sí, resulta que también estaba buena... —No puedo hacer otra cosa que reírme. No cambiarán nunca—. No sé qué me pasó con ella, algo dentro de mí quiso despertar. No era amor, pero notaba un extraño interés por esa mujer: morena, con una mirada profunda, cuerpo de infarto. Total, que me la tiré.

—¿Nos vas a contar todas tus experiencias sexuales? Lo digo por sacármela un rato... —masculla Manolo con ironía.

—¿Tienes envidia? —le pregunto para picarle.

—Pues mira... sí. La verdad es que hace tiempo que no mojo, y saber de tus aventuras sexuales no me está ayudando mucho.

—Ya estoy llegando a lo que os quería contar. ¡Paciencia! Solo quería ponerlos en situación. Lo he pasado realmente mal. He caído muy bajo, de verdad.

—Sigue, sigue... —interviene Javi, conciliador, propinándole un codazo a Manolo en las costillas—. Somos tus amigos, no entendemos por qué tenemos que enterarnos ahora, a toro pasado, pero aquí estamos, ¿verdad, Manolo? —Este asiente, pidiendo disculpas con la mirada.

—Ahora viene lo peor. Esta chica, la psicóloga, es homosexual. —Los observo, atento a sus expresiones, pero ellos ni se mueven—. Y... por lo visto yo he sido algo así como su primera relación con un hombre. Vamos, que era virgen. —Siguen sin decir nada, ni siquiera se mueven—. Y...

—¡Coño! ¿Hay más? —estalla Manolo—. Perdona, tío, pero es que... —Javi lo coge del brazo y me insta a que continúe.

—Quiere que sea el padre de su hijo.

—¡¡¡¿¿¿Quéééééé???!!! —gritan ambos.

—Lo que habéis oído. Dice que su mayor ilusión es ser madre, que su pareja y ella quieren formar una familia. ¿Qué opináis?

—Mmm... perdona que te diga, pero ¿para qué cojones nos has contado lo de la Caroba esa? No lo entiendo, ¿qué tiene que ver ella en todo esto? —bufa Manolo, alias “el cotilla”.

—La verdad es que no lo sé, pero quería ponerlos al tanto de todo...

—Manolo, no eres más bruto porque no te entrenas. —Se queja Javi, el sentimental del grupo. A veces pienso que en su otra vida tuvo que ser una tía. Le miro con una sonrisa cuando se gira y me aconseja—: Hazlo. Por mi parte te digo que lo hagas, siempre y cuando no asumas más responsabilidad, sobre ese niño o niña, que la que tú quieras. Si ellas lo tienen claro, yo lo haría. Sin embargo, te recomiendo que antes te aclares un poco, picha. Entre Caroba, los clubs y la rubita del otro día... Deja de pensar con lo que tienes entre las piernas y ejercita un poco más esa masa gris que se llama por si no lo sabes: cerebro —termina de decir entre risas.

Observo a Manolo que se ha quedado muy serio y pensativo, cosa no muy habitual en él.

—Puf... no sé qué decirte. Es algo muy personal, y si estás tan tocado como nos has dejado saber... Un crío puede sacar de ti cosas de tu infancia que, por lo que sé, quieres enterrar. Si fuera tú, no sé si lo consideraría buena opción —valora con bastante acierto.

—Pues gracias, chicos, me quedo igual.

Al llegar la noche, me despido de mis amigos con la promesa de volver para la carrera y lo que surja después. Manolo me insiste mucho para que lo invite a alguna de esas fiestas a las que voy, ya que Caroba no está disponible. Será cabronazo... Nunca cambiará.

En el camino de vuelta voy valorando las posibilidades e intentando decidir qué hacer con el tema de Marta. Debo organizarme y pensar con la cabeza como me dijo Javi. Después de dar mil vueltas a todas las opciones, me acuesto sin haber conseguido llegar a ninguna conclusión.

## Capítulo 19

*Nunca sobreestimes el poder de la pasión.*

*Eve Sawyer*

Han pasado dos semanas desde que conocí a Marina. No logro entender qué me ha pasado con esa chica para estar en dique seco durante todo este tiempo. Incluso cuando conocí a Caroba mi deseo no menguó, por el contrario, me tiré a Lola en consecuencia. ¡Cuánto me arrepiento ahora de haberla utilizado! Quizás el karma me esté pagando a mal todas las veces que he utilizado a las mujeres para mi satisfacción. Me doy de cabezazos cuando barajo la posibilidad de que no vuelva a verla. He tanteado con los chicos y me han dicho que no han podido averiguar nada. Nadie la conoce por la zona y tampoco han oído hablar de ninguna chica rubia que corra en motocross. Ofuscado pienso en lo único que me puede ayudar. El sexo. Por más que quiera negarlo es lo único que me mantiene cuerdo. Necesito un desahogo, pero lo necesito ¡ya!

Llamo a Óscar y me dice que sigue sin noticias de mi diosa asiática, Mei. Yo también le he enviado varios mensajes y no he obtenido respuesta alguna. Parece que se la haya tragado la tierra. Y yo que pensaba que con ella podría tener algo más. Tampoco sé nada de Marta, cosa que me extraña bastante, la verdad. Pensé que iba a insistir más en el tema y que estaría ansiosa por mi respuesta. Quiero creer que está dándome el espacio que pedí y no quiere atosigarme para que no me precipite en mi decisión y consiga un “no” por respuesta.

¡Dios! Entre la ofuscación sexual que tengo y que es el aniversario de...

«Papá... no sé qué hacer», pienso, como si lo tuviera delante y pudiese pedirle consejo.

«Por un lado me gustaría hacerlo para ayudar a una amiga, que está... ¡joder! Está muy buena, que todo hay que decirlo. Y, por otro, me asusta traer una vida a este mundo cruel. Aunque creo que el destino le daría una oportunidad, ya que todo lo malo me lo llevé yo».

Me quedo rememorando los buenos momentos que puedo extraer de mis recuerdos, aunque no son muchos.

«Me habría gustado poder hablar contigo de todo esto. Por lo que recuerdo, eras el mejor padre del mundo. ¿Sabes? Ana me cuenta muchas cosas de ti. Sí, sigo en contacto con ella», respondo, como si realmente mi padre me lo hubiera preguntado.

«Formó su propia familia y es muy feliz. Cuando me ve, monta una fiesta por todo lo alto en su casa. Según ella, fueron los mejores y los peores años de su vida. No hace falta que te explique por qué, ¿verdad?».

«También me acuerdo de momentos buenos con mamá, pocos, pero los suficientes para que no pueda odiarla tanto como debiera. Sé que Ana, a pesar de todo, quiere que la perdone. Me recuerda detalles que tuvo conmigo o simplemente palabras de cariño que salieron de su boca cuando estaba lúcida. A lo mejor... algún día haga por verla. Te quiero mucho papá. Mi vida hubiera sido mejor contigo a mi lado, guiándome con tu sabiduría.»

De repente... una mano amiga se posa en mi hombro. Giro la cabeza sabiendo de quién se trata, mejor dicho, de quiénes se trata.

—Gracias por venir. Sois los mejores amigos que uno pueda tener. Aquí estoy, con la locura de todos los años, hablándole a una tumba con la esperanza de que algún año me responda —indico con la barbilla hacia la placa donde aparece el nombre de mi padre, la fecha de su muerte y una frase que a él le encantaba: “La vida es un desafío de valientes y una encrucijada para los cobardes...”—. Creo que se me está yendo un poco la olla. En fin... ¿Qué tal estáis? —Cambio de tema para intentar aliviar este sentimiento que me oprime el pecho.

—Aquí estamos, como todos los años, David. Ahora vamos a inscribirnos en el campeonato y luego nos tomamos unas cervezas, ¿te parece? —comenta Javi conciliador.

Muevo la cabeza afirmativamente. Me despido de mi padre hasta el año que viene. Y, como siempre me ocurre cuando lo visito, un ligero aire se arremolina en torno a su tumba, removiendo las hojas que reposan sobre ella. No es que crea en estas cosas, pero es una puñetera casualidad que cada vez que vengo ocurra lo mismo. ¡Hostia! Se me ponen los vellos de punta solo de pensarlo. Será posible que...

*A partir de este punto y hasta el final del capítulo;  
el texto es un guiño a una escritora que aprecio y admiro.*

Como cada año, nos inscribimos para participar en la carrera solidaria de motocross, en la que se recaudan fondos para comprar juguetes a los niños menos favorecidos de Cádiz. La carrera será el 22 de diciembre en El Puerto de Santa María.

—Creo que has ligado —me dice Javi, mirando hacia la barra.

Hemos venido al local de moda según los chicos y no cabe ni un alfiler. Nada más llegar, he comprobado la razón: en la barra está trabajando Judith, una chica que también compite en motocross y tiene un cuerpo de infarto. Si no recuerdo mal, ha ganado alguna que otra carrera. Aunque le veo mala cara, por su actitud deduzco que no debe estar pasando por un buen momento. La miro con expresión jocosa, para intentar levantarle los ánimos, y le guiño un ojo. Ella sonrío con cierta desgana. Es una chica demasiado bonita para estar triste. En esos pensamientos ando cuando termino mi copa y decido zanzar la noche. La visita al cementerio me ha traído muchos recuerdos, buenos y malos, aunque los malos ganen por goleada.

En los siguientes días dedico mi tiempo a arreglar papeles de la casa y a visitar a Ana que, como siempre, me monta la fiesta del siglo. También me preparo para la carrera, debo entrenar un poco y hacer ejercicio para estar a la altura, ya que este año tendré dos casi seguidas. La primera es benéfica, pero la segunda puede aportarme una buena cantidad de dinero que, ahora mismo, necesito. No es que sea desorbitante la cuantía, si lo suficiente para darle unos repasillos a la casa de mis padres que está que se cae. Parece que nadie se ocupa de su mantenimiento. Incluso diría que Luisa no va mucho por allí y menos mal porque no sé qué hubiera hecho si me la hubiera encontrado en una de mis visitas. Mis amigos me han contado que está fatal, muy delgada y muy enganchada a las drogas.

«¡No!», me digo a mí mismo. No debo tener lástima de ella. Es mejor no gastar pensamientos en la mujer que me trajo al mundo y tanto mal me hizo.

—Toma tu dorsal —me sobresalta Javi mostrándomelo.

Le agradezco que me lo haya traído y compruebo el número que me han asignado: llevo el 66.

Mientras me preparo para la carrera, veo a lo lejos a Judith. ¡Vaya! No sabía que ella también corría, Según me comentaron los chicos dejó de correr porque a su actual pareja no le gustaba. Esto se pone interesante... imagino

que será un desafío en toda regla. Una chica se acerca a ella y le dice algo al oído con cierta guasa. Ella se sonroja y me mira. Le guiño un ojo y me acerco a saludarla; lleva el dorsal 87. Hablamos durante un rato de la carrera y, ni corto ni perezoso, le dejo una tarjeta con mi teléfono. Me despido con un beso en la mejilla, bueno, más bien cerca de la comisura. Ella me mira picarona y yo le digo con los ojos que: ¡Me encanta jugar!

Cuando voy a situarme en la línea de salida, vuelvo a verla. Me acerco a ella y chocamos los nudillos.

—¡Suerte! —exclama, dedicándome una bonita sonrisa.

Cuando la pista se abre, los jueces nos informan de que hay varias mangas de nueve personas, da igual hombre o mujer. De cada manga se clasificarán los cuatro primeros para las siguientes.

A mí me toca esperar a la siguiente manga. Judith sí corre en esta. La contemplo en posición y muy concentrada. Hace una carrera impecable y, como es de esperar, termina entre los cuatro primeros. Al pasar por mi lado, vuelve a chocarme los nudillos y me desea suerte nuevamente. Sonrío y me coloco en mi posición.

Los corredores no son muy buenos y no me cuesta clasificarme para la última manga.

—Tienes cara de quererte tomar un refresco, ¿verdad? —le comento a Judith, que está de espaldas a mí.

Me quedo con ella viendo las otras dos rondas. Es una tía muy simpática, me río mucho con sus ocurrencias. Como empieza a soplar el viento, un mechón revolotea por delante de sus ojos y, sin dudarlo, se lo pongo tras la oreja en un gesto de intimidad. Se estremece con mi contacto y trata de disimularlo mirando hacia las gradas. Frunce el ceño mientras vuelve de nuevo la vista a la carrera que está a punto de terminar.

—¿Va todo bien? —inquiero al notar su incomodidad.

—Nada que no pueda solucionar —me responde, coqueta.

Oigo por megafonía el aviso de que en cinco minutos se correrá la última carrera. La definitiva. Nos levantamos, chocamos los nudillos de nuevo y cada uno se encamina hacia su moto.

Al comienzo de la carrera, Judith se sitúa delante de mí, y yo la adelanto por la derecha. Acelero. Con un movimiento de cabeza, puedo ver que se pica y rebasa a la moto que va detrás de mí. No puedo dejar que me adelante así que, antes de llegar a la zona bacheada, acelero y salto los obstáculos con facilidad. Al sobrepasar la zona de peligro, vuelvo a mirar hacia atrás y allí está mi campeona; a la que no le gusta perder ni al parchís. De pronto noto cómo me rebasa. Acelero y le paso de nuevo. Ambos derrapamos y un tercer corredor nos adelanta a los dos. Me vuelvo hacia ella y nos entendemos con la mirada.

¡A por él!

Aceleramos a tope, conseguimos llegar hasta el tercer motorista y dejarlo atrás. Salto, arriesgo y la supero por la izquierda. A partir de ahí, aceleramos bastante en un constante tira y afloja hasta que alcanzo la línea de meta. Derrapo y veo a Judith entrar segunda.

¡Vaya! Sabía que corría bien, pero no tanto. Me ha sorprendido gratamente. Es un gusto saber que es una competidora nata. Lo lleva en la sangre, le viene de familia está claro.

Una vez que han llegado todos a la línea de meta, nos ponemos en fila y damos una vuelta por el circuito saludando a los asistentes. La gente aplaude a nuestro paso, es bastante gratificante sentirte importante por una vez y más, si eres consciente de que con este premio vamos a ayudar a alegrar a esos niños que no tienen para disfrutar de su niñez.

Al detener la moto, me dirijo hacia ella y la abrazo. Nos quitamos los cascos y las gafas. El público aplaude con más fuerza cuando nos ve subir al podio de la mano. Al bajar, me hago miles de fotos con ella y con todo el mundo que quiere tener un recuerdo. Mis amigos también me dan la enhorabuena; aunque ellos han quedado casi de los últimos, se alegran por mí.

Me acerco a Judith cuando veo que hace ademán de marcharse y no quiero perder la oportunidad.

—Quería recordarte que estaré por aquí hasta el 6 de enero —le digo al oído.

Es evidente que su cuerpo responde a mi susurro. Se separa de mí y musita nerviosa:

—*Okey*, te llamaré. —responde enseñándome la tarjeta que le di antes con mi número.

Asiento con la cabeza, riéndome, y me marcho con mis amigos a celebrarlo.

## Capítulo 20

*Por el amor de una rosa,  
el jardinero es servidor de mil espinas.*

Vamos a la playa de Valdelagrana<sup>12</sup> con una nevera llena de cervezas y un par de pizzas familiares. Aunque hace un poco de frío en esta época del año, nos la comemos viendo la maravillosa puesta de sol. No puedo dejar de pensar en todo lo sucedido hasta ahora: en Caroba, Lola, Mei, Marta y... Marina. Quiero ser positivo y sacar algo bueno de todo esto. Podría decirse que soy un hombre con suerte: a mis veinticinco años, he tenido la fortuna de probar una amplia gama de prácticas sexuales. Creo que hasta podría escribir un libro con mis experiencias. Quizá suene un poco frívolo a veces, quizás el que me vea desde fuera piense que soy un hombre sin corazón, pero nada más lejos de la realidad. Es lo que he vivido y eso es lo que hago.

Al terminar de cenar, decidimos ir a algún garito para rematar la celebración de mi victoria. Les he dicho a los chicos que no quiero beber mucho, o mañana no podré correr con la concentración que necesito. Espero que el tiempo se porte y pueda competir sin lluvia.

—Tengo que dejar de beber, mañana es la carrera y necesito el dinero — insisto, pero mis amigos pasan de mí—. Está claro que lo de ser abstemios no va con nosotros...

Me levanto, tambaleante, y llamo un taxi para que me lleve a casa. No estoy en condiciones de conducir, ya vendré a por el coche en otro momento. Me cuesta más de lo normal encontrar un taxi. Mientras espero en la parada, un grupo de chicos viene hacia mí.

—¡Mirad a quién tenemos aquí! ¡Al maravilloso y fantástico David! La promesa del motocross. Al que no le importa un rábano si tiene que pisar a alguien en el camino de subida para llegar a lo más alto. —Intento no mirarlos ni hacerle caso al idiota ese que se cree que su caída fue por mi culpa—. ¿Qué pasa? ¿Sin tus amiguitos no eres nadie? —suelta mientras me empuja.

—Estás borracho y no creo que este sea momento para hablar de nada —le digo en tono conciliador, aunque con la borrachera que llevo no sé si se me ha entendido bien.

Alguien profiere un grito detrás nuestra y todos nos volvemos. Es el guardia de seguridad del garito, que está gritando que nos dispersemos. Gracias a dios, en ese momento, llega mi taxi y me monto en él sin mirar atrás.

Llego a la casa de mis padres y un escalofrío me recorre el cuerpo. Miro a mi alrededor y distingo una sombra a lo lejos. Cuando percibo que se está moviendo y se dirige hacia mí, abro corriendo la puerta y cierro con llave por dentro. Espero que a esa loca no le dé por entrar. Las pesadillas de mi vida regresan con ella a mi cabeza: las manos de ese hombre sobándome y obligándome a tocarle. Sacudo la cabeza para intentar borrarlas y me voy a la cama deseando que Morfeo venga pronto a buscarme.

Un molesto pitido me despierta. Me coloco la almohada en la cabeza para dejar de oírlo, sin éxito.

¡Piiiiiiiiiiiiiiii! ¡Piiiiiiiiiiiiiiii! ¡Piiiiiiiiiiiiiiii!

—¡Pero... qué coño! —Me levanto buscando el origen del sonido y descubro que es el timbre de la puerta.

Miro por la cámara de seguridad que me han instalado y puedo distinguir a Manolo y Javi, con pinta de estar desesperados. Abro la puerta y salgo a recibirlos.

—¿Quién se ha muerto? ¡Joder! ¡Estaba durmiendo! —Mis amigos se acercan rápidamente, profiriendo palabras ininteligibles—. ¡Parad! Que hable uno solo, por favor. Aún no tengo cerebro... —protesto mientras me masajeo las sienes.

—La carrera es dentro de media hora, ¿lo sabes? —exclama un intranquilo Javi. Me quedo parado, sin reaccionar.

—¡Joder! ¡¿Qué hora es?! —aúllo al fin, mientras corro hacia mi cuarto a preparar la mochila.

Decido ir con el mono ya puesto para no perder tiempo. Voy a pasar un calor de muerte, pero si no, no llegaremos, y necesito ganar.

Nos plantamos allí en tiempo récord. Mientras Javi deja los papeles en recepción y recoge mi dorsal, Manolo me ayuda a bajar la moto y prepararla. Me pongo el casco, las gafas y los guantes. Estoy un poco nervioso, me juego

mucho en esta carrera y ganarla podría suponer un futuro profesional: dedicarme a lo que realmente me gusta.

Me coloco el dorsal, lo miro y sonrío: el 69... Sin duda me traerá suerte. Arranco y me dirijo a la línea de salida. Este circuito lo tengo muy trillado, será pan comido. Oteo alrededor buscando alguna cara conocida y me encuentro con la mirada asesina de Mikel, el corredor con el que tuve el altercado anoche. Ese tío me tiene ganas desde que le gané hace un par de años. Memorizo su dorsal por si me lo encuentro en la pista.

Al dar la salida, acelero enseguida intentando dejar atrás a Mikel. Giro un poco la cabeza para comprobar que me sigue de cerca, pero tragando arena. Sonrío recordando lo que pasó ayer por la noche y tengo que controlar las ganas de partirle la cara en estos momentos. Sacudo la cabeza e intento concentrarme para el primer salto. Tengo que exhibirme, necesito ganar posiciones.

Cuando la moto ha cogido la altura suficiente, giro la rueda de atrás haciendo un ángulo recto con el suelo. Corrijo la altura y al aterrizar veo a Mikel haciendo el mismo giro que yo. ¡Joder! Necesito hacer algo que me dé puntos.

Llego a la curva y derrapo, con lo que mis piernas quedan a ras del suelo. Al salir de ella, viene otro salto un poco mayor que el anterior. Pego el trasero al asiento, flexionando las piernas para comprimir más la suspensión y meto gas a tope. Noto cómo la moto coge altura y vuelo. Me impulso y saco las piernas por delante del manillar. Es una sensación única.

Me vuelvo a colocar en el sillón, rectificando en el aire la dirección justo cuando la moto aterriza amortiguando el golpe. Acelero para ponerme en vertical durante unos metros antes de llegar a la próxima curva. Echo el cuerpo hacia delante mientras aprieto el freno posterior y ligeramente el embrague para poder cogerla sin problemas.

El siguiente salto es el que he estado entrenando estos días y necesito clavarlo para ganar, ya que pasaré frente a la mesa de los jueces y el graderío. Noto una mirada pendiente de todos mis movimientos; no puedo explicarlo, pero sé que ella está aquí. Algo dentro de mí me dice que me está observando. La busco en las gradas y ahí está, de pie, mirándome asustada, con las manos en la boca. Me llevo la mano al corazón y la señalo, indicándole con ese gesto

que quiero dedicarle este salto a ella.

Me concentro en el escarpado y vuelvo a ejecutar el mismo procedimiento, pero esta vez pongo una marcha corta antes de acelerar para que el salto supere en altura al anterior. Abro gas a tope y salgo disparado hacia arriba. Una vez en el aire me impulso levantando las piernas por encima de mi cabeza y, agarrando con las manos el sillín, quedo en vertical sobre la moto. ¡Es una pasada! ¡Parece que estoy volando!

Apoyo el casco en el manillar y busco de nuevo a Marina entre el público, esperanzado, pero lo que encuentro no me gusta: tiene lágrimas en los ojos. Está asustada. Puedo sentir su corazón trepidar de miedo en sus labios carnosos y perfectos. Esa imagen me deja aturdido por un momento. De tal forma que cuando voy a colocar los pies en su sitio para recibir el impacto con el suelo, trastabillo y noto un golpe tremendo en el pecho. Luego... todo se vuelve negro.

## Capítulo 21

*No basta con arrepentirse del mal que se ha causado,  
sino también del bien que se ha dejado de hacer.*

*Joseph Sanial-Dubay*

## Luisa

¡Qué frío hace! Tengo hasta los huesos helados por haber tenido que pasar la noche esperando a que David salga de la casa. No puedo creer que, después de intercambiar esa mirada con él, se encerrara por dentro. Aunque no lo culpo. Las cosas que ha tenido que vivir a mi lado, le han debido marcar para toda la eternidad. Me odiará para siempre, y a Julián... Dios mío, ¡qué hice! ¿Cómo pude permitir que ocurriera aquello?

No llego a comprender por qué, desde que me casé, dejé de ser yo misma para entrar en este círculo de vicio. Vuelvo la vista atrás, intentando recordar qué ocurrió para que pasara de ser una mujer sana a esto en lo que me he convertido: alguien completamente supeditado a las drogas, que busca burdeles en los que saciar una sed de sexo que no consigue paliar.

Yo que, en un tiempo, fui una mujer bella y alegre. Y mírame ahora, denigrada hasta dejar que abusen de mí hombres sucios que apestan a alcohol y que solo buscan desfogarse con la primera que se ponga a tiro. Todo por unos cuantos billetes que me permitan comprar alguna dosis para sobrevivir unos días más...

Intento abrir el portón, pero mis manos temblorosas me lo están poniendo realmente difícil. Necesito ducharme y cambiarme de ropa. El hecho de que David se viniera a dormir aquí no me ha permitido hacerlo hasta ahora.

¡Qué guapo está! Mi niño... Si tan solo pudiera hablar con él y explicarle... Que me dejé cautivar, seducir por lo que representaba y significaba dominar a un hombre; un hombre que al final me dominó a mí, un hombre que me ha llevado a ser lo que soy y que me abandonó cuando no pudo sacar más de mí.

Me desnudo y me meto en la ducha. ¡Mmm...! Qué bien sienta el agua calentita para relajar los nervios. No puedo quitarme de la cabeza la mirada de David, realmente me ha impactado. Sobre todo, sus ojos, su mirada tan parecida a la mía y, a la vez, tan distinta por el color; como el de los ojos de su padre. Y sus facciones tan bien marcadas... Es una mezcla de los dos, de Manuel y mía. Me ha recordado tanto a él... que me ha puesto melancólica. Es el único hombre que me ha amado de verdad y tuve que estropearlo todo. No llego a comprender por qué una parte de mí quiso negarse al amor. Cuando ha sido el único que me ha llegado al corazón.

Agudizo el oído porque me parece estar oyendo el teléfono. Cierro el grifo y compruebo que, efectivamente, está sonando el fijo. Cojo una toalla y me envuelvo con ella para salir corriendo hacia el aparato.

—¿Diga? —pregunto, algo acelerada.

—Buenas tardes. Querría hablar con Luisa Costa, ¿es usted? —dice una voz femenina al otro lado del teléfono.

—Depende de quién la busque —respondo con ironía.

Hace mucho tiempo que nadie llama a este teléfono. De hecho, pensaba que se había dado de baja. Supongo que David habrá pagado las facturas, porque yo no lo he hecho.

—Señora, necesito encontrar a Luisa Costa, madre de nuestro paciente, David. Sus amigos nos han dado este número para ver si podíamos localizarla en él. Su hijo ha tenido un accidente de moto cuando competía y está en coma inducido... —La voz sigue hablando, a través del teléfono, pero soy incapaz de procesar nada más. ¡David en coma! —¿Señora? ¿Sigue usted ahí?

—Sí, sí perdone. Soy Luisa Costa. Indíqueme por favor en qué hospital está y la habitación, por favor. —Las palabras brotan de mi boca sin que yo tenga conocimiento de haberlas pronunciado.

—Está en el Hospital General Santa María del Puerto, en calle Valdés. Está en la UCI en la tercera planta, señora.

Cuelgo el teléfono, bastante nerviosa. Necesito meterme algo para superar lo que se me viene encima, pero... no debo. Debo estar bien para que David me vea serena. Es mi oportunidad de redimirme. De intentar conseguir su perdón.

Me visto rápidamente con lo primero que encuentro. Llamo a un taxi y lo espero en la puerta. Le doy la dirección y me acomodo en el asiento pensando en todas las cosas por las que ha tenido que pasar David por mi culpa. Aunque no todo fue malo. Recuerdo la vez que lo llevé al parque y lo que disfruté. De pronto, el taxista irrumpe indicándome el importe para que le pague la carrera. Hemos llegado sin que me diera cuenta.

Al entrar en el hospital, me encuentro en un gran hall. Veo tres ascensores al fondo y me dirijo a ellos. Pulso el botón de la tercera planta, donde está la Unidad de Cuidados Intensivos, según me ha dicho la chica por teléfono.

Al salir del ascensor, veo a dos chicos muy guapos esperando apoyados en una pared. Están hablando entre ellos y no se percatan de mi presencia. Me quedo observándolos un momento, intentando recordar si los he visto antes. Son como la noche y el día: uno es moreno, de piel oscura y bastante alto; el otro es rubio, de piel clara y de estatura mediana. Cuando notan mi presencia, ambos me miran y puedo ver que en el color de ojos también se diferencian: el moreno los tiene negros y profundos y el rubio de un azul tan intenso que da miedo. Intento acercarme a ellos, pero mis piernas no me obedecen. Como si supieran que estoy clavada en el suelo, se aproximan ellos a mí.

—Hola, Luisa —dice el moreno, levantando la mano amablemente a modo de saludo. Me quedo mirando su mano grande y respondo con el mismo gesto—. Supongo que no se acordará de nosotros, somos amigos de su hijo. Me llamo Javi, y él es Manolo.

Miro entonces al otro chaval, que parece bastante intimidado con mi presencia. Ahora mismo no sé si hice algo en el pasado que pudiera alertarle contra mí. Parece tenso y ni siquiera se ha acercado a saludarme, aunque al menos ha hecho un gesto de cortesía con la cabeza. Sus ojos azules me acobardan. Ese chico me odia, me lo está diciendo su mirada.

—¿Dónde está David? ¿Sabéis algo de él?

Ambos niegan en silencio y echan a andar, dándome a entender que me estaban esperando. Giran a la derecha y les sigo. No presto mucha atención a mi alrededor, ya que esto parece un laberinto. Vuelven a girar a la derecha y nos encontramos con un pasillo transversal que toman a la izquierda. Miro en derredor antes de seguirlos y a la derecha veo un mostrador pequeño, justo antes de unas puertas de cristal que supongo delimitarán la zona reservada para los pacientes. ¿Estará David ahí?

Cierro los ojos intentando calmar los nervios que tengo asidos al estómago. Al abrirlos, justo frente a mí, veo unas máquinas de café, bebidas y bocadillos. Quizá deba comprarme algo de beber, tengo la boca seca de los nervios y creo que se me está bajando la tensión.

—¿Se encuentra bien? —me pregunta Javi desde la puerta en la que me está esperando.

Asiento con la cabeza y entramos en una sala de espera. Al fondo hay otra puerta acristalada que parece más íntima, también rodeada de asientos.

—Debemos esperar aquí hasta que nos avisen —me informa el amigo de mi hijo en un tono muy amable.

Fijo la vista en sus ojos negros, agradeciéndole con la mirada, y me siento. Me encuentro mal. Me están entrando los temblores y eso no es bueno. Javi vuelve a dirigirse a mí:

—¿Quiere un café? ¿Coca-Cola? ¿Algo de comer?

—Ca... café estaría bien, gracias. —Hago el intento de abrir el bolso para darle dinero, pero él, apoyando la mano sobre mi brazo, niega con la cabeza y se levanta para desaparecer tras la puerta.

Me vuelvo entonces hacia Manolo. Está con la cabeza gacha y los codos apoyados sobre las rodillas, mirando al suelo.

—Saldrá de esta, ¿verdad?

Me mira y, sin decir nada, vuelve a agachar la cabeza, dolido.

En ese momento, entra Javi y me ofrece el vasito de papel con café. Su olor se mete en mis fosas nasales y consigue relajarme un poco. Le doy un sorbo calmando la sed.

—Me han dicho que salga al mostrador que hay justo enfrente, necesitan hablar con usted. A nosotros no nos quieren decir nada por no ser familiares.

—Gracias —murmuro mientras me levanto.

Me acerco al mostrador y le pregunto a la chica que está detrás de un ordenador, rodeada de un millar de carpetas que se amontonan en el pequeño escritorio.

—Señora, su hijo está en coma inducido, como le han informado por teléfono. Puede pasar a verlo si así lo desea, pero solo podrá estar con él unos minutos. —Se levanta y me pide que la siga.

Entramos en una zona donde hay puertas acristaladas a los lados. Al llegar a la segunda, la enfermera se para y me la sujeta para que pase.

—Aquí está su hijo. Ahora, en unos minutos, vendré para recogerla —me dice con mirada triste.

Asiento en silencio y entro en la habitación. Lo que veo no me gusta: David está entubado y tiene una pierna escayolada puesta en alto mediante un

cabestrillo que cuelga de un hierro. Al acercarme, advierto su cara amoratada. Me llevo las manos a la boca para no proferir el grito de angustia que tengo atenazado en la garganta. Empiezan a picarme los ojos, pero no quiero llorar. Debo ser valiente. Me siento a su lado y, sin poder evitarlo, las lágrimas me desbordan los ojos recorriendo mis mejillas sin control.

—Mi niño... Tu único pecado ha sido nacer de mi vientre. Lo siento, David. ¡Lo siento tanto...! Si pudiera hacer algo para que me perdones. Si pudiera volver el tiempo atrás.

Siento mi cuerpo desarmarse ante la sensación de haber perdido más que mi propia vida.

## Capítulo 22

*Mientras uno no muere,  
tiene la vida por delante*

*Joël Dicker*

—¡Dos putos meses! ¡Joder! Necesito recuperar mi vida. Mamá, de verdad, te has portado muy bien conmigo, pero tengo que salir de aquí —le digo bastante alterado, no con ella, sino conmigo mismo.

Necesito aire y poner en orden mis sentimientos. Ahora mismo parezco un león enjaulado deseando salir a cazar. En eso me parezco a mi madre. Me falta el sexo como el comer, y por culpa de la pierna y las costillas fracturadas no he podido casi ni moverme del sitio. Nunca pensé que doliera tanto. Al romperse la costilla con el impacto del manillar en mi pecho, me perforó un pulmón y he tenido una recuperación más lenta de lo normal.

—Lo entiendo, mi vida. Pero el médico...

—Sé lo que dijo, estaba allí. Pero quiero ir a mi casa, hablar con mi jefe para comprobar que todo está bien. Aunque ya lo haya hecho por teléfono necesito verlo en persona y confirmarlo cara a cara. Volveré la semana que viene y seguiré con la rehabilitación, no te preocupes. No creo que por una semana pase nada. Además, ya me han indicado los ejercicios que tengo que hacer para no perder la musculatura y demás. Tranquila, estaré bien —le digo a mi madre en tono dulce, intentando paliar los nervios que me consumen.

Sé que está preocupada por mí, mi tono y mis formas no han sido los mejores en estos días. Así que reculo un poco y la abrazo.

Es curioso, lo que he anhelado en todo este tiempo ahora que se ha hecho realidad, siento cómo me ahoga. Creo que el problema radica en que no he conseguido perdonarla del todo. No obstante, creo que todo el mundo merece una segunda oportunidad, y se la voy a dar. Es mi madre y eso es lo único que me importa. Es la única familia que me queda.

Cuando desperté del coma en el que estuve inmerso dos semanas, me asombré ante lo que me encontré delante de mí: sus ojos negros mirándome con dulzura. Nunca imaginé que eso fuera a ser posible. Intenté recrearme en ese momento para retenerlo en mis retinas, pero duró poco. Enseguida entraron

un par de médicos, la echaron de la habitación, me hicieron mil pruebas y, por fin, tras comprobar que todo estaba bien, me subieron a planta.

Allí me encontré a Javi y a Manolo que se alegraron muchísimo de verme tan recuperado. Los moratones de la cara casi habían desaparecido, y había recuperado el buen tono. Por lo visto, el golpe también me afectó al hígado y me había puesto amarillo.

—¡Tío, que alegría de verte! Ya era hora de que despertaras. Nos tenías preocupados. Tu madre nos ha llamado mientras esperaba a que terminaran con las pruebas. ¿Cómo te sientes?

—Como si una apisonadora me hubiera pasado por encima. —Intenté bromear para que quitara esa cara de meapilas. Javi siempre igual, preocupándose por todos nosotros como si fuéramos sus hijos en vez de sus amigos. Examiné después a Manolo, que me miraba con cara de querer matar a alguien. Deduje que quería hablar conmigo a solas y la curiosidad me pudo.

—Luisa, ¿te importa dejarnos unos minutos? —Esta asintió con mirada triste, se giró y, sin pronunciar palabra, salió cabizbaja de la habitación.

—¿Qué pasa, Manolo? Y no me digas que nada, que he visto en tu careto de irlandés que querías hablar conmigo sin la presencia de mi madre. ¿Me equivoco? —le espeté, al tiempo que buscaba en su expresión algo que me desvelase lo sucedido en mi ausencia.

—Nada, de verdad. Es que tu madre me incomoda, eso es todo. No puedo decir nada malo de ella. La verdad es que la mujer no se ha movido de tu lado, y eso que ha tenido que pasar lo que no hay en los escritos. —Con la mirada le pedí que me contase, y eso le bastó para continuar—: Como bien sabes, Luisa estaba muy enganchada a la heroína, y mientras ha estado contigo le han dado varios bajones y ataques de mono, por llamarlos de alguna forma. La han estado medicando, e incluso hablaron de ingresarla para desintoxicarla, pero ella se ha negado porque no quería separarse de tu lado.

—Pero eso es bueno, ¿no? Quiero decir que ella ha querido estar conmigo y... —No pude seguir. Jamás en la vida se me hubiera ocurrido ni siquiera imaginar a mi madre sacrificándose así por mí. ¡Por mí!

—Ese es el problema, David. Que estaba seguro de que te ibas a emocionar con esto y me da miedo que luego todo vuelva a ser como siempre y sufras de nuevo por su causa. Te ha costado mucho recuperarte de sus

ataques, de su lujuria y de toda su mierda, y ahora me preocupa que vuelva a hacerte daño. Solo es eso... —razonó, bastante apenado.

—Eres el mejor amigo que se pueda tener, ¿lo sabes? Te agradezco tu preocupación, pero no veas fantasmas donde no los hay. Al menos no aún. Decidle que pase, por favor. Quiero hablar con ella —concluí, intentando recomponerme para soportar su presencia nuevamente.

Ambos asintieron y me dejaron solo. Por un momento pensé en todo lo que me había contado Manolo sobre mi madre. No podía creerme que hubiera sacrificado su tiempo, sus vicios y todo por mí.

La puerta se abrió, interrumpiendo mis pensamientos, y una temblorosa Luisa entró con paso titubeante. Se detuvo a unos pasos de mí. Nunca la había visto así; me impresionó lo apagada y apocada que estaba.

—¿Estás bien? —murmuró, mirándose las manos—. Tus amigos me han dicho que querías hablar conmigo. Yo... Si te ha molestado que estuviera junto a ti, lo siento. Pero no dejaban a nadie que no fuera familiar acompañarte y... solo estoy yo... —La corté para que no siguiera rebajándose. Intuí que todo eso que decía la estaba rompiendo por dentro, y si había conseguido avanzar en su camino para dejar las drogas no podría perdonarme que volviera a caer por mi culpa.

—Todo está bien, *mamá*.

Al oír “esa palabra” levantó la vista y me miró fijamente a los ojos. Pude ver cómo los suyos se iluminaban e, inmediatamente, se llenaban de lágrimas.

Palmoteé la cama para que se acercara, cosa que hizo con timidez. Me cogió entonces la mano y me miró con mucho cariño. No sé qué pasó en esas dos semanas, pero en aquel momento agradecí haber sufrido el accidente y, sobre todo, no tener otra familia que no fuera ella. Nunca podré perdonarla por todo lo que me hizo pasar, pero sí puedo dejarlo aparcado para los momentos venideros. Los pocos recuerdos que tengo de ella junto a mí, tratándome como a un hijo afloraron en mi mente, gritándome que era lo mejor que podía hacer. Lo único que esperaba es que los que vinieran fueran igual de buenos. Necesitaba recuperar a mi madre. Una parte de mí así me lo pedía y quería, no mejor necesitaba, cerrar esa puerta que abrí en la sesión de hipnosis para dar paso a una realidad. Le debía la oportunidad de redimirse. Y, aunque pudiera salir escaldado, me arriesgaría a dársela.

—David, yo... —Luisa intentó decirme algo, pero antes de que pudiera continuar le apreté la mano y con la mirada le dije que todo se arreglaría entre nosotros. Gracias a las terapias y a todo lo que había vivido supe que podría hacerlo. Al distinguir una sonrisa tímida en sus labios, alcé su mano y se la besé. Esa mano que en otro tiempo me hizo sufrir tanto. Con ese gesto quise demostrarle, a ella y a mí mismo, que podríamos empezar de nuevo. ¿Se lo merecía? Puede que no. Pero estoy seguro de que, si mi padre siguiera vivo querría que la perdonara o, al menos, que le diera la oportunidad de redimirse de sus pecados. Y eso haría. Por mí. Por él.

## Capítulo 23

*Cuando menos lo esperamos,  
la vida nos coloca delante un desafío que pone a prueba  
nuestro coraje y nuestra voluntad de cambio*

*Paulo Coelho*

—¿Caroba? —pregunto al oír que descuelgan el teléfono.

—No, soy Ewan. Ella está en el baño. El embarazo la tiene bastante agobiada con las náuseas matutinas. ¿Qué tal estás? ¿Te han dado ya el alta?

Me llama la atención como, con el tiempo, todo se cura: mis heridas externas y también las internas. Caroba y Ewan vinieron al hospital a verme. Por lo visto ella llamó un día a mi teléfono y lo cogió mi madre, que fue quien le explicó lo ocurrido. Caroba puso el grito en el cielo, y mi madre, al verla tan preocupada, le prometió que la llamaría para mantenerla informada.

Cuando salí del coma se puso en contacto con ella, cosa que me sorprendió muchísimo, y le informó de que ya me habían subido a planta, por si quería acercarse. Por supuesto, vino a visitarme, y con ella Ewan, que se portó como un caballero. Fue amable hasta decir basta. No puedo dejar de reconocer que este chico se merece un premio al mejor novio del mundo, y que Caroba tiene mucha suerte de haberlo encontrado; o, mejor dicho, de haberse encontrado ambos, porque los dos valen su peso en oro.

Durante su visita me permití el lujo de bromear con ellos, indicándole a Caroba que me estaba pensando muy seriamente en cambiar de acera y quitárselo. Eso la hizo reír, y su risa me hizo acordarme de cuánto la quería. Al notar la tensión entre los dos, me dio un golpe cariñoso en el hombro que provocó que me quejara.

—¡Todo tuyo! —soltó al escucharme gritar—. Te lo cedo. Pero por Dios, dime que no te he hecho daño... —Su gesto compungido hizo que me enamorara más de ella, si es que eso era posible.

—No te preocupes, ha sido el movimiento de evitar tu golpe lo que me ha dolido. Tranquila. —La miré a los ojos, que desprendían una enorme ternura.

—¿Sigues ahí? —Percibo la voz inquieta de Ewan, que continúa al aparato y me trae de nuevo al mundo.

—Disculpa. Sí, aquí estoy. ¿El alta? Más quisiera yo. Pero tengo que salir de aquí. Te juro que me estoy asfixiando en esta casa, Ewan. Mi madre es... cómo lo diría, ¿demasiado madre? —sus carcajadas irrumpen al otro lado de la línea y no puedo evitar sonreír—. Ni en mis mejores sueños hubiera pensado que diría estas palabras. Así que para huir y tranquilizarme un poco he pensado irme a Sevilla para solucionar cosillas allí.

—Eres de lo que hay —me dice aún entre risas—. Si quieres hablar con Caroba tendrás que esperar a que se reponga. Suele estar mejor por las tardes, después de la siesta. Desde que se quedó embarazada es como una marmota, duerme a todas horas. —Distingo la voz de Caroba, a lo lejos, insultando a Ewan con cariño. Y como él le responde, tapando el auricular para que yo no lo oiga, aunque sin éxito—: Yo también te quiero, nena.

—Bueno, si vais a empezar con las mariconadas cuelgo. —interrumpo y, de nuevo, las carcajadas de Ewan llenan la línea telefónica—. No es que quisiera hablar con ella de nada en particular, dile que no se preocupe que pronto volveré al nido. Sólo llamaba para informaros que no estaré en casa de mi madre. De hecho, estoy saliendo en estos momentos. Lo digo por si pensabais acercaros, como habíamos comentado. Quizá pase por vuestra casa a la vuelta y así le hago una visita a la gordita. Dale un beso de mi parte y un abrazo para ti, tío.

—Se lo daré, pero en la mejilla. —Puedo percibir las bromas entre los dos al otro lado del teléfono y no puedo más que alegrarme por ellos.

—Por supuesto, ¿dónde si no?

Cuelgo con una sonrisa de bobo en la cara que no me soporto ni yo. Me gusta esa pareja. Me flagelo mentalmente al pensar que estuvieron a punto de romper por mi culpa... Aunque he de reconocer que gracias a mí ahora están bien. Qué digo bien... ¡mejor que bien! Que todo hay que decirlo.

Acomodo la mochila en el maletero y pongo rumbo a Sevilla. Estoy repasando mentalmente todo lo que tengo que hacer cuando llegue a Sevilla cuando recuerdo...

—¡Marina...! —Su nombre se escapa de mis labios.

No sé cómo consiguió saber dónde estaba, pero al día siguiente de despertar del coma se presentó allí. Me contó que tenía una amiga médica que la había ayudado a encontrarme. Vino a verme mientras estaba en la UCI y, por lo visto, Javi le pidió su número de teléfono prometiéndole llamarla cuando despertara. Y el muy cabrito, sin decirme nada, así lo hizo.

—Hola —me dijo en un susurro, parada en la puerta.

No podía creer que la tuviera frente a mí. ¡Dios! ¡Qué guapa estaba! Llevaba un ramo de flores silvestres en las manos. A mí particularmente no me gustan las flores, pero el simple detalle de que me las trajera me gustó. Decía mucho de si misma.

—Hola..., ¿son para mí? —le pregunté de forma burlona, mientras señalaba el ramo.

—Es que... no sabía qué traer, y tampoco quería entrar con las manos vacías. —farfulló. Se mordió el labio inferior, denotando su nerviosismo.

¡Uf! Me encantó ese gesto. Me recordaba a Caroba y eso hacía que se me endulzara el corazón. Últimamente estaba de un románticón que no podía conmigo. Si me viera Mario, seguro que me daría una colleja. O, a lo mejor, me diría como aquel día en mi casa: ¡Lucha por ella! Con él cualquiera sabía. Era más imprevisible que el sombrerero loco. Me lo imagino como el de la película de Tim Burton; que cree en ella cuando nadie más lo hace... ¿Qué me diría mi amigo si estuviera aquí?

La observé por un instante parada, nerviosa, mirando el ramo y, a ratos, a mí; con su pelo rubio cayéndole sobre los hombros y el vestidito que llevaba puesto marcando sus curvas preciosas y magníficas... Me puso a mil pensar que podía levantarlo y... ¡Joder! Tenía que dejar de imaginarme guarradas y centrarme en ser amable.

«No la cagues, con ella no la cagues. Ella es especial», dije para mí.

—No tendrías que haber traído nada. ¡Aug! —Un quejido se me escapó al intentar incorporarme.

En ese momento lo vi todo como si hubiera puesto una película a cámara lenta. Ella tiró las flores encima de la cama y se acercó a mí con rapidez. La observé con detenimiento. Su pelo y su vestidito ondeando, sus piecitos

torpes que casi provocan que se caiga al suelo.

—¿Estás loco? ¡Podrías hacerte daño! —soltó, embravecida.

La miré con dulzura mientras colocaba la almohada y me acoplaba a ella. Su olor a flores me inundó las fosas nasales. Aspiré hondo y cerré los ojos al notar su pecho casi rozándome la cara. ¡Dios! Tenía ganas de abrirle el vestido y chuparle los pezones. ¡Grrr! Si pudiera la cogería por la cintura y me la sentaría encima, a horcajadas. Me la follaría aquí mismo en todas las posturas posibles.

—Ya está. ¿Estás cómodo? —Su pregunta me sacó de mis ensoñaciones.

—Perfecto. Gracias —susurré, levantando la mano y acariciándole el brazo.

Lo apartó casi al instante, privándome de su contacto y de su olor.

—Yo... yo, solo quería saber cómo estabas y si puedo hacer algo por ti. Aunque ya he visto que tienes a tus amigos y a tu madre —soltó de corrido.

Ahí estaba, nuevamente, esa sonrisa que no podía evitar cada vez que hablaba con ella. ¡Dios! Se había puesto nerviosa con mi contacto y eso me gustó mucho. Un pensamiento fugaz se cruzó en mi cabeza.

Sí, tendré que llamarla y hacerle una visita.

## Capítulo 24

*No prometas cuando estás feliz,  
no respondas cuando estás enojado y  
no decidas cuando estás triste*

*Bob Marley*

No sé qué ha pasado, pero este parón no es normal. Avanzamos a paso de caracol. Bajo la ventanilla y, haciéndole gestos al conductor de al lado para que haga lo mismo con la suya, indago:

—Tío. ¿Sabes qué pasa?

—Un accidente, lo están diciendo por la radio —me responde, bastante agobiado.

—¡Gracias!

Cierro la ventanilla y espero pacientemente hasta la salida para El Puerto de Santa María. Intentaré coger por la carretera comarcal, aunque sea más larga. El sonido de mi teléfono me sobresalta. Miro la pantalla y veo que es Óscar.

—¡Qué susto me has dado! Dime, estoy en una caravana de tres pares y creo que va para largo.

—¿Cómo estás? Me he enterado de que has tenido un percance con la moto, ¿te encuentras bien? Pregunta tonta porque estás conduciendo, ¿no? ¡Eso es buena señal!

—Sí, sí. Eso fue hace tres meses, más o menos. Y, aunque tengo que seguir en rehabilitación, ahora voy a Sevilla para unas gestiones. ¿Tú qué tal? Por cierto, ¿sabemos algo de Mei? —Ardo en deseos de averiguar si puedo desquitarme un poco con mi asiática—. ¡Estoy que me subo por las paredes! Llevo demasiado tiempo en el dique seco... —Oigo las carcajadas de Óscar mientras avanzo lentamente en la caravana.

—¡Qué va, tío! Parece que se la haya tragado la tierra. Desde la última vez que estuvimos en aquella casa no he tenido noticias de ella. Te llamaba porque vamos a ir al pub “Eva y Adán”, ¿lo conoces?

—Lo conozco de oídas, pero no he ido nunca. ¿Está bien? ¿Cuándo vais?

—Ahora estoy yendo hacia allí. Nos han dicho que está muy bien y me apetecía probar algo nuevo. ¿Qué dices, te apuntas?

—Si consigo salir de aquí algún día de estos, me acerco. Nos vemos dentro.

Bueno, algo es algo. Necesito, aunque sea un roce. Estoy desesperado. Desde luego no hay quien me entienda. Hace un momento pensaba en Marina y en buscar algo con ella, llama Óscar con planes y me tiro de cabeza. Tengo que aprender a canalizar estas ansias de sexo que me consumen.

Avanzo un poco más con el coche y por fin puedo ver mi salida, ¡bien! Me prometo a mí mismo que esta será la última vez. Hablaré con Óscar para que no me llame más y con ello evitaré la tentación. Como reza el dicho: Ojos que no ven...

Llego al aparcamiento del pub y, tras bajar del coche, me quedo observando el sitio: por fuera resulta muy discreto, de no ser por el cartel verde que indica que es un pub liberal nadie se percataría de ello. Entro y, del tirón, veo a Óscar en la barra. Nos damos la mano y nos palmeamos los hombros.

—¡Qué de tiempo! ¡Joder! Llegué a pensar que te habías enamorado y sacado del mercado —me dice entre risas, a la vez que llama con un gesto a una chica guapísima que está detrás de la barra—. ¿Qué quieres tomar? Todavía no está abierto, pero conozco al dueño y ahora mismo somos VIP.

—Jack Daniel's con hielo, por favor. —La chica afirma con la cabeza y al momento veo cómo me sirve generosamente el licor. La observo moverse; tiene un algo que me llama. Desborda feminidad y sensualidad.

Óscar me da un golpe en el brazo. Me vuelvo para mirarlo, no entiendo por qué ha hecho eso.

—Es la mujer de uno de los dueños. Se mira, pero no se toca.

—Comprendido. No hay problema. Con respecto a lo que has comentado antes —Cojo mi vaso y me lo llevo a la boca, buscando las palabras adecuadas al tiempo que me giro para admirar el local. No me gusta nada la forma en que está decorado. Cada pared es de un color diferente, a cuál más llamativo.

En esas estoy cuando llega un grupo de chicas. Por lo que distingo entre

gestos y movimientos son bastante guapas y van vestidas de moteras. ¡Vaya!

—Aquí suelen hacer concentraciones de moteros —comenta Óscar que se ha dado cuenta de mi expresión al observar la mercancía que termina de entrar.

Veo a una rubia que me llama la atención. No sabía que tenía ese fetiche tan marcado por las rubias. Achico los ojos y, para mi sorpresa, compruebo que es Marina.

¡Marina! ¡Joder! ¿Qué hace ella aquí?

—¿La conoces? —le comento a Óscar, señalándola con el vaso.

Todavía no me ha visto, está bromeando con sus amigas. Se quitan las chaquetas y las dejan a un lado.

—Sí, aunque no se suele ir con hombres. Es un poco rara. Por lo que sé acostumbra a ir de voyeur. Está buena. Yo he intentado acercarme en alguna ocasión sin mucho éxito. ¿La conoces tú? Por la forma en que te la estás comiendo con los ojos, diría que sí —suelta entre carcajadas, sin dejar de mirarla—. Lo provechoso que tiene venir los lunes, es que puedes moverte por todo el local a tu aire. En este tipo de clubs, lo normal es que los tíos estén por un lado y las parejas por otro. Las chicas, obviamente, por donde quieran. Entiendo que sabes el funcionamiento de este tipo de clubs —me explica mirando al grupo.

Se levanta y se acerca a ellas, buscando una presa. El tío es bueno ligando. Sabe cómo entrar en todo momento sin necesidad de ambages. Al notar su presencia, las chicas se vuelven y dos de ellas se tiran a sus brazos. Óscar las agarra a ambas de la cintura y se las devora allí mismo. Va repartiendo besos entre una y otra. Nunca le había visto en acción; es un máquina. Un cazador nato.

Algo dentro de mí me dice que me están mirando. Dirijo mi vista hacia la persona que quiero que lo esté haciendo. Me llevo el vaso a la boca, sonriendo sin dejar de acecharla mientras bebo. Ella sonrío a su vez. Le hago un gesto con la mano para que se acerque, pero niega con la cabeza haciéndose de rogar. Se muerde el labio inferior y luego, muy seductoramente, atrapa el superior para terminar lamiéndolo. Repito mi gesto y esta vez sí consigo mi propósito.

Viene hacia mí contoneando las caderas y a paso lento. Muy lento... Demasiado para mí. Contemplo su nerviosismo, no sabe dónde poner las manos. Se cruza de brazos, luego se toca los codos. Me encanta comprobar el efecto que provoco en ese ser mágico. Lleva el cabello recogido en una cola, lo que me permite distinguir bien sus rasgos: sus labios gruesos, su nariz respingona y sus ojos de un color ambarino precioso. Recuerdo que al principio pensé que eran como los de Caroba, pero cuando la vi en el hospital me di cuenta de que los tiene aún más bonitos —como si eso fuera posible—. Va vestida de forma sencilla, pero con clase: pantalón de cuero y camisa ajustada. Lo que más me llama la atención son sus zapatos de tacón. Me excita verla con ese aire de malota.

—¡Hola! —le digo con frescura, para romper el hielo.

—Hola —responde tímida.

—No esperaba que frecuentaras lugares como este. ¿Sueles venir a menudo?

Niega con un gesto de la cabeza.

—Mis amigas... vienen a veces y me convencen para que me suelte un poco. Suelo... suelo mirar, y alguna vez...

La corto agarrándola por el brazo y acercándola a mí. Abro un poco las piernas y sitúo su esbelto cuerpo entre ellas. Con mis manos la acaricio, rodeando su cuerpo y cogiéndola por la cintura. Me deleito con su perfume que invade mis fosas nasales y me dice que estoy en casa. Ni en sueños hubiera podido imaginar tenerla así entre mis brazos. Sobre todo, en un lugar como este. Me encantaría que fuera ella la que pudiera borrar las huellas del pasado.

—Mmmm... ¡qué bien hueles! Me pongo cachondo sólo con tu olor —murmuro acercándome a su cuello.

Puedo sentir su temblor y cómo se le eriza la piel. Suelto un poco de aire después de chuparle el cuello. Un gemido escapa de su boca. Voy subiendo mis manos por su espalda, empujándola aún más hacia mí. Necesito sentir su contacto. Abandono su cuello para mirarla de frente.

—¿Te gustó? —Afirma con la cabeza—. ¿Te gustaría repetir... Conmigo?  
—Ella agranda sus ojos y, al momento, vuelve a asentir con timidez.

Una de mis manos, como si tuviera vida propia busca la suya. Acaricio su palma sin dejar de admirarla. Es tan bonita y tan dulce que ese simple contacto provoca que nos estremezcamos. Puedo sentir su cuerpo vibrar. Está nerviosa. Entrelazo mis dedos con los suyos, afianzando el contacto, buscando, con ese gesto, darle la confianza de que estaremos bien. Me acerco a Óscar sin soltarla y le pregunto si podemos ir a un sitio más privado. Tras atender a sus indicaciones, subimos a la segunda planta, donde vemos un salón con una cama con dosel en el centro. Alrededor de ella se pueden contar distintas puertas que entiendo son de reservados. La guío hasta uno de los sofás y dejamos las bebidas sobre la mesa baja que está enfrente. Me siento en él y tiro de Marina hasta colocarla a horcajadas sobre mí, tal y como había imaginado en el hospital. Ella se deja manejar y eso me pone a cien.

—Dime, Marina. ¿Hasta dónde me dejarías llegar? —Apoyo mis palabras indagando con la mirada cuál podría ser su respuesta.

No responde, así que pruebo: levanto la mano y le rozo los pezones por encima de la camisa. Su pecho sube y baja. La respiración se le acelera cuando se lanza sobre mi boca y me la devora.

¡Dios! Me encanta su sabor. Gruño de deseo, absorbiendo sus gemidos.

No puedo aguantar más: la sujeto de la nuca y le devuelvo el beso con rudeza, a la vez que, con la otra mano, voy desabrochándole la camisa. Al soltar el segundo botón noto su respiración, aún más profunda, que me permite ver el canalillo de esos pechos perfectos. Marina levanta su hermoso cuerpo y se arrodilla frente a mí. Es la cosa más bonita que he visto jamás y eso que creía haberla visto en Caroba. Tiene un aire de candidez con un toque de picardía que me está volviendo loco.

Con delicadeza me desabrocha los botones del pantalón sin dejar de mirarme, y con un gesto me pide que me levante un poco. Lo hago permitiendo que, de una vez, me baje los pantalones y el bóxer, lo que me deja desnudo de cintura para abajo.

—Mmmm...

La oigo gemir a la vez que contempla, extasiada, mi miembro enhiesto. Me quedo de piedra cuando se relame y se acerca. Sin dudar un instante se lo mete en la boca, lo que induce en mí un latigazo que me deja casi sin respiración. Se saca la mitad y va lamiendo lo que queda fuera sin dejar de observarme,

calibrando mis movimientos. Le cojo la cara con las dos manos y la atraigo hacia mí.

—Yo... quiero... quiero hacerlo. Me gusta tu sabor.

Al ver que se relame de nuevo, le arranco la camisa con ímpetu, haciendo saltar el resto de los botones, y le devoro los pechos. Su gesto ha sido tan erótico... Con la tensión de poseerla comienzo a quitarle el pantalón y las braguitas. Parezco un adolescente en su primera vez. ¡Joder! Estoy duro, muy duro. Su cuerpo es perfecto. Necesito estar dentro de ella o voy a estallar.

Me quedo admirándola mientras me pongo un preservativo. Tiro de ella y me la siento encima. Ella coge mi miembro y se lo coloca en la entrada de la vagina. Me mira con fijeza y, para mi asombro, se deja caer, metiéndosela hasta el fondo.

—¡Agggghh! —No puedo contener un aullido bestial que aflora desde el centro de mi cuerpo.

Ella también gime al tiempo que sale y entra de la misma forma. Echa la cabeza hacia atrás, dejando cerca de mi boca sus pechos. Los contemplo como un tesoro. Tiene los pezones rosados y duros, lo que demuestra su excitación. Los agarro y pellizco con destreza. Acaricio sus pechos sin dejar de mirarla. Siento cómo su piel se eriza con mi contacto. Me aferro a su cintura mientras ella me cabalga de forma brusca.

¡Mierda! Me duele la pierna, no puedo moverme como me gustaría. Parece que pudiera leerme la mente, porque de pronto me suelta entre gemidos:

—No te preocupes, yo me moveré por los dos.

Su cuerpo sube y baja, dándome un placer desconocido para mí. He disfrutado del sexo hasta límites insospechados, pero esto... esto no tiene nada que ver. Noto mi cuerpo tensarse a la vez que el suyo. Le devoro los pechos mientras ella no deja de moverse.

—¡Dios! No sabes cuánto deseaba esto. Eres preciosa. Perfecta.

## Capítulo 25

*Algún día estaré donde tú estás;  
tan solo espero que en ese lapso  
logres encontrar la felicidad  
y hallar el camino pleno de la vida.  
Te buscaré y te encontraré.*

## Luisa

—¿Qué haces tú aquí? —le pregunto con apenas un hilo de voz.

Me he quedado helada al verle en la puerta, como si no hubiera pasado nada entre nosotros. Me mira con gesto pícaro y divertido. No sé qué puede querer de mí ahora. Hacía mucho que no nos veíamos y me preocupa que David pueda venir y encontrarle aquí. No quiero que mi hijo ahora que estamos en fase de reconciliación piense que yo...

—¿Esa es forma de saludarme? Pensé que después de... ¿tres meses? Me recibirías con un beso, al menos. Es que ¿no me lo merezco? —Cuando veo dónde quiere llegar intento cerrarle la puerta en las narices, pero su mano y su pie me lo impiden—. ¿De verdad que me vas a tratar así después de tantos años?

—Julián, no tengo nada que hablar contigo. Lo he dejado. Todo. Ahora me quiero centrar en mi hijo y en recuperarme.

Sin hacerme ningún caso entra en la casa mirando hacia todos lados; parece estar buscando algo. Desde la puerta lo observo. Es un hombre alto y fornido. Recuerdo la primera vez que lo vi: sus ojos, esos ojos azul cielo que me impactaron; esos ojos que me han hecho ver las estrellas tantas veces y que ahora me aterran.

Se gira y me pregunta:

—¿Y tu hijo? ¿No está aquí contigo? Llevo lo que me ha parecido una eternidad esperando a que estuvieras sola para hacerte una visita.

—¿Me has estado espiando? —indago preocupada.

Tras mi comentario advierto en su rostro una sonrisa ladina. Se acerca a mí y, agarrándome la cara, me pega la suya y me susurra con ira:

—¿Espiarle? ¿Por qué habría de hacerlo? Eres mía. ¿Lo entiendes? —Asiento con la cabeza mientras me devora la boca, dejándome sin aliento—. Y ahora dime dónde tienes la heroína que te dejé.

—En... mi cuarto... —consigo decir, jadeante.

Lo sigo con la mirada mientras va hacia allí, y sale con la mochila al hombro.

—Buena chica. Ahora nos vamos a fumar un poquito de esto. —Meneo la cabeza en señal de negativa—. He dicho que nos vamos a fumar uno y vamos a disfrutar juntos, ¿entendido?

¡Dios mío! Otra vez no. Me ha costado mucho dejar esa mierda para echarlo todo a perder. Las piernas me flaquean. Estoy muy asustada. Las últimas veces que hemos estado juntos, Julián ha sido bastante violento conmigo. Atrás quedó aquello de que yo fuera su ama y él mi sumiso. Aquel hombre amable y servil se ha convertido en mi verdugo.

Me obliga a sentarme en el sofá junto a él y prepara la pipa con el contenido de una bolsita que saca de la mochila. Me la tiende. Intento fingir que fumo, pero no me lo permite. Se queda mirándome fijamente a los ojos mientras se abre los pantalones, dejando fuera su miembro erecto.

—¡Chúpamela! —me ordena—. Hace tiempo que no me hacen una buena mamada. Luego tú y yo nos vamos a ir a tu cuarto y vamos a disfrutar un poco con esos juguetitos que tienes —concluye, mientras me agarra la cabeza y la atrae sobre su pene.

Noto ese olor a sucio y me dan arcadas. No puedo hacerlo. Me agarra del pelo y, cogiéndosela, me la mete hasta el fondo. ¡Agggh! ¡Agggghhh! Está haciendo todo el trabajo, me tira del pelo y me empuja, llevándola hasta mi garganta.

—Así es, nena... Mmmm... Eres la mejor. Mmmm.

Sin darme opción a nada, me agarra del brazo y me arrastra hasta la habitación. Intento resistirme sin éxito. Me empuja con fuerza contra la cama y abre el armario. Le observo coger una cuerda. Se vuelve y me mira de arriba abajo con cara de asco. Voy con ropa de estar por casa, despeinada y sin maquillar.

—¡Qué pena! —dice, meneando la cabeza—. ¿Dónde está la mujer coqueta que conocí años atrás? ¿Qué ha pasado con ella? —inquire elevando el tono de voz mientras se acerca.

Agarra el bajo de mi camiseta y tira hacia arriba hasta que me la saca por la cabeza. Se queda mirando mis pechos, que no son tan voluptuosos como antes. Me empuja, de nuevo, arrojándome hacia atrás, y me ata las manos al cabecero de la cama sin darme opción a protesta.

—Julián, por favor, no —le suplico, sabiendo que no va a servir de nada.

—¡Aquí mando yo! Ni una palabra.

¡Zas! Me cruza la cara. ¡Zas! Otro golpe. Noto un líquido caliente resbalar por mi rostro.

Me quita los pantalones y me arranca las bragas. Una lágrima se me escapa al notar el picor en la mejilla. Julián coge la barra espaciadora, la ata a mis tobillos y me abre las piernas con ella. Termina de desvestirse sin quitarme la vista de encima. Se acerca al borde de la cama, levanta la barra a la altura de los hombros y me penetra de una estocada.

—Sí... ¡joder! Echaba de menos tu coño. ¿Sabes que, por más que he follado con otras, ninguno es tan caliente como el tuyo? —jadea mientras me embiste con dureza, una y otra vez.

Después de acometer contra mí varias veces, se para. Creo que se ha cansado, pero no. Sale de mí y, con facilidad, me da la vuelta y me pone a cuatro patas. Está poseído. Nunca lo había visto así. Me trata como si tuviera entre sus manos a una muñeca hinchable. ¡Maldito! Está haciendo lo que quiere conmigo. Me da un azote en la cacha que me provoca un dolor agudo.

—Mmmm. Ahora voy a probar este culito que tantos recuerdos me trae —susurra con voz libidinosa mientras mete un dedo en mi interior.

Le oigo escupir y luego extiende la saliva entre mis nalgas. Me da un cachete, otro, y otro más, y de pronto me la mete de un empellón, sin miramientos. Duele. Otra lágrima se me escapa, sabedora de que me queda mucho por sufrir. Lo conozco y sé que hasta que no esté satisfecho no me dejará en paz. Veo la sangre manchar la almohada y lloro sin consuelo. En silencio para que no se enfade.

De pronto escucho la puerta abrirse y mi cuerpo se tensa. Julián debe haberlo sentido también porque inmediatamente sale de mí.

—Parece que tu pichón ha vuelto —murmura cerca de mi oído a la vez que busca algo. Entonces me mete las bragas deshechas en la boca y se esconde en el armario.

No, no, no. ¡Qué va a hacer! ¿David? ¡Dios mío! ¡Vete! Gimo intentando alertarlo, pero es imposible.

—¿Mamá? Te has dejado la puerta abierta. ¿Mamá? —me llama mi niño. Noto su voz acercándose.

¡No! ¡No! ¡Vete! ¡Dios mío! Lloro de impotencia y, justo en ese instante, comprendo por lo que ha pasado. La culpa me invade. Me siento vil y miserable al haber permitido lo que no debió suceder jamás. Por haber perdido al hombre de mi vida por mi inconsciencia. Por mis miedos.

La figura de David aparece y, desde el marco de la puerta, me ve maniatada y boca abajo. Abre mucho los ojos, sorprendido y asustado. Puedo ver cómo coge el móvil y hace algo con él, pero no llama se lo guarda en el bolsillo.

¡David! ¡Vete! Niego con la cabeza, intentando hacerle entender que quiero que se marche. Se acerca mirando alrededor.

—¿Mamá? ¿Qué está pasando? Creía que lo habías dejado..., que... — Percibo angustia en su voz. Está decepcionado, puedo leerlo en su mirada.

Niego con la cabeza. Como puedo, con el rostro y con los ojos intento indicarle que está en el armario, pero es demasiado tarde. Julián sale con rapidez y le da un varazo en la cabeza que lo tira al suelo. Mi hijo cae inconsciente ante mis ojos. Los cierro agotada y sobrepasada. Sé lo que vendrá ahora y no quiero. Las otras veces la poca cordura que afloraba de mi interior le impidió llegar a más de un simple tocamiento, pero ahora me temo lo peor.

—¿Qué ganas tenía! ¡Qué guapo está! Lo recordaba menos agraciado. Me va a encantar jugar con él. ¡La otra vez me quedé con ganas de más! —exclama mientras se pierde en el armario y saca varios utensilios de dominación.

Se agacha y empieza a desnudarlo con avidez. Su mirada está llena de ira. Lo arrastra hasta el centro de la habitación, donde antes había colocado una silla para jugar conmigo. Lo sube en ella con facilidad y le ata las manos en la parte de atrás, y los pies a cada pata, para después meterle un trapo en la boca. Ahora es David el que parece un muñeco en sus manos.

—Me encantará que me la chupe, o... quizá le deje que me folle el culo. Estoy deseando ver hasta dónde podemos llegar. —Se agacha y le da un lametazo a su miembro—. Mmmm... ¡qué rico! —Suelta una carcajada mientras se agarra el pene y lo mueve arriba y abajo hasta ponerlo erecto de nuevo.

Le miro con asco. No puedo hacer nada. Estoy atada a la cama, con la barra separándome las piernas y el cuerpo dolorido. Todo se está volviendo negro: la tensión del momento, la heroína que empieza a bullir en mi interior... Me muevo para que me haga caso, tiro de mis brazos en un vano intento de soltarme sin conseguir más que hacerme daño en las muñecas.

¡Zas! ¡Zas!

—Estate quieta, puta. ¿Te he dicho que pudieras moverte? Mientras tu niño despierta voy a disfrutar un poco más de este culito prieto que tanto placer me da. —Sin poder hacer nada más que llorar, noto cómo de nuevo me penetra por detrás. El dolor que siento es ínfimo ante el deseo ferviente de que se canse conmigo y así deje a David en paz.

Pero mi ilusión se desarma cuando oigo a David forcejeando en la silla. Julián se tensa y lo mira con desprecio.

—¡Joder! ¿No me vas a dejar que me folle el culito de tu madre? — Rezonga mientras se baja de la cama—. O ¿prefieres chupármela un rato tú, rubito?

David bracea con la silla intentando tumbarla, gruñendo con los ojos inyectados en sangre. Julián se sitúa a su lado y empieza a tocarle mientras mi hijo se empuja intentando apartarse, pero es imposible.

Julián se agacha y lo mira con deseo. Cuando se está acercando a su miembro, se oye un estruendo en la puerta que lo deja helado en el sitio. Antes de que pueda percatarse de lo que está sucediendo entran dos policías armados, apuntando a todos. Cuando comprenden la situación, sus armas se dirigen a Julián.

—¡Policía! ¡Arriba las manos! ¡No se mueva!

Lo último que puedo ver es cómo aparecen tras ellos los amigos de mi hijo, Javi y Manolo. Y es entonces cuando me permito dejarme llevar por la inconsciencia.

*Parte II*  
*ENCONTRADO*

## Capítulo 26

*No esperes mucho,  
no te ilusiones mucho,  
no te enganches mucho,  
porque ese mucho; duele mucho.*

—¡Dejadme en paz! ¡Dejadme solo un momento! No entiendo nada. No llego a comprender qué hacía ese tío allí. Ella lo dejó entrar, lo sé; me encontré la puerta de la casa abierta. Estaban jugando cuando llegué. ¡No puedo creerlo! ¡Joder! —Empiezo a dar vueltas por el pasillo esperando que traigan a Luisa. Sí. Para mí, mi madre acaba de morir en esa habitación, en el momento en que volvió a consumir drogas y a someterme junto a ese hombre.

»No me entra en la cabeza por qué me hizo pensar que había cambiado. Creí en ella y, a la mínima de cambio, ha vuelto a lo mismo. Y con ese tío... ¡Dios! Cuando le vi con esa mirada libidinosa, observándome, tocándome y relamiéndose. Y mi madre... no, ya no lo es —me corrijo con furia—. Sería mejor decir esa mujer, tirada en la cama, desnuda, con la mirada perdida. Me recordó aquel día que me usaron para sus demencias; cuando tuve que tocarle el miembro a ese hombre bajo la mirada asustada y triste de mi padre, maniatado a la cama.

—Siento decirte que te advertí... —murmura Manolo a mi lado.

—Lo sé. ¿Crees que no lo sé?... ¿Pero qué querías que hiciera? ¡Es mi madre! Necesitaba creer en ella. Necesitaba... —Me dejo caer pegado a la pared hasta sentarme en el suelo con las manos apoyadas en la cabeza; desesperado, perdido.

Mi vida, que creía al fin perfecta, se desmorona de nuevo ante mis ojos. Ya solo me faltaría que Marina haya sido un espejismo para destrozarme del todo. Ella no sabe nada de mi vida, de lo que he pasado, vivido y sufrido.

—¿Se lo debería contar? —me pregunto a mí mismo.

—¿Mande?

Me vuelvo hacia Manolo, que, sentado a mi lado, me mira interrogante. He debido decirlo en voz alta.

—¿Te acuerdas de la chica de la moto?

—¿La rubia o la morena? —me responde con otra pregunta, sonriéndome mientras me enseña los dientes. Se parece al muñequito ese de WhatsApp que nadie sabe exactamente qué significa. Me encanta mi amigo, siempre sabe cuándo ponerse serio y cuándo sacarme una sonrisa.

—La rubia —le respondo con una sonrisa triste, aunque hago el esfuerzo por que vea que lo he intentado. Tengo que reponerme, no puedo volver a caer en la desidia—. Esta mañana, cuando salía hacia Sevilla para ver a mi jefe y arreglar los asuntos que tengo pendientes, me llamó Óscar. —Al ver la expresión de mi amigo intuyo que no sabe de quién hablo—. Es un amigo que me llama de vez en cuando para hacer encuentros sexuales; orgías vaya. Creo que os lo conté. Bueno, da igual, el caso es que fuimos al pub “Eva y Adán”, que está en El Puerto de Santa María, ¿lo conoces? —asiente despacio y comenta:

—Aunque no he ido, y me gustaría. La verdad es que hace tiempo que estoy pensando en buscar algo que me satisfaga. No encuentro nadie que me atraiga. Estoy... cómo lo diría... Da igual, hablemos de tu problema y luego me aconsejas qué hacer.

—Eso está hecho, amigo —le digo apretándole el hombro. Sé cómo se siente. Yo me he sentido así muchas veces, asqueado de lo que me rodea—. Me estaba tomando una copa y apareció por allí con unas amigas. No puedes imaginar como mi cuerpo reaccionó al verla. Sabes que mi forma de ver el sexo es diferente a la de mucha gente. No es fácil mantenerte fiel cuando te gusta hacerlo con más personas. Pero ella me dio algo que... no sé ni cómo explicarlo. Me encantó estar con ella a solas. También hicimos más cosas y pude ver que le gustó. Tan solo el hecho de que estuviera allí, en ese club, para mí fue buena señal. Con ella no tengo miedo de proponerle llegar más lejos, como me pasó con Caroba. Quizás ella sea la elegida, no sé si me entiendes.

—Perfectamente, tío. Ella es la horma de tu zapato. No la dejes escapar —se queda pensativo un momento y reniega—: Ni se te ocurra decirle a nadie, y menos a Javi, que acabo de pronunciar esas tres frases. ¿Me oyes?

Y no puedo más que empezar a reírme a carcajada limpia. Me tranquilizo, limpiándome incluso las lágrimas derivadas de la risa que me ha arrancado mi

amigo, para seguir comentando lo que estábamos hablando.

—¿Debería contárselo? Me da miedo que, cuando sepa por lo que he pasado, se vaya y me deje como me ha sucedido las otras veces —pronuncio en voz alta, como si esperara que Manolo fuera mi oráculo y me diera la solución a todos mis problemas.

Justo cuando va a responderme, una voz irrumpe en la sala de espera preguntando:

—¿Familiares de Luisa Costa?

Me levanto y me dirijo hacia el hombre que ha hablado, el cual está mirando unos papeles que tiene entre las manos.

—Sí. Soy su hijo. ¿Cómo está? —musito cuando llego a su lado.

Temo lo que me puedan decir. Estoy realmente aterrado de que todo lo vivido sea un montaje para salvarse a ella misma. Lo cierto es que no estoy muy seguro de nada de lo que ha sucedido. Mientras hablaba con Manolo mi cabeza no ha parado de barajar la posibilidad de que al irme yo su mundo se resquebrajara y mi ausencia haya provocado que volviera a consumir.

—No tengo buenas noticias. Le hemos cosido la herida que tenía en la cara. No parecía profunda cuando llegó, sin embargo, cuando el médico ha visto el corte ha comprobado que era más importante de lo que parecía a simple vista. Seguramente le dio con algún anillo o algo parecido. Está llena de moratones por todo el cuerpo y también tiene desgarró vaginal y anal. Siento ser tan explícito, es necesario que lo sepa todo al detalle por si vais a querer denunciar.

»En la analítica hemos detectado que consumió algún estupefaciente. Sabemos por la policía que era heroína. Según he visto en su historial se estaba desintoxicando —le miro y confirmo sus palabras—. Eso la debió de dejar muy débil, aunque he de decirle que según los niveles no consumió demasiada. Por las quemaduras que tiene en los labios parece que se resistió a tomarla. La policía está hablando con ella en estos momentos. Cuando salgan, si quiere, puede entrar. —Asiento, resignado. Intento decir algo, pero no me salen las palabras. Mi amigo, al ver que estoy compungido por toda la información que acabo de recibir, le da las gracias por mí.

Ese malnacido le ha dado una paliza y la ha obligado a tomar las drogas.

Me vuelvo hacia Manolo con lágrimas en los ojos. Su expresión me dice que entiende lo que estoy pensando. Sabe que he desconfiado de ella cuando le debería de haber dado el beneficio de la duda. Me siento fatal. Ahora entiendo sus gestos y sus movimientos. Estaba intentando advertirme. ¡Dios! Me arrepiento de haberles dicho a mis amigos que mi madre estaba haciendo de las suyas y me temía lo peor. En ningún momento pensé que ella...

—David, no podías saber qué estaba ocurriendo. Con su pasado... Tío, tranquilízate. —Por primera vez desde que nos conocemos, Manolo se acerca y me abraza. En ese momento me rompo. Estoy feliz y triste. Es una sensación muy rara. Me siento aliviado porque ella no haya sido culpable, aunque también muy furioso. Como me encuentre a Julián cara a cara... ¡se la voy a partir! ¡Ese cabronazo se las verá conmigo!

—Lo voy a matar. Te juro que como me lo cruce lo mato.

Veo salir a la policía de la habitación donde está mi madre y me acerco a ellos para intentar saber qué ha pasado sin tener que preguntarle a ella.

—Buenas tardes. Soy David, el hijo de Luisa Costa. —Levanto la mano a modo de saludo y ambos policías me la estrechan.

—Encantado. Debería mirarse ese golpe. —Me toco la cabeza y palpo un amago de postilla.

—No es problema. Mi madre... ¿Qué tal está? —Trato de mostrarme sutil. La policía no suele ser muy colaboradora.

—Bueno, teniendo en cuenta el trauma por el que ha pasado, parece que bien. Ha preguntado por usted varias veces.

—¿Puedo saber qué ha ocurrido? Es para no tener que hacerle recordar...

—No solemos informar de lo sucedido hasta que no se levante el acta. Pero, entre nosotros, le diré que ese hombre abusó de su madre y le hizo consumir heroína. Le hemos pillado con un alijo importante y tendrá cárcel para una temporada. Entre ahí y abrace a su madre, lo necesita.

Al abrir la puerta la veo hecha un ovillo. Está sollozando. Me acerco a la cama y me tumbo a su lado, arropándola con mi cuerpo.

—Lo siento —le murmuro con tristeza—. Si lo hubiera sabido...

—David... ¿no estás enfadado? —me pregunta sin girarse.

Me pongo de pie de un salto; no doy crédito a lo que acaba de decirme. ¿Enfadado? Cierro los ojos con rabia. Lo estaba. Y ahora mi madre piensa que me ha fallado, cuando he sido yo quien lo ha hecho. La culpa me corroe por dentro, y me ahoga. ¡Dios! Me arrepiento tanto de haber pensado lo peor de ella.

## Capítulo 27

*Ninguna mujer necesita un príncipe a su lado,*

*lo que necesita es un hombre.*

*Que cumpla fantasías,*

*y no que haga ilusiones.*

Esto va de mal en peor. Primero tres meses entre hospital y rehabilitación por culpa del accidente de moto. Ahora tres semanas con mi madre por el malnacido ese que se atrevió a agredirla. ¿Qué será lo próximo?

Al salir del hospital tuvimos que declarar en contra de Julián. Obviamente no quería dejarlo pasar, y ese cabrón no se va a ir de rositas. Lo van a juzgar por maltrato, agresión sexual, consumo y posesión de drogas. Además de intento de homicidio por partida doble. Al encontrarnos la policía en tal estado en casa de mi madre, decidieron acusarlo también de eso. Los agentes alegaron que, de no haber aparecido, seguramente Julián hubiera acabado con nuestras vidas. El sujeto en cuestión, según nos contaron, iba hasta arriba de drogas y estaba fuera de sí.

Mi madre era reacia a declarar; decía que se le había ido de las manos con el tema de las drogas, pero que en el fondo era buen tío. Alegó que cuando lo conoció era una persona excepcional. Tras discutir con ella duramente y hacerle recordar lo que sucedió en ese cuarto aquel día en el que mi padre se hundió en la dejadez, tuvo que claudicar y, por mí; por nosotros, lo hizo.

Eso abrió viejas heridas y, entre sollozos, me pidió perdón por haber permitido que ese hombre hiciera lo que hizo. No recordaba demasiado de aquella noche, ya que siempre quise olvidar que vino después de ese momento tan desagradable. Mi madre me contó que cuando mi padre se desmayó, ella cogió a Julián y se fueron tras soltarlo y acostarlo en la cama. No recuerda cómo lo hizo. Ni siquiera qué fue lo que sucedió después. Simplemente algo que surgió de dentro le dijo que no estaba haciendo lo correcto y que si seguía se arrepentiría para siempre.

Estoy orgulloso de ella. Por fin ha comprendido hasta dónde podía llegar ese hombre que, por cierto, espero que se pudra en la cárcel. Aunque aquí en España la justicia va de mal en peor, y es posible que en un par de años esté fuera por buen comportamiento o algo así. En realidad, espero que así sea,

porque entonces me vengaré de él. No sé qué haré exactamente, pero tengo tiempo para pensarlo.

La policía nos ha dicho que recibirá su merecido en la cárcel, que nos quedemos tranquilos, que allí no son bien vistos los violadores. Así que si se lo follan vivo me alegraré. El muy cabrón ha dejado a mi madre en un estado del que le costará recuperarse, sobre todo mentalmente. Quizá deba ir a un psicólogo. Se lo propondré.

Al pensar en eso me acuerdo de Marta. ¿Qué habrá pasado para que no me haya dicho nada más? No me respondió al último mensaje que le envié, ni se ha puesto en contacto conmigo en todo este tiempo. Cuando vaya a Sevilla la llamaré y quedaré con ella.

Solo espero que la posibilidad de nuestra experiencia a tres no haya provocado malentendidos entre ellas. Me pareció que su chica no estaba muy por la labor. Aunque, si echo la vista atrás, estoy seguro de que Marta lo pasó bien conmigo. Se involucró y me hizo disfrutar. Quién sabe, lo mismo se han cambiado de acera.

Me río para mí mismo y a la vez, tras sopesarlo, me regaño; no es algo con lo que hacer bromas. Si no me responde al wasap iré a su consulta y no saldré de allí hasta que me reciba.

—David, te tienes que ir a Sevilla. Debes hablar con tu jefe, acercarte a tu piso, regar las plantas, ¡yo qué sé! Pero, por Dios, déjame recuperarme tranquila. Te prometo que no tomaré nada y que solo pasearé por la playa. ¡Me portaré bien! ¡No le abriré ni al cartero! —me ruega mi madre mientras besa la imagen de la Virgen del Carmen que lleva colgada del cuello.

Al ver ese gesto recuerdo que se la regaló mi padre cuando yo nací. No obstante, nunca se la había visto puesta. Mi padre me contó muchas cosas de ella y de sus épocas buenas. Nunca le presté demasiada atención porque la odiaba con todas mis fuerzas, pero ahora entiendo qué vio en ella para enamorarse de esa forma. Malditas drogas y sus consecuencias.

Yo siempre la había visto de mal humor y tratándome con indiferencia. Y aquel día, el peor de mi vida, lo hizo incluso con crueldad. Pero ahora la miro

y está diferente. Los vagos recuerdos de aquellos días en los que me llevó al parque renacen dentro de mí. Supongo que esta mujer es la que llegó al corazoncito de mi padre; el que, aun ocurriendo lo que ocurrió, la quiso hasta el final, y por eso se refugió en el alcohol.

La sigo observando con cariño y me sorprendo de lo que ha cambiado en estos días. Realmente se está portando como una madre. Hemos compartido confidencias y me he dado cuenta de que nos parecemos mucho. Nunca imaginé que pudiera vivir estos momentos de intimidad con ella. Aunque creo que la he agobiado un poco en estos días...

—Está bien, mamá —le susurro, dándole un beso en la mejilla—. Te quiero. Cualquier cosa me llamas y, antes de que te des cuenta, tienes aquí a Manolo o a Javi, hasta que yo llegue. ¿Entendido? Y por favor, cierra la puerta con llave. Aquí han venido muchos amantes tuyos y podrían volver. No me quedo tranquilo.

—Que síiii. Cerraré con llave y te llamaré todas las noches —replica con los ojos anegados en lágrimas—. Yo también te quiero, hijo. Llevo un sufrimiento interior que ni te imaginas. No puedo entender cómo fui capaz de no quererte mejor antes. Lo siento tanto, mi niño...

La abrazo con fuerza, dejándole un beso en la cabeza.

—Me marchó, que si no vamos a terminar llorando los dos con un vaso de whisky en la mano. —Sonríe y me palmotea la mano mientras me empuja levemente para separarme de ella—. Vale, vale. Ya me voy —protesto entre risas mientras me giro hacia la puerta.

—Lláname cuando llegues, por favor.

Asiento con la cabeza, cerrando a mis espaldas.

Salgo a la calle no muy convencido de irme, pero tengo que hacer este viaje sí o sí. Me meto en el coche y pongo rumbo a Sevilla. Cuando cojo la autovía me decido a llamar a Marina, ya que he visto varias llamadas perdidas tuyas y no quiero que piense que paso de ella.

—Hola, rubita. ¿Me has echado de menos? —le digo al notar que descuelga.

—Ho... hola. ¿David? ¡Pensé que te había pasado algo! ¡Estaba muy preocupada! Dijiste que me enviarías un mensaje al llegar, y... —¡Es verdad!

Se me olvidó que se lo había prometido, pero con todo lo que ocurrió no tuve cabeza para nada.

—Lo siento. Era tarde cuando salimos del pub y decidí volver a casa de mi madre. —Respiro hondo sin saber bien cómo continuar—. Marina, pasó algo que me gustaría contarte, aunque lo haré cuando estemos más tranquilos, no por teléfono. Es largo y ahora voy camino de Sevilla. Si todo sale bien espero volver el viernes. ¿Te apetece cenar conmigo y hablamos? ¡Yo invito! —le propongo, intentando no sonar nervioso ante una posible negativa.

Al oír su voz he notado un no sé qué en el estómago que me han dado hasta retortijones. ¡No ha pensado mal de mí! No la he llamado y se ha preocupado. Cualquiera otra me hubiera echado la bronca por mi silencio y, en vez de eso, pensó que me había ocurrido algo. Bueno, cualquiera no; seguro que Caroba habría dicho lo mismo. Sonrío para mí recordando a mi chica, que, aunque ahora sea de Ewan, siempre será la que me dio más de lo que podía imaginar.

—¿Cenar? ¿Tú y yo? Mmmm...

—¿Estás graciosa? —le pregunto irónicamente.

Me la imagino con esa pose chulesca que tiene cuando me quiere llevar la contraria. Capto su risa a través del teléfono.

—Te mando ubicación de mi casa. ¿A qué hora me recoges? —zanja entre risas.

—Te aviso por wasap cuando tenga claro a qué hora vuelvo. Pórtate bien en mi ausencia, rubia. —Me encanta coquetear con ella, ya que sabe cómo responderme.

—No creo que pueda ser buena —replica, insinuante—. Chao, rubio.

—Nos vemos pronto, guapísima. —Con una sonrisa tonta que no puedo quitarme, aunque quisiera, cuelgo y recuerdo lo bien que lo pasamos en el pub “Eva y Adán”.

## Capítulo 28

*No le pidas nunca nada a la vida.*

*Espera...*

*Y algún día la vida te dará una sorpresa maravillosa.*

*Alejandro Casona.*

Las imágenes de la velada pasan por mi cabeza como si fueran diapositivas. Tengo que reconocer que no pudo ser más morbosa. Mi rubia se portó, fue una sorpresa para mí. No podría describir con palabras lo que sentí.

Tuvimos nuestro primer orgasmo al unísono. Hacía tiempo que no llegaba a la par con nadie; sólo en una ocasión pude disfrutarlo con Caroba, pero no fue lo mismo ya que estaba hasta arriba de coca.

Es curioso... mi rubita; inconscientemente he utilizado el mismo calificativo para las dos. Para mis dos amores. Porque a Caroba la querré siempre. Pese a que ahora no será de la misma forma siempre la llevaré en mi corazón.

Aquella noche le puse la ropa interior con mucho mimo, haciendo lo mismo con la mía. Subimos al jacuzzi que nos había indicado Óscar cuando le pregunté dónde podía tener intimidad. Al llegar allí nos encontramos que estaba ocupado por él mismo y dos chicas, todos desnudos y muy atareados. Una de ellas, de rodillas, le hacía una felación a mi amigo, y él a su vez se lo comía a la otra. La imagen resultaba del todo grotesca para una persona que no estuviera acostumbrada a ello. Por supuesto, a mí me pareció de lo más erótica y morbosa.

Miré a Marina con el miedo de que se fuera a cortar y me pidiera que nos marchásemos. Por un momento dudé si ofrecérselo yo y así evitar una situación incómoda.

De fondo sonaba *Lost on you*, de LP <sup>13</sup>; me giré hacia ella y comencé a cantarle cerca del oído una parte de esa canción que me parecía totalmente acorde al momento. Me encanta la letra, la he escuchado en muchas ocasiones y, como solía hacer de pequeño, me quedo con los trozos que para mí significan algo bueno:

*Eres ardiente como las brasas, dulce, tierna.*

*Eres mucho como para rendirme.*

*Todo lo que quiero eres tú.*

*Quiero conseguir ir al cielo, pero no sé cómo.*

*Solo sé que no podría alejarme.*

*Estoy perdido por ti, dime si también tú te has perdido por mí.*

*Que sea lo que deba ser...*

No me dio tiempo a terminar; se me lanzó a los brazos y poseyó mi boca con ansia. Luego se apartó un poco y, sonriendo, empezó a desabrocharse el sujetador y a quitarse las braguitas. Cuando se quedó desnuda ante mis ojos, me puso las manos en la cintura y empezó a jugar con el elástico de mi bóxer, para luego tirar de la goma hacia abajo, dejándome también desnudo. Me cogió de la mano y tiró de mí.

—¡Vamos! —exclamó sonriendo mientras me llevaba hacia el jacuzzi.

—Marina... si no quieres, no hace falta. Yo... yo... —dije, intentando aclararle que no era necesario, que era feliz de estar con ella y podría hacer el esfuerzo de hacerlo solos los dos; dedicarme a ella en cuerpo y alma.

No me hizo caso. Me soltó la mano y se metió en el jacuzzi ante los ojos atónitos de Óscar. Pude ver una sonrisa lobuna agrandarse en su rostro. La miraba como si fuera carnaza. Curiosamente, una sensación de posesión se despertó en mi interior. Y de mi boca se escaparon unas palabras que hasta ahora mismo no he entendido de dónde salieron:

—Óscar, su boca es mía. Nada de besos. —Este afirmó con la cabeza y se levantó, acariciándola como si fuera un tesoro.

Las dos chicas que estaban con él también se acercaron. Una de ellas vino hacia mí, en el momento en el que estaba entrando en el jacuzzi. Me acarició el torso con una mano y con la otra me sujetó el pene. Contemplé a la otra chica ponerse detrás de Marina y empezar a rozar su pubis contra ella.

Marina se volvió, enlazando sus ojos con los míos mientras hacía un gesto de asentimiento. Esa imagen no la podré borrar de mi retina en años: ese gesto tan erótico, su boca entreabierta, jadeando mientras Óscar atacaba con devoción su pezón y le pellizcaba el otro. La chica le lamía el cuello, dejando pequeños mordiscos a su paso.

—Será mejor que vayamos a la cama con dosel, David. Creo que allí estaremos más cómodos, ¿te parece? —Asentí y me acerqué a ella, buscando algo de intimidad.

—No hace falta que hagamos nada de esto. Lo único que quiero es que estés bien —murmuré muy cerca de su oído, provocando que su piel se erizara.

—Estoy bien. Quiero hacerlo. Hace tiempo que quería probar, pero no tuve el valor de hacerlo sola. Ahora estás tú... aquí, conmigo. Me encantaría saber qué se siente. He visto muchas veces a otras mujeres disfrutar hasta casi perder el conocimiento, y no hay nada que desee más que llegar a eso también. Me gustaría... quiero sentirme como ellas. —Terminó de decir mientras nos dirigíamos a esa cama donde, estaba seguro, se le iba a dar el goce que demandaba.

—Eso está hecho, nena. No hay nada que me complazca más que verte disfrutar hasta el límite. ¿Te ha importado que le diga a Óscar que no te bese? ¿Quieres tú pedir algo? Y, lo más importante, ¿estamos en esto como pareja? —indagué, acariciándole la mejilla.

—Hummm... —Cerró los ojos, ladeó la cabeza buscando el contacto con mi mano, dejando escapar un gemido de entre sus labios carnosos y apetitosos. No podía dejar de mirarla. En ese preciso momento me planteé si de verdad quería hacer eso con ella. Hasta que respondió rompiendo mis cavilaciones—: No. Sí y Sí. —Permanecí embobado; por primera vez en mi vida, me había quedado sin palabras ante una mujer.

—Eso quiere decir que te ha parecido bien que nadie te bese excepto yo —aclaré con firmeza, dándole un beso suave en la boca y demorando el momento de separarme de ellos. La miré a los ojos buscando una señal de arrepentimiento, pero solo vi excitación, deseo—. El segundo sí me dice que tú también quieres pedir algo. Y, lo más importante, el último indica que estás de acuerdo en que estamos en esto como pareja. —Terminé a duras penas de clarificar su respuesta porque comencé a besarla más profundamente.

Ella se abrazó a mi cuello, devolviéndome el beso y poniéndome de paso como una moto. Entre jadeos me explicó, sin dejar de mirarme:

—A mí tampoco me gustaría que nadie te besara, solo yo. Y ahora vamos, que nos están esperando. —Me agarró de la mano, entrelazó sus dedos con los

míos y me guio de vuelta al salón donde habíamos estado antes.

Allí estaban los tres manoseándose. Cuando nos vieron entrar, Óscar hizo un gesto para que nos acercáramos. Para mi sorpresa, la primera que comenzó a andar fue Marina; movía las caderas de forma insinuante. Su trasero me dejó sin palabras: tenía forma de corazón inverso y en la parte alta pude observar dos hoyuelos que se pronunciaban a cada paso que daba.

Óscar tiró de ella para acostarla en la cama y siguió degustando sus pechos, sin darle tiempo a que se sintiera incómoda. Estaba claro que sabía lo que hacía. Una de las chicas se agachó entre sus piernas y la tocó desde arriba hacia abajo hasta llegar a su pubis. Deslizó un dedo entre sus labios, acariciándolo, lo que provocó que ella se arqueara de placer. Me acerqué y la besé. Nunca me hubiera imaginado terminar así con ella. Aquello era un sueño hecho realidad.

En esa cama solo se veían bocas y manos. Sin apenas darme cuenta, tenía a una de las chicas chupándomela y proporcionándose su propio gozo. Yo le devoraba los pechos, el cuello y la boca a Marina, que estaba de rodillas con las piernas abiertas para permitir que la otra chica la llevara al nirvana, mientras Óscar la penetraba apoyando los pies de ella en sus hombros.

Marina gemía en mi boca, dándome a entender que iba a llegar al orgasmo y eso me impulsó a alcanzarlo a la par que ella, en la boca de aquella chica que me la chupaba con ansia, y que absorbió hasta la última gota de mi semen, relamiendo el glande mientras sucumbía también. Y con nuestros gemidos llegaron los de Óscar y los de la tercera chica, que disfrutaba de las embestidas que él le daba para acabar de vaciarse.

—¡Ha sido brutal! —gritó Óscar a la vez que se quitaba el preservativo—. ¡Tenemos que repetir! Nos tomamos una copa y seguimos, ¿os parece?

Miré a Marina buscando su aprobación, intentando leer en sus ojos si se lo había pasado bien y si quería más. Ella se acercó con su contoneo y, después de devorarme la boca, me dijo:

—Quiero más. Mucho más... Contigo lo quiero todo.

Sin poder creerlo y con una sensación de plenitud en el pecho, la tiré en la cama y la penetré. Me había puesto duro otra vez y necesitaba estar dentro de ella. Sentirla solo para mí. Me había hecho feliz. En ese momento, en esa habitación, solo estábamos ella y yo haciendo el amor, demostrándonos que se

pueden tener las dos cosas: sexo y amor.

## Capítulo 29

*Llega un momento en la vida donde necesitas detenerte,  
ver dónde estás y mirar hacia dónde quieres ir.*

## Marina

Estoy dando saltitos de alegría como si fuera una colegiala. ¡Guapísima, ha dicho! Se ha despedido de mí con un tono tan dulce que todas las mariposas de mi barriga se han puesto a bailar al compás. ¡Voy a cenar con él! Tengo que pensar qué me voy a poner y sobre todo comprar lencería bonita, por si acaso.

Nunca pensé que pudiera hacer algo así. Estoy en una nube, aunque también lo he pasado fatal. Me he sentido poderosa, única. David me ha hecho sentir que conmigo es especial, y que sin mí nada sería igual. Me encanta la sensación de saber que si le digo que nos vayamos juntos se vendría conmigo sin dudarlo. Incluso que llegaría a cambiar sus hábitos por mí. Pero yo no pretendo cambiarlo, me gusta como es. Si lo intentara es posible que, en algún momento, lo volviera a desear, y moriría de pensar que se pudiera alejar de mí por obtener algo que también me satisface.

Es curioso, en mis veintiséis años de vida no me he enamorado de nadie, aunque haya creído estarlo durante un tiempo. He tenido sexo con algunos chicos, pero nada que destacar en lo que al amor de verdad se refiere. Con él siento que podría ser para siempre. De hecho, si he llegado al clímax en otras ocasiones ha sido porque yo misma me he ayudado. Los hombres que he conocido hasta ahora han sido egoístas: buscaban su propia complacencia, si tú llegabas, bien, y si no, también. De mi última relación no tengo buenos recuerdos. Egoísta se queda corto para ese indeseable. Sacudo la cabeza intentando que los malos recuerdos no vuelvan y me centro en pensar en lo que me está sucediendo ahora. Necesito agarrarme al futuro; el pasado es mediodía, todavía nos queda por vivir el resto del día.

Con David todo es diferente; desde que subimos a la planta de arriba del pub me trató con dulzura, se preocupó por que estuviera bien, cómoda y, sobre todo, de que disfrutara tanto o más que él. Me encantaría vivir todos mis días junto a este hombre que me ha llevado a la luna o me la ha bajado, aún no lo tengo claro.

Me acomodo en la cama rememorando los acontecimientos vividos en el club. Me estoy poniendo como una moto solo de recordar lo que hicimos. Me encantó su forma de actuar, de tratarme. Cuando estábamos con Óscar me aconsejó mil veces que, si no estaba segura, no lo hiciera. Pero yo quería probar. Hacía tiempo que barajaba la posibilidad de la doble penetración, y ahora puedo decir a voz en grito que quiero repetir.

Sentir las manos de David sobre mis pechos y las de Óscar acariciándome como si fuera un regalo para sus dedos ha sido lo más gratificante y excitante de toda mi vida. Hasta ahora. Porque pienso repetirlo, siempre y cuando vaya de la mano de David. Con él iré al fin del mundo.

Aún me excito recordando cómo metía sus dedos entre mis pliegues y se abría paso para darme placer; sentir su pene creciendo entre mis nalgas y como David se excitaba mirándome mientras yo alcanzaba el clímax. Decía entre jadeos que era la cosa más bonita que había visto.

—Me encanta cómo se ruboriza tu piel, se sonrosan tus mejillas y no puedes evitar que los gemidos se escapen de entre tus labios. Estos labios que sólo yo podré besar a partir de ahora.

Sus palabras me llegaron al corazón, atravesándolo como una flecha que hubiera lanzado Cupido para que me enamorara perdidamente de él, en ese preciso momento.

Me bajo las braguitas para tocarme. No puedo evitarlo. Rememoro cómo Óscar introdujo un dedo en mi trasero; cómo, al darme una nalgada, me encendió de una forma que nunca pude imaginar, sobre todo por lo que he vivido años atrás. Sacudo la cabeza para borrar la negatividad y volver a ese momento. Después de eso que me resultó tan erótico, David me penetró por delante mientras me acariciaba el clítoris, manteniendo con ello mi excitación a flor de piel.

—¿Preparada? —me preguntó con resuello.

—Contigo, siempre. Ya te lo dije antes... Agggghh... —Casi no podía hablar. Óscar me había penetrado por detrás y sentía dos miembros dentro de mí. Fue asombroso. Alucinante—. ¡Contigo lo quiero todo! —jadeé.

Entonces me besó con deleite, demostrándome que sentía algo por mí. Yo sabía que tenía traumas y que era... un poco rarito, según me contaron mis amigas cuando les pregunté. Óscar decía que era buen tío, pero que le encantaba disfrutar de orgías y demás. Al principio lo pensé; sopesé todas las opciones que tenía para llegar hasta él. Y mi única conclusión fue que debía intentarlo. Siempre me había atraído este mundo, y no me pasaría nada por probar.

Cuando las chicas me dijeron que Óscar las había llamado para ir al “Eva y Adán”, y que su amigo rubio, que estaba como un queso, iba a estar allí, no lo dudé: me puse el traje de motera y me propuse traspasar todas mis barreras; todas las que hicieran falta para llegar a él.

—¡Dios! Estás tan húmeda que no sé si podré aguantar mucho —masculló David, casi sin aliento.

Mis piernas rodearon su cintura. Él me sujetó con sus fuertes manos por el trasero, dándole pleno acceso a Óscar, con el que llevaba el compás de forma minuciosa. Ambos me embestían despacio, salían y entraban de mí al unísono, hasta que no pude más. Grité, extasiada, sabiendo que eso marcaría un antes y un después para mí. Era consciente de que había más, de que podría sentir más. Y lo quería todo. Ellos seguían entrando y saliendo, cada vez más fuerte, sabedores de que mi culminación estaba próxima a llegar de nuevo. Óscar me pellizcaba los pezones desde atrás mientras David me devoraba la boca como si quisiera poseerla del todo. No era capaz de controlar lo que mi cuerpo estaba experimentando en esos momentos. Hasta que noté cómo sus miembros se ponían aún más duros, lo que desencadenó el clímax de todos casi a la vez. Óscar gruñía en mi oreja, David lo hacía en mi boca... y yo no podía ni respirar.

Me toco con dureza, recordando el mejor sexo de toda mi vida. Me meto un dedo, dos; los arqueo rozando el punto G, y culmino entre gritos y gemidos.

Al despertar noto que estoy pegajosa. Me he debido de quedar dormida después de masturbarme recordando la maravillosa noche que pasé con David. Ese hombre que se despidió en la puerta del club con un dulce beso en los labios, prometiéndome que me llamaría cuando llegara a Sevilla como si fuéramos novios. Ese hombre que me susurró al oído que me echaría de menos. El hombre más guapo que he visto en mi vida quiere verme de nuevo, quiere volver a quedar conmigo. Hasta me ha hecho prometer que le esperaré hasta su vuelta, ¡me ha pedido que sea buena!

Esto va de mal en peor. ¿Podré fiarme de un hombre así? Las dudas se asientan de nuevo en mi interior. Se me viene a la cabeza lo mal que lo he pasado estas semanas sin saber de él. Estoy en una montaña rusa. Por un lado, quiero creer, y por otro me da miedo.

—¡Casi dos semanas, Caroba! —le digo tras llamarla desesperada por no tener noticias de David—. No puedo más. Me dijo que me llamaría. Me prometió que lo haría y aquí estoy, como una tonta, esperando que cumpla su palabra... —Apenas puedo hablar. Un nudo se ha instalado en mi garganta y las lágrimas pugnan por salir de mis ojos.

Pero me niego a llorar por un tío. Nunca lo he hecho, y esta vez no va a ser menos. No. Ningún hombre me hará llorar jamás. Sé lo que ha sufrido Caroba por culpa de ellos y no pienso dejar que a mí me pase algo semejante.

—Me tienes en ascuas, chica. Conoces a un hombre maravilloso que te ha hecho ver las estrellas; que es un mujeriego, según me has dicho. ¿Y no se te ha ocurrido pensar que todo ha sido un montaje para llegar a lo que quería?

—Pero... —Sin poder aguantar más las lágrimas, rompo a llorar—. No lo creo, Caroba, David no me haría eso. Estoy segura de que le ha tenido que pasar algo. Es imposible que todo lo que vi en sus ojos fuera mentira. Es imposible... —le confieso entre sollozos.

—Humm... ¿Puedes describírmelo? —me pregunta Caroba con tono intrigante.

—¿Pa... para qué quieres saberlo? —replico entre hipidos.

—Tú descríbemelo y lo mismo te saco de dudas —insiste.

Lo hago. Le digo que tiene los ojos azules más bonitos que he visto, el cuerpo perfecto, que besa como los ángeles y que me he enamorado de él como una tonta. Entonces Caroba se pone a dar palmas y empieza a... ¿saltar? No entiendo nada.

—Ainssss... Por Dios, dime que trabaja en Sevilla y que acaba de tener un accidente de moto, y ahora mismo te explico todo.

—Síiiii... ¿Lo conoces? —En ese momento me tapo la boca—. ¡No me digas que mi David es tu David! ¡Ay, por Dios! ¡No puedo creerlo! ¡Qué vergüenza! —Oigo a Caroba reír a través del teléfono.

—Si me pellizcan no me lo creo —concluye entre risas.

## Capítulo 30

*Algún día diré:*

*“No fue fácil, pero lo logré”*

—François, ya te he dicho que no pienso salir con tu hermana, aunque me amenaces con despedirme o cualquier burrada que se te pueda ocurrir. Lo siento mucho si ella se ha enamorado de mí, pero no puedo. No sería justo para ella ni para mí —intento convencerlo, frustrado (como nunca antes lo había estado) por la discusión que estoy manteniendo con mi jefe.

—¡Me lo debes, Joder! —espetea como si estuviera poseído. No obstante al darse cuenta de que así no va a conseguir nada de mí, respira hondo buscando calmarse y me mira mostrándome... ¿cariño?—. Me he portado como un padre contigo; te he consentido cosas que jamás se me hubiera ocurrido permitírselas a nadie, y ¿de esta forma me lo pagas?

Aunque estoy furioso por el modo en que me está tratando, le entiendo. Puedo ver la desesperación en su rostro. Su hermana no está bien, pero yo no puedo hacer nada al respecto. Si le sigo el juego será peor.

François se deja caer, derrotado, en su sillón. Luego apoya los codos en la mesa y, con ambas manos, se agarra la cabeza, dejando que sus dedos le resbalen entre el pelo. Ese gesto me indica que está abatido; diría que incluso vencido. A continuación, levanta la cabeza y me mira; pudiendo leer en sus ojos la desesperación que siente.

—*Putain! Bon sang, ce suce!* —maldice en voz alta.

—Si pudiera hacer algo al respecto lo haría, y lo sabes. Pero si salgo con tu hermana lo único que vamos a conseguir es que se enganche aún más de mí. Lamento muchísimo haberme acostado con ella. Ahora sé que fue un error. El mayor error de los que haya podido cometer. Te prometo que ni lo pensé. Tu hermana estaba prohibida para mí. Sin embargo, fue ella la que me buscó, me provocó y encontró —le explico mirándole a los ojos para que vea en ellos que no es sólo mi verdad, sino la única verdad. No la que le habrá contado su querida hermana.

—Lo sé, David. Créeme que lo sé. Es que no sé qué hacer con ella. Desde que el mamarracho ese la dejó... —Al ver que voy a decir algo, me para alzando la mano—. También lo sé. Esa es la puta realidad. Mira que no me

gusta decir tacos, pero es que estoy atado de pies y manos. Estoy pensando en enviarla a Francia por un tiempo. Quizás allí se tranquilice y, con suerte, encuentre ese amor que tanto anhela. He hablado con mis padres... —Hace una pausa—. Bueno, no te voy a aburrir con mis cosas, que bastante debes de tener con lo tuyo.

»Casi estás repuesto de tu lesión, ¿verdad? Y tu madre también está recuperándose. ¡Chaval! Cuando me dijiste que ella había tenido un accidente al igual que tú, no me lo podía creer. Parece que os ha mirado un tuerto. Voy a ser claro: los clientes se han quejado. He intentado suplir tu ausencia, pero te quieren a ti. No sé qué les das —dice con retintín, cerrando los ojos mientras profundiza la respiración. Se nota a leguas que está al límite—, el caso es que funciona y te quiero en activo cuanto antes, *¿d'accord?*

Asiento en silencio. Lo miro y, ante la desesperación que veo en su cara, considero que no es el momento de decirle que voy a dejarlo. Estoy pensando en montar algo por mi cuenta en Jerez o en Chiclana. Mario me dijo, cuando le llamé para contarle mis planes, que me ayudaría a buscar a alguien que me sustituya. He quedado con él para que me lo presente esta noche y proponerle que se venga conmigo estos días, para tantearlo y, si me gusta, presentárselo a los clientes. Necesito enseñarle cómo conseguir enganchar con ellos, aunque eso es algo que se lleva en la sangre y no se puede enseñar; pero supongo que algo podrá captar. Mario me ha asegurado que es un crack y no voy a dudar de su criterio.

Me levanto y le ofrezco la mano como despedida, prometiéndole que todo se va a solucionar y que no debe tener ninguna duda de que el negocio irá tan bien como hasta ahora.

—Con respecto a Monique, la idea de enviarla a Francia con tus padres creo que es la más acertada. Aun a riesgo de meterme donde no me llaman, tu hermana no está bien y necesita del cariño y apoyo de los suyos. Volver con sus amigas de allí, su familia y su entorno podría conseguir que se centrara. Sería bueno que tus padres le buscaran algo en lo que emplear el tiempo. No sé. Es un consejo de amigo.

Sin más me doy la vuelta y salgo de su despacho para charlar un rato con Cristina, que está impaciente por saber todo lo que me ha ocurrido.

—¡Hola, guapísima! —exclamo mientras termino de bajar las escaleras.

—¡Hombre! Pero si es nuestro chico estrella —dice mientras se levanta para abrazarme—. ¿Cómo estás? Me contó Caroba, espero que no te moleste, que has estado en coma y hospitalizado mucho tiempo.

—Estoy bien. Gracias —le digo a la vez que la aparto un poco para sentarme—. Perdona, pero es que me duele la pierna cuando estoy mucho tiempo de pie, y el subir y bajar las escaleras me ha dejado bastante molesto.

—Quizá deberías decirle al jefe que necesitas más tiempo.

—Ni de coña. Acaba de mencionarme que los clientes están que trinan. Los he malacostumbrado a mi presencia—le confieso, dejándole ver esa sonrisa que la hace sonrojarse.

Me llama la atención que, con todos los años que hace que nos conocemos, ese gesto siga provocándole la misma reacción. Miro el móvil por si Marta me hubiera respondido al mensaje que le envié esta mañana, pero nada, parece que se la ha tragado la tierra.

—¿Esperas mensaje de tu novia? —La miro e instintivamente levanto una ceja, sorprendido por su apreciación—. Lo siento, tienes cara de enamorado. Ni cuando intentabas ligarte a Caroba te había visto esa expresión —concluye, y se carcajea.

—Me has pillado. No sé si enamorado, Cristina, pero colado estoy tela. —Sonrío mirando de nuevo el móvil.

Mi rubia me ha enviado unas caritas de esas que tienen ojitos de corazones. Es curioso cómo puede pasar de ser una romántica para convertirse en una salvaje en la cama. Se me pone dura al acordarme de lo que hicimos en aquel pub.

—Pues me alegro, ya iba siendo hora de que alguien te robara ese corazoncito. Y espero que me la presentes pronto. Necesito ver con mis propios ojos quién es esa chica, como dice la canción de Madonna.

Rompemos a reír sin poder evitarlo. Esta chica es única. No me extraña que todos la queramos tanto.

## Capítulo 31

*Hay tres cosas que no se pueden ocultar por mucho tiempo:*

*El sol, la luna y la verdad.*

*Buddha*

Me despido de Cristina después de haber escuchado, durante más de media hora, cómo me contaba lo feliz que está con su inglés. Quién lo diría. De una cita a ciegas a un noviazgo en toda regla. Me explicó que lo había conocido por una página de esas de citas por internet. Tras varios intentos previos que habían resultado fallidos, quedó con este chico y le cayó bien desde el principio. Me lo describió todo con pelos y señales:

—David, es que es taaannn mono... Es alto, musculoso, rubio, y sus ojos... ¡Por Dios! ¡Qué ojos! Son de un verde que parecen lentillas. En nuestra primera cita se lo pregunté. —No pude evitar reírme al imaginar la cara del pobre chico—. ¡Te lo juro! ¡Parecían de mentira! No podía ser que sus ojos tuvieran ese color tan perfecto. Y, cuando lo he visto desnudo..., alucinar es poco. Está cincelado en...

—Cristina... que te veo venir, y te puedo asegurar que no me interesa la v que se le forma ahí abajo a tu chico. —Terminé por ella la frase que sabía que venía a continuación, lo que provocó que estalláramos en carcajadas otra vez.

Me ha servido de terapia desahogarme con esta alocada mujer. Cuando llegué a la empresa esta mañana tenía un nudo de nervios en el estómago que me mantuvo en tensión hasta que terminé de disertar con mi jefe. Entre lo de Monique, pensar cómo decirle a François que me estaba planteando dejarlo y lo de Marta, que todavía me tiene bastante angustiado... No entiendo por qué no me ha contestado. Es raro. De pronto una idea se me cruza por la cabeza, pero no quiero ni materializarla. Prefiero, o mejor dicho espero, que eso no sea posible, ya que si no...

Llego al complejo de apartamentos y me sorprendo al ver a Rosa entrar en el portal que da acceso al consultorio de Marta. Mi idea va cobrando forma cuando veo que lleva bolsas de varias tiendas de bebé en las manos.

—¡No! —me regaño a mí mismo en voz alta—. Ella no me haría eso.

Llamo a un piso cualquiera diciendo que es propaganda, temiendo que

arriba no me quieran abrir. Primero me paro en la consulta: si Rosa se encuentra aquí seguramente estará en el piso, y primero quiero hablar con Marta. Todavía no sé qué me voy a encontrar y estoy aterrado.

Nada.

Subo hasta su piso y una sorprendida Rosa me abre la puerta. Entro sin ser invitado ante la mirada atónita de ambas.

—¡Hola! Me encanta cuando veo tanta efusividad por vuestra parte —les digo irónicamente.

—David, yo... —empieza a decir Marta, hasta que Rosa la corta:

—No te veíamos muy convencido y hemos buscado una forma más factible. No creo que te debamos ninguna explicación, ¿no es así?

—¡Y una mierda! ¿A quién queréis engañar? Si eso fuera cierto, ¿por qué no me habéis llamado para, simplemente, decírmelo? Le he puesto varios mensajes a Marta y no me ha respondido a ninguno. Eso me hace sospechar que tiene algo que ocultar, así que he venido para cerciorarme de que no podíais ser tan perras como para hacerme eso. Pero me he equivocado, ya veo que... —Noto una ligera punzada en la cabeza.

—¡Basta! —grita Marta, bastante alterada y, mirando a su compañera, brama—: ¡Esto es culpa tuya! Te dije que teníamos que hablar con él. ¡No es justo y lo sabes! —Luego rompe a llorar.

Rosa intenta abrazarla, pero ella la empuja.

—¡No me toques! ¡Lo sabía! Lo... —Se deja caer derrumbada en el sofá.

Me acerco a ella con paso lento para calcular si mi presencia es bienvenida. Entonces alza el rostro con los ojos anegados en lágrimas y me mira. Se seca la cara con las manos, respira hondo e intenta tranquilizarse.

—Lo siento. Yo... yo quería decírtelo. Es tuyo, David. No sé cómo ni cuándo, pero es tuyo. Bueno, es un decir... Claro que sé cuándo y me supongo el cómo, pero eso da igual ahora. Es lo mejor que me ha podido pasar. Hemos estado mal. Al principio a Rosa no le sentó bien y eso hizo que tuvieran que ingresarme por amenaza de aborto. Los nervios y todo lo que nos ocurrió me dejaron muy débil, así que me insistieron en que hiciera reposo hasta el tercer mes. Y... yo pensaba decírtelo cuando pasara el peligro, pero Rosa creyó

que...

—A ver. Perdona que te interrumpa —la corto—. Lo primero que tengo que pedirte es que te tranquilices, ¿vale? —Asiente con la cabeza haciendo respiraciones cortas—. Lo segundo es que ya no hay vuelta atrás y, obviamente, no puedo cambiar lo que ha ocurrido. —Sigo enfadado, pero sentir que un hijo mío está creciendo en su interior disipa todo lo malo.

Me agacho frente a ella y le pido permiso con la mirada para tocarle la barriga. Acepta con un gesto y acerco la mano de forma tímida y temblorosa.

—Todavía no se nota mucho —me informa con voz dulce.

—Un niño... Mío. No puedo creerlo. Jamás pensé en esa posibilidad. De hecho, venía a deciros que si os hacía falta pasta para la inseminación os ayudaría. Eso fue antes de sospechar que me ocultabais algo.

—¿Cómo lo supiste? —inquire Rosa.

—Os lo he dicho antes. Si no queríais que lo supiera deberíais haberme respondido a los wasaps.

—No es eso, David —me interrumpe Marta—. Íbamos a decírtelo. —Al ver la mirada de Rosa, rectifica—: Al menos yo sí iba a hacerlo, aunque me costara mi relación. No me perdonaría que no supieras que una parte de ti está creciendo en mi interior ni, por supuesto, impedirte verlo crecer, si ese es tu deseo.

En ese momento me levanto y me encaro con Rosa.

—No entiendo por qué no querías contármelo.

—Por miedo —murmura.

Nos quedamos en silencio. La observo. Está asustada. Intento ponerme en su lugar. Si Marina tuviera un hijo de otro hombre, pero al que considero mío, ¿cómo reaccionaría? Tendría miedo, sí. Pensaría que me lo querría quitar.

—Rosa, no te lo voy a quitar. Ese hijo es vuestro. Lo que ocurrió entre Marta y yo pertenece al pasado. Pero me gustaría formar parte de esto, si a ti no te importa.

Por primera vez desde que la conozco, puedo ver un gesto de flaqueza en su mirada. Sonríe, mira a su chica y me devuelve un guiño muy dulce. Es muy

hermosa. Lleva el pelo recogido en un moño mal enganchado, y sin maquillaje parece más joven de lo que me dio la impresión el día que la conocí. Se acerca a mí y me dice en un susurro:

—Lo siento. Siento de veras haberme comportado como una troglodita. Aún no sé qué me ha pasado, parece que a la que se le han alterado las hormonas ha sido a mí. ¿Me perdonas? —inquire abriendo los brazos para recibirme en un abrazo.

—No hay nada que perdonar —digo aceptando ese abrazo.

El cual interrumpe unas palmaditas que escuchamos a nuestro lado. Ambos giramos la cara para comprobar que son las que da una ilusionada Marta. ¡Creo que he cedido demasiado pronto!

—¿Ves? ¿Comprendes ahora por qué lo elegí? —Rosa asiente, separándose de mí. Entonces se queda parada, mirándome, moviendo levemente la cabeza arriba y abajo como si, de pronto, algo se hubiera despertado en su interior y hubiera encontrado la clave para curar el cáncer.

—Sí, ahora lo entiendo, Marta. Te quiero. Perdóname tú también por no haber confiado en tu criterio. Espero que podamos reparar el daño y empezar de nuevo. ¿Te quedas a cenar?

## Capítulo 32

*Es increíble cómo alguien tan pequeño...*

*Puede hacerte sentir algo tan grande.*

Mientras Rosa está en la cocina preparando algo para cenar, yo le acaricio de nuevo la barriga a Marta. No soy del todo consciente de que algo se está gestando también en mí. Vaya, yo, que era un tío frío que utilizaba a las mujeres, que las consideraba de usar y tirar, y ahora he hecho las paces con mi madre, que al fin y al cabo fue la culpable de que, durante todos estos años, viera el sexo como algo duro y no con amor.

Aunque lo intenté con María, ahora me doy cuenta de que no le di nada. En estos meses en los que he estado convaleciente he podido repasar mi vida, y lo que pensé que era amor no es ni una cuarta parte de lo que luego he sentido por Caroba o creo que estoy empezando a sentir por Marina. Pero sobre todo he aprendido a quererme a mí mismo. Se acabaron las drogas y terminar borracho en cualquier bar buscando pelea. Todo eso quedó definitivamente atrás.

—Voy a tener un hijo... —susurro con apenas un hilo de voz.

Miro a Marta, que me devuelve una mirada embelesada; no entiendo qué quiere decirme con ella, pero creo que es momento de contarle cuánto me ha cambiado la vida desde que no nos vemos.

—Me gustaría hablar contigo, contarte qué ha sido de mí en este tiempo. Esa era la principal razón para quedar. Todo ha cambiado. Mi madre... —Ella me corta alzando la mano.

—No hace falta que me cuentes nada si no quieres. —Acaricia mi mejilla y vuelve a mirarme con dulzura.

—Quiero hacerlo. No es malo, Marta. Es demasiado bueno para que pueda, siquiera, creerlo. Quizás esa sea la razón por la que he cedido con tanta rapidez. —Sonrío mientras me despeino un poco el pelo por hacer algo con las manos; no sé muy bien cómo actuar en estos momentos.

«Yo, el hombre duro, frío, calculador... Y ahora...», pienso.

—Pues entonces sí que quiero escucharlo. Te mereces eso y más, David. Tienes un corazón muy grande, pero tu pasado no te dejaba avanzar. Y si ha

ocurrido algo para que toda esa ansiedad y ese dolor se evaporen, soy la primera que necesita saberlo.

Así que le cuento todo: mi accidente y cómo gracias a él mi madre se acercó a mí y se recuperó; cómo hizo que dejara atrás las drogas y la prostitución. Al escuchar eso último, Marta abre mucho los ojos; no da crédito al hecho de que mi madre haya podido llegar tan lejos en su desesperación por consumir. También le cuento lo que ocurrió con Julián y cómo eso hizo que los lazos entre mi madre y yo terminaran de fortalecerse. La conversación, medio discusión, que tuvimos.

—Dejé atrás todos mis rencores hacia ella —le aclaro—. Le voy a dar esa oportunidad. Necesito verla como una madre. Sé que en el tema del sexo nos parecemos, pero después de hablarlo detenidamente con ella hemos llegado a un consenso. Voy a mostrarle algunos clubs, pero sin drogas. Quiero que entienda que el sexo puede ser muy satisfactorio sin necesidad de consumir nada.

Una lágrima se escapa de los ojos de Marta y recorre su mejilla sonrosada; sus labios comienzan a temblar.

—Las hormonas —explica entre hipidos y abanicándose con la mano—. Estoy fatal, lloro por todo. Y me ha salido una vena de madre que ni te imaginas. —Cuando nota mi mirada interrogante, aclara —: Es por lo que te voy a decir a continuación. —Se levanta, me agarra de la mano haciendo que me ponga en pie con ella y me abraza. Me quedo congelado, sin moverme. Levanto los brazos y apoyo las manos en su espalda, y es entonces cuando me susurra—: Estoy muy orgullosa de ti. Serás un padre fantástico para mi hijo. No podría haber elegido mejor.

La aprieto contra mi pecho, sin llegar a hacerle daño, con ternura; mi hijo está en su interior. En ese momento me tenso, un escalofrío me recorre de arriba abajo. ¿Qué le voy a decir a Marina? ¿Aprobará ella que haya dejado embarazada a otra mujer?

—¿Qué pasa, David? Te has puesto rígido. ¿Hay algo más que quieras contarme? ¿Algo que te preocupe?

Me siento abatido en el sofá, tirando suavemente de su mano para que haga lo mismo y descanse. Tras una pausa la miro a los ojos y le explico:

—Hay una chica. —Sopeso mis palabras; no sé si estoy preparado para

decirlo en voz alta. Tomo aire junto con el valor necesario y lo suelto—: Marta, creo que podría ser la definitiva, pero me acabo de dar cuenta de que no sé qué pensará de todo esto. Me da miedo perderla.

La mirada de Marta me dice que aguarde. Está buscando las palabras correctas.

—No hace falta que te diga que te involucrarás lo que quieras y necesites. En ningún momento te voy a pedir nada. Es más, si no quieres reconocerlo no hay problema. —Al ver mi gesto de desaprobación, me pone una mano en la rodilla y aprieta—. Tenía que decirlo. Llegados a este punto, insisto en que serás lo que quieras ser. —Entonces dirige su mirada a Rosa, que está trasteando en la cocina y aparentemente no se entera de nada—. Ya hablaré con ella, aunque creo que lo ha entendido. De la misma forma te digo que esa chica, si te quiere, te apoyará.

Justo en ese momento sale Rosa de la cocina con una bandeja en las manos.

—¡Aquí estoy! No es gran cosa para una celebración, aunque confío en poder hacer otra mejor pronto si a David le parece bien.

Asiento con seguridad, aunque ahora mismo no sé qué haré ni cómo me siento. Marta me dirige una mirada de cariño. Rosa se sienta enfrente de nosotros y comenzamos a hablar de preparativos. Me cuentan todo lo que debo saber sobre fechas de revisiones, ecografías y demás. Me encantaría escuchar su corazoncito latiendo, así que me apunto todo en el móvil para que no se me olvide.

Tras cenar me despido de ellas prometiéndonos mutuamente una llamada en caso de que haya cualquier novedad.

Al salir del complejo decido ir a visitar a mi amigo Mario para contarle todo lo que me ha pasado. Aunque sabe gran parte, porque hemos estado en contacto, quiero que me dé su opinión. Me monto en el coche y, mientras me dirijo al bar, decido llamar a Marina.

—¡Hola, rubita! —La saludo con efusividad, aunque por dentro se me estén comiendo los nervios.

—¡David! ¿Ha pasado algo? ¿Estás bien? —me pregunta, alterada.

—¿Por qué iba a pasar nada? Te llamo porque me apetecía escuchar tu

voz, y para ver si más tarde podríamos tener una conversación más íntima...  
—le informo de forma pícaro.

—Mmmm... ¿Me está usted ofreciendo sexo telefónico? No lo he hecho nunca, pero siempre hay una primera vez —musita con voz sugerente.

Ese tono me pone como una moto. Realmente sabe cómo motivarme.

—Marina, como sigas por ahí lo hacemos ahora mismo... —Oigo su risa a través del teléfono y mi corazón da un vuelco.

Todo en ella me gusta. Absolutamente todo. Y por esa razón estoy muerto de miedo.

—Luego hablamos, ¿vale? ¿Me esperarás despierta?

—Eso no se pregunta. Besos —Y estampa uno en el auricular antes de colgar.

Esto va a ser difícil. Necesito una copa y aclararme las ideas.

## Capítulo 33

*Conservar algo que me ayude a recordarte*

*Sería admitir que te puedo olvidar.*

*Romeo y Julieta. W. Shakespeare.*

## Marina

—¡Me encanta! ¡Sexo telefónico y todo! ¡Esto está que arde! —me dice entre risas.

—¡Caroba, estate quieta, que lo mismo le pongo la cera a la niña en la cara! —le advierto mientras me río con ella.

Está loca porque lo mío con David salga bien. Después de explicarme muchas cosas que aún desconocía de su historia, me quedé pensando si realmente lo mío era diferente a lo que había tenido ella con el susodicho. Por lo que pude entender, él se había enamorado perdidamente de ella, y ella creía que también de él. Me daba pavor que él fuera un kamikaze del amor; me parece imposible que alguien pueda enamorarse otra vez en tan poco tiempo.

—No le des más vueltas. Lo que tenga que pasar entre vosotros pasará. No lo fuerces. No hagas nada que no quieras. Creo que David tiene que contarte muchas cosas de su pasado. Espero que, si quedáis el viernes, lo haga. Lo importante es que a ambos os gusta lo mismo en cuanto al sexo. —Veo que se queda pensativa, con cara divertida—. Debo reconocer que fueron momentos muy intensos los que viví con él —me explica mientras intenta distraerse del dolor que le acabo de provocar.

—¿Tú lo sabes? Quiero decir, ¿contigo se ha abierto tanto como para contarte algo que me da la impresión de que puede ser... fuerte?

Caroba se queda absorta de nuevo, hasta que le pego otro tirón, y después del grito de rigor me dice:

—Cuando estuvimos juntos no quiso contármelo; siempre decía que si lo nuestro llegaba a buen puerto lo haría. Después, en alguna conversación telefónica, algo me ha dejado caer, aunque sin profundizar mucho. Cuando estuvo aquí hace varios meses fue cuando me lo contó todo. No lo pasó bien, y sí, es bastante fuerte. La verdad es que nunca imaginé que algo así le hubiera podido pasar a David. Y después... Bueno, tú lo ves como un chico fuerte, con personalidad, y por lo que me explicó su forma de ser se fue conformando a raíz de todo lo que le ocurrió. No obstante, prefiero que sea él mismo quien te lo cuente. No estaría bien que revelara algo que me dijo en confianza. Así como yo nunca diré nada de lo tuyo. Eres tú, si quieres, la que debe abrirse.

—Esto ya está. Ponte de pie y vamos a por las cejas. Tienes que estar

estupenda para el parto.

Dentro de diez días cumple y por fin podremos ver a la nenita que lleva dentro. Quién lo diría, con lo insegura que ha sido siempre y hay que verla ahora. Ewan baja las escaleras con ese porte de perdonavidas que lleva siempre, sonriendo y dedicándole a su chica la mirada más dulce que jamás he visto. Caroba dice que por eso su color de ojos es chocolate...

—Nena, ¿de verdad que todo esto es necesario? —le pregunta besándola en la sien.

—¡Pues claro! No me van a ver con las pelambreras... —Ewan niega con la cabeza, riéndose mientras coge su bolsa de deporte.

—Voy un rato al gimnasio, ¿vale? Seguro que cuando nazca la niña no vamos a tener tiempo para nada. Así que aprovecharé que estás tan bien acompañada para sudar un poco. Luego nos vemos, mi vida —comenta cariñosamente, y abre la puerta para irse.

—¡Adiós, tesoro! —le respondo, ganándome un pellizco de Caroba—. ¡Auch! Eso ha dolido, bruja.

Oigo a Ewan cerrar la puerta entre risas, y nosotras nos disponemos a seguir con lo nuestro.

Una vez que la dejo depilada, peinada, con la limpieza de cutis hecha y las uñas de porcelana puesta, me voy a mi casa a esperar la llamada de David. Mientras tanto pienso en la primera vez que lo vi: no pude evitar quedarme embobada viéndole entrenar; todo en él era perfecto, sus movimientos, sus giros, sus saltos, incluso su risa. Eso fue lo que más me llamó la atención; esa risa que traspasó mi corazón de lleno, dejándome las ganas de ser yo quien la provocara.

Me doy una ducha y me preparo la cena mientras intento buscar algo que me quite la desesperación al ver que David no me llama. Debo dejar de pensar en él. ¡Dios! Es que solo de recordar lo que hicimos en el club me pongo a cien. Suena mi teléfono y me doy cuenta de que lo debo de haber dejado en el cuarto de baño. Corro hasta allí pensando que es él, pero cuando veo el nombre reflejado en la pantalla me quiero morir. Tengo que cogerlo, si no es capaz de presentarse aquí.

—Dime, Luka —respondo de mala gana.

—¡Vaya! ¡Veo que te alegras de mi llamada! —exclama de forma irónica.

—Sabes que no es así. Tú y yo no tenemos nada más que hablar... —No puedo seguir; me interrumpe con un grito:

—¡Marina! ¿Tengo que ir a recordarte que eres mía? —Me pongo a temblar solo de oírle.

En estos momentos desearía irme lejos de aquí y desaparecer. Es injusto que existan hombres como él, que se creen los amos del mundo. Noto cómo la bilis se me sube por la garganta recordando lo que ocurrió la última vez que pronunció esas palabras. Intento sacar un poco de coraje y le respondo:

—Luka, tienes una orden de alejamiento. Confío en que la cumplas y no hagas ninguna tontería. Tu trabajo y tu futuro dependen de ello. Bastante has humillado ya a tu familia con tu obsesión por mí.

—¡Jamás! ¡Eres mía! Escúchame bien —gruñe entre dientes—, porque será la última vez que te lo diga. Antes te veo muerta que con otro. Espero por tu bien que no te hayas acostado con nadie, porque en breve te haré una visita. Sabes que sé a qué huele tu coñito, y si has estado con otro me daré cuenta. No dudes que lo sabré, y como sea así te castigaré. —Oigo un pitido a través del auricular. Ha colgado.

Me dejo caer de rodillas, derrotada. No puedo ni llorar. Me siento muerta por dentro. Nunca me dejará en paz. Nunca permitirá que rehaga mi vida.

El teléfono suena de nuevo. No soy capaz de mirar la pantalla. Me da pavor pensar que pueda ser otra vez Luka. Finalmente alzo la mano en la que tengo el móvil y un quejido se me escapa de la garganta. Es David. No puedo hablar con él, notaría mi desazón. Así que lo apago. Si me pregunta le diré que me quedé sin batería y no me di cuenta. Sí, es lo mejor.

## Capítulo 34

*Nunca seas prisionero de tu pasado,*

*Sino arquitecto de tu futuro.*

*Robin Sharma*

Entro en el bar de Mario un poco disgustado; quiero suponer que se ha quedado sin batería y me llamará cuando pueda. ¡Ufff! No tengo ni idea de cómo actuar ahora con ella. Por un lado, me apetece enviarle un mensaje para decirle que me he quedado preocupado, pero por otro no quiero parecer pesado ni agobiarla con mis paranoias.

—¡Hombre! ¡Si es mi amigo David, el desaparecido! —clama Mario saliendo de detrás de la barra.

—¿Qué pasa, amigo? —le digo con retintín mientras nos damos un abrazo, de esos con golpeteos en la espalda—. ¿Cómo va todo por aquí? —Me separo un poco de él, agarrándole por los hombros, y puedo ver que está mucho más delgado y que luce unas ojeras enormes—. Espero que ese aspecto no se deba a que has estado preocupado por mí. Ya sabes lo que dicen: “Bicho malo nunca muere”.

—La verdad es que me preocupé muchísimo cuando me enteré de tu accidente, mas ya estoy bien, tranquilo. Y tú, ¿cómo estás?

—¡Pufff! He estado bastante jodido, y aún lo sigo. Todavía me queda rehabilitación para rato. Aunque tengo que tomármelo con filosofía, como dice mi médico. —Y acompaño mis palabras con una mueca de fastidio.

—No te queda otra, chaval. —Lo veo mirar por encima de mi hombro y me giro, sospechando quién puede estar detrás de mí.

—¡Hola! —Lola prorrumpe en sollozos tirándoseme al cuello y rodeándome con los brazos.

La abrazo con cautela, dejándome querer. Sienta bien esto de que alguien se preocupe por ti. La aparto con cuidado y le seco las lágrimas con los pulgares.

—No llores, por favor —le pido mirándola a los ojos.

—Estaba muy preocupada, David... yo...

La corto antes de que termine la frase. Llevo muchos años viendo esa mirada y no pienso dejar que se rebaje a decir algo de lo que más tarde, estoy seguro, se va a arrepentir.

—Sabes que lo nuestro ya pasó, ¿verdad? Fui sincero contigo desde el principio, y esto que me ha ocurrido me ha enseñado que no estaba en el camino correcto. —Sus ojos se abren mucho: primero muestran ira, luego tristeza y, por último, comprensión. O, al menos, eso es lo que creo leer en ellos.

—Perdona, no he querido incomodarte —murmura mientras se da la vuelta para irse, supongo que a su esquina.

—Quédate, por favor. ¿Te apetece una Judas? —Se vuelve y asiente con una sonrisa fingida que no le llega a los ojos.

Está dolida y la entiendo, sin embargo, en el corazón no se manda. Eso también lo he aprendido a raíz del accidente.

Mario deja las bebidas en la barra y, levantando su copa, nos anima a hacer lo mismo:

—¡Por nuestra amistad! Para que perdure mucho tiempo. —Brindamos los tres y bebemos un sorbo, como manda la tradición.

Ahora que Lola se ha relajado un poco, me encuentro muy a gusto. La verdad es que me encanta este bar. No es nada del otro mundo, incluso la decoración no puede ser peor. Sin embargo, tiene algo que llama e incita a quedarte. Lo voy a echar mucho de menos cuando me vaya, pero necesito estar cerca de mi madre y de los míos. Sobre todo, de Marina, a la que no puedo quitarme de la cabeza ni un instante. No sé qué me ha hecho, lo que sí sé es que tengo que estar con ella. Aunque ahora, con el tema del niño... ¿o será niña? Espero que sepa entenderme y apoyarme en esta decisión que he tomado.

Estoy ensimismado en mis pensamientos cuando veo a Mario inclinarse hacia delante, molesto. Deja su copa en la parte baja de la barra y, agarrándose el estómago, se marcha hacia el baño mientras pide disculpas con un hilo de voz. Me quedo conversando animadamente con Lola, cuando me doy cuenta de que ha pasado bastante rato desde que se marchó. Me excuso con ella y me dirijo al baño para ver si necesita algo. «Lo mismo se ha quedado sin papel», bromeo para mí.

Abro la puerta del baño maquinando qué mofa gastarle por haber tardado tanto; lo que me encuentro me deja perplejo y, por un momento, paralizado.

—¡Mario! —Reacciono y, de un salto, me acerco a mi amigo, que está tirado en el suelo, temblando. Un hilo de sangre brota de su boca. Con suavidad le agarro la cabeza y le pregunto, intentando no alterarle—: ¿Qué ha pasado? ¿Por qué estás sangrando?

No me contesta; le observo y me doy cuenta de que está ido. Le toco el cuello para comprobar que tiene pulso, le abro la boca por si se ha podido atragantar con la lengua u otra cosa, pero todo está bien. Con las pocas nociones que tengo de primeros auxilios, poco más puedo hacer. Así que le dejo en el suelo con cuidado y salgo a toda prisa para, desde la puerta del baño, gritarle a Lola que llame a una ambulancia.

¡Joder! Primero mi madre y ahora esto.

Cuando llegan los paramédicos rápidamente lo atienden y, después de examinarlo, uno de ellos nos informa de que se lo llevan al hospital Virgen del Rocío. Nos preguntan si ha tomado algo y les respondo que lo desconozco. Sólo sé que ha bebido un sorbo del vaso que estaba fuera, aunque muy poco, ya que enseguida se sintió indispuesto.

Me monto en el coche después de echar a todo el mundo del bar y cerrarlo. Menos mal que en alguna ocasión lo he hecho con él y sé dónde están las llaves y cómo activar la alarma. Me recuerdo a mí mismo que tengo que mirar en su móvil el número del tío que le suele ayudar con el bar, para ver si puede acercarse a echarle una mano si esto fuera para largo. Estoy bastante preocupado. ¿Qué le habrá pasado? Mario siempre ha controlado bastante bien el consumo de alcohol y drogas, suponiendo que sea esa la razón.

Al llegar a urgencias me dirijo a una enfermera que revisa unos papeles detrás de un mostrador y le pregunto por Mario. Me quedo pensando... ¡joder!, no sé ni su apellido. Le explico que ha venido sangrando por la boca y le describo, a grandes rasgos, su aspecto físico, por si pudiera darme alguna información. También le indico que necesito acceder a su teléfono para intentar ponerme en contacto con algún familiar y con Pedro —creo recordar que así se llamaba el chico que me encontré una vez que fui a su bar y no estaba él—.

La enfermera, tras hacer una consulta por teléfono, me dice que Mario Da

Costa Fernández está siendo atendido en estos momentos. Me pide que aguarde en la sala de espera, que en breve saldrán a informar de su estado. Aunque sin ser familiar es posible que no me digan nada. Me siento, resignado, pensando que después de tantos años no conozco a mi amigo. No sabía ni su apellido. Me recrimino el haber pasado por alto que, quizá, necesitara mi ayuda.

## Capítulo 35

*No siempre podemos elegir  
la música que la vida nos pone,  
pero podemos elegir cómo la bailamos.*

*Robin Sharma*

¡Han pasado más de dos horas! Me levanto, dispuesto a averiguar algo del estado de mi amigo, justo cuando un médico con aspecto cansado entra en la sala y pregunta por los familiares de Mario Da Costa Fernández. Me acerco y le comunico que no he podido localizar a ningún familiar porque no me han permitido acceder a su teléfono y desconozco si tiene a alguien que pueda venir. El doctor afirma con la cabeza y se marcha, dejándome allí de pie, sin saber nada. En un minuto vuelve y me tiende el móvil.

—Esto no sé si es legal, pero en vista de que no hay otra forma... — comenta con gesto cansado.

Me encojo de hombros y acepto el teléfono. Lo desbloqueo, ya que un día sin querer vi la clave numérica que introducía, la cual “curiosamente” es la misma que tiene para conectar la alarma en el bar. Bromeé con él por eso, recuerdo con cariño lo que le dije:

—Seguro que es la misma que tienes en las tarjetas... ¡Anda, que ya te vale!

Vuelvo al presente y consulto la lista de contactos. Busco “papá”, sin éxito. “Mamá”, nada. Voy mirando todos los contactos y no encuentro ningún nombre que me suene. Reflexiono un momento y consulto entonces las llamadas enviadas y recibidas. ¡Bingo! Hay unas pocas llamadas de una tal Lucía, lo que parece indicar que tienen comunicación a menudo. Pulso sobre una de ellas y espero que dé señal.

—¡Mario! ¡Estaba preocupada! ¿Dónde te metes? — responde a la primera, con voz algo compungida.

—¿Lucía? Soy David, un amigo de Mario. Estamos en el hospital, ha empezado a sangrar por la boca y le he traído a urgencias. La verdad es que, aunque somos amigos, sé muy poco de su vida. No suele hablar mucho de ello. —Me rasco la cabeza como si me estuviera viendo mientras converso con

ella. Estoy cabreado conmigo mismo, a la vez que avergonzado por la situación—. Supongo que vendrá en el manual del barman: escuchar y no hablar —bromeo, intentando aligerar la situación.

Capto risas apagadas a través del teléfono y enseguida un suspiro ahogado.

—David, soy su madre. Bueno, su madrastra, lo que pasa es que suena fatal y por eso no me gusta. Ya sabes, por eso de que la madrastra es mala... —La corto enseguida, no puedo entender que esté tan tranquila cuando acabo de decirle que “su hijo” está en el hospital.

—¡Señora! ¿Ha entendido que Mario está en urgencias y que casi se desangra? A mí no me quieren dar ninguna información por no ser familiar, y me estoy desesperando un poco. —Alzo la vista y observo que el médico me mira, reprobándome mi falta de tacto.

—Sí, hijo, aunque lamento decirte que estoy en un centro y no me permiten salir. Lo que sí puedo facilitarte es el teléfono de su hermano. Así podrá hacerse cargo de todo. Perdona si te he parecido insensible, pero no es la primera vez que pasa. Llámale y que él te explique. Dile, por favor, que me llame cuando sepa algo. Un beso, muchacho, y gracias por ayudarlo.

Anoto el número y rápidamente lo marco; lo tenía memorizado como “Cabeza”. Niego para mí: qué cosas tiene Mario... ¡Cabeza! ¿Cómo se le ocurre memorizar a alguien con ese nombre? Al descolgar me gritan al otro lado de la línea, tan alto que casi no puedo entender lo que esa persona me está diciendo:

—¡Mamonazo! Estoy con un pibón ahora mismo a punto de quitarle las braguitas. —Oigo risas de mujer a su lado—. ¿Puede esperar, o le digo que se vaya tocando un poco para mí? ¿Lo harías por mí, preciosa? —Se vuelven a oír risas.

Empiezo a pensar que el ambiente se puede caldear, así que le explico:

—Perdona que te interrumpa, soy David, un amigo de Mario. Está en el hospital. He llamado a vuestra madre y me ha facilitado tu contacto...

No puedo terminar de explicarme; de nuevo a voz grito, me dice:

—¡¿En qué hospital está?! ¡Maldita sea! ¡Se lo dije! ¡No debería seguir trabajando en su estado! —Capto también un sollozo angustiado.

—Estamos en el Virgen del Rocío. He intentado ocuparme de todo, pero no me quieren informar. —Miro de nuevo al médico, que asiente resignado—. Por no ser familiar —le aclaro.

—Es normal, David. No te preocupes, en 5 minutos estoy ahí.

Cuelga y le devuelvo el teléfono al médico, que lo recoge y, con suavidad, me palmea el hombro.

—David, me he saltado una norma que es inquebrantable en este hospital —me susurra mirando el teléfono—. Tienes que entender que lo que le pasa a Mario no es agradable, y no podemos revelar ninguna información sin su consentimiento, a menos que seas de su familia y él lo haya autorizado. Por favor, dile a su hermano que, cuando llegue, vaya al mostrador y saldré para informarle de su estado. Gracias por tus gestiones —concluye, y se marcha cabizbajo.

Vuelvo a mi silla y espero a que llegue el tal Cabeza. ¡Joder! Ni siquiera sé su nombre. Dejo caer la mía entre mis manos pensando en todo lo ocurrido en estos últimos meses. Gracias a Dios, no todo ha sido malo. ¡Marina! Debo llamarla, necesito verla, tengo... Me tiro del pelo imaginando su reacción cuando le cuente que voy a tener un hijo con otra chica. Aunque sea lesbiana y tenga pareja estable, no creo que sea fácil de asimilar. No sé ni por dónde empezar. ¡Dios! ¡Tendría que contarle tantas cosas!

Oigo gritar mi nombre y eso me saca de mis cavilaciones. Me incorporo buscando el origen de las voces; imagino que será el hermano de Mario. Veo a un hombre alto y fornido buscándome entre la gente sentada, como yo, en la sala de espera. Me llama la atención que realmente tiene mucha cabeza; este hombre y sus cosas... Con un suspiro me levanto y me dirijo a él intentando aparentar tranquilidad. Le sonrío para que sepa que soy yo a quien busca.

—¡Hola! Soy David —le indico tendiéndole la mano.

—Hola, soy Charly, el hermano de Mario. ¿Te han dicho algo los médicos? —Mira en derredor, muy nervioso—. ¡Joder! Este sitio está lleno de gente. Siempre me han dado mal rollo las salas de espera.

—No he podido saber nada de su estado, por eso te he llamado. Ya te adelanté que el médico no puede informarme de su estado por no ser de la familia. Me comentó que le avisaras cuando llegaras.

—David —me interrumpe, pensativo—, no quiero molestarte con mis palabras. Lo que mi hermano tiene es delicado y si no te lo ha contado, será porque no quiere que lo sepas. Si quieres marcharte, hazlo; no te preocupes, que ya me encargaré yo de todo. —Dicho esto, me aprieta el hombro, se da media vuelta y se marcha.

Me quedo allí de pie con una sensación extraña. No sé muy bien cómo tomarme lo que acaba de pasar. Mario nunca me ha dicho que estaba enfermo, no obstante, su hermano me ha dado a entender que él sí lo sabe. ¡Qué cojones tienes, ¿amigo?!

—¿Me avisarás de su estado? —le imploré antes de que saliera por la puerta. Me sentía terriblemente mal por no haberme dado cuenta de nada. Ese hombre fue a mi casa a buscarme, después de convencer, con sus armas de seductor, a Cristina para que le diera mi dirección, porque no tenía noticias más. Y yo... yo ni siquiera me había preocupado por saber si estaba bien. Nunca le pregunté por su vida. ¡Vaya! La vida da muchas vueltas y hay que vivirlas antes de que dejen de girar.

Charly se gira de nuevo hacia mí antes de que se cierre la puerta a su espalda y sonrío:

—Le diré que te llame cuando esté mejor, no te preocupes. Gracias por todo. Eres un buen amigo. Seguro que cuando esté preparado te lo contará.

## Capítulo 36

*En cuerpo y alma...*

*Le regalo lo más importante de su vida.*

Salgo del hospital con una sensación agri dulce. He estado tan embebido en mis problemas que no he prestado atención a lo que pasaba a mi alrededor. Mario vino a verme cuando estaba mal, me ayudó a levantarme y siempre estuvo ahí. Por el contrario, yo nunca estuve para él. No me interesó indagar en su vida, saber de su familia; hasta hoy ni siquiera sabía si sus padres estaban vivos, si tenía hermanos. Lo mismo está casado, tiene hijos y yo ni me he enterado. He dado por hecho que al practicar sexo libremente no estaba emparejado, pero quizá sí lo esté.

Al llegar al coche me entra una necesidad imperiosa de llamar a Marina. Saco el teléfono y marco su número, esperando oír su voz. Sonrío pensando en la suerte que tengo de haberla conocido en este momento de mi vida. Al ver que salta el contestador me cabreo un poco. Necesitaba hablar con ella y tranquilizarme.

Me meto en el coche sin tener muy claro qué hacer. Ya he solucionado todos los temas que me traían a Sevilla. Creo que es hora de volver a casa con mi madre y recuperar un poco de paz.

Hago las maletas, recojo un poco la casa y aviso a la vecina de que me marcho por si puede estar un poco pendiente. Tan amable como siempre, me dice que no me preocupe, que ella se encargará de coger el correo y, ante cualquier cosa rara que vea, me avisará.

Pongo dirección a Chiclana avisando a mi madre de que llegaré en un par de horas.

—Ten mucho cuidado, no me gusta que conduzcas a estas horas.

No puedo evitar sonreír. Llevo tanto tiempo ansiando ese tipo de cariño por su parte que se me hace extraño oír esas palabras de su boca.

—Mamá, quédate tranquila, que lo tendré. ¿Estás bien? ¿Necesitas algo?  
—inquiero sabiendo que me va a decir que cuelgue y me concentre en conducir.

—Todo bien, mi niño. Por favor, conduce con cuidado y cuelga ya. Sabes

que no me gusta que hables mientras conduces.

Vuelvo a sonreír, mirando al cielo, agradecido por haber recuperado esa parte de mí que tanto ansiaba y añoraba.

—Ya cuelgo, tranquila. Te quiero mucho, no sabes lo que significa para mí que estemos recuperando el tiempo perdido. —Suenan sollozos al otro lado de la línea.

—Yo también te quiero, hijo. Me apena tanto haberme comportado así contigo... Echo de menos a tu padre, ¿sabes? Me encantaría poder volver atrás en el tiempo y recuperarle. —Oigo un nuevo sollozo y, con voz temblorosa, me dice—: Te dejo, que me estoy poniendo tonta.

Al colgar salta la radio con la canción Como vuelvo al pasado, de Tutto Duran<sup>14</sup>; qué oportuna. Canturreo la letra mientras recuerdo a mi padre. Rememoro la carta que me escribió explicándomelo todo: aun en su dolor, seguía defendiendo a mi madre. Quería morir pensando que ella cambiaría y comprendería que soy su hijo a pesar de todo; que me hicieron con el más absoluto amor. Aunque mi madre me dijo en infinidad de ocasiones que mi padre la engañó para dejarla embarazada, quiero creer que no fue verdad; que la única verdad es que se amaban.

Pienso en el amor, ese sentimiento que te hace vibrar cuando miras a los ojos a la persona elegida. Cuando, tras un abrazo, lo único que puedes hacer es inspirar su olor para retenerlo, como si con eso consiguieras mantener a esa persona junto a ti. Y, tras un beso, sientes que el mundo desaparece a tus pies, y tu corazón palpitar desbocado intentando salir para unirse al del otro para siempre; como si dos mundos diferentes eclosionasen para formar una realidad paralela.

Sacudo la cabeza para borrar lo que acabo de pensar. ¡Qué cojones! Si estuviera aquí Mario me daría una colleja por haberseme ocurrido semejante ñoñería. Sonríe acordándome de mi amigo y de la conversación que tenemos pendiente. ¿Qué pensará él del amor? Siempre ha sido reacio a dar su opinión al respecto. Es posible que le hayan hecho tanto daño que sea incapaz de hablar sobre ello.

Casi sin darme cuenta estoy llegando a Jerez de la Frontera. Una idea se me cruza por la cabeza. Me paro en la gasolinera que está en la entrada, al lado de la venta “Esteban”, para repostar y, de paso, enviarle un mensaje a

Marina.

“Rubita, estoy en Jerez, envíame tu ubicación. Quiero verte. Muchos besos donde más te guste ”

Echo gasolina y meto el coche en el lavado a la espera de una respuesta por parte de mi chica. Si no me responde antes de partir me iré a casa de mi madre. Tampoco es plan de rebajarse más de lo debido. Si ella no quiere saber de mí tendré que...

Bip, bip.

¡Qué rápido! Miro el teléfono y es ella. Me envía una ubicación, con el número del portal y planta baja. ¡Sin emoticonos ni nada! ¡Qué raro! ¡Con lo cursis que son las mujeres! Tendré que hablar con ella de eso. Me río de mí mismo. Estoy fatal. No puedo creerme que esté pensando en hablar con Marina porque no me ha puesto ningún emoticono en la respuesta. Tengo que llamar a Marta, necesito una lobotomía urgente; estoy de psiquiátrico total.

Me monto en el coche, más feliz de lo que me gustaría reconocer, y pongo rumbo hacia donde me indica amablemente la chica del navegador. Siempre me he preguntado por qué ponen voz de mujer y por qué resulta tan sexy.

Las indicaciones me llevan a El Puerto de Santa María. ¿Vivirá allí? La otra vez que nos vimos fue en el pub “Eva y Adán”, que está en El Puerto. Tengo que indagar más sobre su vida; después de lo de Mario no quiero que me vuelva a pasar lo mismo.

Me la llevaré a cenar a un lugar tranquilo y hablaremos. Sí. Nada de follármela en cuanto la vea. Bueno, tal vez uno rápido y luego hablamos. ¡Qué coño! De rápido nada, uno como Dios manda, que llevo mucho tiempo sin sexo. Y seguramente en cuanto la vea me van a entrar ganas de comerle esos labios carnosos que tiene, chuparle esos pezones rosados que tanto me ponen y meterme, de nuevo, entre sus piernas. Mmmm... ese pensamiento me pone como una moto.

Llego al punto que indica la ubicación. Es un edificio alto. Compruebo el número del portal y veo que está abierto. Entro en el desastroso vestíbulo, me fijo en lo desconchado que está todo. No me da buena impresión que Marina viva aquí. Al fondo hay una puerta y está entreabierta. Jolín, pues sí que tenía ganas de verme. Un pensamiento fugaz se me pasa por la cabeza: «Quizá me está esperando con algún tipo de lencería o algo así». Solo de imaginármela se

me está poniendo dura.

Nada más abrir la puerta la veo. Está sentada en una silla, desnuda, mirándome con cara de susto. ¿Qué cojones está pasando aquí? Cuando intento avanzar para ver qué le ocurre, noto a mi espalda una presencia que me coge del cuello, aprisionándome contra su pecho. Creo que me está apretando con un cuchillo, porque al intentar zafarme me ha cortado; he notado el acero rajando mi piel. Intento evaluar la situación fríamente, aunque esté cagado de miedo. No tengo ni puta idea de quién es. Quiero pensar que han entrado a robar; si no, no le encuentro explicación. La persona que me está sujetando es bastante más grande que yo, porque noto la musculatura de su pecho en mi cabeza. Por lo que puedo ver de reajo está bastante musculado y me tiene agarrado de tal forma que no puedo ni moverme.

## Capítulo 37

*El amor por la fuerza nada vale,  
La fuerza sin amor es energía gastada en vano.*

*Albert Einstein*

## Marina

—¿Así que este niño es al que te estás follando? ¡Lo sabía! Estabas demasiado altanera. ¿Qué creías, que no lo iba a descubrir?

—¡David! —Es lo único que puedo pronunciar con un grito ahogado.

No logro ver si me está mirando. Hago un esfuerzo por zafarme de las cuerdas que me retienen, pero no soy capaz. Estoy demasiado dolorida y cansada. Un quejido se me escapa ante esta situación tan surrealista.

—Mmmm... ¿Quieres que me lo folle delante de ti? Por lo que me han contado, os gusta compartir. ¿Qué me dices, David? ¿Quieres compartir? ¿Te gusta mi mujer? —Se lo dice con retintín, al tiempo que me mira impudicamente y le chupa la oreja.

Le veo revolverse y forcejear; acto seguido, le empieza a sangrar el cuello. David es un muñeco entre sus brazos. Luka es muy alto. Le miro y no sé reconocer al hombre del que creía me había enamorado. Es curioso que pensara que aquello era amor cuando era dependencia. Le quise mucho, aunque nunca llegó a ser lo que siento ahora por David.

Recuerdo cuando le vi en Cocodrile Park, con ese cuerpo tan bien formado. Llevaba ropa de marca y por su forma de caminar supe que venía de buena familia. Cuando nuestros ojos se cruzaron me di cuenta de que me observaba con pasión, con deseo. Sus ojos transmitían fervor, y yo me quedé hechizada, no podía desenlazar mi mirada de la suya. Esos ojos verdes de cocodrilo, como le apodé al poco de conocernos. Era perfecto y me estaba mirando a mí. Al principio me hizo sentir como una reina... Hasta que un día todo cambió.

Y ahora tiene a David entre sus brazos, le está apretando y sé que es capaz de matarle. Los celos están actuando por él. Reacciono de la mejor forma que sé: provocándole.

—¡Nooo! ¡Déjale en paz! ¡Esto es entre tú y yo! ¡Suéltale, maldito bastardo! ¡Hijo de puta! ¡¡Suéltale!! —le grito intentando que venga para pegarme. Sé cómo desquiciarle y es la única forma para que David salga de aquí.

Le lleva casi en volandas hasta donde estoy, me revuelvo en la silla para que me vea a mí. Me mira, le devuelvo la mirada con furia puedo ver cómo cambia su semblante de furia a trastornado. Con un movimiento de brazo le empuja con fuerza contra la mesa, como si tirara un papel. Sin dejar de mirarme levanta el brazo y con toda la rabia que tiene dentro me da un puñetazo en la cara. Un grito apagado sale de mi garganta cuando siento un crac que me parte en dos.

¡Dios! Creo que me ha roto la nariz; siento un líquido caliente brotar por encima de mis labios, como si viviera la escena a cámara lenta, puedo escuchar como gotea sobre mis piernas desnudas. Un pitido se apodera de mis oídos. El escozor me recorre por dentro. Cierro los ojos aguantando la respiración. Ya no siento nada. Estoy rota. Se ha vuelto completamente loco. Me ha violado por delante y por detrás. Me ha vapuleado de mil formas, pero ahora eso no me importa. Lo importante es que le ha soltado.

David es lo único bueno que me ha pasado desde hace mucho tiempo. Lo busco como puedo con la mirada y aunque tengo la visión borrosa por las lágrimas lo consigo ver tirado en el suelo. ¡Dios mío! ¡Está sangrando! Debe de haberse dado con la mesa o algo.

—¡David! —Quiero levantarme e ir con él. Forcejeo de nuevo, intentando soltarme. Es inútil, no tengo fuerzas.

Luka me mira con la cara desencajada por la furia:

—¡¿Ves lo que has hecho, puta?! ¡Te lo has cargado!

Se levanta y empieza a dar vueltas por el salón, agarrándose de los pelos y diciendo palabras ininteligibles en ruso. Se para y le mira otra vez. A duras penas contemplo cómo se dirige a él, se agacha y le pone los dedos en el cuello; por su expresión entiendo que tiene pulso y no está muerto. Respiro aliviada, aunque me dura poco al ver a Luka intentando cogerlo por las axilas para, supongo, sentarlo y atarlo. Pienso algo rápido para apartarlo de allí. Si llega a atarlo estamos perdidos.

—¡Cabrón! ¡Hijo de puta! ¡Bastardo! ¡Eso es lo que eres, un bastardo! ¡Tu madre no te quería, yo no te quise nunca y nadie te querrá jamás! —grito, desgañitándome. Provocándole. Buscando la fuerza que me transmite la ira. Necesito que se aleje de él. Si lo mueve puede producirle alguna lesión.

Entonces Luka alza la cabeza y me mira. En su rostro puedo ver la ira

contenida. Deja caer a David como un saco de patatas y viene hacia mí igual que un león que acaba de salir de su jaula. Noto cómo algo en mi interior se rompe. Sé que me va a matar. Esto es el fin. De una patada rompe la silla donde estoy sentada y caigo al suelo, haciéndome daño en una pierna. No tengo fuerzas ni para gritar. Me agarra de los pelos y me levanta hasta ponerme a su altura. En su mirada puedo ver desprecio; rezuma repulsión hacia mí. Siento tanto dolor que no soy capaz de llorar. Solo puedo pensar en David. Mi amor. Cierro los ojos apretando los párpados, esperando un nuevo golpe, cuando noto que el cuerpo de Luka se desvanece, dejándome caer con él al suelo. Oigo un ruido cerca de mí y puedo distinguir su voz:

—Tranquila, mi vida, estoy aquí —me susurra alguien al oído—. Veo que no puedo dejarte sola ni un minuto.

Los oídos me pitan y siento la sangre correr muy rápido por mis venas; el corazón me palpita en el cuello.

—¿Da... David? Tienes que irte... Te matará. —Intento advertirle, pero casi no me sale la voz. No tengo fuerzas. Noto un sabor metálico en mis labios.

Entreabro los ojos y le veo sacar con rapidez el teléfono. Después de dar unas indicaciones cuelga. Se lo guarda en el bolsillo trasero, se agacha y, con suavidad, me coge en brazos, me lleva al sofá y me deja sobre él con la misma dulzura. Se quita la camisa y me la pone por encima. No puedo evitar sollozar mientras le veo meter mis brazos lacios por las mangas y abotonar la camisa con rapidez, aunque con delicadeza. Se agacha frente a mí. Me mira y, con sus pulgares, me seca las lágrimas. Notar su contacto me provoca un escalofrío. Angustiado, me levanta un poco el mentón para mirar mi nariz, que no para de sangrar. Puedo advertir, por cómo aprieta la mandíbula, las ganas que tiene de levantarse y matar a Luka. Al ponerse en pie me acaricia las rodillas, y yo hago un gesto de dolor. Me arde la pierna y no creo que pueda aguantar mucho más. Me mira asustado y, al ver mi desasosiego, me abraza:

—Tranquila. Aguanta. Ya viene la ayuda. Tenemos que salir de aquí antes de que recobre la consciencia. Por favor, no te derrumbes. Aguanta un poco más —dice con mimo mientras me toma de nuevo en brazos y sale conmigo por la puerta.

Al llegar a la calle veo un coche patrulla parar rápidamente, y bajar de él

a dos policías que de inmediato apuntan hacia David.

—He sido yo quien os ha llamado. Dentro está la persona que buscáis, espero que inconsciente. Tened cuidado, es muy fuerte y lleva un arma blanca. Me quedaré con ella hasta que venga la ambulancia —les informa con calma mientras sigue avanzando hasta situarse al lado del coche patrulla.

Los policías entran en el portal con rapidez mientras suena a lo lejos la sirena de la ambulancia. Se oyen gritos dentro de la casa e, inmediatamente, un disparo. ¡Luka! No puedo evitar sentir dolor. Otro disparo. ¡Dios! Una lágrima se me escapa. Él no era malo. Él hacía lo que le habían enseñado. Aprendió a vivir a base de golpes y pensaba que así debían aprender los demás. No puedo entender cómo pasó de ser un amor de hombre a un monstruo que lo destruyó todo a su paso.

—Ya está, mi niña. Tranquilízate. Estoy contigo. Ahora vamos a ir al hospital a curarte y luego te vendrás conmigo a mi casa, ¿te parece? —Asiento y me acurruco en su cuello—. Luego le pregunto a la policía qué ha pasado. Seguro que todo está bien. Tranquila —me consuela mientras me aprieta con suavidad, acercándose un poco más a su cuerpo y depositando un beso en mi cabeza.

Aspiro oliendo su aroma, tratando de retener su olor. Ese olor que hace que pierda la noción del tiempo. Ese que consigue que ya no me duela nada. Y así, entre sus brazos, me dejo ir. Ahora sé que estoy a salvo. Mi príncipe ha venido a rescatarme.

## Capítulo 38

*Es cierto que el pasado puede hacer daño.*

*Pero, desde mi punto de vista, puedes huir o aprender de él.*

*Rafiki, El rey león.*

No sé cuánto tiempo me quedo con ella entre los brazos, oliendo su pelo. No puedo creer que esto haya pasado. Siento que no puedo respirar. El simple hecho de que ella pueda dejarme ahora me asfixia. Cuando por fin creo haber encontrado a esa persona que me complementa, casi me la arrebatara ese malnacido. Realmente creí morir en manos de ese hombre; qué digo hombre, monstruo. Un hombre no hace eso. Cuando entré en la casa y la vi allí sentada, desnuda, con las piernas abiertas, mi mente me traicionó por un instante: reviví ver a mi madre, a la que le gustaban esos juegos, y luego la última imagen cuando Julián la forzó. En el momento en el que quise darme cuenta ya me tenía agarrado por el cuello con la navaja y no pude reaccionar. Debería haberseme ocurrido antes. ¡Dios! Tendría que haber sido más rápido pulsando el botón del pánico y quizá hubiera evitado...

Mi mente traidora me muestra imagen por imagen lo sucedido con la sensación de que podría haberla perdido. No puedo evitar que la furia se apodere de mí. ¡Mierda! No he sido capaz de protegerla. Ese hombre me cogió por sorpresa. Me estaba esperando. Ahora comprendo ese mensaje tan escueto. Seguro que fue él quien respondió. Al tragar noto el cuello tirante por la sangre seca del corte que me hizo el malnacido. Si sigue vivo haré todo lo posible para que pase el resto de sus días en la cárcel; si no lo mato con mis propias manos, aunque tenga que entrenarme durante años para ello. Pude comprobar que tenía mucha fuerza, me tiró como si fuera un papel. Volé por los aires y ya no pude sentir nada. Los gritos de Marina me trajeron a la consciencia y algo dentro de mí se despertó. Sin pensármelo dos veces saqué el teléfono del bolsillo y, como pude, pulsé el botón del pánico de violencia doméstica, aunque es el más rápido y efectivo sabía que la situación requería de mucha sangre fría por mi parte. Con toda la furia que pude acumular salté sobre él con lo primero que pillé a mano, golpeándole en la cabeza. No calculé los daños colaterales, ya que verla desplomarse cuando él la soltó me partió el corazón. Si hubiera sido más listo... Debería haberme dado cuenta;

haber entendido las señales. Sus ojos estaban avisándome de que algo iba mal. Mi niña. Mi rubita.

Esa sensación de tristeza me invade de nuevo al darme cuenta de que apenas conozco a la gente que me rodea. Me he pasado tanto tiempo buscando mi disfrute que no me he parado a pensar en los demás. Si me hubiera interesado por saber más de la vida de Marina o de Caroba. Nunca pregunté, lo primero y único para mí siempre ha sido follarse. Tras lo sucedido con María se me quitaron las ganas de hablar y ahora me arrepiento. Hubiera evitado muchas malas experiencias. A la cabeza también se me viene Lola. ¿Qué le habrá ocurrido a esa mujer para que se pase la vida en el bar de Mario? Me dio pena cuando se quedó tan preocupada por el estado de su barman “favorito”, como me dijo al irse. Ese pensamiento consigue sacarme una sonrisa. Es una gran persona. Lástima que no se pueda mandar en los sentimientos de uno. Estoy seguro de que el hombre que se enamora de ella será muy feliz a su lado.

Un movimiento me saca de mis ensoñaciones. Al levantar la vista compruebo que un enfermero de emergencias se acerca hasta donde me encuentro de pie con Marina en brazos, sujetándola como si en cualquier momento se fuera a romper. Se sitúa a mi lado y me pide, muy amablemente, que la suelte para poder llevarla al hospital. Al ver que no me muevo se pone de lado, me señala la camilla que tienen preparada para ella y me anima con un gesto a que le siga.

No quiero soltarla. Está herida. ¿Y si se despierta y no me encuentra a su lado? Niego con la cabeza a la vez que bajo la mirada para comprobar que sigue con los ojos cerrados. Está relajada, por fin ha dejado de temblar. Miro con detenimiento su rostro mientras aprieto la mandíbula, deseando que ese hombre haya muerto. Marina tiene el pómulo hinchado y parece que se le está amoratando. La nariz, por fin, ha dejado de sangrar. Pero tiene cardenales por todo el cuerpo. Sus piernas perfectas... ¡Dios! ¿Cómo puede haber personas que se aprovechen de la debilidad femenina?

Noto una mano sobre mi hombro y reacciono, dirigiéndome hacia la camilla y depositándola en ella con sumo cuidado. Aspiro con fuerza, conteniendo las lágrimas; mi sensación es de rabia e impotencia a partes iguales. Ahora me doy cuenta de que siento más cosas por ella de las que

creía.

—Usted está sangrando también. Necesita que le curen. —Meneo la cabeza. No quiero que me atiendan. Solo deseo que ella esté bien y que lo que ha pasado se borre de su mente. Que cuando despierte todo haya sido una pesadilla.

—Estoy bien, gracias. ¿Qué va a pasar ahora? ¿Dónde la llevan? Quiero ir con ella, ¿es posible? —indago con rapidez, viendo cómo la suben a la ambulancia.

El enfermero se aleja un poco. Lo observo impaciente preguntar algo al compañero, quien confirma con la cabeza.

—La van a llevar al hospital General Santa María del Puerto. —Asiento a mi vez, y espero que me indique lo que debo hacer—. Por lo que sé, en estos casos el protocolo a seguir es muy sencillo: primero harán una valoración de su estado general, con especial atención a la posible presencia de drogas. — Esa información me pilla por sorpresa; aprieto la mandíbula y respiro con nerviosismo, lo que no pasa desapercibido para el enfermero, que aferra mi hombro intentando calmarme—. Tranquilo, es pura burocracia. Estará bien. Después se le tomarán muestras de sangre y orina para valorar cualquier daño e incluso... cualquier tipo de enfermedad que le haya podido contagiar el sujeto. No sabemos qué ha ocurrido exactamente con el agresor. Cuando la policía valore la situación supongo que tendrá que hacer declaración y presentar denuncia, si procede. Normalmente una psicóloga hablará con ella y... —Me estoy poniendo rojo de la ira; trato de hablar, pero no me salen las palabras—. Tranquilícese, así no la va a ayudar. Sé que está preocupado por ella. Ahora lo importante es que no esté sola. ¿Sabe si tiene familia que pueda quedarse con ella? —Muevo la cabeza en señal de negativa—. Síganos, si le parece bien, y cuando llegue al hospital búsqieme, estaré esperándole.

Me monto en el coche y pongo rumbo al hospital. ¡Dios! Esto es una pesadilla. Quién me iba a decir a mí que pasaría estos últimos meses de hospital en hospital. Me hago una nota mental para llamar a Charly y que me cuente qué tal va la recuperación de Mario. Necesito hablar con él.

Al llegar a urgencias me encuentro con el enfermero, que enseguida me hace señas para que lo siga.

—La están atendiendo. Dime tu nombre y apellidos para que constes como

persona de referencia. Voy a poner, si estás conforme, que eres su pareja.

—Lo soy —digo con mucha convicción.

Sonríe y niega con la cabeza.

—Ve a que te curen un poco; si ella te ve en ese estado se va a asustar más, y queremos que esté tranquila, ¿no? —comenta con calma, y se marcha con un gesto gentil.

Me quedo un momento allí, pensativo. Luego me acerco al mostrador para dar mis datos, y allí me piden que pase a uno de los boxes para que me curen. Esto es una puta locura. Marina... ¡Joder! ¿Quién era ese hombre? ¿Qué hacía en su casa? ¿Y por qué le ha hecho esas barbaridades? No entiendo nada.

El auxiliar que me atiende dice que, gracias a Dios, es un corte sin importancia y que unos puntos de aproximación serán suficientes para que termine de sanar la herida. Cuando me está curando vuelvo a revivir la escena en mi cabeza. Necesito saber qué está pasando con ella. Necesito verla.

Me levanto de un salto en cuanto termina y le veo que empieza a recoger los utensilios que ha utilizado. Me dirijo al mostrador para cerciorarme de que no me hayan llamado entretanto. De repente creo reconocer a alguien a lo lejos: su porte me suena mucho. Me acerco para asegurarme.

## Capítulo 39

*Recuerda, eres más valiente de lo que crees,  
más fuerte de lo que pareces  
y más inteligente de lo que piensas.*

*Christopher Robin Milne*

—¿Ewan? —Me sorprende al verlo allí.

—¿David? ¿Qué haces aquí? —indaga, desconcertado, cuando se gira y comprueba que soy yo. Su mirada se dirige a mi cuello y se le descompone el rostro. Cuando va a preguntarme le corto:

—Es una larga historia; por favor, no preguntes. ¿Caroba? ¿Le ha pasado algo? ¿La niña está bien? —Sonríe con esa amabilidad tan característica en él y asiente.

—Se ha adelantado un poco, se ve que tenía ganas de ver a su papá —me cuenta mientras hace una mueca de orgullo—. Ahora mismo está en monitores. Me han dicho que posiblemente nazca hoy, así que aquí estoy con el papeleo para que puedan ingresarla.

—Pero ¿qué hacéis aquí, en El Puerto? Pensé que iríais al hospital de Jerez o al de Cádiz.

—Estamos en casa de mi madre. Insistió en que nos viniéramos una temporada aprovechando que estoy de vacaciones. Quiere mimar a Caroba... —me explica con un gesto dulce. Se nota cuánto quiere a su madre.

—Tienes mi número, ¿verdad? —le digo. Saca su móvil del bolsillo para comprobarlo y me lo confirma mientras atiende a algo que le pregunta la enfermera—. Llámame cuando nazca, por favor. Quiero ver a la pequeña. Ahora no puedo moverme de aquí porque estoy esperando que me digan algo. Ya os contaré, intentaré pasarme a veros luego por si nace hoy. —Pongo mi mejor sonrisa para que no note mi preocupación, pero no logro mostrar más que un gesto de hastío.

Ewan parece darse cuenta de que algo no va bien. Me mira y, colocándo una mano sobre mi hombro, asevera:

—David, no hace falta que te diga que si necesitas algo aquí estoy. No

hemos empezado con buen pie, sin embargo, he de reconocer que vas por buen camino para ser un hombre hecho y derecho —termina con tono jocoso—. Ahora en serio: lo que sea. Aquí estoy. Cuando Caroba te vea va a poner el grito en el cielo.

—Gracias, Ewan. Tus palabras significan mucho para mí. Y, de corazón, lamento lo sucedido entre nosotros. He aprendido la lección. Y en cuanto a ella... quizá no se dé cuenta... —bromeo, buscando de nuevo un gesto que lo tranquilice.

Entonces oigo a lo lejos mi nombre. Me despido de Ewan recordándole que me llame con lo que sea. Salgo corriendo en busca de la persona que me ha llamado, con la esperanza de poder ver a Marina. Me presento ante una mujer muy guapa que lleva en la bata una identificación con su nombre: Dra. Romero. De forma muy amable y cercana, me cuenta a grandes rasgos que el estado de Marina es delicado, pero más en el plano mental que en el físico. Dice que probablemente llevara más de un día encerrada en su casa. Que ha debido de sufrir verdaderas aberraciones, y que no ha cesado de llamarme en todo el proceso.

Mi niña... Mi rubita. ¡Joder! Esto es demasiado. La doctora me observa en silencio, entendiendo mis sentimientos. Con mucha paciencia y dulzura me pide que la siga. Al llegar a la puerta de la habitación noto mis manos temblar cuando las poso sobre la manilla. No sé si podré soportar ver sus moratones. Respiro hondo armándome de valor mientras la doctora me aprieta el hombro. La miro y me dice que entre, no sin antes advertirme de que cambie la cara, ya que ella necesita mi apoyo.

Miro mi mano y, como puedo, me relajo. Pienso en su sonrisa, en lo que me ha hecho sentir cuando la he tenido entre mis brazos; en este sentimiento que crece en mi interior y aún no reconozco. Con la mejor sonrisa que puedo poner en estas circunstancias, tomo con firmeza el tirador y entro. La habitación está en penumbra; hay una cama vacía y en la otra se puede distinguir un cuerpo que reposa. Percibo su respiración acompasada. La doctora me susurra que debe de haberse quedado dormida por los sedantes que le han dado.

—¿Quieres ir a tomarte un café o algo? —Niego con un gesto—. Tardará en despertarse. La han sedado porque, como te he dicho antes, no ha parado de preguntar por ti desde que ha llegado, y no ha querido hablar con nadie. A

duras penas hemos podido hacerle los análisis y pruebas. —Hace una pausa y suspira—. La mayoría de las pacientes que son agredidas no quieren denunciar al agresor, ya sea por miedo a represalias o por amor.

Al ver mi gesto de asombro me explica que los agresores normalmente las tienen dominadas psicológicamente. No doy crédito a lo que me cuenta. Soy incapaz de entender cómo pueden estar enamoradas de monstruos que las maltratan.

Pero al mismo tiempo, al oír sus palabras, algo dentro de mí se despierta y tiene un nombre muy feo: culpabilidad. A muchas mujeres que han pasado por mi vida no les he llegado a pegar, ni nada por el estilo, sin embargo, las he tratado como objetos. Ahora me doy cuenta y entiendo por qué me dejó María. Jamás la amé. La trataba como a mi criada, mi confidente y, a veces, mi puta. Me la follaba de todas las formas y ella nunca se quejó. Sabía que disfrutaba y le gustaba, aunque quizá necesitaba que le hiciera el amor alguna vez. Sacudo la cabeza intentando liberar la culpa.

—Me quedaré aquí con ella. Si despierta y no me ve puede alterarse de nuevo. Gracias, doctora. —Ella sonríe y con un gesto dulce se marcha de la habitación, dejándonos solos.

Me siento a su lado y le cojo la mano. Está llena de cables. Suspiro intentando aliviar la presión del pecho. Me han sucedido demasiadas cosas en un corto periodo de tiempo y creo que voy a estallar. Necesito un respiro. Me gustaría hacer algo por ella; algo con lo que olvide que hubo un ayer y solo piense en el mañana. Y si es conmigo, mejor. Una idea se me viene a la cabeza y rápidamente tecleo un mensaje en mi móvil. Sé quién puede ayudarme con esto, y será el paso definitivo. Al pulsar la tecla “enviar” noto que me aprietan levemente la mano y oigo un susurro. Sonrío. Está despierta.

—Hola, rubita. ¿Qué tal te encuentras? —le digo muy bajito para no incomodarla.

—Hola... Pues estoy como si me hubiera pasado una apisonadora por encima... y ahora feliz —gimotea. Intenta parecer fuerte delante de mí. Me hace gracia que haya utilizado la misma expresión que yo cuando estuve en el hospital. Realmente, como dice Manolo, es la horma de mi zapato.

—¿Y eso? ¿Te hace feliz que una...? —No puedo terminar la frase porque oigo su risa. Esa risa que me revive. Aunque rápidamente empieza a gemir de

dolor—. Cielo, tus gemidos los prefiero por otra cosa —termino de decirle mientras le dejo un suave beso en los labios. Sonríe y me pide más con la mirada—. Nena, si te beso de nuevo no sé si voy a poder parar. Te deseo tanto...

—Estoy bien. Solo necesito que... —Le pongo cara de que no insista—. Está bien. Entonces hablemos. Creo que debo contarte mi historia.

—No hace falta que me cuentes nada. Ahora, descansa. Tenemos tiempo para hablar de todo. Yo también quiero contarte muchas cosas de mi pasado y de mi presente, que conlleva un futuro cercano. —Al ver su turbación en el gesto le aclaro—: Es algo que creo... no, estoy seguro de que te gustará, no te asustes.

—David, necesito contarte quién era ese hombre y qué hacía en mi casa. No podré descansar hasta que no sepas mi historia. Y cuando tú estés preparado me cuentas eso tan maravilloso.

—Entonces creo que necesitaré un café. —Miro mi reloj y calculo que en breve traerán la cena—. Esperaré a que te traigan de comer y repongas fuerzas.

Me acerco a ella y la beso de nuevo con dulzura. Un carraspeo nos interrumpe. La cena. Sonríe sobre su boca y le musito que ahora vuelvo. Ella me devuelve la sonrisa y mi corazón salta de alegría. Me gusta lo que siento cuando estoy con ella. Me gusta lo que me provoca.

## Capítulo 40

*Amo a aquellos que se quedaron  
en mi vida y me hacen feliz.*

*Y también amo a aquellos que se fueron  
de mi vida y me hicieron más fuerte.*

*Gaby Estrada.*

Al salir de la habitación me suena un mensaje; todo está preparado para la sorpresa que quiero darle a Marina. Voy en busca de la Dra. Romero y, cuando la encuentro, le pregunto cuánto tiempo tendrá que estar ingresada y si después podrá viajar. Ella, con la amabilidad que me ha mostrado hasta ahora, me dice que los daños no son tan graves como aparentaban cuando llegó. Internamente no tiene ningún desgarro; según sus palabras, el agresor sabía lo que hacía y, además, utilizó preservativo. Eso me alegra en parte, porque dentro de lo malo no tendremos ninguna sorpresa desagradable.

Al dirigirme hacia la máquina dispensadora me llega un mensaje de Ewan comunicándome que Daniela ha llegado al mundo de parto natural, que ha pesado más de 3 kilos y que tanto la mamá como la niña están perfectamente. Compruebo el número de la habitación y entro para darle la enhorabuena.

—¡David! Me dijo Ewan que estabas en el hospital y me preocupé. No pudo contarme nada... ¿Tu madre? —pregunta con cara preocupada.

—Caroba —irrumpo, dirigiéndome hacia la cama donde reposa con la pequeña en brazos y, con ello, evitando tener que contarle la razón por la que estoy aquí—. ¡Es preciosa! Se parece muchísimo al padre.

Ewan se acerca y la coge en brazos. Su mirada es de amor. Un amor infinito hacia sus dos mujeres. Pienso en Marina: ¿podré tener algo así con ella? ¿Seré capaz de ser feliz?

—Me alegro muchísimo por vosotros. Os veo radiantes. No te preocupes por mí, ¿vale? No es mi madre la que está ingresada, sino una amiga “especial” —le aclaro, remarcando esa última palabra—. Y ahora me voy, necesitas descansar. Te prometo que en breve iré a verte.

Le dejo un beso en la frente. Me acerco a Ewan y, palmeándole la espalda, me despido no sin antes hacerle un arrumaco a la pequeña.

Por fin le dan el alta a Marina. La llevo en la silla de ruedas hasta la puerta del hospital, donde nos espera un coche que he alquilado.

—Este no es tu coche. ¿Qué estás tramando? Has estado muy raro estos días. Sé que algo maquinás.

—No estoy tramando nada, no sé por qué lo dices —rezongo, intentando mantener la compostura.

Cuando llegamos al aeropuerto mi chica no puede creer donde estamos. Le pido que, por favor, no mire nada y me deje sorprenderla, pero soy yo el que se sorprende cuando compruebo que me hace caso sin rechistar. Se sienta en un banco y me deja hacer.

El viaje es del todo tranquilo. Marina, tal y como se sentó en su sitio, se quedó dormida. Y yo no pude hacer otra cosa que no fuera verla dormir. Es tan bonita... Me encanta ese sonidito que sale de su boca. Creo que es la primera vez, desde que la ingresaron, que duerme sin tener pesadillas.

Al llegar vamos directamente al hotel. Le he puesto una venda en los ojos porque no quiero que sepa aún donde estamos. Sigo sorprendido ante la actitud de ella; ha sido paciente y se ha aguantado la curiosidad. ¿Quién lo diría?

Me he dejado casi todos los ahorros en este viaje, aunque me da igual. Necesito que sea perfecto. He reservado habitación en el hotel Sacher, que sé que le encantará. Al llegar a la habitación su expresión lo dice todo.

—¡David! ¡Esto te ha tenido que costar una fortuna! —exclama, viniendo hacia mí con una mirada que inmediatamente me la pone dura.

Posa sus manos en mi pecho y me besa con dulzura, gimiendo. Ese gemido lo siento directamente en mi entrepierna. La agarro de la cintura y la acerco más a mí para que note mi miembro erecto en su vientre.

—Si... si no estás preparada no hace falta que hagamos nada —digo sin mucho convencimiento.

La deseo tanto... Llevo casi un mes de abstinencia, sin contar el tiempo que estuve en Sevilla. Intento hacer un cálculo exacto cuando noto que está desabrochando mi camisa. Me mira con codicia y anhelo. Se muerde el labio

inferior dejándola caer. Me abre también el pantalón y lo baja despacio, acariciando mi entrepierna a su paso.

—Marina... —Intento pararla en un acto desesperado de caballerosidad.

—Ssshhh. Lo necesito, David. Necesito sentirte.

Se agacha, mete los dedos entre el elástico del bóxer y, mientras lo baja, observa mi erección. Sin pensárselo, la agarra y se la mete en la boca hasta el fondo. Noto el velo de su paladar en la punta. Sublime. No tengo palabras. Un gruñido de satisfacción se me escapa sin poder evitarlo. Marina, al oírlo, se vuelve más salvaje: comienza a mover la boca como si me estuviera follando con ella. Chupa, lame y absorbe justo en la punta, provocando que mi cuerpo se tense. No quiero correrme en su boca, así que suavemente la levanto y la beso, degustando mi sabor en su lengua. Mi beso es desesperado, estoy extasiado, con ganas de demostrarle lo que ella me provoca. Es como si nunca la hubiera tenido entre mis brazos hasta ahora. Es mía y me encanta. Solos ella y yo.

La tomo en brazos y con calma la dejo sobre la cama; voy despojándola de su ropa con suavidad, besando cada trozo de piel que queda a la vista. Le quito el sujetador de encaje, dejando al descubierto sus pezones rosados y erectos levantándose hacia mí, pidiéndome que les haga caso. Dicho y hecho: me los llevo a la boca y jugueteo con ellos, rodeándolos con la lengua, lamiéndolos. Al notar su cuerpo estremecerse los atrapo con mis dientes consiguiendo un gemido gutural que me excita aún más.

—¡David! —murmura, embelesada—. Te necesito...

Veo el deseo en sus ojos. Voy subiendo, dejando un reguero de besos hasta llegar a su boca. Quiero decir algo, pero me da miedo sentir, pronunciarlo y no obtener respuesta. Cojo mi miembro y lo sitúo entre sus pliegues. Ella separa las piernas para darme acceso y, sin más dilación, entro. Despacio. Aguantando mis ganas de embestirla duramente, como me está pidiendo el cuerpo.

—David... —Me acaricia la cara y veo dos lágrimas emerger de sus ojos.

—¿Te he hecho daño? —Niega con vehemencia.

—Es... es perfecto. No pares, tenía tantas ganas de sentirte. Sentir que ya nada importa. Solos tú y yo.

Sigo moviéndome en su interior con delicadeza, sufriendo cada embestida, esperando que ella llegue al orgasmo para dejarme ir. Noto cómo me aprieta. Ha llegado el momento, así que intensifico mis embestidas para intentar llegar a la par de ella.

—¡David! —Su forma de decir mi nombre me indica que está a punto.

—Córrete para mí, nena.

Y mis palabras la llevan al cielo, y a mí con ella.

La observo dormir plácidamente sobre mi pecho; escucho su respiración relajada mientras le acaricio la espalda, reconfortándome con su contacto. Han pasado tantas cosas desde que conocí a Caroba que soy incapaz de cerrar los ojos por miedo a que todo esto desaparezca. Por miedo a descubrir que mi rubita es un sueño, como ya me ha sucedido tantas veces. La miro y de nuevo me asombro por lo bonita que es. Es perfecta, todo en ella lo es.

Respiro hondo, en cierta manera, angustiado por el propósito que atenaza mi mente. Todavía nos quedan muchas cosas que aclarar. Lo primero que quiero hacer es contarle todo sobre mí: Sobre mi pasado, mi presente y, lo más importante, mi futuro. Un futuro que marcará ese hijo del que no me quiero desligar. Necesito hacerlo antes de terminar de enamorarme como un tonto de ella. Aunque ya lo estoy, pero hasta que no aireemos todas nuestras mierdas no podremos avanzar. Porque he de admitir que, tras conocer al sujeto que maniató a Marina, he descubierto que mi rubita debe tener también sus propios fantasmas. Y, ciertamente, ese hecho es lo que ha conseguido que adquiriera la valentía que me faltaba para abrirle mi corazón.

—Te quiero, mi niña —le susurro, depositando un suave beso sobre su cabeza, antes de caer en un profundo sueño.

# Capítulo 41

*Eres la casualidad más bonita*

*Que llegó a mi vida.*

*Kathya Zatarin*

## Marina

—David, me gustaría contarte lo que pasó —le digo mientras me siento en la cama, aprovechando que está tranquilo después de la maratón de sexo que hemos tenido. Porque tras ese primer encuentro en la habitación del hotel me lo llevé a la bañera extragrande y conseguí que me lo hiciera duro, como sé que le gusta. Y descubriendo que me encanta la forma que tiene de hacerme llegar a lo más alto.

Me preparo mentalmente y empiezo contándole cómo perdí a mis padres cuando era pequeña en un accidente de tráfico y tuve que irme a vivir con mi abuela. Le expliqué que no gocé de una infancia bonita ni llena de ternura o amor. Mi abuela no me quería con ella y no me trataba con afecto. Así que cuando tuve la ocasión me marché de mochilera. Mi primera parada fue Torremolinos. No tenía mucho dinero y necesitaba un trabajo para seguir viajando. Encontré uno de camarera y así sobreviví durante un tiempo, en una habitación compartida con estudiantes. Allí descubrí el sexo. Un compañero del piso estaba loco por mí y, hasta que no consiguió que nos acostáramos, no paró. En ese momento descubrí que un hombre haría cualquier cosa con tal de llevarse a una mujer a la cama. El deseo carnal te hace cometer locuras.

Un día, una de las chicas me habló de un sitio donde criaban cocodrilos y decidí ir a verlo. Esos animales siempre me habían llamado la atención. Allí conocí a Luka. Era ruso y no entendía mucho de lo que contaba el encargado, así que me decidí a traducirle al inglés. En todo momento se mostró amable y me trató como a una reina. Yo no quería una relación, necesitaba vivir. Era joven y quería experimentar más cosas, seguir viajando y conocer sitios. Pero Luka empezó a no dejarme ni a sol ni a sombra. Se presentaba en mi piso para invitarme a salir casi todos los días. Se notaba que tenía mucho dinero, y eso me encandiló. Me llevaba a eventos de lujo, me compraba ropa y caprichos. Una cosa llevó a la otra y me encontré inmersa en una relación que no buscaba. Aun así, mis sentimientos por él afloraron. Le quise muchísimo, hasta que un día me mostró su lado dominante: empezó a controlarme la forma de vestir, con quién iba o hablaba, quería saber dónde estaba en todo momento...

»Así que —tomo aliento y prosigo—, después de aguantar muchos meses, toda clase de maltrato por su parte, me fui —cierro los ojos recordando el momento en el que decidí enfrentarme a la realidad—. Cogí mis cosas y me marché a vivir a El Puerto de Santa María con la esperanza de que no me

encontrara, y olvidar otra parte de mi pasado, una vez más. Empecé a trabajar en una tienda de ropa gracias a una amiga, aunque la calma no duró mucho: me encontró. No sé cómo lo consiguió. Lo único que vi fue su puño dirigiéndose hacia mi cara. Me dio tal paliza que estuve hospitalizada más de un mes. — David me mira frustrado, pero no dice nada. Distingo como aprieta la mandíbula guardándose la ira que le está provocando mis palabras—. No... no tuve más remedio que denunciarle y, gracias a una orden de alejamiento, estuvo tranquilo por un tiempo, hasta que me encontraste. De nuevo, no sé cómo, se enteró que había estado contigo y eso le enfureció hasta hacer lo que hizo. Y el resto ya lo conoces...

Agacho la vista avergonzada por haberle contado todas mis mierdas a este hombre que me ha salvado de una muerte segura. Escucho como David se levanta y sus pisadas irregulares me hacen levantar la vista para comprobar como da dando vueltas por la habitación. Le observo preocupada. Parece un león enjaulado. De pronto se para, me mira con un gesto que denota que está controlando la rabia que mis palabras le han provocado y, por fin, me dice con una dulzura que, supongo, le cuesta mostrar:

—Vístete. Vamos a ver la ciudad. Necesito salir y mostrarte lo bonito que es esto.

Bajamos de la mano y me lleva a comer al restaurante del hotel, el “Café Sacher”. Nada más entrar parece que te estés sumergiéndote en una película romántica, con esas alfombras de terciopelo rojo y las arañas de cristal colgadas del techo. Lo que más me asombra son las pinturas antiguas con sus marcos dorados, que crean el ambiente perfecto. Nos sentamos en una mesa apartada, tan romántica como el resto de la decoración. David me anima a probar la deliciosa *sachertorte*, una tarta de chocolate con mermelada de albaricoques, mientras un pianista nos deleita con su música.

—Tengo planificado hasta el último minuto. Espero, señorita, que disfrute mucho de su viaje con este guía tan guapo que se ha ofrecido voluntario —me dice señalándose con ese tono picarón que tanto me gusta.

Se levanta y apartándose la silla me insta a levantarme. Posa su mano en mi espalda y me dirige al exterior. No puedo dejar de mirarlo todo a mi paso, es como vivir un sueño. Un sueño hecho realidad. Al salir tomamos un taxi que nos lleva a la *Riesenrad*.

—Ver Viena desde las alturas no tiene precio —me susurra mientras se coloca a mi espalda, provocándome que se me erice la piel—. Si inspiras hondo comprobarás que se puede distinguir claramente el aroma a algodón de azúcar, y si agudizas el oído, de fondo podrás deleitarte con la música del tiovivo. —Sonrío al pensar que David ha preparado todo esto para mí mientras estaba convaleciente. Apoyo la cabeza en su torso y me deleito con sus palabras. Imaginándome una vida entera junto a este hombre que me hace sentir bella y deseada.

Al bajar me arrastra hasta un coche de caballos que nos está esperando. Durante el paseo se nos hace de noche viendo cómo la luz dorada comienza a bañar los monumentos. Según me cuenta David, lo que estamos viendo es el empedrado de *Innere Stadt*. Disfruto la experiencia que me está resultando única e irrepetible. Vamos de la mano o abrazados, pero siempre tocándonos, sin perder el contacto el uno con el otro.

David aprovecha la cercanía para contarme a grandes rasgos que él tampoco ha tenido una infancia feliz. Su padre murió cuando él era pequeño y su madre estaba, casi siempre, ida por las drogas. Con mucho dolor, me reveló que su padre murió de amor. No entiende cómo pudo ocurrir algo así, cuando él se lo dio todo. Ella nunca le quiso, y por eso él se crio con su niñera, a la que adora y va a ver un par de veces al año. Tras abrirse a mí con respecto a su pasado, decide revelarme muchas de las cosas que le han pasado: me habla de Caroba y todo lo que ha supuesto para él esa mujer. Me cuenta que tras dejarla marchar tuvo que ir a una psicóloga y que, por la carga sexual que había en sus sesiones, tuvo que renunciar a ella. Cuando creo que más cosas no le pueden suceder a una misma persona, me suelta la bomba: ¡Va a tener un hijo con esa mujer! Al principio me asusto, no obstante, cuando me explica lo sucedido y veo lo ilusionado que está con la idea de ser papá, aunque no sea a tiempo completo, no puedo hacer otra cosa que alegrarme y apoyarle. Aunque hay algo... Todavía no le veo totalmente feliz. Sé que guarda otra cosa más que no se atreve a decirme.

—Hay demasiado que ver aquí... —le digo mordisqueándome el labio y maravillada por todo lo que hemos descubierto en el paseo.

—¿Te gusta el arte? —Asiento con entusiasmo—. Bien, porque mañana iremos al museo Belvedere, el palacio de verano, para ver *El beso*, de Klimt. —No puedo evitar que se me escape de entre los labios un suspiro, que David

acalla con un beso—. También tengo planeado llevarte a ver la Casa de las Mariposas, y no nos podemos perder un paseo por el parque *Schloss Schönbrunn*, o como se diga —termina entre risas, como un niño al que le han regalado zapatos nuevos. Hace una reverencia y me anuncia galante—: Y ahora, señorita, vamos a dar un paseo en barco por el Danubio.

Empiezo a dar saltitos de alegría y no puedo evitar tirarme a sus brazos. Me levanta y me da vueltas en el aire. Es todo tan perfecto que no puedo creerlo. En el barco miro sin descanso por la ventana, maravillada por lo bonita que es esta ciudad. Nos explican en todo momento por los altavoces qué estamos viendo: por un lado, la histórica Casa de la Moneda, pasamos ante la impresionante casa de *Hundertwasser*... De pronto un cartel llama mi atención.

—David... —le digo con mirada picara—, ¿te apetecería ir a un club de intercambio?

Se vuelve y me mira con cara interrogante.

Señalo el cartel que he visto y él sonríe. Y en ese momento puedo ver que esa sonrisa, por fin, inunda también sus ojos, y eso me hace feliz. Sé que él está satisfecho con su forma de ver el sexo, y a mí me llena de gozo que sea así.

## Epílogo

### **Dos años después...**

Me encuentro entusiasmada porque estoy ayudando a mi amiga Caroba, que se mira en el espejo mientras termino de peinarla. Sé que hoy es un día muy importante en su vida. Estoy muy orgullosa de ella. Después de todo lo que pasó con David, supo retroceder y arreglar su historia con Ewan. ¿Quién lo diría? Entre ellos se ha forjado una amistad; bueno, tanto como eso no, aunque se soportan. Sonríe ante la idea. Me encantaría poder compartir mi relación con David con ella, sin que ninguno de nuestros hombres se sienta incomodo por la presencia del otro. Me preocupa que a Caroba no le guste la idea de que David y yo hayamos llegado a más. Me sorprendería por su parte tal cosa, aunque no puedo dejar de pensar que, en el fondo, sintiera algo más que amistad por él. Esa es la razón por la que aún no le he contado nada; el miedo a perder su amistad.

Por otro lado, cada día que pasa, ésta va a mejor. Hemos tenido altibajos como cuando volvimos de Viena y me enteré de lo sucedido en mi ausencia. Lo pasé realmente mal. Supe que Luka murió solo en una cama de hospital, sin que nadie le llorara. Sé que no debería haber sentido pena por él, pero durante un tiempo le amé, o al menos eso creí. Durante un tiempo nos reíamos juntos, hablábamos de todo y de nada. Él fue quien me enseñó el gusto por la moda y, cuando se enteró de mi profesión, me animó a que montara mi propio centro de estética. Siempre me dijo que creía en mí y que solo hacía falta que yo también lo hiciera. Hasta que algo cambió y se volvió posesivo y autoritario. Hasta que me dio el primer golpe no supe reconocer que todo había sido mentira, o quizás sucedió algo que desconozco y que ya nunca podré descubrir que provocó aquel cambio. Una cosa que le tengo que agradecer es que me animara a montar mi negocio, ya que allí la conocí a ella: una de mis mejores amigas.

La imagen de Caroba haciéndome gestos a través del espejo, me libera de la imagen de la persona que más ha significado para mí hasta que conocí a David. Compruebo que está todo perfecto y, aguantando mis ganas de llorar delante de ella, me doy la vuelta para marcharme. Creo que necesita un instante para reflexionar antes del gran momento, y creo que yo también necesito unos minutos para recomponerme.

—No tardes mucho o el novio vendrá a buscarte —le advierto entre risas forzadas. Por nada del mundo me gustaría estropear su momento.

Al salir me encuentro con mi flamante novio, que me observa libidinoso y, sin oponer resistencia, dejo que me arrastre hasta una de las habitaciones de la casa donde estamos alojados, gracias a la generosidad de Jaime; bueno de sus padres para ser más exactos. Ese chico que creyó estar enamorado de Caroba y ahora bebe los vientos por Cristina, excompañera de la rompecorazones. Me río de la situación de mi amiga.

—Mmmm... —siento el gruñido de David contra mi cuello—. Este perfume que te has puesto me está volviendo loco. Necesito follarte ya —exclama muy excitado, mientras levanta mi falda y me embiste sin miramientos.

—¡David! ¡Pueden vernos! Pu... puede entrar alguien. ¡Dios! —gimo cuando noto sus manos rodear mi clítoris.

—Te echaba de menos. Has tardado mucho —murmura mientras me empuja con fuerza contra la pared.

—No puedo más... me voy —le digo sin aliento. Todo mi cuerpo se tensa y está a punto de estallar.

—¿Te he dado permiso para que puedas correrte? ¡Aguanta un poco más! —Y esa voz de mando hace que mis ganas de romperme en dos esperen. No sé cómo lo hace, pero mi cuerpo obedece al suyo y, permanece inquieto hasta que me permita correrme y pueda liberarse de esta dulce agonía.

Su boca se pasea por mi cuello, dejando suaves mordiscos a su paso. Me embiste con fuerza, como si no acabáramos de hacerlo esta mañana antes de venir. De repente me gira poniéndome de cara a la pared y vuelve a introducirse en mí, esta vez de forma ruda y salvaje. Mi cuerpo se arquea contra el suyo buscando su placer, como si no pudiera dominarlo y necesitara el contacto con él.

—Córrete, nena. Córrete para mí —me ordena mientras me acomete sin control.

Y, de nuevo, como si su cuerpo ejerciera un poder mágico sobre el mío, me corro. Estallo en mil pedazos y me quedo laxa y sin fuerzas. Me tiemblan las rodillas y casi no puedo respirar. Mi corazón va a mil por hora. Noto cómo

David se vacía dentro de mí, dejando caer su cabeza sobre mi cuello y depositando en él un dulce beso. Juguetea entonces con la nariz en mi nuca, haciéndome cosquillas.

—¿Te he hecho daño? —Niego con un movimiento rotundo. Siento su sonrisa sobre mi cuello—. Te quiero, rubita.

Me doy la vuelta sobre mis pies y, cruzando las manos detrás de su cuello, le susurro sobre la boca:

—Yo también te quiero. ¿Puedo preguntar qué ha pasado para que me buscaras con tanta urgencia? —En realidad dudo querer saber la respuesta.

—Me acordé de lo de Viena. No sé por qué. Hablaba con un amigo que me encontré abajo, que está trabajando de camarero... ¡Tú lo conoces! Es Óscar.

—¡Vaya! No sabía que trabajaba de camarero.

—¡Ni yo! Me he sorprendido mucho al verlo. Me dijo que ya me contaría en otra ocasión y nos pusimos a recordar los viejos tiempos, cuando íbamos a clubes y eso juntos. Le dije que yo contigo tengo todo lo que necesito —musita, rozando mis labios—; y eso me trajo el recuerdo del club de Viena y lo mucho que allí me sorprendiste. Lo que hicimos. Lo bonita que estabas con esa lencería sexy que compramos. ¡Joder! Ya me estoy poniendo bruto otra vez. Mejor me voy o no vamos a salir de esta habitación.

—No..., quiero que me cuentes cómo te sentiste. Quiero ver lo que tú viste. Quiero que me lleves a las nubes otra vez. Te necesito.

—Mmmm... morbosilla —susurra sonriendo sobre mi boca y apretándome contra su miembro, que está otra vez listo para la acción.

Dejo caer los tirantes del vestido morado que llevo puesto, a conjunto con el de Jana y Cristina. Es bastante sencillo, pero muy elegante: escote barco, tipo corpiño en la parte de arriba y con falda simétrica de vuelo hasta la rodilla. Me doy la vuelta para que David pueda bajarme la cremallera; lo hace muy lentamente, dejando suaves caricias en mi piel.

—Marina... —masculla cuando ve el conjunto de lencería de encaje del mismo color que el vestido, que ahora se encuentra enrollado en mis pies.

El conjunto es un corpiño que sujeta las medias de verano y un culote brasileño que realza mi figura. David sonrío, sexy, con esa sonrisa de lado que

tanto me gusta. Me repasa de arriba abajo, respirando descompasadamente.

—Se parece al que te pusiste en Viena. No sé si voy a poder hablar teniéndote así... ¡Joder! Eres perfecta.

—Por favor... —digo, coqueta, saliendo del gurrño de tela que tengo a mis pies.

Él, pese a lo emocionado que está, comienza a relatarlo:

—Lo que más me gustó fue verte en la cruz de san Andrés. Se me puso dura cuando nada más verla, te fuiste directa hacia ella y, con esa sonrisa pícara que tienes y tanto me excita, me pediste que te atara. Nunca, en todo este tiempo, he vivido una situación igual. Tú forma de mirarme, de seducirme... Todo giraba a tu alrededor. —Mientras dice esto, una de sus manos se mete entre mis piernas, notando la humedad que resbala por ellas—. Vas a matarme. ¡Estás empapada!

—Sigue... por favor... —jadeo en su boca, deseando que no pare.

—Llegué a ti y te rompí las braguitas —continúa mientras me embiste con un dedo—. Saqué uno de tus hermosos pechos para que todos lo vieran, y me lo metí entero en la boca. —Dicho esto, me introduce otro dedo. No puedo evitar gritar:

—¡Dios!

—Luego una chica se acercó e hizo lo mismo, chupándote el otro pezón. ¿Te gustó? —Asiento con rapidez mientras muevo mi pelvis buscando el roce de mi clítoris con la palma de su mano—. Entonces me bajé hasta aquí —dice, agachándose mientras aparta un poco más el culote y, abriéndome las piernas, introduce la lengua en mi interior—, e hice esto mismo. Mmmm... Follarte con mi boca mientras otro hombre te tocaba por detrás—. Al recordar esa escena no puedo controlarme más y me corro contra su boca, arqueándome y sintiendo los latigazos del orgasmo recorrer mi cuerpo de arriba abajo.

David se pone de pie y me besa. Noto mi sabor en su boca y, aunque nunca me ha gustado ese gesto, en él sabe diferente. Lo amo con todo mí ser.

—Y ahora, señorita, haga usted el favor de arreglarse de nuevo y bajar a la playa antes de que a Ewan le dé un infarto por no ver a las damas de honor esperando a la novia —concluye mientras me da una nalgada.

—¡Auch! Eso ha dolido —le recrimino con mirada picarona.

—Rubita... no me busques, que me encuentras —susurra sobre mi boca y, apartándose con rapidez, se marcha.

Mientras me recompongo de nuevo recuerdo lo bien que lo pasé en Viena y lo a gusto que me sentí con él. Nunca imaginé que el sexo pudiera ser tan divertido y morboso a la vez. Con David todo es diferente. Me encanta cuando hacemos el amor, pero también cuando follamos y, sobre todo, cuando vamos a un club y dejamos que el morbo y la lujuria se apoderen de nuestros cuerpos.

Bajo a la playa, donde están todos esperando a la novia. La ceremonia es muy emotiva, aunque yo no puedo quitar los ojos de David. Está tan guapo con ese traje de lino blanco que lleva a conjunto con el de Jaime y Pietro... La verdad es que, si lo pienso, ahora mismo tres de los hombres que están aquí lo han hecho con Caroba. ¡Suertuda!

Me río para mí misma pensando en lo que pueden cambiar las cosas. Veo a David, que me sonrío de forma pícaro. Seguro que está recordando lo que hemos hecho en el cuarto de arriba.

Comienza a sonar la música y una niña preciosa desfila con un cojín en el que porta los anillos. Qué linda es. Cada día que pasa se parece más a su padre. Aunque, obviamente, tiene muchos rasgos de Caroba.

David la mira con dulzura. Desde que es papá ha cambiado muchísimo. Cada vez que puede, se acerca a casa de Marta y Rosa para ver a su hijo: Darío. Le quisieron poner ese nombre por su significado: “el que posee el bien”. Es un niño precioso que tiene la mirada de su padre y el pelo de su madre. Una mezcla de rasgos brutal entre los dos.

A veces siento un poco de tristeza por no ser yo la madre de su hijo, sin embargo, cuando veo la cara de ilusión de David cada vez que vuelve de su visita, todo se disipa y me enamoro aún más de él. Estoy segura de que, si todo sale bien, será el mejor padre que puedan tener mis hijos. Cosa que espero no tarde mucho en suceder.

No puedo evitar que una lágrima se me escape con las palabras que le dedica Ewan a Caroba. Me encanta su amor; después de todo lo que han pasado, es real. Más real que nunca.

Al acabar la ceremonia les tiramos pétalos de flores y nos vamos al chalet

que tienen los padres de Jaime en los Caños de Meca. Ha sido un detalle muy bonito por parte del “vecinito”. Disfrutamos mucho de la cena, está todo riquísimo. Caroba y Ewan han hecho un gran trabajo.

David y yo estamos en la misma mesa, compartiendo cubierto con Jaime, Cristina, Jana y Pietro. Caroba se acerca a nuestra mesa con los detallitos. Se agacha y le susurra algo al oído a David. Ella ya sabe por mí que estamos juntos, aunque él no le ha contado nada todavía, y eso la hace rabiar. David me mira y exclama, poniéndole cara de no haber roto un plato:

—¿Yo? ¿Ojitos? No sé a qué te refieres... —dice al tiempo que se levanta y se dirige hacia el escenario. Se sube y carraspea—: Ejem... ejem... —Empieza a dar golpecitos a la copa que tiene entre las manos, para que todo el mundo le preste atención.

»Me gustaría decir unas palabras. —Hace un gesto con la cabeza a alguien que se encuentra en un lateral; creo distinguir a Óscar—. Estoy aquí, en la boda de mis amigos Ewan y Caroba, orgulloso de poder formar parte de sus vidas; de que este hombre me permitiera seguir compartiendo momentos con ellos. Feliz por haber conocido a una de las mujeres más maravillosas de este mundo. —Miro a Caroba, que se abanica mientras Ewan la aprieta contra su pecho—. Pero sobre todo quiero hacer algo que demuestre este amor que llevo dentro y desea salir. ¡Va por ti, Marina!

Al oírle pronunciar mi nombre siento mi corazón bombear a un ritmo tal que parece querer salirse del pecho. Estoy mareada de la emoción. Veo a Oscar, que se sube al escenario con una guitarra y una silla. David, con una sonrisa que le llena toda la cara y sin dejar de mirarme, la coge y, mientras se sienta y se coloca la guitarra, su amigo le sitúa el micrófono delante. Me quedo mirándole embelesada y, al igual que todos los que estamos aquí, ojiplática, sin saber qué va a hacer este hombre.

Empieza a tocar la guitarra y a silbar. Reconozco rápidamente la canción: se trata de Solo si es contigo, de Bombai Ft. Bebe <sup>15</sup>.

*Tú me haces diferente simplemente con el solo hecho de existir.*

*Cambiaría lo que fuera si hace falta solamente por verte feliz.*

*Tanto tiempo esperando una promesa, una caricia, una señal.*

*Formas parte de este sueño y yo contigo llegaría hasta el final.*

*Te juro que... nada puede ir mejor.*

*Solo si es contigo.*

*Porque esta vida me lo enseñó.*

*Ya ves, te necesito.*

*Contigo.*

*Recorrería el mundo entero contigo.*

No puedo contenerme: me subo al escenario con él y me pongo a cantar como si fuéramos un dúo que ha ensayado durante años.

*Y ahora estoy debiéndote la vida*

*Pasando desapercibida*

*Mi manera de sufrir*

*Porque contigo soy feliz.*

Cuando terminamos de cantar la gente aplaude y silba. Piden más. Aún no puedo creer lo que ha hecho y, de repente, le veo depositar una rodilla en el suelo y, pidiéndole permiso a Caroba, que asiente pegando saltitos y con la felicidad dibujada en su rostro, me dice:

—Marina, ¿me harías el honor de casarte conmigo?

Me llevo las manos a la boca, nerviosa y sin poder creer lo que me está pasando. Las lágrimas empiezan a brotar cual cascada, aunque consigo controlarlas. Le miro, tan guapo y perfecto, arrodillado a mis pies, y solo puedo responder una cosa:

—¡Sí, sí, sí! —Me agacho a su altura y lo beso con pasión, con dulzura; con amor, mucho amor.

Nos ponemos en pie y comenzamos a bailar la balada que suena de fondo. No consigo identificar qué canción es, ni qué dice la letra, pero me da igual. Soy feliz. Absolutamente feliz. Mi pasado quedó atrás y mi futuro lo tengo pegado a mí. ¡Y qué futuro! Solo de pensar en todo lo que nos queda por vivir juntos...

Todo el encanto se rompe cuando oímos unos gritos al fondo. Es Jana gritándole a un hombre borracho que la está sujetando del brazo. Parece que la

está arrastrando hacia fuera. Busco con la mirada: ¿dónde estará Pietro?

*Fin*

## Nota de la autora

El resumen de esta historia es como aquella frase que escuché en la película de Rocky Balboa: “Seguir cuando crees que ya no puedes más, es lo que te hace diferente a los demás”.

Me gusta recalcar que, aunque sé que el tema de la droga no os gusta, debo aclararos que está a la orden del día y, por desgracia, quien menos te lo esperas te la ofrece. Lo importante es saber decir que no y si caes en ella saber reponerte.

Hay personas que no hubieran perdonado a su madre después de lo sucedido. He querido ser fiel a lo que el David de la vida real hizo. Su madre fue una niña mimada que siempre tuvo lo que quiso y eso la convirtió en una persona egoísta. En su vida no hubo demasiados “no”. Y el hecho de que Manuel no la completara la desquició. Tanto padre como hijo vivieron algunos momentos de felicidad con ella. Los suficientes para que supieran entender que, bajo esa coraza de mujer fría, había una mujer con un gran corazón.

# ALBOREÁ

## Prólogo

### Kavi

*A partir de cierto punto no hay retorno.*

*Ese es el punto que hay que alcanzar.*

*Franz Kafka.*

*Caños de Meca... a principios de agosto.*

Después de ocho años buscándola como un loco parece que, por fin, la he encontrado. No sé qué ha sucedido exactamente en este tiempo que no ha estado a mi lado, lo único que sé es que; ella es mía. Y si no quiere serlo, serán los gitanos de respeto<sup>16</sup> quienes decidan qué hacer con esta situación que ha durado demasiado.

Deseo con toda mi alma que no tengamos que recurrir a nadie y que Juana entre en razón. Llevo demasiado tiempo ansiando besar sus labios y amarla de nuevo. Siento cómo la rabia se apodera de mí y me recorre como el veneno de una serpiente, cuando recuerdo que Melalo me ha revelado que está casada e incluso ha estado embarazada de ese individuo que me la ha robado.

Entro en el salón donde se está celebrando la boda de Caroba; por lo que sé, su nueva mejor amiga. No entiendo cómo ha podido dejarlo todo atrás. Su verdadera mejor amiga, Zita, está deseando verla. Su familia está destrozada por su abandono, sobre todo por las consecuencias de ese acto infame. Reconozco que he sido yo quien ha provocado todo eso, pero no podía permitir que alguien se burlara del futuro patriarca<sup>17</sup>. Dentro de lo que cabe están bien gracias a mi benevolencia y a la promesa de la familia entera de avisarme si sabían algo sobre mi mujer, fuera lo que fuese. Han pasado demasiadas cosas en este tiempo que... sacudo la cabeza impidiéndome pensar en algo que no sea encontrar a *mi* Juana.

Miro en derredor y, al fondo, en el escenario puedo ver a una pareja cantando a dúo. Sonrío porque no lo hacen nada mal, aunque parezca más una demostración de amor que dos profesionales cantando. ¡Vaya! El chaval acaba

de arrodillarse, parece que vaya a declararse. De nuevo, el recuerdo del día que me declaré a Juana me atraviesa y dejo de prestarles atención para seguir con mi cometido y centrarme en encontrarla.

Cojo una copa de champán, de una bandeja que trasportaba un camarero, y la busco con la mirada entre el gentío. No veo su cabello rubio, sedoso y perfecto. Empiezo a ponerme nervioso al pensar que puede que se haya ido ya. Dejo la copa vacía y cojo otra. ¡Está muy bueno! Las burbujas recorren mi garganta evocando lo que sentí cuando la vi por primera vez. Estaba bailando flamenco y tocando las palmas. Movía su trasero cogiéndose la falda y agitando la cabeza, muy concentrada. Era la niña más bonita que había visto en mi vida, con aquella mirada vivaracha y su pelo ondeando al viento.

Mi padre me acababa de dar la noticia de que ya habían elegido a mi futura mujer y, aunque en un principio me enfadé porque no quería que nadie decidiera mi futuro, fui a buscarla. Entendí que si había acordado mi matrimonio con ella sería por mi bien, pero necesitaba comprobar quién era la afortunada. La primera y principal obligación del gitano es el respeto a su familia; así me lo habían enseñado y así lo cumpliría. Lo que más me enamoró de ella fueron sus ojos, de un azul tan intenso que te llenaban el alma. Justo entonces paró de bailar y me miró con dulzura. «Bellísima», fue lo único que pensé al acercarme.

Esos mismos ojos acaban de sacarme de mi ensoñación. ¡Está aquí! Mi felicidad se acaba cuando observo que se acerca con cara de enfadada. Lleva el pelo recogido en un moño alto que, para mi gusto, no le favorece nada; como tampoco lo hace ese color rojizo con que se ha teñido. Pero qué cojones...

—¿Qué haces tú aquí? ¿Cómo me has encontrado? —me espeta con furia y, también, algo asustada.

Al ver que empieza a mirar en todas direcciones como buscando a alguien, entiendo que no hay tiempo para pensar; la sujeto del brazo y le murmuro al oído:

—Juana, haz el favor de no montar un espectáculo y ven con el menda, por favor. Tenemos que hablar.

Intenta zafarse, pero se lo impido apretando con más fuerza el brazo esquelético que noto entre mis dedos. ¿Qué ha sido de la chica rellenita de la

que me enamoré?

—¡Suéltame! ¡Déjame en paz! No quiero saber nada de ti, ni de nadie que tenga que ver con ese poblado que me enterró en vida —suplica mirándome a los ojos.

—No puedo... te amo. No sé vivir sin ti.

Como veo que por las buenas no lo voy a conseguir, saco la jeringuilla y le pincho el brazo para que no pueda resistirse más.

*Continuará...*

## *Agradecimientos*

Mi primer agradecimiento tiene que ser para Cristina Prada, a la que he adoptado por *madrina*. Ella creyó en David incluso antes que yo. Gracias por tus sabios consejos, por ser mi fuente de sabiduría, por darme la calma que necesitaba y, sobre todo, por ayudarme a ponerle música a mis letras. Te quiero mucho amiga.

A Tiaré Pearl por esa “pedazo de portada” que le ha dado de nuevo la vida a este pícaro personaje que espero os haya hecho suspirar.

Por supuesto a mi marido, por estar siempre ahí y cuidar de mis hijos mientras escribía esta historia. Por ayudarme con la corrección aún sabiendo que no es su género. Te quiero.

A Loli Peris, Loli MA y Marta Romero, que son mis lectoras 0. Agradeceros de corazón vuestros ánimos para que siguiera escribiendo. Por vuestros sabios consejos y, sobre todo, por corregirme cuando no tenía razón.

A la Dra. Romero, por ayudarme en algunas escenas del hospital y, sobre todo, por su ánimo para que siguiera escribiendo. Te quiero mucho, hermana. Y tampoco puedo dejar de mencionar a mis otras hermanas, dos ellas que se fueron de este mundo por las razones equivocadas y, en especial, a la que ha sabido resurgir de sus cenizas, aguantando como una jabata. A mis sobrinos y, con todo mi amor, a mi ahijada que también ha sabido empezar de cero.

Nuestra familia es como ese dicho que tanto le gusta a mi marido: “En la vida como en el boxeo, el que gana no es el que nunca cae sino el que se levanta una vez más que el que pierde”. Gracias a mis padres por educarme en la forma correcta y hacerme saber qué; si yo quiero, puedo.

A la segunda Dra. Romero por ser mi asesora de imagen... Ella me ha animado a seguir y a creer en mí.

A Manolo, por cederme un poco de sus conocimientos para la creación de los giros y saltos. Sobre todo, porque me aclaró que las motos de Cross no tienen espejo retrovisor.

A Isa y Pepe por aguantarme con los desvaríos de la creación del libro y, con mucho cariño a este último, por ayudarme con las dudas que me surgieron en los primeros capítulos.

A Eve Romu por ayudarme y estar siempre ahí. Sus booktrailers son de lo mejorcito que he visto y por eso he confiado en ella para esta nueva aventura. Gracias por todo, de corazón.

Quiero hacerle una mención especial a Noni García. Gran escritora y mejor persona. Sus consejos son sabiduría.

A esa escritora que admiro con todo mi corazón. Espero que no se haya molestado por el guiño hecho en el capítulo de las motos.

A Noelia Moral Jiménez por sus sabios consejos y prestarme su grupo de Facebook para darme a conocer con mi anterior novela y que se ha ofrecido para lo que necesitara.

A Vicky B F Fcc por leerme y apoyarme con sus comentarios.

Dejo para el final, lo más importante: quiero agradecerte a ti, lector, que me has leído y has llegado hasta aquí. Espero que te haya gustado y te animes a seguir leyéndome. Sobre todo, tienes que conocer la historia de Jana de la que te he dejado su prólogo. Me encantará que te sumerjas en la vida de esta gitana que se encontrará entre dos aguas. Y si aún no has leído a Caroba, no esperes más y descubre sus amores o errores.

## *Biografía*



Carmen RB nació el 23 de octubre de 1971, en Cádiz. Aunque ahora reside en Jerez junto con su familia. Tiene dos hijos maravillosos que le han regalado los mejores momentos de su vida.

Estudió Ingeniería Informática, profesión que le llamó a gritos desde que era pequeña. Ha trabajado de ello en diferentes sectores hasta la actualidad.

Es una apasionada de la lectura erótica desde que, con su primer ordenador, escribió su primer relato erótico. Le encanta publicar su opinión en Facebook de las lecturas que devora a diario, compaginándolo con la escritura y sus hijos.

Se considera una mujer inquieta, curiosa y bastante perfeccionista que no para de innovar. Le encantan los retos y rodearse de buenos amigos.

Un 3 de septiembre de 2016, tomándose un mojito en las playas de Chipiona, decidió aventurarse a escribir una historia que no paraba de dar vueltas en su cabeza. Una historia que está basada en hechos reales. Cogió su móvil y creó el prólogo. Al día siguiente se sentó en su ordenador y le dio forma. Tras esas primeras líneas se dio cuenta de que la historia fluía entre sus dedos. Tras esa primera experiencia supo que ya no podía parar.

Actualmente es autora de Los amores o errores de Caroba. Y ahora llega su último libro. En Contigo y sin ti... conoceréis a David, un chico que llega a conocerse a sí mismo y al que amaréis. Próximamente sabréis de la vida de Jana, una chica entreverá que dará mucho que hablar.

Podéis ver información sobre la autora en las siguientes redes sociales:



En mi página de autor podrás saber más sobre mis historias y sus personajes.



En Instagram podrás enterarte de las últimas novedades.



Este es mi blog donde publico cosas de mis novelas.



En mi canal podrás disfrutar del booktrailer de Caroba.

Y en el de Eve Romu podrás deleitarte con el de David:  
<https://www.youtube.com/channel/UCvVSv0nM8EnctPFXmaI6pXA>

# ÍNDICE

PRÓLOGO. DAVID:	<i>Página 11</i>
<b>PARTE I. PERDIDO:</b>	<i>Página 15</i>
CAPÍTULO 1. LUISA:	<i>Página 17</i>
CAPÍTULO 2. DAVID:	<i>Página 29</i>
CAPÍTULO 3. DAVID:	<i>Página 37</i>
CAPÍTULO 4. DAVID:	<i>Página 47</i>
CAPÍTULO 5. LUISA:	<i>Página 53</i>
CAPÍTULO 6. DAVID:	<i>Página 59</i>
CAPÍTULO 7. DAVID:	<i>Página 65</i>
CAPÍTULO 8. DAVID:	<i>Página 71</i>
CAPÍTULO 9. LUISA:	<i>Página 77</i>
CAPÍTULO 10. DAVID:	<i>Página 85</i>
CAPÍTULO 11. DAVID:	<i>Página 93</i>
CAPÍTULO 12. DAVID:	<i>Página 99</i>
CAPÍTULO 13. MANUEL:	<i>Página 105</i>
CAPÍTULO 14. DAVID:	<i>Página 111</i>
CAPÍTULO 15. DAVID:	<i>Página 117</i>
CAPÍTULO 16. DAVID:	<i>Página 123</i>
CAPÍTULO 17. LUISA:	<i>Página 129</i>
CAPÍTULO 18. DAVID:	<i>Página 135</i>
CAPÍTULO 19. DAVID:	<i>Página 143</i>
CAPÍTULO 20. DAVID:	<i>Página 151</i>
CAPÍTULO 21. LUISA:	<i>Página 157</i>
CAPÍTULO 22. DAVID:	<i>Página 163</i>

CAPÍTULO 23. DAVID: *Página 169*

CAPÍTULO 24. DAVID: *Página 175*

CAPÍTULO 25. LUISA: *Página 183*

**PARTE II. ENCONTRADO:** *Página 191*

CAPÍTULO 26. DAVID: *Página 193*

CAPÍTULO 27. DAVID: *Página 199*

CAPÍTULO 28. DAVID: *Página 205*

CAPÍTULO 29. MARINA: *Página 211*

CAPÍTULO 30. DAVID: *Página 217*

CAPÍTULO 31. DAVID: *Página 221*

CAPÍTULO 32. DAVID: *Página 227*

CAPÍTULO 33. MARINA: *Página 233*

CAPÍTULO 34. DAVID: *Página 237*

CAPÍTULO 35. DAVID: *Página 243*

CAPÍTULO 36. DAVID: *Página 249*

CAPÍTULO 37. MARINA: *Página 255*

CAPÍTULO 38. DAVID: *Página 261*

CAPÍTULO 39. DAVID: *Página 267*

CAPÍTULO 40. DAVID: *Página 273*

CAPÍTULO 41. MARINA: *Página 279*

EPÍLOGO. MARINA: *Página 285*

NOTAS DE AUTORA: *Página 295*

**ALBOREÁ. PRÓLOGO:** *Página 297*

AGRADECIMIENTOS: *Página 301*

BIOGRAFÍA: *Página 305*

## Notas

[←1]

Recuérdame, *de Pablo Alborán - Sello: WM Spain.*

[←2]

*Dominatriz: en el mundo BDSM, mujer que tiene el poder y el control del encuentro: ella da las órdenes, pide, solicita, somete y obtiene placer, mientras que el dominado cumple sus requisitos.*

[←3]

Vuela corazón, *de DaSou* - ©© 2016 Roster Music.

[←4]

*Gazal: una gacela puede ser entendida como una expresión poética de ambos sentimientos: el dolor de la pérdida o la separación y la belleza del amor a pesar de ese dolor.*

[←5]

Yo quiero vivir, *de Manuel Carrasco* - ©© 2015 Universal Music Spain, S. L.

[←6]

Contigo y Sin ti, *de Ft MC Stoner.*

[←7]

*El Monopoly es un juego de mesa que consiste en hacer transacciones de bienes raíces.*

[←8]

Straight To Number One, *de Touch & Go* - © Nova Music Entertainment.

[←9]

Sweet Dreams, *de Eurythmics* - © 2005 SONY BMG MUSIC ENTERTAINMENT  
(GERMANY) GmbH.

[\[←10\]](#)

Kiss me.....come to me now...touch me. To the Children, *de Denean* - © 2009  
*Woo Way Intuitive Healing Arts.*

[←11]

*Venta "La Feria": <http://www.ventalaferia.com/>*

[←12]

*La playa de Valdelagrana se encuentra en el término municipal de El Puerto de Santa María (Cádiz).*

[←13](#)

Lost On You, *de LP* - ©© 2015 *Vagrant Records*.

[←14](#)

Como vuelvo al pasado, *de Tutto Duran*, feat *DCS* - ©© 2017 *Universal Music Spain, S. L.*

[←15](#)

Solo si es contigo, *de Bombai, feat Bebe* - © 2017 Atresmedia Música SLU ©  
2017 Música Aparte | Universal Publishing.

[←16]

*Gitanos de respeto*: Es aquella persona que ha llevado una vida ejemplarizante. Un buen padre, un excelente esposo. Una especie de adalid de las buenas costumbres

[←17]

*Patriarca*: Esta concepción está en desuso. Se les llama gitanos viejos o de respeto. Lo he utilizado para matizar en el texto cierto poder.